

La noche
de los monstruos
Mary W. Shelley,
Lord Byron,
John William Polidori



LA NOCHE DE LOS MONSTRUOS

MARY W. SHELLEY, LORD BYRON, JOHN
WILLIAM POLIDORI



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Títulos originales: *Frankenstein or the Modern Prometheus* de Mary Shelley, *The Vampyre* de John William Polidori y *Augustus Darvell* (fragmento) de Lord Byron

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa basada en un diseño de Pepe Far

Ilustración de la cubierta: © iStockphoto.com/Natalia Lukiyanova

Primera edición impresa: abril de 2012

Primera edición en e-book: enero de 2021

© de la traducción: de «Frankenstein»: Mercedes Rosúa, 2008

© de la edición, prólogo y resto de las traducciones: Ángela Pérez, 2012

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4795-1

Producido en España

LA NOCHE DE LOS MONSTRUOS

Introducción

El extraño verano de 1816: veladas en Villa Diodati

*He tenido un sueño que no era sólo un sueño:
El luminoso Sol se había extinguido y las estrellas
vagaban a oscuras por el espacio eterno
sin rayos y sin rumbo, y la Tierra helada
oscilaba a ciegas en el cielo sin luna.
Llegó la mañana, y pasó.
Y llegó de nuevo, sin alumbrar el día.
Y olvidaron los hombres sus pasiones
con el miedo a la desolación [...]*

Lord Byron, «Darkness», Diodati, 1816

*Aquí las tormentas son las más impresionantes y espectaculares que
he visto en mi vida.*

Mary W. Godwin, Maison Chapuis, junio de 1816

El año 1816 ha pasado a la historia como «el año sin verano» en el hemisferio Norte, por las bajas temperaturas registradas en Europa y en la región nororiental de América, con brumas, nieblas, heladas, tormentas, ventiscas y lluvias torrenciales. Se perdieron muchas cosechas, hubo hambruna y problemas sociales. Tan extrañas alteraciones climáticas se han identificado a posteriori como efecto de la prolongada erupción del monte Tambora (en la isla Sumbawa del archipiélago de la Sonda, Indonesia) el año anterior, cuyas explosiones se oyeron a dos mil kilómetros, y que causó directa e indirectamente más de cien mil muertos en la región. La enorme cantidad de polvo y gases volcánicos que había lanzado a la estratosfera llevaban meses desplazándose sobre el planeta.

También ha pasado a la historia y a la leyenda de la literatura la estancia en Suiza el mismo verano de Percy Bysshe Shelley, Mary Wollstonecraft Godwin (Mary W. Shelley), Claire Clairmont (hermanastra de Mary), lord Byron y su médico John William Polidori. El tiempo «lluvioso y desapacible» propició las veladas del grupo en Villa Diodati, la mansión que había alquilado lord Byron a orillas del lago Lemán, muy cerca de la Casa Chapuis en la que se

habían instalado los Shelley; y una especial en la que, después de leer una antología de cuentos de fantasmas alemanes traducidos al francés, Byron propuso que cada uno escribiera un cuento de terror.¹ Al parecer, todos aceptaron y se pusieron manos a la obra. Mary nos lo cuenta así en la Introducción: «El noble autor comenzó un cuento, del que publicó un fragmento al final de su poema de Mazeppa. Shelley [...] empezó una basada en las experiencias de su juventud. El pobre Polidori tuvo cierta terrible idea sobre una dama con cabeza de calavera...». Añade que los dos ilustres poetas, aburridos por la insulsez de la prosa, abandonaron la tarea, que les resultaba poco grata. Polidori termina así la breve nota de su diario el 17 de junio: «Todos menos yo han empezado a escribir los cuentos de fantasmas».²

Los «ilustres poetas» emprendieron una excursión por el lago cuando el tiempo mejoró pocos días después (el 22 de junio); visitaron el castillo de Chillon (el día 26); debido al mal tiempo, se vieron obligados a esperar en Ouchy, donde Byron terminó el tercer canto de *Childe Harold* y empezó *El prisionero de Chillon*. Según Mary, el viaje inspiró el *Himno a la belleza intelectual* a Shelley, que, a su vez, le diría en una carta a su amigo Leigh Hunt que lo había escrito profundamente conmovido, con lágrimas de emoción.³

Mary lo intentó en vano, sumiéndose, nos dice, en la desdicha que sienten los escritores cuando sólo el vacío responde a sus invocaciones. Hasta que, una noche, cuando se acostó a altas horas tras una larguísima velada (en la que había escuchado atentamente la conversación de Byron y Shelley sobre diversas doctrinas filosóficas, entre ellas, «la naturaleza del principio de la vida» y la probabilidad de que algún día se descubriera y se aplicara), la imaginación desatada «me poseyó y me guió, dotando a las sucesivas imágenes que surgían en mi mente de una viveza que sobrepasaba con mucho los normales límites del ensueño».

¿Ensueño? ¿Sueño? ¿Pesadilla? ¿Inspiración? ¿Manifestación de los propios terrores, de los propios monstruos, de la propia monstruosidad? ¿Pura invención?

Tras contemplar las nítidas imágenes, las pavorosas criaturas de su imaginación, Mary abre los ojos aterrada. Mira a su alrededor para cerciorarse de la realidad del entorno. Procura tranquilizarse pensando en otra cosa, intenta concentrarse en algo distinto para olvidar al pálido estudiante de artes sacrílegas (arrodillado primero al lado de un horrendo fantasma de hombre animado, huyendo

despavorido de su creación, tal vez con la esperanza de que volviese al estado de materia inerte), para borrar de su mente aquellos ojos amarillentos, acuosos e inquisitivos mirando a su creador. Recuerda el cuento que es incapaz de escribir.

Y, de pronto, ¡se hace la luz! Su imaginación desbordada se lo había brindado sin más. Sólo tendría que describir los terrores del ensueño. Lo que la había aterrado a ella, aterrará a los demás, se dice.

Empezó al día siguiente: «Una lúgubre noche de noviembre...».4

Aquel breve «cuento de fantasmas» sería el germen de la novela *Frankenstein o El moderno Prometeo*, en la que Mary trabajó hasta mayo de 1817 y cuya primera edición (anónima) se publicó en Londres en enero de 1818.

De los relatos de terror que todos se habían propuesto escribir, nada se sabe (hasta ahora) del de Claire Clairmont (a quien Mary excluye de la velada, indicando que eran *cuatro*);5 nada se sabe del de Shelley, aparte de lo que nos dice la autora en la Introducción. Byron sólo escribió el fragmento de «Augustus Darvell». Polidori anota en su diario (el 18 y el 19 de junio): «He empezado mi cuento»,6 pero se refiere al titulado *Ernestus Berchtold o el Edipo moderno*, que publicó en 1819 poco después que *El Vampiro*, y en el que no aparece la mujer castigada por curiosa que menciona Mary en la Introducción.

En cualquier caso, tanto por la singularidad de sus protagonistas como por su relevancia literaria y, sobre todo, por la influencia que ese verano de 1816 tendría en la literatura de los años (y siglos) venideros, resulta de un especial interés poder leer todos juntos los textos que se generaron durante aquellas semanas. Hemos optado por presentar aquí no sólo la edición definitiva de *Frankenstein* de 1831 –aumentada con la reseña que del mismo escribiera Percy W. Shelley en el momento de su publicación–, más los textos de Byron y de Polidori, sino también una selección de diarios y cartas de los diversos protagonistas. Elementos estos que, junto con las notas biográficas sobre sus autores y la completa cronología que los acompaña, permitirán al lector de nuestros días adentrarse en el ambiente y las circunstancias que los condicionaron. Y, sin duda, admirar la imaginación y el valor de esos jóvenes que fueron capaces de bucear en esa zona oscura que todos llevamos dentro y sacar de ella algunos de los más imborrables mitos modernos.

Lord Byron tenía entonces veintiocho años y era (y seguiría

siendo) el poeta inglés más célebre del momento. Se había marchado de Inglaterra tras los «años de fama», casi cuatro años de extraordinario éxito literario y social que había empezado con la publicación en 1812 de los dos primeros cantos de su poema narrativo *La peregrinación de Childe Harold*, amores más o menos del dominio público, un breve matrimonio y la separación, rodeada de un sinfín de rumores atroces, acusaciones, sospechas y conjeturas monstruosas. En Diodati, escribió el tercer canto de *Childe Harold*, que empieza dirigiéndose a su hija Ada («única hija de mi corazón y de mi casa»), de la que se había despedido cuando la niña tenía sólo unas semanas sin saber que no volvería a verla. Lo compuso – escribía en Venecia el 28 de enero de 1817 a su amigo el poeta irlandés Thomas Moore– «medio enloquecido entre metafísica, montañas, lagos, amor inextinguible, pensamientos inconfesables y la pesadilla de los propios delitos».7 Allí escribió también «El prisionero de Chillon» y los poemas «Prometeo», «Oscuridad», «El sueño» y «Epístola a Augusta»; y empezó el poema dramático *Manfredo*. En octubre, siguió su «peregrinación». Sus caminos volverían a encontrarse con los de los Shelley, que iniciaron el regreso a Inglaterra el 29 de agosto.

Mary Wollstonecraft Godwin cumplió diecinueve años el 30 de agosto, ya de viaje rumbo a Inglaterra. Percy Bysshe Shelley había cumplido veinticuatro a primeros de mes. Hacía más de dos años que vivían juntos, desde que habían roto con todo por amor, para escándalo, indignación y rechazo de familiares, amigos y enemigos;8 e intentaban seguir contra viento y marea una pauta de lecturas, escritura, estudio y adaptación a una realidad y a unas relaciones personales y sociales que no siempre respondían a sus respectivas ideas de felicidad, libertad y gloria literaria. Regresaban a una Inglaterra incluso peor que la que habían dejado. Pero el verano había sido intenso y balsámico, había sido fecundo y enriquecedor para todos. Percy Bysshe Shelley no era en absoluto un poeta célebre como Byron, ni lo sería nunca en vida; entonces escribió *Himno a la belleza Intelectual* y *Mont Blanc*, que ocupan un lugar destacado en su obra poética. Mary había disfrutado inmensamente del paisaje, las tormentas, las puestas de sol, los paseos por el lago al atardecer y la excursión a Chamonix a finales de julio. Pero sobre todo, había encontrado el tema y las voces narrativas que le permitirían crear («del caos») su primera novela e «inscribir su nombre en la página de la fama».

Claire Clairmont tenía dieciocho años. Compartía en buena medida la vida y la suerte de Percy y de Mary desde la escapada de seis semanas al continente con ellos. La idea de ir concretamente a Ginebra aquel verano había sido suya. Sabía que Byron estaría allí. Esperaba un hijo de él y sin duda deseaba reiniciar la breve relación que habían mantenido (por iniciativa de ella) en abril, poco antes de que el poeta se marchara de Inglaterra. Pero antes de que terminara el verano, Byron dio por definitivamente terminada la relación con Claire, le recordó que se lo había advertido claramente desde el principio y se comprometió a hacerse cargo de su hijo cuando naciera. Esto no sólo cambiaría los planes de la joven, sino también los de Mary y Percy, que tendrían que protegerla y ocultar su embarazo (sobre todo a la familia) y seguir conviviendo con ella.

John William Polidori acababa de cumplir veintiún años cuando se despidió de Cologny y de lord Byron (que había decidido prescindir de sus servicios) el 16 de septiembre «a las seis de la mañana», según consta en su diario, que termina el 30 de diciembre en Pisa. Era un joven inteligente y sensible, sin duda deslumbrado por el gran poeta que, a pesar de las bromas de que le hacía objeto y de sus comentarios sarcásticos, opinaba: «[Polidori] conoce bien su profesión y no carece de talento general [...] Es inteligente y hábil [...], es honorable y en absoluto malévol. Creo que con suerte será un valioso miembro de la sociedad y del Colegio de Médicos [...] Ha escrito un diario médico en Pisa, supervisado por Vaccà (el primer cirujano del continente) [...] y también ha escrito una tragedia. Todo lo cual dice mucho en su favor...».⁹ Polidori viajó por su cuenta unos meses antes de regresar a Inglaterra. Volvió a ver a Byron en Milán, donde pasó el mes de octubre y donde llevó una vida «muy feliz y agradable», y muy «metódica»;¹⁰ y en abril de 1817, en Venecia, de donde partió hacia Inglaterra el 14 del mismo mes, acompañando como médico al nuevo conde de Guilford y a su madre.

* * *

*Era maravilloso vivir en aquel amanecer,
¡pero ser joven era la gloria!*

William Wordsworth, Francia (El preludio, 11)

Cuando nace George Gordon Byron, Inglaterra celebraba el centenario de su revolución «gloriosa» y su monarca, Jorge III, sufre

el primer acceso de la enfermedad mental que ensombrecería el resto de su vida. La independencia de las colonias británicas en América del Norte se había consumado y los ecos de la tormenta que se avecinaba en Francia despertaron en principio escasa inquietud, cierta atención y bastante entusiasmo entre los partidarios de la reforma parlamentaria. El mismo año llega a Australia (el 26 de enero) la primera flota cargada de presidiarios, un experimento asombroso que respondía a la necesidad de aliviar las tensiones de la numerosísima población reclusa.¹¹ En el siglo que se acercaba al final, la población del país se había duplicado, la industrialización se aceleraba y precipitaba cambios en los sistemas de producción que permitirían la creación de grandes fortunas, al tiempo que aumentaba el número de pobres y la pobreza de los que ya lo eran. Percy Bysshe Shelley nació el mismo año que la República francesa, meses antes de la ejecución de Luis XVI y del Terror en Francia. Cuando nació Mary Wollstonecraft Godwin, un año antes de que Napoleón se nombrara primer cónsul el octavo año de la Revolución francesa, las esperanzas de igualdad y de justicia se atenuaban. Con la evolución de los acontecimientos, se invocó el patriotismo para justificar las medidas represivas, y los derechos de los ingleses se verían recortados en distintas ocasiones con la suspensión del hábeas corpus, censura, espionaje, prohibición de asociaciones y asambleas. La guerra con Francia y las guerras napoleónicas se prolongaron hasta 1815. En ese mundo habían crecido los personajes reunidos el verano de 1816 en Villa Diodati. Para entonces, el sueño napoleónico había terminado definitivamente tras la tentativa de los Cien Días, Bonaparte reflexionaba en Santa Elena sobre el fracaso de su proyecto y auguraba que, tarde o temprano, la unión de Europa se consumaría, mientras las potencias vencedoras se aprestaban a consolidar el nuevo orden acordado en el congreso de Viena.

William Godwin y Mary Wollstonecraft aportaron sus propias teorías a la célebre polémica sobre la revolución en los primeros años noventa del siglo XVIII: ambos pertenecían al círculo londinense de «jacobinos ingleses» que participaban en las reuniones de Joseph Johnson, amigo y editor, que publicó sus principales obras (y, en cierta medida, sufrió las consecuencias). Mary Wollstonecraft publicó la primera respuesta a *Reflexiones sobre la Revolución francesa* de Edmund Burke: *Vindicación de los derechos del hombre* (1790); y su obra más célebre: *Vindicación de los derechos de la mujer*

(1792); y, en 1796, *Cartas escritas durante una breve estancia en Suecia, Noruega y Dinamarca*. William Godwin, por su parte, publicó *Investigación acerca de la justicia política y su influencia en la virtud y la felicidad comunes* (Justicia política, 1793) y su novela más conocida: *Las cosas como son, o Las aventuras de Caleb Williams* (Caleb Williams, 1794). Ambos influyeron notablemente en los escritores románticos, de modo especial en la segunda generación de poetas románticos y en particular en Percy Bysshe Shelley; y, por supuesto, en su hija Mary.

En enero de 1798, William Godwin publicó *Memorias de la autora de «Vindicación de los derechos de la mujer»*, una breve biografía en la que relata con franqueza extraordinaria y candorosa la corta existencia de Mary Wollstonecraft: sus relaciones amorosas, su residencia en la Francia revolucionaria, los desesperados esfuerzos por retener el amor de Gilbert Imlay, padre de su hija Fanny, los dos intentos de suicidio y, por último, la amistad con el autor («una amistad que se convirtió en amor»),¹² el experimento de convivencia de ambos y su matrimonio, seguido del parto y la muerte de ella tras una agonía larga y dolorosa. Godwin se había negado a seguir el consejo de Joseph Johnson, que le propuso matizar o eliminar las partes «demasiado explícitas». Las críticas fueron atroces, tan absolutamente insultantes que el autor se apresuró a preparar una «segunda edición revisada», que apareció en agosto del mismo año con añadidos, eliminaciones y cambios. Mary Wollstonecraft Godwin leyó, consultó, releyó y estudió las obras de sus padres (sola y con Percy) y seguiría haciéndolo. Sin duda también las *Memorias*. Y sin duda sabía que el prestigio de ambos había quedado bastante maltrecho tras su publicación.

* * *

Mary Wollstonecraft Godwin había crecido en un entorno peculiar: la presencia de un padre que se confesaría incapaz de educar a las hijas, un padre al que ella recordaría frío y distante, aunque también diría que había sido su dios hasta que conoció a Shelley; la ausencia de la madre, cuya imagen y enseñanzas parecen siempre muy presentes; la madrastra, los hermanastros, una hermana de madre, un hermano de padre. El largo paréntesis escocés en la adolescencia con otra familia, la amistad de las hermanas Baxter, el campo, las montañas, un ritmo distinto («refugio de la libertad [...] donde podía comunicarme con las criaturas de mi fantasía [...]

donde nacieron los etéreos vuelos de mi mente»). Cuando Mary regresa al hogar paterno, se enamora del joven poeta Percy Bysshe Shelley, casado, con una hija y un hijo en camino, y se marcha con él contra la voluntad de su padre, iniciando así la vida adulta, nos dice, una vida en la que «la realidad ocupó el lugar de la ficción».

La realidad que encontraron los jóvenes al volver de su excursión a través de la Europa arrasada por las guerras napoleónicas no era muy alentadora: rechazo familiar y social, apuros económicos, continuos cambios de domicilio, la muerte de la primera hija a los pocos días de nacer... Y la incómoda convivencia con Claire (al menos para Mary, que todavía en 1836 lamentaba en una carta las persistentes quejas de abandono de su hermanastra, como si pudiese abandonarse a alguien a quien nunca se había sentido unida, dice, y confiesa: «nunca fuimos amigas [...] no iría con ella ni al paraíso, me amargó la vida de joven»).

13

* * *

Dicen que en Staffordshire y Shropshire hay veintiséis mil hombres sin trabajo y sin medios de conseguirlo. [...] Ha habido disturbios muy graves en los condados del interior [...] Hablan de un cambio de ministros, aunque eso no servirá de nada; lo que ha de cambiar es el sistema [...] Pero el señor Owen dice que nos animemos, porque en dos años todos notaremos los beneficios de sus planes. Él está convencido de que triunfarán y no dudo de que él hará muchísimo bien, pero no sé cómo espera conseguir que los ricos renuncien a sus propiedades y vivan en un estado de igualdad, es demasiado romántico para creerlo [...] No me gustaría vivir para ver cómo desaparecen de Gran Bretaña el genio, el talento y el elevado sentimiento de generosidad, pues supongo que ha de ser la consecuencia lógica del plan del señor Owen.

No entiendo la causa de esta penuria que veo y de la que oigo a diario relatos espantosos, pero que sé que existe. El señor Booth dice (y otros lo confirman) que es la paz la que ha traído esta calamidad; que durante la guerra todo el continente estaba concentrado en luchar y defender a sus países de las incursiones de los ejércitos extranjeros, que sólo Inglaterra podía trabajar en paz y que nuestras fábricas empleaban a millones, y con salarios más altos [...] ahora con la paz los puertos extranjeros están cerrados y millones de compatriotas pasan hambre...

Fanny Imlay, carta a Mary, 29 de julio de 1816¹⁴

Mientras Fanny escribía esa carta (una carta muy larga en la que, aparte de contestar a las preguntas de Mary sobre la situación en el país, le habla del «tiempo», también frío y lluvioso, aunque sin tormentas con rayos y truenos, de los amigos y conocidos y de los graves apuros económicos familiares), Mary y Percy, con Claire, habían regresado de la excursión a Chamonix. Leían a Voltaire y a Quinto Curcio, a Lucrecio, a Plinio y a Rousseau, paseaban en barco por el lago, visitaban Diodati, hacían compras en Ginebra, Mary escribía (sin duda *Frankenstein*), traducía, etc. El 2 de agosto, Mary anota en el diario que Shelley y Claire subían a Diodati solos. Ella no (por expreso deseo de Byron). Tal vez lord Byron quisiera hablarles de su ruptura con Claire. Y el día 9, también según el diario de Mary, ella lee y traduce, termina *Adèle* y lee a Curcio. Shelley sale por la mañana en el barco con Byron y por la tarde lee a Tácito. Y añade: «Hacia las 3, subimos a Diodati. Recibimos una larga carta de Fanny». Los Shelley llegan a Inglaterra de las vacaciones ginebrinas el 8 de septiembre de 1816. Se instalan en Bath y luego en Marlow.

Podemos imaginar a Mary trabajando en *Frankenstein* mientras su hermana de madre, Fanny Imlay (la única de las tres «hermanas», el peculiar trío de «diosas», como llamaba Godwin a su hija y a sus hijastras, que seguía en el hogar de Skinner Street con sus padrastrós), escribe la última nota de su vida y se suicida con láudano en una posada de Swansea. Era el 9 de octubre. El 10 de diciembre, encuentran a Harriet Shelley ahogada en el lago Serpentine de Hyde Park; Percy recibe la noticia cinco días después y viaja a Londres con la intención de hacerse cargo de sus hijos Ianthe y Charles. La familia materna se opone. Mary y Percy se casan el día 30. El 13 de enero de 1817, Mary escribe una breve carta a lord Byron comunicándole el feliz nacimiento de su hija («ayer domingo a las cuatro de la mañana») y el buen estado de la madre (Claire). En el último párrafo, le comunica «otro acontecimiento» que le permite firmar «Mary W. Shelley». A finales de marzo, termina el juicio por la custodia de los hijos de Harriet y Percy, que niega la custodia al padre, basándose en su ateísmo, en su inmoralidad y en sus ideas radicales. La gestación de *Frankenstein* se prolonga hasta mayo. Seguramente fue un alivio para Mary concentrarse a continuación en preparar el libro sobre su «excursión de seis semanas» (que se publicaría en noviembre). El mes anterior (septiembre), Mary había dado también a luz a una niña (Clara

Everina). En ese tiempo, Percy escribe el poema *La revuelta del islam*. Los Shelley pasan por primera y última vez en su vida en común meses en una casa propia (Albion House, Marlow), un hogar «permanente», «muy político y poético», dice Mary en una carta de invitación a su amigo Leigh Hunt.¹⁵

Pero el ambiente se iría cargando hasta hacerse irrespirable.

Los Shelley partieron una vez más de Inglaterra en marzo de 1818, en esta ocasión hacia la luz y el sol de Italia, dejando atrás la pesadumbre y las tensiones personales (agudizadas, al menos en el caso de Mary, por la incómoda convivencia continua con Claire y la incesante presión económica de su padre William Godwin) y sociales (el rechazo persistente, las turbulencias del país y la tormenta represiva que arreciaba y avanzaba imparable); y los problemas monetarios de nuevo. Percy llegó a creer que podrían quitarle también la custodia de William y de Clara Everina; y, una vez más, se creía muy enfermo. Mary se sentía agotada. Una noche, en Marlow, escribió a Shelley (que pasó dos meses en Londres haciendo trámites para la publicación de sus respectivas obras, visitar al médico y arreglar asuntos económicos): «... Te envío las pruebas... [de *Frankenstein*], pero estoy cansada y poco lúcida, así que te doy carta blanca para que hagas los cambios que quieras».¹⁶

No dejarían atrás a Claire Clairmont, por supuesto: tenía que entregar a la pequeña Allegra a su padre, según lo acordado, y es posible que todavía confiara en reiniciar la relación con él gracias a la niña.

Y así emprendieron un largo peregrinaje, en el que el entusiasmo inicial de Mary se iría quedando en el camino.

Atrás quedaba también su «progenie» anónima, de cuyo «avance en el mundo» sin duda esperaban noticias.

* * *

En Italia, los Shelley retomaron la amistad de lord Byron y mediaron en las relaciones de Claire con él, que se negó a verla. Allí recibieron las reseñas de *Frankenstein* y de *La revuelta del islam*. Hicieron nuevas amistades, crearon nuevos vínculos y se empaparon de cultura italiana. Allí murieron sus hijos: Clara Everina en Venecia el mismo año de su llegada (24 de septiembre), y William en Roma al siguiente (7 de junio de 1819). Cinco meses después, nació Percy Florence, el único hijo que sobreviviría a sus padres. También moriría allí Allegra Byron (29 de abril de 1822),

que estaba interna en un colegio.

Entre desgracias, encuentros y desencuentros, tensiones y desencanto, pesadumbre y distanciamiento, Mary y Percy siguieron colaborando, leyendo, estudiando, escribiendo, tanteando y buscando juntos y por separado el esquivo ideal, la verdad escurridiza, la amistad, la libertad y el amor: siguieron buscándose a sí mismos. Mary escribió *Mathilda* (novela de tema incestuoso, que no se publicó hasta 1859, después de su muerte) y *Valperga, o Vida y aventuras de Castruccio, príncipe de Lucca*, que se publicó en febrero de 1823; y los dramas mitológicos *Proserpina* y *Midas*. Y Percy escribió las que se consideran sus mejores obras en verso y en prosa, sus obras de madurez.

No obstante, parece evidente que, pese a su amor a Italia, Mary no podría decir después que aquella había sido una época feliz en la que «muerte y dolor sólo eran palabras que no hallaban verdadero eco en mi corazón», como diría en 1831 del verano ginebrino de 1816. Tenía casi veinticinco años cuando perdió al nuevo hijo que esperaba y estuvo a las puertas de la muerte tres semanas antes de que Percy las cruzara.

Los textos

Frankenstein

La primera edición (anónima) de *Frankenstein; or The Modern Prometheus* se publicó en 1818 (Lackington, Hughes, Harding, Mavor & Jones, Londres), en tres volúmenes, con una tirada de quinientos ejemplares. Percy había presentado antes la novela (como primera obra de un amigo que vivía en el extranjero) a su editor Charles Ollier y al editor de Byron (John Murray). En 1823, William Godwin aprovechó el inminente estreno de una versión teatral para preparar y negociar (tras consultarlo con su hija, que seguía en Italia) una segunda edición (Whittaker) en dos volúmenes, con algunas correcciones, en la que figuraba el nombre de la autora: Mary W. Shelley. Y en 1831 (coincidiendo también con nuevas adaptaciones escénicas), apareció una nueva edición «Revisada, corregida e ilustrada, con una nueva Introducción de la autora»,¹⁷ en la colección Standard Novels de la editorial Colburn and Bentley, en un solo volumen y con una tirada de 3.500 ejemplares, de la que se hicieron varias reimpresiones en los años siguientes (1832, 1836, 1839 y 1849). Incluía también el Prólogo de la primera edición (escrito íntegramente por Percy, como indica Mary en la Introducción). Esta última edición revisada por la autora (más a fondo de lo que ella dice en la Introducción) es la que se siguió publicando (y traduciendo) mucho tiempo. Es evidente que Mary cumplió entonces un antiguo deseo al revisar la novela, pues ya en diciembre de 1818, en Italia, escribe en su diario: «Corrijo *Frankenstein*». Es probable que las correcciones sean las que figuran en un ejemplar de la primera edición que la autora regaló en 1823 a una amiga (la señora Thomas) y que se conserva en la Pierpont Morgan Library de Nueva York. Al final del capítulo II del primer volumen, Mary escribió: «Si alguna vez se hace otra edición de este libro, tengo que corregir estos dos primeros capítulos. Los episodios son flojos y desordenados; y el lenguaje resulta pueril a veces. No corresponden al resto». La estrecha colaboración literaria de Percy y Mary Shelley está sobradamente documentada desde el principio de su relación: ambos leían, copiaban, comentaban y revisaban sus respectivas obras. E incluso se proponían temas. Una primera muestra es *History of a Six Weeks' Tour* (publicado en noviembre de 1817), compuesto a partir del diario conjunto que habían escrito en

su primer viaje, cartas de ambos del verano de 1816 y el poema «Mont Blanc» de Percy. Ambos leyeron y revisaron *Frankenstein*.

Lord Byron aclaraba en una carta del 15 de mayo de 1819: «La historia del acuerdo de escribir cuentos de fantasmas es cierta, pero las damas no son hermanas. Una es hija de Godwin y de Mary Wollstonecraft y la otra es hija de la actual señora Godwin y de su marido anterior. Mary Godwin, ahora señora Shelley, escribió *Frankenstein*, que me parece una obra espléndida para una joven de diecinueve años, bueno, ni siquiera los había cumplido entonces...».18

En el último párrafo de la Introducción, la autora resume en qué había consistido la revisión. Dejando a un lado la pertinencia o intencionalidad de las correcciones, es indudable que los cambios que hizo no tenían más objetivo que mejorar la historia sin tocar «su núcleo y esencia».

* * *

*Recuerda que yo soy tu criatura; yo debía ser tu Adán,
pero más bien soy el ángel caído...*19

El explorador Robert Walton se presenta al lector de *Frankenstein* con la carta que inicia la narración, dirigida a su hermana Margaret Walton Saville (cuyas iniciales, MWS, curiosamente coinciden con las de Mary Wollstonecraft Shelley), en Inglaterra, y fechada en San Petersburgo el 11 de diciembre de 17—. La expedición que va a emprender es el sueño de su infancia (recuerda su descuidada educación, su apasionada lectura de la historia de los viajes de exploración, su paso a la poesía y su vano sueño juvenil de hacerse un hueco al lado de Homero y de Shakespeare, y la suerte de haber podido volver al primero, que se dispone a realizar ahora, tras seis años de estudio y esforzada preparación, esperando ilusionado satisfacer su curiosidad con el descubrimiento de lugares ignotos, el paso del Noroeste «para eterno beneficio de la humanidad», o la fuerza prodigiosa que atrae la aguja de la brújula). La carta siguiente es del 28 de marzo, desde Arcángel. Walton ya tiene el barco y está eligiendo a los tripulantes. Se queja de que no tiene «ningún amigo». Confiesa que anhela la compañía de un hombre cuya mirada responda a la suya. Y vuelve a lamentar haberse educado solo, sin guía de nadie hasta los catorce años, en los que, repite, sólo había leído libros de viajes. «Tengo veintiocho años y

soy más ignorante que un escolar de quince», concluye. La tercera carta es del 7 de julio. Walton escribe en el barco, rumbo al norte, viento en popa, entre témpanos, sin incidentes dignos de mención. La carta siguiente (fecha el 5 de agosto) da cuenta de un suceso extraño: unos días antes, rodeados de hielo, habían divisado, a una media milla, un trineo tirado por perros en el que viajaba alguien de estatura gigantesca y apariencia humana que se perdió de vista entre las irregularidades del hielo. Al día siguiente por la mañana, descubrieron al lado del barco sobre un témpano a otro viajero (en trineo también, con un solo perro vivo) que parecía europeo y medio muerto de congelación y agotamiento y que, antes de aceptar subir al barco, aunó sus escasas fuerzas para hacer la pregunta más insólita que cabría esperar en su situación y en semejante lugar «¿Tendría la amabilidad de decirme hacia dónde se dirigen?».

El capitán Walton sigue anotando en la carta a modo de diario en días sucesivos el estado del recién llegado, que, cuando se recupera lo suficiente, promete contarle su historia, a pesar de que había decidido llevarse el secreto a la tumba. Walton promete a su hermana que anotará lo que le cuente cada día, según las palabras del que ya considera un amigo y por quien siente cada vez más afecto. Y así, le cede la voz y la palabra.

Sigue al preámbulo epistolar el capítulo I: la historia de Víctor Frankenstein, que él le cuenta a Walton y que Walton anota literalmente para su hermana, para sí mismo y para «la posteridad». Es «ginebrino», pertenece a «una de las familias más distinguidas de esa república», describe a unos padres bondadosos y una infancia idílica, sus estudios e intereses y cómo había pasado de creer que «nada se conocía ni podía ser conocido» hasta su gran descubrimiento en la universidad de Ingolstadt tras concentrarse en examinar y analizar las causas que concurren en el cambio de la vida a la muerte y de la muerte a la vida hasta que vio la «maravillosa, simple y brillante luz» que le permitió desvelar el origen de la generación y de la vida; y mucho más: ser capaz de animar la materia inerte. Expone sus dudas y su determinación final de crear un ser humano, impulsado por el primer entusiasmo del éxito a creer que la vida y la muerte eran «fronteras teóricas» en las que él «irrumpería el primero para derramar un torrente de luz en nuestro oscuro mundo. Una nueva especie me bendeciría como a su creador, muchos seres felices y maravillosos me deberían su existencia. Ningún padre podría reclamar tan completamente la

gratitud de sus hijos como yo merecería la de éstos».

En el centro de esta historia, que nos llega filtrada por Víctor y por Walton, surge la voz de la criatura (capítulo XI), que relata la propia historia a Víctor Frankenstein, su creador, desde el momento que había empezado a cobrar un confuso conocimiento de su existencia: la búsqueda de sí mismo («¿Quién era yo? ¿Qué era yo? ¿De dónde venía? ¿Cuál era mi destino?»),²⁰ el despertar de los sentidos, sus descubrimientos y su aprendizaje (porque el monstruo al que Víctor Frankenstein había dado la vida y del que había huido aterrado al ver el horrendo resultado de su empeño, ha aprendido a leer y a hablar; y piensa, siente y padece), la identificación de los sentidos, las sensaciones, sus sentimientos y el pavoroso reconocimiento de las identidades monstruosas (la propia, la del «padre» creador y la de los humanos a los que se acerca).

Después del relato de la criatura sin nombre (a quien Víctor Frankenstein llama «monstruo aborrecible», «demonio», «engendro diabólico», «enemigo»), una historia asombrosa y conmovedora, retoma la propia historia Víctor hasta su llegada al barco de Walton; y retoma luego Walton el monólogo epistolar con su hermana (con el lector) y relata la conclusión: el final de Víctor y la llegada de la criatura al barco, su lamento y su partida, hasta que se pierde «en la oscuridad y la distancia».

El peculiar empleo del recurso epistolar da a la novela una estructura envolvente y absorbente, en la que todas las voces que contiene (y que contienen otras historias en la propia) fluyen sin imponerse, sin pretensión de verdad absoluta y exclusiva, sin afán doctrinal, apuntando siempre una cierta ambigüedad que permite múltiples interpretaciones.

Vampiros

En el fragmento de Byron, el narrador cuenta en primera persona el viaje que emprende «en 17–», «por países poco frecuentados hasta entonces por viajeros» con un amigo al que da el nombre de Augustus Darvell, años mayor que él y mucho más experto «en lo que se llama el mundo», por quien siente una curiosidad y un interés especiales. Recorren varios países del sur de Europa y se dirigen a Oriente, según el plan inicial. La repentina enfermedad de Augustus Darvell cuando ya han hecho «la mitad del camino hacia las ruinas de Éfeso» precipita el acontecimiento que cierra el fragmento con el inesperado y súbito fin del viaje, dejando (a modo de preámbulo, o de primer capítulo) las puertas abiertas a todas las posibilidades. Posibilidades que desarrollaría notablemente John William Polidori.

El fragmento se publicó al final de la primera edición del poema *Mazeppa*, como recuerdan Mary en la Introducción de *Frankenstein* (no deja de llamar la atención que la autora pase por alto *El Vampiro* de Polidori en 1831) y Polidori en la Introducción de *Ernestus Berchtold* (1819). El texto figura en múltiples publicaciones de cuentos de vampiros, antologías de cuentos de terror y últimamente en muchas ediciones de *Frankenstein*, con lo que viene a cumplirse la promesa de Byron («Mary y yo publicaremos los nuestros juntos») aquella lejana velada de lectura y especulaciones.²¹

* * *

El Vampiro, de John William Polidori, se publicó en abril de 1819 en *New Monthly Magazine*, atribuido errónea o intencionadamente a lord Byron. Polidori aclaró que lo había escrito él a petición de una amiga, partiendo del que había empezado Byron en Diodati. Lord Byron pidió a su editor que publicara el texto escrito por él para acabar de una vez con la fastidiosa confusión, pese a lo cual, siguió adjudicándosele la autoría. Fue todo un éxito, alabado como la última obra maestra de lord Byron. El mismo año se publicaron otras siete ediciones, se tradujo a varios idiomas y se hicieron versiones teatrales y musicales.

Narrado en tercera persona, *El Vampiro* relata la historia del enigmático lord Ruthven, que frecuenta un invierno las fiestas de la alta sociedad londinense, y de Aubrey, un joven huérfano, rico y tan inocente, que creía «que los sueños de los poetas eran la realidad de la vida». Aubrey observa a lord Ruthven, sus hermosos rasgos a pesar de su palidez, su mirada fría y fulminante, su ensimismamiento. Se siente fascinado por él y procura ganarse su amistad. Desea conocer a alguien que tiene tan poco en común con los demás mortales. Y, cuando advierte que lord Ruthven se dispone a emprender un viaje, convence a sus tutores de que ha llegado el momento de hacer él también el *grand tour* que, nos informa el narrador, «durante tantas generaciones se ha considerado necesario para que los jóvenes den algunos pasos rápidos en el mundo del vicio...». El misterioso lord Ruthven propone al joven acompañarlo. A los pocos días, cruzan juntos el mar. Aubrey puede estudiar de cerca a su compañero. En Bruselas y en otras ciudades por las que pasaron, se sorprende por la impaciencia con que buscaba los garitos de moda...

El desarrollo de la historia (con la descripción de los viajes, lugares y personajes) consiste en el complejo y pausado desvelamiento del carácter de Ruthven por el cándido Aubrey: su lucha, primero por creer (o para no creer) lo imposible y luego para convencer a sus tutores y salvar a su hermana. Esta lucha y *sobre todo el final*, el desenlace, sugieren serias consideraciones sobre «el mal», la verdad, los peligros que acechan especialmente a quienes, como el joven Aubrey, cultivan más la imaginación que el juicio, los monstruos reales que poblaban la sociedad de la época y con los que convivimos en la nuestra: la estirpe es larga. Y lo es la progenie literaria de «El Vampiro» de John William Polidori, que ha llegado al siglo XXI y sigue proliferando felizmente.

Se ha especulado mucho sobre la relación de amor-odio de Polidori con «el noble poeta», alegando que lo toma como modelo de su vampiro para vengarse, aunque también podríamos conceder al joven médico-escritor el beneficio de la duda y aceptar que fue un simple juego literario. Los rasgos byronianos y las posibilidades de Augustus Darvell, el personaje esbozado por el poeta, sin duda eran mucho más claros para el joven médico, que se los otorga a su vampiro. Y no intenta ocultarlo, pues le da también el nombre del perverso protagonista de *Glenarvon* (Ruthven Glenarvon), la novela que publicó en 1816 lady Caroline Lamb, una de las amantes más

empecinadas de Byron, a quien consideraba «loco, malo y peligroso». Cabe suponer que el joven Aubrey de «El vampiro», ingenuo y sensible, tan fascinado por lord Ruthven y su misterio, tiene mucho del propio Polidori (tal como él se veía). Sea como fuere, lo cierto es que John William Polidori creó el primer vampiro literario en lengua inglesa: aristocrático, enigmático, fascinante, seductor y maléfico. El personaje sigue vivo en el género vampírico.

En 1820, Cyprien Bérard publicó la novela *Lord Ruthven ou les vampires*, y el mismo año (en junio) se estrenó en París *Le Vampire*, de Charles Nodier, con tanto éxito que se tradujo al inglés y se estrenó en Londres en agosto.

En España, se publicó en 1824 (atribuido a Byron), 1829, 1841 y 1843.²² El género vampírico siguió vivo el siglo XIX, destacando entre los vampiros literarios posteriores *Carmilla* (1872) de Joseph Sheridan Le Fanu, y *Drácula* (1897) de Bram Stoker.

Cartas, diarios, fragmentos

La selección de textos que cierra el libro nos acerca la realidad de los autores desde ángulos especiales, con una inmediatez única. Se centra en sus relaciones y actividades el verano de 1816 (completan el cuadro) y su proyección posterior (los años italianos). Sólo incluimos al principio la instantánea anterior de la futura autora de *Frankenstein* a los diecisiete años: la angustiosa nota a Thomas Jefferson Hogg y las anotaciones escuetas y contenidas de su diario de marzo de 1815 («Encuentro a mi hijita muerta», día 6. «Todavía pienso en mi hijita. [...] es duro para una madre perder a un hijo», día 9. «Pienso en mi hijita muerta [...] En cuanto me quedo a solas con mis pensamientos y no leo para distraerlos, siempre vuelven al mismo punto: que era madre y que ya no lo soy», día 13. «Sueño que mi hijita se reanimaba; que sólo estaba fría, la frotábamos delante del fuego y estaba viva. Despierto y no está. Pienso en ella todo el día», día 19. «Sueño otra vez con mi hijita», día 20. Y, como contrapunto, las ausencias de Percy, casi siempre con Clara: «Shelley y Clara fuera toda la mañana», día 1. «Shelley y Clara no vuelven hasta las seis», día 2. «Shelley y Clara van a la ciudad», días 5 y 13. «Shelley y Clara van a la ciudad después de desayunar», día 7. «Shelley, Hogg y Clara van a la ciudad. Hogg vuelve pronto», día 10. Ausencias que por una u otra razón, forzosas o voluntarias, serían una constante en los años siguientes.) Las cartas de Mary y de Percy desde Ginebra (1 de junio de 1816 y 12 de julio de 1816 respectivamente) figuran en *Historia de una excursión de seis semanas* (véase Procedencia de los textos seleccionados, p. 419). Mary empezaría a escribir su cuento de fantasmas a los pocos días. Seis meses después, en la carta a su «querido Elfo» (6 de diciembre de 1816), vemos que está escribiendo *Frankenstein*. Su hermana Fanny se había suicidado dos meses antes. Unos días después, llegaría la noticia de la muerte de Harriet. El tono alegre, despreocupado e irónico de la carta no consigue ocultar del todo cierta exasperación. En la carta a Peacock (Rávena, 10 de agosto de 1821), Shelley habla de Byron más que de sí mismo, que sin duda estaba preocupado por otros asuntos. Y nos permite compararla con la carta de Byron a John Murray, escrita poco después.

Las cartas de Byron (desde la primera de 1816 hasta la última de

1821, ambas a su editor y amigo John Murray) hablan de todo y de todos: francas, directas, frescas, incisivas.

Y al final, las dos cartas del doctor Polidori (de hermano mayor a su hermana Frances y de buen hijo a su padre) que enmarcan los fragmentos del diario (27 de mayo - 5 de septiembre), cuyas notas son simples apuntes para ampliarlos después (un después que no llegaría nunca) o las observaciones precipitadas a veces y agudas otras de un testigo de excepción de aquellos días.

Notas a la Introducción

¹ *Fantasmagoriana, ou recueil d'histoires d'apparitions de spectres, revenants, fantômes, etc., traduit de l'allemand, par un amateur* [Jean Baptiste Benoit Eyriès], París, Lenormant et Schoell, 1812.² Según el diario de Polidori (día 15), los Shelley habían ido a Diodati al atardecer, él se había torcido el tobillo izquierdo, habían comentado su obra de teatro y todos coincidieron en que no valía nada. «Después –añade–, Shelley y yo mantuvimos una conversación sobre principios: si había que considerar al hombre mero instrumento.» (*The Diary of Dr. John William Polidori, 1816, Relating to Byron, Shelley, etc.*, ed. de William Michael Rossetti, Londres, Elkin Mathews, 1911.)³ En *The Letters of Percy Bysshe Shelley*, ed. de Roger Ingpen, vol. II, Londres, G. Bell and Sons, 1914, pp. 528-532 (Marlow, 8 de diciembre de 1816).⁴ En la primera edición de *Frankenstein* (1818), el principio del «cuento» figura en el capítulo IV del primer volumen; en la edición de 1831, revisada por la autora (en la que se basa la traducción, de Mercedes Rosúa, incluida en este volumen), es el principio del capítulo V. Véase p. 119.⁵ En el Prólogo a la primera edición (escrito íntegramente por Percy, según Mary), se excluye también a Polidori, diciendo: «Otros dos amigos y yo...» (p. 56).⁶ En la nota del día 18 añade que, después de las doce, lord Byron recitó unos versos de *Christabel*, de Coleridge, los de los senos de la hechicera, y que, en el silencio que se hizo cuando terminó, «Shelley empezó a gritar de pronto, se llevó las manos a la cabeza, y salió corriendo de la habitación con una vela. Le eché agua en la cara y luego le di éter. Estaba mirando a la señora Shelley y recordó a una mujer de la que le habían contado que tenía ojos en lugar de pezones, lo cual se apoderó de su mente y se aterró». ⁷ Véase Selección, fragmento carta, pp. 399-400.⁸ Cuando Mary y Percy se fugaron al continente en julio de 1814 (acompañados por Claire), William Godwin, padre de Mary y padrastro de Claire, que estimaba a Percy como discípulo y benefactor, pasó a considerarle «raptor» de sus hijas (sin dejar por ello de reclamarle las prestaciones económicas a que el joven se había comprometido); la desobediencia de su hija le dolió tanto que durante más de dos años se negó a hablar con ella. Cabe imaginar la preocupación y la indignación de la señora Godwin, la madre de Claire, que aparece como la madrastrona del cuento en muchas biografías de Mary y del «noble poeta»; en cuanto al padre de Percy, Timothy Shelley, la irresponsabilidad de su primogénito había colmado el vaso; procuró presionarle controlando sus asignaciones; por otro lado, la mujer abandonada, Harriet Westbrook Shelley, que en un principio creyó que su marido volvería con ella y con sus hijos, al parecer ya había perdido toda esperanza.⁹ Carta de lord Byron a su editor John Murray (24 de enero de 1817), citada por William Michael Rossetti en *The Diary of Dr. John William Polidori*, p. 137. En esta y en otras cartas, Byron le pide que ayude al joven médico en todo lo que pueda.¹⁰ Véase *Diary*, pp. 173 y 182 (entrada del 8 de diciembre, precedida de la nota: «desde ese día –4 de octubre, nota anterior– hasta hoy abandoné el diario.»).¹¹ Dice Robert Hughes (*La costa fatídica*): «La última parte del siglo XVIII fue fecunda en planes de mejoras sociales que nacían de una conciencia

revolucionaria creciente. Aunque en este caso se invertiría el proceso: no utopía sino distopía, no el hombre natural rousseauiano moviéndose en la gracia moral de los contratos sociales libres, sino el hombre coartado, exiliado, desarraigado, encadenado [...] los patronos intelectuales de Australia en sus primeros años fueron Hobbes y Sade». ¹² *Memoirs*, 1798, cap. IX; hay una edición de *A Short Residence in Sweden* (de Mary Wollstonecraft) y *Memoirs of the Author of «The Rights of Woman»* (William Godwin), con introducción y notas de Richard Holmes, Londres, Penguin Classics, 1987. ¹³ *The Letters of Mary Wollstonecraft Shelley*, ed. de Betty T. Bennett, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1980-1989, cit. en Emily W. Sunstein, *Mary Shelley, Romance and Reality*, Johns Hopkins University Press, 1991 (p. 332). Véase el diario de Mary (marzo de 1815), Selección, p. 373, que da una idea de la situación. La tensión se prolongó. Clara no estaba dispuesta a volver al hogar de los Godwin, que seguramente tampoco la habrían aceptado. Mary escribe en su diario el viernes 12 de mayo: «No muy bien. Leo a Spenser después de desayunar. Shelley se va con su amiga; vuelve él primero. Traduzco literalmente a Ovidio (90 versos), leo a Spenser [...] Shelley y la dama se van [...] Shelley y su amiga tienen una última conversación». Y el día 13: «Clara se marcha; Shelley la acompaña. C[h]arles C[lairmont] viene a almorzar; hablamos. Shelley se va con él. Leo todo el día a Spenser (termino el canto 8, libro V), Jefferson no llega hasta las 5. Muy angustiada por Shelley; salimos a buscarlo; volvemos; llueve. Shelley regresa a las seis y media: el asunto ha terminado. Después de cenar, Shelley muy cansado y se va a dormir. Leo a Ovidio (60 versos) [...] Empiezo un diario nuevo con nuestra regeneración». Claire se marchó sola a Lynmouth. Y, al parecer, Mary se tranquilizó, aunque el 27 de julio escribe a Shelley una carta angustiada suplicándole que vuelva a su lado y preguntándole si Claire está con él. ¹⁴ Florence A. Marshall, *Life and Letters of Mary Wollstonecraft Shelley*, Londres, Bentley, 1889, vol. I, pp. 147-155. «En realidad –añade Fanny en la p. 150–, no hay nada muy prometedor en regresar a Inglaterra, al menos de momento, pues es mejor presenciar la miseria en un país extranjero que en el propio, a no ser que uno tenga los medios de mitigarla.». Ella, personalmente, no contaba con esos medios. Y cabe suponer que ya entonces daba vueltas a la idea que llevaría a la práctica pocas semanas después. Es muy probable que ya lo hubiese decidido. ¹⁵ *Selected Letters of Mary Wollstonecraft Shelley*, ed. de Betty T. Bennett, Johns Hopkins University Press, 1995, p. 23 (2 de marzo de 1817). Estaban preparando la casa para instalarse y mientras tanto vivían con su amigo Peacock y su madre. ¹⁶ Sunstein, *op. cit.*, p. 144 (*The Letters of Mary Wollstonecraft Shelley*, Betty T. Bennett, ed., Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1983. I, pp. 42-43). ¹⁷ Norma que permitiría a la editorial retener los derechos de edición hasta que la obra pasó a dominio público (después de la muerte de la autora). En «The Impact of Frankenstein» (*Mary Shelley in Her Times*, ed. de Betty T. Bennett y Stuart Curran, Johns Hopkins University Press, 2000), William St Clair pone en tela de juicio el «inmediato éxito» de *Frankenstein*. «La mayor parte del siglo XIX no fue la lectura del texto sino las adaptaciones teatrales las que lo mantuvieron vivo en la cultura.» Hasta finales del siglo XIX (1879), no llegó al público lector al que estaba destinado. ¹⁸ Véase fragmento carta, Selección, p. 401. ¹⁹ Véase cap. X, p.

172.²⁰ Véase cap. XII, p. 208.²¹ Thomas Moore, *Letters and Journals of lord Byron: with Notices of His Life*, John Murray, vol. II, 1830, p. 31.²² El *Diccionario general de bibliografía española*, tomo III (Dionisio Hidalgo, Madrid, 1868), registra una edición de 1841 en Madrid: *El Vampiro. Novela atribuida a lord Byron*; y otra de 1843, también en Madrid: *El Vampiro o la sangre de las víctimas*, trad. de D. L. L. Véase también, David Roas Deus, *Recepción de la literatura fantástica en la España del siglo XIX*, UAB, 2000.

Frankenstein o el moderno Prometeo*

Mary W. Shelley

Traducción de Mercedes Rosúa

Did I request thee, Maker, from my clay
To mould Me a man? Did I solicit thee
From darkness to promote me?

Paradise Lost (X. 743-5)

¿Acaso te pedí yo, Hacedor, que de mi barro
me hicieras Hombre? ¿Te solicité yo acaso
que me ascendieras desde la oscuridad?

El Paraíso Perdido (X. 743-5)

Estos volúmenes están respetuosamente dedicados por la autora a William Godwin, autor de *Justicia Política*, *Caleb Williams*, etc.

Introducción [1831]

Los editores de Standard Novels, al seleccionar *Frankenstein* para una de sus series, expresaron el deseo de que yo les proporcionara alguna explicación sobre los orígenes de la historia. Estoy tanto más inclinada a hacerlo cuanto que, así, tendré la ocasión de responder en general a la pregunta, que me plantean con tanta frecuencia: «¿Cómo es posible que a mí, por entonces una chica joven, se me ocurriera, y me complaciese en desarrollar, una idea tan horrible?». Es cierto que estoy muy en contra de ponerme a mí misma en primer plano en letra impresa, pero, dado que mi explicación sólo aparecerá como apéndice de una obra anterior, y teniendo en cuenta que, en tanto que tal, se limitará a incidir en temas que sólo se relacionan con mi autoría, no puedo acusarme a mí misma de intrusismo personal.

No tiene nada de raro que, al ser hija de dos personas de conocida fama literaria, pensara, desde tiempos muy tempranos de mi vida, en escribir. De niña garabateaba, y mi pasatiempo favorito durante los ratos de esparcimiento era «escribir historias». Tenía un placer aun más profundo que éste: hacer castillos en el aire, abandonarme a soñar despierta encadenando pensamientos cuyos temas se basaban en una sucesión de incidentes imaginarios. Mis sueños eran a la vez más fantásticos y más agradables que mis escritos. En estos últimos era una cuidadosa imitadora, más dada a hacer como otros habían hecho que a escribir lo que me sugería mi propia mente. Lo que escribía por lo menos se suponía que iba a ser visto por otros ojos, mi compañero y amigo de infancia. Pero mis sueños no me pertenecían sino a mí, no respondía de ellos ante nadie, eran mi refugio cuando no me sentía a gusto, mi mayor placer cuando estaba libre.

De joven viví principalmente en el campo, y pasé bastante tiempo en Escocia. Hice visitas ocasionales a las zonas más pintorescas, pero mi residencia habitual estaba en las desiertas y tristes riberas del Tay, cerca de Dundee. En retrospectiva las llamo desiertas y tristes; entonces no me lo parecían. Eran el inaccesible refugio de la libertad y la agradable región donde, inadvertida, yo podía

comunicarme con las criaturas de mi fantasía. Escribía entonces, pero con un estilo de lo más común. Fue allí, bajo los árboles de los campos que pertenecían a nuestra casa, o en las desiertas laderas rasas de las montañas cercanas, donde nacieron y se criaron mis verdaderas composiciones, los etéreos vuelos de mi imaginación. No me puse a mí misma como heroína de mis cuentos. La vida me parecía un asunto demasiado vulgar para implicarme en él. No podía imaginar que las desventuras románticas o los sucesos maravillosos podrían alguna vez sucederme a mí, pero no estaba confinada en mi propia identidad, y podía poblar las horas con creaciones mucho más interesantes para mí, a aquella edad, que mis propias sensaciones.

Después de esto mi vida se llenó de ocupaciones y la realidad tomó el lugar de la ficción. Mi marido, sin embargo, se mostró, desde el principio, muy interesado en que yo probara que era digna de mi linaje y me incorporara a la página de la fama. Me incitaba todo el tiempo a que lograra reputación literaria, la cual incluso también yo misma por entonces deseaba, mientras que después me he vuelto infinitamente indiferente a ella. Por entonces él quería que yo escribiese, no tanto por la idea de que podía producir algo digno de mención como por el hecho de que así él podría juzgar por sí mismo en qué medida se encerraba en mí la promesa de hacer cosas mejores más adelante. No hice, sin embargo, nada. Viajar, y las tareas familiares, me ocupaban el tiempo, y toda la labor literaria a la que dedicaba mi atención se concentraba en el estudio, en el sentido de leer o de ir mejorando mis ideas por medio de la comunicación con su mente, mucho más culta que la mía.

En el verano de 1816 visitamos Suiza, y nos hicimos vecinos de lord Byron. Al principio pasábamos nuestras horas de esparcimiento en el lago, o paseando por sus orillas, y lord Byron, que estaba escribiendo el tercer canto de *Childe Harold*, era el único de nosotros que ponía por escrito sus pensamientos. Éstos, que él nos iba aportando sucesivamente, estaba investidos de toda la luz y armonía de la poesía, parecían participar de la divinidad de las glorias del cielo y de la tierra, cuyas influencias compartíamos con él.

Pero aquel verano se reveló como húmedo y poco propicio para el genio, y la lluvia incesante nos confinaba frecuentemente durante días enteros en la casa. Cayeron en nuestras manos algunos volúmenes de historias de fantasmas traducidas del alemán al

francés. Había la historia del Amante Inconstante, el cual, cuando creía haber asido a la novia a la que había dado palabra de compromiso, halló entre sus brazos al pálido fantasma de aquella a la que abandonó. Había el cuento del pecador fundador de su estirpe, cuyo miserable destino era dar el beso de la muerte a todos los jóvenes hijos de su linaje maldito, justo cuando éstos llegaban a la edad prometedora. Su gigantesca forma sombría, vestida como el fantasma de Hamlet, con armadura de la cabeza a los pies, pero con la babera alzada, se veía a la medianoche, iluminado por los rayos irregulares de la luz de la luna, mientras avanzaba lentamente por la avenida tenebrosa. Su forma se perdía en las sombras de los muros del castillo, pero de repente chirriaba el portalón, se oían pasos, la puerta de la habitación se abría, y él avanzaba hacia el lecho de los lozanos jóvenes, sumidos en un sueño saludable. En su faz se plasmaba la pena eterna cuando se inclinaba y besaba la frente de los niños, que, a partir de aquel momento, se marchitaban como las flores cuyo tallo se ha quebrado. No he visto esas historias desde entonces, pero sus episodios están tan frescos en mi mente como si los hubiese leído ayer.

«Cada uno de nosotros escribirá una historia de fantasmas» dijo lord Byron, y se aceptó su propuesta. Éramos cuatro. El noble autor comenzó un cuento, del que publicó un fragmento al final de su poema de Mazeppa. Shelley, más apto para expresar ideas y sentimientos por medio del brillo de una imagería brillante y con la música de los versos más melodiosos que adornan nuestra lengua que para inventar la trama de una historia, empezó una basada en las experiencias de su juventud. El pobre Polidori tuvo cierta terrible idea sobre una dama con cabeza de calavera, que había sido castigada de esa forma por espiar por el ojo de la cerradura; he olvidado lo que vio, algo muy escandaloso e incorrecto, por supuesto. Pero cuando la dama estuvo ya reducida a un estado peor que el del célebre Tom de Coventry, Polidori no supo qué hacer con ella, y se vio obligado a despacharla a la tumba de los Capuletos, el único sitio que le convenía. También los ilustres poetas, aburridos por la vulgaridad de la prosa, abandonaron prontamente esa tarea impropia de su genio.

Me dediqué a pensar una historia, una historia que compitiera con aquellas que nos habían impulsado a emprender esa tarea. Una historia que hablase de los misteriosos temores de nuestra naturaleza, y despertara estremecimientos de horror; una que

hiciese que el lector tuviese miedo de mirar a su alrededor, que helara la sangre y apresurara los latidos del corazón. Si no conseguía eso mi historia de fantasmas no merecería tal nombre. Pensé, y sopesé, vanamente. Sentía esa vacía incapacidad de invención que es la mayor miseria de un autor, cuando la insípida Nada responde a nuestras ansiosas invocaciones. Cada mañana me preguntaban: ¿Has pensado una historia?, y cada mañana me veía obligada a responder con una humillante negativa.

Todo debe tener un comienzo, por emplear una frase de Sancho, y ese comienzo debe estar ligado a algo que ha ocurrido anteriormente. Los hindúes dicen que el mundo es sostenido por un elefante, pero que el elefante está de pie sobre una tortuga. Es forzoso admitir humildemente que la invención no consiste en crear del vacío sino del caos; en primer lugar hay que disponer de materiales, hay que dar forma a sustancias carentes de ella a partir de la oscuridad, pero la imaginación no puede dar existencia a la sustancia misma. Siempre que se trata de descubrimiento e invención, incluso en aquellos casos que pertenecen a la imaginación, se nos recuerda continuamente la historia de Colón y su huevo. La invención consiste en la capacidad de captar las posibilidades de un tema, y en el poder de moldear y vestir las ideas que éste sugiere.

Hubo muchas y largas conversaciones entre lord Byron y Shelley, durante las cuales yo era un oyente devoto pero casi silencioso. Durante una de ellas se discutieron varias doctrinas filosóficas, y entre ellas la naturaleza del principio de la vida, y si existiría alguna probabilidad de que éste alguna vez se descubriera y comunicara. Hablaron de los experimentos del doctor Darwin (no me refiero a lo que el doctor realmente hizo, o dijo que había hecho, sino, como conviene a lo que trato, a lo que se dijo entonces que él había hecho), el cual metió en un recipiente de cristal un puñado de fideos hasta que, por algún medio extraordinario, comenzaron a moverse voluntariamente. Sin embargo, no se habría infundido vida de este modo. Quizás un cadáver podría ser reanimado; el galvanismo ha dado pruebas de tales casos: quizá las partes que componen una criatura pueden ser tratadas, unidas e infundidas de calor vital.

Anocheció mientras se hablaba, e incluso había ya pasado la hora bruja antes de que nos retirásemos a descansar. Cuando puse la cabeza en la almohada no dormí, tampoco podría decirse que

estaba pensando. Mi imaginación, desatada, me guiaba y poseía, dotando a las sucesivas imágenes que surgían en mi mente de una viveza que sobrepasaba con mucho los normales límites del ensueño. Vi, vi con los ojos cerrados pero con aguda visión mental, al pálido estudiante de artes sacrílegas de rodillas junto a la cosa que había ensamblado. Vi al horrible fantasma de un hombre tendido, y luego, por efecto de cierta poderosa máquina, mostraba señales de vida, y se estremecía con un torpe movimiento semivital. Debía ser espantoso, porque sería infinitamente espantoso el efecto de conducta humana alguna destinada a parodiar el espléndido mecanismo del Creador del mundo. El éxito conseguido llenaría de terror al artífice, huiría de aquella odiosa obra de sus manos, lleno de pánico. Abrigaría la esperanza de que, dejada la cosa a sí misma, la leve chispa de vida que él le había comunicado se extinguiría; que aquel ser, que había recibido una animación tan imperfecta, volvería a ser materia muerta, y que él podría dormir en el convencimiento de que el silencio de la tumba absorbería para siempre la fugaz existencia del odioso cadáver que él había considerado la cuna de la vida. Se duerme, pero se despierta, abre los ojos, contempla la cosa horrenda que está de pie al lado de su cama, que descorre sus cortinas y le mira con ojos amarillos, acuosos, pero inquisitivos.

Abrí los míos aterrorizada. La idea poseía mi mente de tal forma que un escalofrío de miedo me recorrió, y deseé cambiar la fantasmal imagen de mi fantasía por la realidad que me rodeaba. Las veo todavía, la misma habitación, el parquet oscuro, las contraventanas cerradas, con la luz de la luna que luchaba por penetrar a través de ellas, y la sensación que tuve de que el lago cristalino y las blancas cimas de los Alpes estaban más allá. No me fue tan fácil librarme de mi horrible fantasma; me seguía obsesionando. Debía intentar pensar en otra cosa. Recurrí a mi historia de aparecidos, ¡mi malhadada fastidiosa historia de aparecidos! ¡Oh, si por lo menos pudiera idear una que inspirase a mi lector el mismo miedo que yo había experimentado aquella noche!

La idea me vino tan rápida y esperanzadora como la luz. «¡Lo encontré! Lo que a mí me aterró aterrará a otros, y lo único que necesito es describir el espectro que se me ha aparecido junto a mi lecho a medianoche.» A la mañana siguiente anuncié que yo tenía pensada una historia. Comencé ese mismo día con las palabras Era

una triste noche de noviembre, limitándome a transcribir los macabros terrores de mi sueño despierta.

Al principio pensé que serían unas pocas páginas, un cuento breve, pero Shelley me instó a que desarrollara la idea con mayor extensión. Ciertamente no debo la sugerencia de ningún episodio, ni siquiera apenas sucesión alguna de sensaciones, a mi marido, y sin embargo, de no haber sido por su sugerencia, la historia nunca habría tomado la forma en que fue presentada al mundo. Debo exceptuar de esta declaración el prólogo. Hasta donde puedo recordar, fue escrito enteramente por él.

Y ahora, una vez más, ordeno a mi horrible progenie que avance y prospere. Le he cogido cierto cariño, porque fue el fruto de días felices, cuando muerte y dolor no eran sino palabras, que no hallaban verdadero eco en mi corazón. Sus numerosas páginas hablan de muchos paseos, salidas y conversaciones, cuando yo no estaba sola y mi compañero era alguien a quien, en este mundo, no volveré a ver nunca más. Pero esto se queda para mí misma; mis lectores no tienen nada que hacer con estas asociaciones.

Sólo añadiré unas palabras sobre las correcciones que he hecho: Son principalmente de estilo. No he cambiado parte alguna de la historia, ni introducido nuevas ideas o circunstancias. He mejorado el lenguaje allá donde era tan escueto que interfería con el interés de la narrativa, y esos cambios se dan casi exclusivamente en el comienzo del primer volumen. Cualesquiera que éstos sean, están además confinados exclusivamente a partes que son simples accesorios de la historia, por lo que dejan el núcleo y sustancia de ésta intocados.

M. W. S.
Londres, 15 de octubre de 1831

Prólogo

[1818]

El suceso en el que se basa esta obra de ficción ha sido considerado por el doctor Darwin, y algunos de los escritores fisiologistas de Alemania, como no completamente imposible. No debe suponerse que yo otorgue seriamente el más leve grado de credibilidad a tales fantasías; sin embargo, al asumirlo básicamente como un producto de la imaginación, no me he considerado a mí misma como un mero tejedor de tramas de terrores sobrenaturales. El hecho del que depende el interés de la historia carece de las desventajas de un simple cuento de fantasmas o encantamientos. Se apoyaba en la novedad de las situaciones que desarrolla, y, aunque es imposible como hecho físico, aporta a la imaginación un punto de vista respecto a la definición de las pasiones humanas más amplio y exigente que ninguno de los que los ordinarios relatos de tales sucesos de los que ahora se dispone es capaz de ofrecer.

Me he propuesto, pues, preservar la veracidad de los principios elementales de la naturaleza humana, al tiempo que no he tenido escrúpulos en innovar en lo que se refiere a sus combinaciones. La *Ilíada*, el poema trágico de Grecia, Shakespeare en *La Tempestad* y en *El sueño de una noche de verano*, y muy en especial Milton en *El Paraíso Perdido*, se atienen a esta regla, y el más modesto novelista, que busca proporcionar o recibir distracción por medio de su trabajo, puede, sin pecar de atrevimiento, aplicar a la ficción en prosa una licencia, o más bien una regla, cuya adopción en numerosas combinaciones exquisitas de sentimientos humanos ha dado como resultado los más sublimes ejemplos de poesía.

Las circunstancias en las que se apoya mi relato fueron sugeridas durante una conversación trivial. Tuvo comienzo en parte como forma de diversión y en parte como una manera de ejercitar recursos de la mente aún intactos. A medida que la obra avanzaba otros motivos se mezclaron a éstos. No me deja en absoluto indiferente la forma en la cual las inclinaciones morales que puedan existir en los sentimientos o personajes que contiene la obra sean

susceptibles de afectar al lector; empero mi principal preocupación al respecto se ha limitado a evitar los deprimentes efectos de las novelas de hoy en día, y a la exhibición de la afabilidad de los afectos domésticos y la excelencia de la virtud universal. Las opiniones que surgen naturalmente del carácter y situación del héroe no deben en absoluto ser entendidas como si fueran siempre mías propias; tampoco debe inferirse de las páginas que siguen prejuicio alguno contra ningún tipo de doctrina filosófica.

Es también para la autora objeto de interés añadido el hecho de que esta historia se comenzara en la majestuosa región donde se desarrolla principalmente el argumento, y en una compañía que no puede dejar de echarse en falta. Pasé el verano de 1816 en los alrededores de Ginebra. La estación fue fría y lluviosa, y por las tardes nos agrupábamos alrededor de un brillante fuego de leña, y a veces nos distraíamos con algunas historias alemanas de fantasmas que habían llegado a nuestras manos. Aquellos cuentos despertaron en nosotros un jugueteo de imitación. Otros dos amigos (un cuento de la pluma de uno de ellos sería, de lejos, mucho más aceptable para el público que cualquiera que pueda yo nunca tener la esperanza de escribir) y yo misma nos pusimos de acuerdo para escribir cada uno una historia, basada en algún suceso sobrenatural.

El tiempo, sin embargo, se despejó repentinamente, y mis dos amigos me dejaron para irse de viaje por los Alpes, y, ante los magníficos paisajes que se les presentaban, olvidaron por completo sus visiones fantasmales. El cuento que sigue es el único que fue terminado.

MARLOW, septiembre de 1817

Frankenstein o el moderno Prometeo

Carta I

A la señora Saville, Inglaterra

San Petersburgo, 11 de diciembre de 17...

Te alegrarás de saber que ningún desastre ha acompañado el comienzo de una empresa que tú considerabas bajo tan malos presagios. Llegué aquí ayer, y mi primera tarea es tranquilizar a mi querida hermana respecto a mi bienestar y creciente confianza en el éxito de mi propósito.

Ya me encuentro muy lejos de Londres, al norte, y, cuando ando por las calles de San Petersburgo, siento que una fría brisa septentrional me acaricia las mejillas, lo que tonifica mis nervios y me llena de placer. ¿Entiendes este sentimiento? Esa brisa, que ha viajado desde las regiones hacia las que yo me dirijo, me da un anticipado sabor de aquellos climas helados. Inspirado por este viento prometedor, mis ilusiones se hacen más fervientes y vívidas. En vano intento persuadirme de que el polo es el reino del hielo y la desolación; siempre se presenta a mi imaginación como la sede de la belleza y el placer. Allí, Margaret, el sol siempre está visible, su ancho disco se limita a rozar el horizonte, y a difundir un esplendor perpetuo. Allí –porque, con tu permiso, hermana mía, concederé algún crédito a anteriores navegantes–, allí la nieve y el hielo no existen y, navegando por un mar en calma, podemos ser suavemente llevados hasta una tierra que sobrepasa en prodigios y en belleza a cualquier región de las hasta ahora descubiertas en el mundo habitado. Puede que sus recursos y peculiaridades carezcan de parangón, como indudablemente ocurre con los fenómenos de los cuerpos en aquellas soledades inexploradas. ¿Qué es imposible esperar en un país de luz eterna? Puede que allí yo descubra la fuerza prodigiosa que atrae la aguja de la brújula y pueda verificar un millar de observaciones celestes que precisan sólo de este viaje para aclarar para siempre sus aparentes excentricidades. Satisfaré mi ardiente curiosidad con la visión de una parte del mundo que nunca antes ha sido visitada, y podré quizás hollar un suelo en el que nunca se ha imprimido antes la huella del hombre. Éstos son mis alicientes, y son lo bastante para vencer todo temor al peligro o a la muerte, y para inducirme a comenzar este trabajoso viaje con la

alegría que siente un niño cuando se embarca en un pequeño bote, con sus compañeros de vacaciones, en una expedición de descubrimiento de su río natal. Pero, suponiendo que todas esas conjeturas fueran falsas, no puedes negar el inestimable beneficio que aportaré a toda la humanidad, hasta la última generación, con el descubrimiento de un paso cerca del Polo hacia aquellos países a los que actualmente se requieren varios meses para llegar; o al desvelar el secreto de la aguja magnética, lo cual, de ser posible, sólo puede llevarse a cabo con una empresa como la mía.

Estas reflexiones han disipado la agitación con la que di comienzo a mi carta, y siento resplandecer mi corazón con un entusiasmo que me alza hasta los cielos, porque nada contribuye tanto a tranquilizar la mente como un propósito firme, un punto en el que el alma puede fijar su mirada intelectual. Esta expedición ha sido el sueño favorito de mi edad temprana. He leído con fervor los relatos de diversos viajes hechos con la finalidad de alcanzar el océano Pacífico Norte a través de los mares que rodean el Polo. Quizá recuerdes que la totalidad de la biblioteca de nuestro buen tío Thomas consistía en la historia de todos los viajes de descubrimientos. Mi educación fue descuidada, pero adoraba leer. Esos volúmenes fueron noche y día mi materia de estudio, y mi estrecho contacto con ellos acrecentaba aquella pena que sentí, de niño, cuando supe que en sus últimas voluntades mi padre había prohibido a mi tío que me permitiera emprender una vida de marino.

Esas visiones se disiparon cuando, por vez primera, recorrí las líneas de aquellos poetas cuyas pasiones me arrebataron el alma y la elevaron a los cielos. Me convertí también en un poeta, y viví durante un año en un paraíso creado por mí; imaginaba que yo también podría hacerme un hueco en el templo donde eran venerados los nombres de Homero y de Shakespeare. Estás bien al corriente de mi fracaso, y de cuán profundamente me afectó el desengaño. Pero justo por entonces heredé la fortuna de mi primo, y mis pensamientos volvieron a fluir por el canal que anteriormente los encauzaba.

Han pasado seis años desde que tomé mi actual resolución. Incluso ahora, puedo recordar el momento a partir del cual me dediqué a esta gran empresa. Empecé por someter mi cuerpo a una vida dura. Acompañé a los balleneros en varias expediciones al mar del Norte, soporté voluntariamente el frío, el hambre, la sed y la falta de

sueño. Muchas veces trabajé durante el día más de lo que normalmente lo hacen los marineros y dediqué mis noches al estudio de las matemáticas, la medicina teórica y a aquellas ramas de las ciencias físicas que podrían resultar más útiles para un aventurero marítimo. De hecho, me enrolé en dos ocasiones como ayudante en un ballenero de Groenlandia, y desempeñé mi tarea con felicitaciones. Debo reconocer que experimenté cierto orgullo cuando mi capitán me ofreció el puesto de segundo de a bordo en el navío, e insistió con el mayor empeño en que me quedara; hasta tal punto consideraba valiosos mis servicios.

Y ahora, mi querida Margaret, ¿acaso no merezco llevar a cabo alguna gran empresa? Mi vida podría haber discurrido en la comodidad y el lujo, pero preferí la gloria a cualquiera de las tentaciones que la riqueza situó en mi sendero. ¡Oh, si alguna voz alentadora respondiese afirmativamente! Mi valor y mi resolución son firmes pero mis esperanzas fluctúan, y mi ánimo está con frecuencia deprimido. Estoy a punto de emprender un viaje largo y difícil, cuyas vicisitudes exigirán toda mi fortaleza. Se me pide, no sólo levantar el ánimo de los otros, sino algunas veces saber mantener el mío propio cuando los suyos flaqueen.

Ésta es la época más favorable para viajar por Rusia. Ellos vuelan con rapidez sobre la nieve en los trineos, el movimiento es agradable y, en mi opinión, mucho más cómodo que el de una diligencia inglesa. El frío no es excesivo si uno está bien envuelto en pieles, una vestimenta que ya he adoptado, porque hay una gran diferencia entre caminar por la cubierta y permanecer sentado sin moverse durante horas, cuando no existe ejercicio alguno que impida a la sangre helarse materialmente en las venas. No tengo intención de perder la vida en la ruta entre San Petersburgo y Arcángel.

Partiré hacia esta última ciudad dentro de dos o tres semanas, y me propongo alquilar allí un barco, cosa que puede hacerse fácilmente pagando el seguro al dueño, y pienso contratar a tantos marineros como crea necesarios, entre aquellos que están acostumbrados a la pesca de la ballena. No tengo intención de hacerme a la vela hasta el mes de junio, y ¿cuándo volveré? Ah, querida hermana, ¿cómo puedo responder a esta pregunta? Si tengo éxito, pasarán quizá muchos, muchos meses, tal vez años, antes de que tú y yo podamos reunirnos. Si fracaso, quizá me verás de nuevo pronto, o nunca.

Adiós, mi querida, excelente Margaret. Que el Cielo derrame sus bendiciones sobre ti, y me proteja de forma que yo pueda una y otra vez de nuevo darte testimonio de mi agradecimiento por todo tu amor y bondad.

Tu hermano que te quiere,

R. WALTON

Carta II

A la señora Saville, Inglaterra

Arcángel, 28 de marzo de 17...

¡Cuán despacio pasa aquí el tiempo, cercado como estoy por la nieve y el hielo! Sin embargo se ha dado ya el segundo paso hacia mi empresa. He alquilado un navío, y estoy ocupado en reunir a mis marineros; los que ya he contratado parecen ser hombres en los que puedo confiar, y ciertamente poseen un valor intachable.

Pero algo me falta que aún no he sido capaz de hallar, y siento ahora la ausencia de esto como una penosa carencia. No tengo ningún amigo, Margaret: cuando resplandezco de entusiasmo a causa del éxito, no hay nadie a quien hacer partícipe de mi gozo; si desfallezco nadie se ocupará de animarme en mi desaliento. Confiaré mis pensamientos al papel, es cierto, pero es una pobre manera de comunicar los sentimientos. Deseo la compañía de un hombre que estuviera compenetrado conmigo, cuya mirada respondiera a la mía. Puedes tacharme de romántico, mi querida hermana, pero echo terriblemente en falta a un amigo. No tengo a nadie cerca de mí, a la hora de aprobar o corregir mis planes, amable y sin embargo valeroso, que sea dueño de una mente al tiempo educada y capaz, con gustos semejantes a los míos. ¡Cómo compensaría un amigo así los fallos de tu pobre hermano! Yo soy demasiado apasionado en la ejecución y demasiado impaciente ante las dificultades. Pero hay aun algo peor que esto en lo que me respecta: el hecho de que soy un autodidacta. Durante mis primeros catorce años de vida corrí libre por los campos y no leí sino los libros de viajes de nuestro tío Thomas. A esa edad descubrí a los famosos poetas de nuestro propio país, pero sólo advertí la necesidad de tomar contacto con otras lenguas distintas de aquella de mi país natal cuando ya no estaba en mis posibilidades sacar los más importantes beneficios de tal convicción. Tengo ahora veintiocho años, y en realidad soy más inculto que muchos escolares de quince. Es verdad que he reflexionado más, y que mis sueños son más amplios y magníficos, pero estos sueños requieren (como dicen los pintores) «equilibrio», y yo necesito profundamente un amigo que tenga el suficiente sentido común para no despreciarme por romántico y el suficiente afecto hacia mí para

emprender la tarea de ordenar mi mente.

Bueno, éstas son quejas inútiles. Ciertamente no hallaré amigo alguno en el ancho océano, ni siquiera tampoco aquí, en Arcángel, entre comerciantes y marineros. Sin embargo, incluso en estos pechos ásperos laten algunos sentimientos ajenos a la escoria de la naturaleza humana. Por ejemplo, mi teniente de navío es hombre de admirable valor y audacia; tiene un loco deseo de gloria, o más bien, para hablar con propiedad, de descollar en su profesión. Es inglés, y la amalgama de prejuicios nacionales y profesionales, que no ha pulido la educación, retiene algunas de las más nobles dotes de la humanidad. Tomé contacto al principio con él en un ballenero; al saber que no tenía empleo fijo en esta ciudad, fue fácil convencerle para que me asistiera en mi empresa.

El capitán es persona de excelente disposición, y se hace notar en el barco por su amabilidad y la suavidad en la aplicación de la disciplina. Estos rasgos, sumados a su integridad bien conocida y a su valor sin tacha, me inspiraron un vivo deseo de contratarle. Puesto que mi juventud ha discurrido en la soledad y mis mejores años los he pasado bajo tu gentil y femenina supervisión, esto ha refinado de tal manera las bases de mi carácter que no puedo dominar una intensa repulsión hacia la habitual brutalidad que se practica a bordo de un barco: nunca la he creído necesaria, y, cuando supe de un marino que se hacía notar tanto por su sincera bondad como por el respeto y la obediencia que le mostraba su tripulación, me sentí singularmente afortunado por ser capaz de asegurarme sus servicios. Tuve noticia primero de él de una forma bastante romántica, a través de una dama que le debe la felicidad de su vida. La historia, en resumen, es ésta: Hace unos años, se enamoró de una joven dama rusa, de discreta fortuna y, tras haber él amasado una considerable suma proveniente de presas marítimas, el padre de la muchacha dio su consentimiento para la boda. Vio en una ocasión a su amada antes de la ceremonia prevista, pero estaba bañada en llanto, y, echándose a sus pies, le rogó que renunciase a ella, confesándole que amaba a otro, pero que aquél era pobre y que su padre nunca consentiría a la unión. Mi generoso amigo tranquilizó a la suplicante y, tras informarse sobre el nombre del amado de ésta, abandonó al punto su pretensión. Ya había comprado una granja con su dinero, en la que pensaba pasar el resto de su vida, pero se la cedió por entero a su rival, junto con lo que restaba del dinero de las presas marítimas para que así él

comprase ganado, y luego él mismo pidió al padre de la muchacha que diera su consentimiento para que ella se casase con su amado. Pero el anciano se negó absolutamente porque se creía ligado en su honor por la palabra dada a mi amigo, que, cuando vio que el padre era inexorable, abandonó su país y no volvió hasta haber oído que su antigua amada había contraído matrimonio según su corazón. «¡Qué tipo tan noble!», excluirás sin duda. Lo es, pero añadiré que carece por completo de educación: es tan silencioso como un turco, y hay en él una especie de inconsciente desapego que, aunque hace su conducta todavía más asombrosa, disminuye el interés y simpatía que de otra forma debería inspirar.

Mas no supongas que, porque me quejo un poco o porque imagino para mis fatigas consuelos que lo más probable es que no los tenga jamás, titubeo en mi resolución. Está tan fija como el destino, y mi viaje sólo aguarda ahora que el tiempo me permita zarpar. El invierno ha sido terriblemente duro, pero la primavera se presenta prometedora, y parece que viene notablemente adelantada; así pues quizá podré hacerme a la vela antes de lo esperado. Nada haré precipitadamente: me conoces lo bastante como para confiar en mi prudencia y consideración, cuando se me ha confiado la seguridad de otros.

No puedo describirte mis sensaciones ante la cercana perspectiva del comienzo de mi empresa. Es imposible comunicarte el concepto de sensación temblorosa, compuesta a medias de placer y miedo, con la que me preparo para la partida. Voy a regiones inexploradas, a «la tierra de la bruma y la nieve», pero no mataré a ningún albatros, así pues no temas por mi seguridad, o, ¿qué si debiera regresar a ti tan agotado y afligido como el Viejo Marinero? Tú sonreirás ante mi alusión, pero te confesaré un secreto. Muchas veces he atribuido mi apego, mi apasionado entusiasmo hacia los peligrosos misterios del océano, a las obras de los más imaginativos poetas modernos. Hay algo que se mueve en mi alma, que no puedo entender. Soy de hecho laborioso, resistente, un trabajador que ejecuta sus tareas con perseverancia y esfuerzo, pero, junto a esto, hay un amor por lo maravilloso, una creencia en lo maravilloso entrelazada a todos mis proyectos, que me urge para que vaya más allá de los comunes senderos de los hombres, incluso hasta el salvaje mar y las regiones deshabitadas que estoy a punto de explorar.

Pero volvamos a consideraciones más caras para mí. ¿Me reuniré

de nuevo contigo, tras haber atravesado inmensos mares, y retornado por el cabo más meridional de África o América? No me atrevo a esperar tal éxito, sin embargo no puedo soportar la visión del reverso del cuadro. Continúa por lo pronto aprovechando cualquier oportunidad para escribirme: es posible que me lleguen tus cartas en ocasiones en las que más las necesito para levantarme el ánimo. Te quiero profundamente. Recuérdame con afecto si nunca vuelves a saber de mí.

Tu hermano que te quiere,

ROBERT WALTON

Carta III

A la señora Saville, Inglaterra

7 de julio de 17...

Mi querida hermana:

Escribo unas pocas líneas a toda prisa para decirte que estoy sano y salvo, y muy avanzado en mi viaje. Esta carta llegará a Inglaterra por medio de un buque mercante que ahora regresa a casa desde Arcángel, más afortunado que yo, que quizá no veré mi tierra natal hasta dentro de muchos años. Tengo, sin embargo, la moral alta, mis hombres son valerosos, y aparentemente firmes en sus resoluciones, los témpanos que continuamente pasan cerca de nosotros, indicándonos los peligros de la región hacia la que nos dirigimos, no parecen descorazonarlos. Ya hemos alcanzado una latitud muy alta, pero estamos en pleno verano, y, aunque no son tan cálidas como en Inglaterra, las ráfagas de viento del sur, que nos impulsan rápidamente hacia las costas que deseo con tanto ardor alcanzar, soplan con un grado de vivificadora calidez que no estaba en mis previsiones.

Hasta el momento, no nos han ocurrido incidentes dignos de ser mencionados en una carta. Una o dos galernas fuertes y la aparición de una vía de agua son accidentes que los navegantes experimentados apenas se molestan en anotar, y estaré muy satisfecho si nada peor nos sucede durante nuestro viaje.

Adiós, mi querida Margaret. Ten por seguro que, por mi propio bien tanto como por el vuestro, no correré imprudentemente al encuentro del peligro. Permaneceré sereno, perseverante y prudente.

Pero el éxito deberá coronar mis esfuerzos. ¿Si así no fuera? Entonces hasta ahí habré llegado, trazando una ruta segura en los mares sin caminos: las estrellas mismas serán los testigos y testimonios de mi triunfo. ¿Por qué no aventurarse todavía más en el salvaje y sin embargo obediente elemento? ¿Qué puede detener al corazón y a la decidida voluntad del hombre?

Mi henchido corazón se desborda involuntariamente. Pero debo acabar. ¡Que el Cielo te bendiga querida hermana!

R. W.

Carta IV A la señora Saville, Inglaterra

5 de agosto de 17...

Nos ha ocurrido un accidente tan extraño que no puedo dejar de anotar, aunque es muy probable que me veas antes de que estos papeles puedan llegar a tus manos.

El lunes pasado (31 de julio) casi estábamos rodeados por el hielo, que aprisionaba el barco por todos lados, dejándole apenas espacio en el mar para flotar. Nuestra situación era más bien peligrosa, sobre todo porque nos envolvía una niebla muy espesa. Por consiguiente nos pusimos al paio, con la esperanza de que se produciría algún cambio en la atmósfera y el tiempo.

Hacia las dos la bruma se levantó, y observamos, extendiéndose en todas direcciones, vastas e irregulares placas de hielo que parecían no tener fin. Algunos de mis camaradas gimieron, y mi propia mente comenzaba a albergar pensamientos inquietantes cuando repentinamente nuestra atención se vio atraída por una visión extraña que desvió nuestras preocupaciones de nuestra propia situación. Divisamos un vehículo de escasa altura, sujeto a un trineo y tirado por perros, que se dirigía hacia el norte, a media milla de distancia; un ser que tenía forma humana pero, al parecer, era de estatura gigantesca, estaba sentado en el trineo y guiaba los perros. Observamos con nuestros catalejos el rápido avance del viajero, hasta que se perdió en los lejanos montículos del hielo.

Esta aparición nos provocó total asombro. Nos hallábamos, como creíamos, a muchas millas de tierra alguna, pero esta aparición parecía denotar que, en realidad, no nos encontrábamos tan lejos como habíamos supuesto. De todas formas, cercados por el hielo, era imposible seguir el rastro de aquel que habíamos observado con la mayor atención.

Unas dos horas después de este suceso, oímos el resonar del mar, y antes de que se hiciera de noche el hielo se rompió y liberó nuestro barco. Sin embargo nos quedamos al paio hasta la mañana siguiente, por miedo de topar en la oscuridad con esas grandes masas errantes que flotan tras desgajarse del hielo. Aproveché ese tiempo para descansar unas horas.

Por la mañana, sin embargo, tan pronto como amaneció, subí a cubierta, y me encontré con todos los marineros a un lado del navío, aparentemente ocupados hablando con alguien que estaba en

el mar. En efecto, era un trineo, como el que habíamos visto antes, que se había deslizado hacia nosotros durante la noche sobre un gran trozo de hielo. Sólo quedaba un perro vivo, pero un ser humano estaba con él, al cual los marineros intentaban persuadir para que subiese al barco. No era, a diferencia de lo que semejaba el otro viajero, un salvaje habitante de alguna isla desconocida, sino un europeo. Cuando aparecí en cubierta, el capitán dijo: «Aquí está nuestro capitán, y él no le permitirá perecer en mar abierto».

Al advertir mi presencia, el extranjero me interpeló en inglés, aunque con acento extranjero. «Antes de subir a bordo de su navío», dijo, «¿tendría usted la amabilidad de informarme de hacia dónde se dirigen?».

Puedes imaginarte mi asombro al oír tal pregunta que me dirigía un hombre al borde de la muerte, y para el que yo habría supuesto que mi navío debía de haber sido un recurso que no hubiera cambiado por las más preciadas riquezas que pudiese ofrecer la tierra. Repliqué, sin embargo, que el nuestro era un viaje de exploración hacia el Polo Norte.

Al escuchar esto pareció satisfecho, y consintió en subir a bordo. ¡Dios santo, Margaret!, si hubieras visto al hombre que así ponía condiciones para salvarse tu sorpresa no hubiese tenido límites. Sus extremidades estaban casi congeladas, y su cuerpo horriblemente consumido por la fatiga y el sufrimiento. Nunca he visto a hombre alguno en condición tan lamentable. Intentamos llevarle al camarote, pero tan pronto como dejó de estar al aire libre se desmayó. En vista de esto volvimos a llevarlo a cubierta, y lo reanimamos frotándolo con brandy y obligándole a tragar una pequeña cantidad. Tan pronto como dio señales de vida lo envolvimos en mantas y lo colocamos cerca de la chimenea del fogón de la cocina. Poco a poco fue recuperándose, y comió algo de sopa, que le sentó estupendamente.

Pasaron dos días de esta forma antes de que pudiera hablar, y con frecuencia pensé que sus sufrimientos le habían quitado la razón. Cuando se hubo recuperado un poco lo trasladé a mi propio camarote, y cuidé de él tanto como mis deberes me lo permitían. Nunca vi una criatura más interesante que ésta: sus ojos tienen por lo general una expresión de salvaje soledad e incluso de locura, pero hay momentos en los que, si alguien muestra bondad hacia él o le rinde el servicio más insignificante, se le ilumina totalmente el semblante, como así fue, con un rayo de benevolencia y dulzura

como no he visto semejante en parte alguna. Pero normalmente está melancólico y desesperanzado, y algunas veces rechina los dientes, como si lo impacientara el peso de las preocupaciones que lo oprimen.

Cuando mi huésped se recuperó ligeramente, me costó un gran esfuerzo mantener a mis hombres lejos de él, porque deseaban hacerle mil preguntas, pero no pensaba permitirles que le atormentasen con su ociosa curiosidad, estando él como estaba en un estado físico y mental cuya recuperación evidentemente dependía del reposo absoluto. En una ocasión, sin embargo, el teniente de navío le preguntó por qué había llegado tan lejos sobre el hielo en un vehículo tan extraño.

Su rostro asumió al instante el aspecto de la más profunda tristeza, y respondió: «Para buscar a alguien que huye de mí».

«¿Y el hombre que persigue viaja de la misma manera?»

«Sí.»

«Entonces me parece haberlo visto, porque la víspera del día que lo recogimos a usted vimos unos perros que tiraban de un trineo, con un hombre en él, sobre el hielo.»

Esto despertó la atención del extranjero, y le planteó multitud de preguntas sobre la ruta que el demonio, como le llamaba, había seguido. Poco después, cuando estuvo solo conmigo, dijo: «Sin duda he excitado su curiosidad, así como la de esas buenas gentes, pero usted es demasiado considerado como para hacer preguntas».

«Así es; sería en verdad muy impertinente e inhumano por mi parte molestarlo con mi curiosidad.»

«Y sin embargo me ha rescatado de una extraña y peligrosa situación; me ha devuelto la vida con su bondad.»

Poco después de esto preguntó si yo pensaba que al romperse el hielo se había destruido el otro trineo. Le contesté que no podría responderle con grado alguno de certeza, porque el hielo no se había roto hasta cerca de la medianoche, y el viajero podía haber llegado a un lugar seguro antes de entonces, pero sobre esto no podía yo juzgar.

A partir de este momento un nuevo espíritu de vida animó el decaído cuerpo del extranjero. Manifestó el mayor interés por estar en cubierta, otear por si aparecía el trineo que había sido visto anteriormente; pero lo he convencido para que se quede en el camarote porque está realmente demasiado débil para soportar la crudeza del clima. Le he prometido que alguien vigilará en su lugar

y le comunicará al instante si un nuevo objeto aparece a la vista.

Tal es mi diario en lo que concierne, hasta la fecha, a este extraño suceso. La salud del extranjero ha mejorado gradualmente, pero está muy silencioso, y parece incómodo cuando alguien que no sea yo entra en su camarote. Sin embargo, sus maneras son tan conciliadoras y amables que los marineros todos se interesan por él, aunque se comuniquen con él muy poco. Por mi parte, he empezado a quererle como a un hermano, y su constante y profunda pena me llena de simpatía y compasión. En días mejores debe de haber sido una noble criatura, visto que incluso ahora, reducido a un despojo, es tan interesante y afable.

Dije en una de mis cartas, mi querida Margaret, que no hallaría amigo alguno en el ancho océano; empero he encontrado a un hombre que, antes de que la desgracia quebrantara su espíritu, yo habría sido feliz de tener por hermano.

Continuaré mi diario sobre el extranjero a intervalos siempre que tenga nuevos incidentes que anotar.

13 de agosto de 17...

Mi afecto por mi huésped aumenta cada día. Despierta a la vez mi admiración y mi piedad hasta un grado extraordinario. ¿Cómo podría ver una criatura tan noble destruida por la desgracia sin sentir el más agudo dolor? Es tan amable, y al mismo tiempo tan sabio; su mente es tan cultivada...Y cuando habla, aunque sus palabras son escogidas cuidadosamente con gran refinamiento, sin embargo fluyen con rapidez y con inigualable elocuencia.

Está mucho mejor de su enfermedad y continuamente en cubierta, al parecer oteando si aparece el trineo que lo precedió. Pero, aunque es desgraciado, no está absorto en su propia desdicha, sino que se interesa profundamente en los proyectos de los demás. Ha charlado frecuentemente conmigo de los míos, que le he comunicado con toda franqueza. Siguió atentamente todos mis argumentos a favor de un posible éxito, y la relación minuciosa de cuantas medidas he tomado para garantizarlo. Me dejé llevar sin esfuerzo por la simpatía de que me daba muestras para abrirle mi corazón, dar salida al ardor que me quema el alma y decirle, con todo el fervor que siento, cuán contento estoy de sacrificar mi fortuna, mi existencia, todas mis esperanzas, en pro de mi empresa. La vida o muerte de un hombre no es sino un pequeño precio para pagar la adquisición del conocimiento que busco, para lograr así el

control de los elementales enemigos de nuestra raza, que yo adquiriría y transmitiría. Mientras le hablaba de esta manera, un velo de tristeza se extendió sobre la faz de mi interlocutor. Al principio advertí que intentaba dominar su emoción; se puso las manos sobre los ojos y mi voz tembló y se extinguió a la vista de las lágrimas que se deslizaban abundantes entre sus dedos. De su pecho oprimido escapó un quejido ronco. Me detuve. Finalmente él habló con acento entrecortado: «¡Hombre desdichado! ¿Comparte usted acaso mi locura? ¿Ha bebido usted también la droga embriagadora? Escúcheme, déjeme revelarles mi historia, y así estrellará usted contra el suelo la copa que se acerca a los labios».

Puedes imaginar hasta qué punto tales palabras excitaban mi intensa curiosidad, pero el paroxismo de dolor que se había apoderado de él era más poderoso que sus debilitadas fuerzas, y fueron necesarias muchas horas de reposo y conversación tranquila para devolverle la calma.

Una vez hubo dominado la violencia de sus sentimientos pareció despreciarse a sí mismo por ser esclavo de las pasiones y, controlando con esfuerzo la negra tiranía de la desesperación, me incitó de nuevo a que conversáramos sobre mí mismo. Me interrogó sobre la historia de mi juventud primera. El relato fue rápido de decir, pero despertó varias reflexiones. Le hablé de mi deseo de hallar un amigo, de mi sed de una compenetración más profunda con una mente afín que no había encontrado jamás; y expresé mi convicción de que un hombre no puede considerarse feliz si no ha gozado de tal bendición.

«Estoy de acuerdo con usted», replicó el extranjero; «somos criaturas no completamente formadas, inacabadas, a menos de que alguien más sabio, mejor, más estimado que nosotros –como debería ser un amigo– nos preste su ayuda para perfeccionar nuestras débiles e imperfectas naturalezas. Una vez tuve un amigo, la más noble de las criaturas humanas, y así pues estoy acreditado para juzgar respecto a la amistad. Usted tiene esperanza, y el mundo se abre ante usted, y no le asisten razones para la desesperación. Pero yo..., yo he perdido todo, y no puedo comenzar mi vida de nuevo.»

Al decir esto, su rostro expresaba un dolor tranquilo, asentado, que me llegó al alma. Pero él se sumió en el silencio, y poco después se retiró a su camarote.

Incluso con el espíritu quebrantado como está, nadie siente más

profundamente que él las bellezas naturales. El cielo estrellado, el mar y cualquier vista ofrecida por estas maravillosas regiones parecen todavía tener la capacidad de elevar su alma de la tierra. Este tipo de hombre tiene una doble existencia: puede sufrir la desgracia y estar colmado de decepciones; sin embargo, cuando se refugie en sí mismo, será como un espíritu celestial, que posee un halo en torno a él y cuyo círculo no hay dolor ni locura que se atreva a traspasar.

¿Sonríes ante el entusiasmo que expreso en lo que concierne a este divino vagabundo? No lo harías si lo vieras. Has sido guiada y refinada por libros y apartamiento del mundo, y por lo tanto eres algo exigente, pero eso no hace sino que seas más adecuada para apreciar los extraordinarios méritos de este hombre maravilloso. Algunas veces me he propuesto descubrir qué tipo de cualidad posee que le eleva tan inconmensurablemente sobre todas las otras personas. Nunca lo he sabido. Creo que es un discernimiento intuitivo, un poder, rápido pero infalible, de juicio, una penetración inigualable, por su claridad y precisión, en las causas de las cosas; añade a esto la facilidad de expresión y una voz cuyas diversas entonaciones son para el alma una música cautivadora.

19 de agosto de 17...

Ayer el extranjero me dijo: «Puede usted fácilmente advertir, capitán Walton, que he sufrido grandes y extraordinarias desdichas. Me propuse una vez que el recuerdo de esos males muriera conmigo; pero usted ha logrado que cambie mi decisión. Busca conocimiento y sabiduría, como en tiempos hice yo, y espero fervorosamente que la recompensa a sus deseos no sea la mordedura de una serpiente, como ha ocurrido en mi caso. Ignoro si el relato de mi desastre puede serle útil; empero, cuando reflexiono sobre el hecho de que usted está emprendiendo el mismo sendero, exponiéndose a los mismos peligros que han hecho de mí lo que soy, imagino que puede deducir la apropiada enseñanza moral de mi historia, una enseñanza que le guiará si tiene éxito en su empresa y le consolará en caso de que fracase. Prepárese a oír sucesos que normalmente se creen prodigiosos. Si nos halláramos entre los habituales paisajes de la naturaleza habitada temería encontrar en usted incredulidad, quizá sentimiento del ridículo, pero en estas salvajes y misteriosas regiones pueden parecer posibles muchas cosas que despertarían la risa de los que no están

familiarizados con los poderes, siempre cambiantes, de la naturaleza. Y no puedo dudar de que mi historia comporta en su desarrollo la evidencia interna de la veracidad de los hechos que la componen».

Puedes imaginar sin esfuerzo cómo me satisfizo la comunicación ofrecida; sin embargo, no podía soportar que él renovase su dolor con el relato de sus desventuras. Sentía la mayor impaciencia por oír la prometida narración, en parte por curiosidad, y en parte por un intenso deseo de mejorar su destino si estuviese en mi mano. Le expresé estos sentimientos en mi respuesta.

«Le agradezco su compasión», replicó, «pero es inútil; mi destino está casi consumado. Sólo hay aún algo que espero, y entonces podré descansar en paz. Entiendo sus sentimientos», continuó, advirtiéndole que deseaba interrumpirle, «pero se equivoca, amigo mío, si me permite llamarle así. Nada puede cambiar mi sino; escuche mi historia y se dará cuenta de cuán irrevocablemente está determinado.»

Entonces me dijo que empezaría su relato el día siguiente cuando yo no tuviera nada que hacer. Esta promesa me hizo darle las gracias efusivamente. He decidido que cada noche, cuando no tenga forzosamente que atender mis obligaciones, anotaré, de manera tan literal como sea posible, según sus propias palabras, lo que me haya contado durante el día. Si yo estuviera ocupado, al menos tomaré notas. Este manuscrito te proporcionará sin duda el mayor placer: pero yo, que lo conozco a él, y que lo escucho de sus propios labios, ¡con qué interés y comprensión lo leeré algún día! Incluso ahora, cuando estoy comenzando mi tarea, el profundo tono de su voz resuena en mis oídos, sus brillantes ojos viven en mí con toda su melancólica dulzura, veo su delgada mano alzarse en un gesto, mientras los surcos de su rostro transparentan el alma que está en su interior. ¡Qué extraña y horrenda debe de ser su historia, la pavorosa tormenta que abrazó con su maldición el gallardo navío y lo hizo de este modo naufragar!

Capítulo I

Soy ginebrino de nacimiento, y mi familia es una de las más distinguidas de esa república. Mis antepasados han sido durante muchos años consejeros y magistrados y mi padre ocupó varios puestos en el servicio público con honor y buena reputación. Era respetado por todos los que lo conocían, por su integridad e infatigable dedicación a los asuntos del estado. Pasó su juventud perpetuamente ocupado por el trabajo en pro de su país; una sucesión de circunstancias le impidieron casarse pronto, de forma que no fue hasta el ocaso de su vida cuando llegó a ser marido y padre de familia.

En tanto que las circunstancias de su matrimonio ilustran sobre su carácter, no puedo abstenerme de relatarlas. Uno de sus amigos más íntimos era un comerciante, que, de la prosperidad, cayó, a través de numerosos infortunios, en la pobreza. Este hombre, llamado Beaufort, era de carácter orgulloso y altivo, y no podía soportar vivir en la pobreza y el olvido en el mismo país donde anteriormente se había distinguido por su rango y magnificencia. Una vez hubo pagado sus deudas –así pues, de la manera más honorable– se retiró con su hija a la ciudad de Lucerna, donde vivió en el anonimato y la desdicha. Mi padre amaba a Beaufort con la más auténtica amistad, y estaba profundamente apenado por su retiro en tan infortunadas condiciones. Lamentaba amargamente el falso orgullo que llevaba a su amigo a una conducta tan poco merecedora del afecto que los unía a ambos. Sin pérdida de tiempo emprendió su búsqueda, con la esperanza de convencerlo para que comenzara una nueva vida por medio de su crédito y asistencia.

Beaufort había tomado medidas eficaces para esconderse, e hicieron falta diez meses para que mi padre descubriera su domicilio. Exultante de gozo con su descubrimiento, se apresuró a ir a la casa, que estaba situada en una callejuela cerca del río Reuss. Pero cuando entró sólo le dieron la bienvenida la miseria y la desesperación. Beaufort únicamente había podido salvar del naufragio de su fortuna una suma de dinero muy pequeña, pero suficiente para sustentarlo durante algunos meses, y entretanto él

esperaba lograr algún empleo respetable en el negocio de un comerciante. El intervalo discurrió, por consiguiente, en la inactividad, su dolor se fue haciendo más profundo y amargo al disponer de ocio para reflexionar, y finalmente se apoderó de tal forma de su mente que al cabo de tres meses yacía en el lecho enfermo e incapaz de esfuerzo alguno.

Su hija se ocupaba de él con la mayor ternura, pero veía con desesperación que sus pequeños ahorros menguaban velozmente y que no disponían de nada más para mantenerse. Pero Caroline Beaufort tenía un carácter poco común, y su valor afloró para sostenerla en la adversidad. Buscaba trabajos simples, trenzaba objetos de paja, y de varias maneras conseguía ganar apenas lo justo para subsistir.

Discurrieron varios meses en esta situación. Su padre se puso peor, su tiempo estaba más y más ocupado en atenderle, sus medios de subsistencia se redujeron, y el décimo mes su padre murió en sus brazos dejándola huérfana y mendiga. Este último golpe la hundió, y estaba arrodillada junto al ataúd de Beaufort llorando amargamente cuando mi padre entró en la habitación. Para la pobre muchacha fue como si hubiera llegado un espíritu protector que velase por ella, y, tras el entierro de su amigo, él se la llevó a Ginebra y la puso bajo la protección de un pariente. Dos años después de ocurrir esto, Caroline pasó a ser su esposa.

Existía una considerable diferencia entre la edad de mis padres, pero esta circunstancia pareció más bien unirles aún más estrechamente con lazos de mutuo afecto. Había en el recto carácter de mi padre un sentido de la justicia que hacía para él necesario tener un alto concepto de la persona a la que amaba profundamente. Quizás en tiempos pasados había sufrido por el descubrimiento tardío de que alguien a quien quiso no era digna de sus sentimientos, y así estaba predispuesto a otorgar mayor valor a quien había mostrado merecerlos. Había claras muestras de gratitud y de adoración en su apego a mi madre, que difería por completo del enamoramiento enfermizo de la persona entrada en años, porque lo inspiraba el respeto de sus virtudes y el deseo de compensarla, de alguna forma, por las penas que había sufrido, y esto infundía a su comportamiento hacia ella una dulzura difícil de explicar. Todo se hacía en función de los deseos de mi madre y de su conveniencia. Se esforzó por protegerla como una planta exótica es preservada de todo fuerte viento por el jardinero, y se afaná por

rodearla con todo aquello que podía suscitar sentimientos agradables en su suave y dulce espíritu. La salud de mi madre, e incluso la calma de su espíritu normalmente equilibrado, habían sufrido una ruda sacudida por aquello por lo que había tenido que pasar. Durante los dos años que discurrieron antes de su matrimonio mi padre gradualmente fue abandonando todas sus funciones públicas; e, inmediatamente tras su unión, buscaron en el agradable clima de Italia y en el cambio de escenario e intereses que acompaña a un viaje por esa tierra prodigiosa una forma de que ella recobrara su quebrantada salud.

Desde Italia viajaron a Alemania y Francia. Yo, su hijo mayor, nací en Nápoles, y los acompañé en mi infancia en sus excursiones. Durante varios años fui su único hijo. Por mucho que estuvieran apegados el uno al otro, sin embargo parecían disponer para ofrecérmelas de inagotables reservas de cariño extraídas de la mina misma del amor. Mis primeros recuerdos son las tiernas caricias de mi madre y la sonrisa de placer benevolente con la que me observaba mi padre. Yo era su juguete y su ídolo y algo mejor: su hijo, la inocente e indefensa criatura que el Cielo les había concedido, a la que había que educar bien y cuyo futuro feliz o desgraciado estaba en sus manos según supieran o no cumplir sus deberes hacia mí. Con tan profunda conciencia de lo que ellos consideraban que debían al ser al cual habían dado la vida, añadida a la ternura que a ambos los animaba, es fácil imaginar que durante cada hora de mi infancia yo recibí una lección de paciencia, caridad y autocontrol; de tal forma fui guiado por una cuerda de seda que todo me parecía una sucesión de alegrías.

Durante mucho tiempo fui el único objeto de sus cuidados. Mi madre había deseado con fervor tener una hija, pero yo continuaba siendo su sola descendencia. Cuando tenía unos cinco años, mientras hacíamos una excursión más allá de las fronteras de Italia, ellos pasaron una semana en las orillas del lago de Como. Su carácter benévolo les llevaba muchas veces a visitar las granjas de los pobres. Esto era para mi madre más que un deber; era una necesidad, una pasión. Recordando lo que había sufrido y cómo la habían socorrido, ella consideraba que ahora le correspondía a su vez actuar como ángel guardián de los afligidos. Durante uno de sus paseos le había llamado la atención, a causa de su aspecto especialmente lamentable, una pobre choza escondida en el valle con un enjambre de niños medio desnudos alrededor que hablaba

de penuria de la peor clase. Un día, mientras mi padre había ido a Milán, mi madre, acompañada por mí, visitó esa vivienda. Halló a un campesino y a su mujer, duros trabajadores, encorvados por las tareas diarias, que estaban distribuyendo una escasa pitanza a cinco niños hambrientos. Entre ellos hubo uno que llamó la atención de mi madre mucho más que el resto. Parecía de origen diferente. Los otros cuatro tenían ojos oscuros, se asemejaban a pequeños vagabundos; esta criatura era delgada y muy rubia. Su pelo tenía el más vivo y brillante color del oro, y, pese a la pobreza de sus ropas, parecía poner en su cabeza una corona de distinción. Su frente era despejada y amplia, los azules ojos límpidos, y los labios y los rasgos de su rostro expresaban tal sensibilidad y dulzura que nadie hubiera podido contemplarla sin percibirla como una especie distinta, un ser enviado desde lo alto y marcado todo él por un sello celestial.

La campesina, al advertir que mi madre fijaba en esta niña adorable sus ojos con asombro y admiración, se apresuró a contarle su historia. No era su hija, sino la de un noble milanés. Su madre era alemana, y había muerto al darla a luz. El bebé había sido encomendado a aquella buena gente para que la criaran; por entonces ellos estaban en mejor situación. Hacía poco que se habían casado y su hijo mayor acababa de nacer. El padre de la niña era uno de esos italianos alimentado con los recuerdos de la antigua gloria de Italia, uno entre los *schiaivi ognor frementi* que luchaban para conseguir la libertad de su país. Fue víctima de la debilidad de éste. No se sabía si había muerto o languidecía aún en los calabozos de Austria. Sus propiedades fueron confiscadas, su hija quedó huérfana y mendiga. La niña continuó viviendo con sus padres adoptivos, y floreció en su ruda morada, más bella que la rosa del jardín entre las oscuras hojas del zarzal.

Cuando mi padre volvió de Milán encontró, jugando conmigo a la entrada de nuestra villa, a un niña más hermosa que los querubines de los cuadros, una criatura que parecía esparcir a su alrededor luminosidad con su aspecto, y cuya figura y movimientos eran más ágiles que los de las cervatillas de las colinas. Su aparición fue prestamente explicada. Con el permiso de mi padre, mi madre logró de sus rústicos guardianes que se le confiara el cuidado de la niña. Ellos estaban apegados a la dulce huérfana. Su presencia les había parecido una bendición; pero hubiera sido injusto mantenerla en la pobreza y la necesidad cuando la Providencia le proporcionaba tan

poderosa protección. Consultaron al cura de su pueblo, y el resultado fue que Elizabeth Lavenza pasó a habitar la casa de mis padres, a ser más que mi hermana: la compañera maravillosa y adorada en todas mis ocupaciones y placeres.

Todo el mundo quería a Elizabeth. El apasionado y casi reverente cariño con el que todos la miraban llegó a ser, puesto que yo lo compartía, mi orgullo y mi delicia. Una tarde, la víspera de que la trajesen a mi casa, mi madre dijo juguetona: «Tengo un bonito regalo para mi Víctor; mañana lo tendrá.» Y cuando, a la mañana siguiente, me presentó a Elizabeth como el regalo prometido, yo, con seriedad infantil, interpreté sus palabras literalmente, y consideré a Elizabeth como algo mío, mío para protegerla, amarla y cuidarla. Todas las alabanzas sobre ella yo las recibía como hechas a algo que me pertenecía. Nos llamábamos familiarmente primos el uno al otro. No hay palabra, no hay fórmula que pueda expresar lo que ella era para mí; mi más que hermana, puesto que hasta la muerte estuvo destinada a ser solamente mía.

Capítulo II

Nos criamos juntos; apenas nos llevábamos un año. No es preciso que diga que éramos ajenos a tipo alguno de desunión o disputa. La armonía era el alma de nuestra amistad, y la diversidad y el contraste que subsistía en nuestros caracteres nos aproximó todavía más el uno al otro. Elizabeth poseía un natural más tranquilo y concentrado; pero yo, pese a todo mi ardor, era capaz de una atención más intensa, y estaba más profundamente marcado por la sed de conocimiento. Ella se complacía en seguir las aéreas creaciones de los poetas, y encontraba en los majestuosos y maravillosos paisajes que rodeaban nuestro hogar suizo (el perfil sublime de las montañas, los cambios de las estaciones, la tempestad y la calma, el silencio del invierno y la vida y turbulencia de nuestros veranos alpinos) un amplio escenario para la admiración y el deleite. Mientras que mi compañera contemplaba, con el espíritu absorto y satisfecho, el magnífico aspecto de las cosas yo era feliz investigando sus causas. El mundo era para mí un secreto que deseaba adivinar. La curiosidad, la afanosa búsqueda del conocimiento de las escondidas leyes de la naturaleza, la alegría cercana al arrebató que experimentaba cuando se me desvelaban, están entre las más tempranas sensaciones que puedo recordar.

Con el nacimiento de un segundo hijo, mi hermano, siete años menor que yo, mis padres abandonaron completamente su vida errante, y se establecieron en su país natal. Poseíamos una casa en Ginebra, y una *campagne* en Belrive, la orilla este del lago, a una distancia de más o menos una legua de la ciudad. Residíamos principalmente en esta última, y las vidas de mis padres transcurrieron en una notable reclusión. Estaba en mi carácter evitar la multitudes y apegarme con fervor a muy pocas personas. Así pues, me sentía indiferente hacia la generalidad de mis compañeros de escuela, pero establecí lazos de la más estrecha amistad con uno de ellos. Henry Clerval era hijo de un mercader de Ginebra. Era un chico de singular talento e imaginación. Amaba las aventuras, las penalidades e incluso el peligro por sí mismo. Conocía a fondo los libros de caballerías e historias novelescas.

Componía canciones heroicas y empezó a escribir cuentos de encantamientos y de aventuras caballerescas. Intentó hacernos actuar en obras de teatro y formar parte de mascaradas en las que los personajes se tomaban de los héroes de Roncesvalles, de la Mesa Redonda del Rey Arturo y de la serie de caballeros que vertieron su sangre para rescatar el Santo Sepulcro de las manos de los infieles.

No hay ser humano que pueda haber pasado una infancia más feliz que la mía. Mis padres estaban imbuidos del espíritu mismo de la bondad y la indulgencia. Nosotros nos dábamos cuenta de que no éramos los tiranos que rigen sus vidas según sus caprichos sino los agentes y creadores de cada uno de los muchos placeres de los que disfrutábamos. Cuando visitaba otras familias advertía claramente lo muy afortunado que yo era, y mi amor filial se desarrolló apoyado en el agradecimiento.

Mi temperamento era algunas veces violento, y mis pasiones vehementes; pero, por alguna ley en mi disposición, mis energías no se dirigían hacia metas pueriles sino a un ardiente deseo de aprender, y no de aprender todo indiscriminadamente. Confieso que ni la estructura de las lenguas, ni el código que rige los gobiernos, ni las formas políticas de los diversos países me atraían. Lo que deseaba saber eran los secretos del cielo y de la tierra; y, ya fuese la sustancia externa de las cosas o el espíritu interno de la naturaleza y la misteriosa alma del hombre lo que me ocupara, en todos los casos mi búsqueda se dirigía hacia los secretos metafísicos, o, físicos en su sentido más elevado, del mundo.

Mientras tanto Clerval se ocupaba, por decirlo así, de las relaciones morales de las cosas. El afanoso escenario de la vida, las virtudes de los héroes y las acciones de los hombres eran sus temas; y albergaba la esperanza y el sueño de llegar a ser uno de aquéllos cuyos nombres son recordados por la Historia como los valerosos y audaces benefactores de nuestra especie. El alma bendita de Elizabeth resplandecía en nuestro hogar como una lámpara en un altar. Su simpatía era nuestra; su sonrisa, su voz suave, la dulce mirada de sus ojos celestiales estaban siempre allí para bendecirnos y animarnos. Era el vivo espíritu del amor cuando se trataba de suavizar y de atraer; Yo hubiera podido llegar a ser un ser hosco recluido en mis estudios, áspero a causa del ardor de mi naturaleza, pero allí estaba ella para subyugarme inclinándome hacia la semejanza de su propia gentileza. Y Clerval... ¿podía incluso modificarse un espíritu ya de por sí tan noble como el de Clerval?...

Sin embargo, es posible que él no hubiera sido tan perfectamente humano, tan atento en su generosidad, tan lleno de bondad y de ternura en medio de su pasión por las exploraciones azarosas, de no haber ella desplegado ante él la auténtica belleza de hacer el bien y haber hecho que ello constituyese la finalidad y meta de su ambición creciente.

Siento un placer especial en recrearme en los recuerdos de mi infancia, antes de que la desdicha ensombreciese mi mente y cambiara sus brillantes visiones de servicios a la Humanidad por tristes y estrechas reflexiones sobre mí mismo. Además, cuando vuelvo a dibujar en mi interior el cuadro de mi edad primera, también recuerdo aquellos sucesos que me llevaron, paso a paso, a mi posterior historia de desdicha; porque, al considerar cómo en mí mismo nació aquella pasión que después tomó las riendas de mi destino, hallo que nació, como un río de montaña, de fuentes innobles y casi olvidadas pero que, creciendo a su paso, llegó a ser un torrente que en su curso barrió todas mis esperanzas y alegrías.

La filosofía natural es el genio que ha marcado mi destino; deseo, por consiguiente, hacer hincapié en esta narración en aquellos hechos que me llevaron a la predilección por esa ciencia. Cuando tenía trece años, fuimos todos de excursión al balneario cerca de Thonon; las inclemencias del tiempo nos obligaron a permanecer un día confinados en la posada. En esa casa tuve la suerte de encontrar un volumen de las obras de Cornelius Agrippa. Lo abrí con desinterés; la teoría que él intenta demostrar y los hechos maravillosos que narra cambiaron pronto ese sentimiento por entusiasmo. Me pareció que una luz nueva surgía en mi mente y, saltando de alegría, comuniqué a mi padre mi descubrimiento. Mi padre miró de refilón el título del libro y dijo: «¡Ah, Cornelius Agrippa! Mi querido Víctor, no pierdas el tiempo con esto; es pura basura».

Si en lugar de hacer esa observación mi padre se hubiera molestado en explicarme que los principios de Agrippa habían sido completamente superados, dando paso a un moderno sistema científico que poseía poderes mucho más grandes que el antiguo porque los de este último eran quiméricos mientras que los del moderno eran reales y prácticos, entonces yo hubiese dejado a Agrippa de lado y mi imaginación, excitada como lo estaba, se habría contentado con volver a mis anteriores estudios con renovado ardor. Incluso es posible que el encadenamiento de mis

ideas no hubiera recibido el fatal impulso que me llevó a la ruina. Pero el despectivo vistazo que mi padre dedicó a mi libro no me garantizó en absoluto que él estaba al corriente de su contenido; y continué leyéndolo con la mayor avidez.

De vuelta a casa, mi primera preocupación fue conseguir las obras completas de ese autor, y después las de Paracelso y Alberto Magno. Leí y estudié con deleite las locas fantasías de esos escritores; me parecían tesoros sólo conocidos por un puñado de personas aparte de mí mismo. Me he descrito ya como alguien siempre imbuido de un deseo ferviente de penetrar los secretos de la naturaleza. A despecho del intenso trabajo y maravillosos descubrimientos de los filósofos modernos, siempre volvía de mis estudios descontento e insatisfecho. Se dice que sir Isaac Newton confesaba que se sentía como un niño que recoge conchas a la orilla del grande e inexplorado océano de la verdad. Aquéllos de sus sucesores en cada rama de la filosofía natural a los que yo conocía se me aparecían a mis ojos juveniles como simples aprendices empeñados en la misma tarea. El ignorante campesino contempló los elementos a su alrededor y se familiarizó con sus usos prácticos. El filósofo más erudito no sabía mucho más. Él había desvelado parcialmente el rostro de la Naturaleza, pero su inmortal estructura era todavía un prodigio y un misterio. Podía diseccionar, describir la anatomía y dar nombres, pero no hablar de la causa final; las causas de segundo y tercer grado le eran profundamente desconocidas. Yo había echado un vistazo sobre las fortificaciones y los impedimentos que parecen cerrar a los seres humanos la entrada en la ciudadela de la naturaleza, y con precipitación e ignorancia me afligía por ello.

Pero allí estaban los libros, y allí los hombres que habían penetrado más profundamente y averiguado más. Di absoluto crédito a cuanto afirmaban simplemente de palabra y me hice su discípulo. Puede parecer extraño que tal cosa pudiera ocurrir en el siglo xviii, pero, mientras proseguía la rutina de mi educación en las escuelas de Ginebra, también aprendía, en gran medida de manera autodidacta, mis materias de estudio favoritas. Mi padre no era un científico, y yo estaba solo en la lucha con la ceguera de la infancia, a lo que se añadía la sed estudiantil de conocimiento. Bajo la guía de mis nuevos preceptores, inicié con la mayor diligencia la búsqueda de la piedra filosofal y del elixir de la vida; pero este último bien pronto acaparó mi completa atención. La riqueza era un bien de inferior categoría, pero ¡qué gloria acompañaría a mi

descubrimiento si yo pudiera erradicar la enfermedad de la especie humana y hacer al hombre invulnerable a todo excepto a la muerte violenta!

No eran aquellas mis únicas visiones. Mis autores favoritos prometían mostrar fácilmente la forma de invocar fantasmas o demonios y ése era el logro que yo perseguía con mayor ardor; y, si mis conjuros jamás tenían éxito, atribuía el fracaso más a mi propia inexperiencia y a mis errores que a la carencia de habilidad o de fiabilidad de mis instructores. Y de esta forma durante algún tiempo estuve ocupado ensayando sistemas, mezclando, como un inexperto, mil teorías contradictorias, y tropezando con desesperación en un verdadero abismo de múltiples y dispares conocimientos, guiado por una imaginación ardiente y por un razonamiento pueril, hasta que de nuevo un accidente cambió el curso de mis ideas.

Cuando tenía unos trece años, nos habíamos retirado a nuestra casa cerca de Belrive, y fuimos testigos de una tormenta de las más violentas y terribles. Surgió desde atrás de las montañas del Jura, y el trueno resonó de repente con fuerza espantosa en todo el cielo. Mientras descargaba la tormenta yo permanecí observando el proceso con curiosidad y deleite. Cuando estaba de pie en la puerta, repentinamente vi surgir una corriente de fuego de un roble viejo y magnífico que se alzaba a unas veinte yardas de nuestra casa, y, tan pronto como la luz cegadora se disipó, el roble había desaparecido y no quedaba de él sino un tocón destrozado. Cuando fuimos a verlo a la mañana siguiente encontramos el árbol fragmentado de una manera muy peculiar. No había sido hendido por el golpe, sino reducido por completo a finas virutas de madera. Nunca había visto nada tan perfectamente destruido.

Antes de esto yo no ignoraba las leyes más obvias de la electricidad. En esa ocasión estaba con nosotros un hombre ducho en investigaciones de filosofía natural y, excitado por la catástrofe, se puso a explicar una teoría suya sobre el tema de electricidad y galvanismo, lo cual era para mí a la vez nuevo y asombroso. Todo lo que dijo ensombrecía en gran manera a Cornelius Agrippa, Alberto Magno y Paracelso, los señores de mi imaginación; pero por cierta fatalidad el desprestigio de aquellos hombres me quitó la inclinación de proseguir mis estudios acostumbrados. Me pareció que nada se conocía ni podía ser conocido. Todo lo que durante tanto tiempo había atraído mi atención se me hizo repentinamente despreciable. Por uno de esos caprichos de la mente, a los que

somos quizá más propensos en nuestra primera juventud, al instante abandoné mis anteriores ocupaciones; dejé caer la historia natural y toda su progenitura como creaciones deformes y abortadas, y me inundó el mayor desdén hacia una aspirante a ciencia que nunca sería siquiera capaz de traspasar el umbral del auténtico conocimiento. Éste era mi estado de espíritu cuando me dediqué a las matemáticas y a los estudios afines a esa ciencia, que, por estar edificados sobre cimientos seguros, eran dignos de mi consideración.

Así de extrañamente están construidas nuestras almas, y con tan finas ataduras nos vemos destinados a la prosperidad o a la ruina. Cuando miro hacia atrás, me parece como si este casi milagroso cambio de inclinación y voluntad hubiera sido la sugerencia inmediata de mi ángel guardián, el último esfuerzo hecho por el espíritu de preservación para evitar la tormenta que ya por entonces pendía de las estrellas y estaba lista para envolverme. Su victoria se vio anunciada por una tranquilidad y gozo espiritual insólitos, que siguió al abandono de mis antiguos estudios, que se habían ido convirtiendo en una tortura para mí. Entonces fue cuando aprendí a asociar el mal a seguirlos y la felicidad a desdeñarlos.

Fue un poderoso esfuerzo del espíritu del bien; pero sin efecto. El destino era demasiado poderoso, y sus leyes inmutables habían decretado mi definitiva y terrible destrucción.

Capítulo III

Cuando cumplí diecisiete años mis padres decidieron que ingresara en la universidad de Ingolstadt. Hasta entonces había estado en escuelas de Ginebra, pero mi padre creyó necesario, para completar mi educación, que me familiarizara con costumbres distintas de las de mi país natal. Así pues, mi partida se fijó para fecha próxima; pero, antes de que el día fijado llegara, ocurrió la primera desgracia de mi vida, un presagio, como lo fue, de mi miseria futura.

Elizabeth había cogido la escarlatina, su enfermedad era grave y corría el mayor peligro. Durante su enfermedad, se le había insistido a mi madre con todo tipo de argumentos para que no la cuidase personalmente. Al principio mi madre cedió a nuestras súplicas; pero cuando oyó que la vida de su favorita corría peligro ya no pudo controlar más su ansiedad. Se puso a la cabecera de la cama y su vigilante atención triunfó sobre la malignidad de la afección. Elizabeth se salvó, pero las consecuencias de esta imprudencia fueron fatales para su salvadora. Al tercer día mi madre cayó enferma, su fiebre estaba acompañada por los síntomas más alarmantes, y la expresión de los rostros de los médicos que la atendían pronosticaba lo peor. En su lecho de muerte, la fortaleza y benignidad, de aquélla que era la mejor de las mujeres no la abandonaron. Unió mi mano y la de Elizabeth, y dijo «Hijos míos, mis más firmes esperanzas de felicidad futura estaban colocadas en la perspectiva de vuestra unión. Esta esperanza será ahora el consuelo de vuestro padre. Elizabeth, mi amor, debes ocupar mi lugar respecto a mis hijos más pequeños. ¡Ay! Siento que me separen de vosotros; y, aunque he sido feliz y amada, ¿acaso no es duro tener que dejaros a todos? Pero no me convienen esos pensamientos. Me esforzaré por resignarme alegremente a morir, y me permitiré esperar que me reuniré con vosotros en otro mundo.»

Murió tranquila; y su semblante expresaba amor incluso en la muerte. No preciso describir los sentimientos de aquéllos cuyos lazos más queridos son desgarrados por el mal más irreparable, el vacío que anega el alma y la desesperación que expresa el semblante. Pasa mucho tiempo hasta que la mente puede

convencerse de que aquélla que veíamos cada día y cuya existencia misma parecía parte de la nuestra pueda haberse ido para siempre; que el brillo de unos ojos amorosos pueda haberse apagado, y que el sonido de una voz tan familiar, y tan cara al oído, pueda haber sido silenciado para no ser escuchado nunca más. Son éstas las reflexiones de los primeros días; pero cuando el paso del tiempo prueba la realidad del mal, entonces comienza la auténtica amargura del dolor. Sin embargo, ¿quién no ha sufrido el desgarramiento de la privación de alguien querido por esa ruda mano de la muerte?, ¿y por qué debería yo describir una pena que todos han sentido y deben sentir? Llega al final el tiempo en el que el dolor es más un desahogo ocasional que una necesidad; y la sonrisa que se asoma a los labios, aunque pueda considerarse un sacrilegio, no por ello se borra. Mi madre había muerto, pero teníamos deberes que cumplir; debíamos continuar nuestra ruta con los demás, y aprender a considerarnos afortunados en tanto que uno de nosotros no hubiera sido arrebatado.

Mi partida hacia Ingolstadt, que había sido aplazada por estos sucesos, fue de nuevo fijada. Obtuve de mi padre un respiro de algunas semanas. Me parecía un sacrilegio dejar tan pronto el reposo, semejante a la muerte, de la casa del duelo y correr hacia la densidad de la vida. El dolor era nuevo para mí, pero no por ello me conmocionó menos. No me sentía dispuesto a abandonar la visión de aquellos que todavía me quedaban vivos; y, sobre todo, deseaba ver a mi dulce Elizabeth algo más consolada.

Ella en verdad velaba su dolor y se esforzaba en ser el consuelo de todos nosotros. Miró con firmeza a la vida y asumió sus deberes con valor y celo. Se dedicó a aquellos que había aprendido a llamar su tío y sus primos. Nunca fue tan encantadora como en esa época, cuando recuperaba el brillo de sus sonrisas y nos lo dedicaba. Incluso olvidó su propia pena en su afán de hacernos olvidar la nuestra.

Finalmente llegó el día de mi marcha. Clerval pasó la última velada con nosotros. Había insistido en persuadir a su padre para que le permitiese acompañarme y ser mi compañero de estudios, pero en vano. Su padre era un comerciante de mente estrecha al que parecían inútiles y ruinosas la aspiración y ambiciones de su hijo. Henry lamentó profundamente la desdicha de que se le hubiese privado de una educación liberal. Hablaba poco de ello, pero cuando lo hacía, yo leía en sus ojos bondadosos y en la viveza

de su mirada una determinación, controlada pero firme, de no verse encadenado a los miserables pormenores del comercio.

Nos quedamos levantados hasta tarde. No podíamos separarnos ni persuadirnos para decir la palabra «¡Adiós!». La dijimos; y nos retiramos con la excusa de descansar, sabiendo cada uno que no engañaba al otro. Pero, cuando al alba bajé para coger el carruaje que iba a llevarse, allí estaban todos: mi padre de nuevo para bendecirme, Clerval para estrecharme una vez más la mano, mi Elizabeth para renovarme sus súplicas de que le escribiera con frecuencia y para ofrecer las últimas atenciones femeninas a su amigo y compañero de juegos.

Me arrojé sobre el asiento que iba a llevarme lejos de allí, y me sumí en las más melancólicas reflexiones. Yo, que había estado siempre rodeado por amables compañeros, continuamente dedicados a complacernos unos a otros, ahora estaba solo. En la universidad, hacía la que estaba en camino, debería hacerme mis propios amigos, y ser mi propio protector. Mi vida había sido hasta entonces notablemente retirada y hogareña; esto me había infundido una invencible repugnancia hacia los rostros nuevos. Amaba a mis hermanos, Elizabeth y Clerval; éstas eran «viejas caras conocidas», pero me creía totalmente incapaz de tratar con extraños. Tales eran mis reflexiones al comienzo del viaje; pero, según fui avanzando, mi ánimo y esperanzas resurgieron. Deseaba ardientemente adquirir conocimientos. Muchas veces, cuando estaba en mi casa, me había parecido duro permanecer durante mi juventud reducido a estar en un solo lugar, y había echado de menos incorporarme al mundo y ocupar mi sitio entre los demás seres humanos. Ahora se habían cumplido mis deseos, y, en verdad, habría sido una locura arrepentirme de ello.

Tuve suficiente tiempo libre para esas y muchas otras reflexiones durante el viaje a Ingolstadt, que fue largo y fatigoso. Finalmente el alto campanario blanco de la ciudad se ofreció a mi vista. Descendí, y se me condujo a mi solitario apartamento, para pasar la tarde como quisiera.

A la mañana siguiente entregué mis cartas de presentación y visité a algunos de los principales profesores. El azar —o la influencia maligna, el Ángel de la Destrucción, que reafirmaba su omnipotente dominio sobre mí justo en el momento en el que yo daba mis primeros tímidos pasos fuera de la casa de mi padre— me condujo primero hasta el señor Krempe, profesor de filosofía natural. Era un

hombre de maneras bruscas pero profundo conocedor de los secretos de su materia. Me planteó varias preguntas sobre mis conocimientos en diferentes ramas de la ciencia afines a la filosofía natural. Le contesté con cierto descuido, y en parte desdén, mencionándole los nombres de mis alquimistas como los principales autores que había estudiado. El profesor me miró fijamente: «¿Ha perdido usted realmente –dijo– el tiempo estudiando semejantes tonterías?».

Asentí. «Cada minuto –continuó el señor Krempe con calor–, cada instante que ha desperdiciado usted con esos libros está total y absolutamente perdido. Se ha atiborrado la memoria con sistemas caducos y nombres inútiles. ¡Dios santo!, ¿en qué desierto ha vivido usted donde no ha tenido nadie la bondad de informarle de que esas fantasías, que ha absorbido con tal afán, tienen mil años, y están ya tan mohosas como anticuadas? Poco esperaba yo, en esta era de las luces y la ciencia, encontrar un discípulo de Alberto Magno y Paracelso. Mi buen señor, tiene que empezar sus estudios totalmente desde el principio.»

Tras decir esto, se apartó y escribió una lista de varios libros sobre filosofía natural que deseaba que yo adquiriese, y me despidió, tras mencionar que a principios de la semana siguiente tenía la intención de comenzar un seminario sobre filosofía natural en sus implicaciones generales, y que el señor Waldman, un profesor compañero suyo, daría clase de química en los días alternos en los que no lo hacía él.

Volví a casa, no decepcionado, porque ya he dicho que hacía tiempo que consideraba inútiles aquellos autores que el profesor reprochaba; pero no por ello regresé más dispuesto a dedicarme a esos otros estudios en absoluto. El señor Krempe era un hombrecillo achaparrado, de voz malhumorada y aspecto repulsivo, lo que no me predisponía, pues, a favor de sus indicaciones. En un estilo quizá demasiado filosófico y asociativo, he relatado las conclusiones a las que llegué en mi edad temprana en lo que respecta a tales temas. De niño, no estaba satisfecho con los resultados prometidos por los modernos profesores de ciencias naturales. Con una confusión de ideas sólo comprensible por mi extremada juventud y mi deseo de tener un guía en tales materias, dirigí hacia atrás mis pasos en los senderos del tiempo, y cambié los descubrimientos de investigadores recientes por los sueños de alquimistas olvidados. Además, sentía cierto desprecio por las aplicaciones de la moderna

filosofía natural. Era muy distinto cuando los maestros de la ciencia buscaban la inmortalidad y el poder; tales puntos de vista, aunque fútiles, eran grandiosos: pero ahora había cambiado el escenario. La ambición del investigador parecía verse limitada a la aniquilación de aquellas visiones en las que principalmente se había basado mi interés por la ciencia. Se me pedía que cambiase quimeras de una grandeza sin límites por realidades de escaso valor.

Tales fueron mis reflexiones durante los primeros dos o tres días de mi residencia en Ingolstadt, que dediqué principalmente a conocer el lugar y a los principales residentes de mi nuevo domicilio. Pero, cuando empezó la semana siguiente, pensé en la información que me había dado el señor Krempe sobre las clases. Y, aunque no soportaba ir y escuchar a aquel tipo creído pontificando desde la cátedra, recordé lo que había dicho del señor Waldman, a quien nunca había visto hasta entonces por la ciudad.

En parte por curiosidad y en parte por ocio, fui a la sala de clases, donde el señor Waldman entró poco después. Este profesor era muy diferente de su colega. Parecía tener unos cincuenta años, pero con un aspecto que expresaba la mayor benevolencia; cubrían sus sienes algunos cabellos grises, pero los de la parte de atrás de su cabeza eran casi negros. Su talla era escasa, pero visiblemente se mantenía bien erguido. Comenzó su exposición recapitulando la historia de la química y de los diversos progresos logrados por sabios, y pronunciando con devoción los nombres de los más distinguidos descubridores. Luego expuso rápidamente el presente estado de la ciencia, y explicó muchos de sus términos elementales. Tras haber realizado algunos experimentos preparatorios, concluyó con un panegírico de la química moderna cuyos términos nunca olvidaré:

«Los antiguos maestros de esta ciencia –dijo– prometieron imposibles, y no lograron nada. Los maestros modernos prometen muy poco, saben que los metales no pueden ser transformados, y que el elixir de la vida es una quimera. Pero esos filósofos, cuyas manos sólo parecen haber sido hechas para hurgar en la suciedad y sus ojos para estudiar absortos el microscopio o el crisol, en verdad han logrado milagros. Penetran en lo más recóndito de la naturaleza, y muestran cómo ésta trabaja en sus ocultos talleres. Suben a los cielos; han descubierto cómo circula la sangre y la naturaleza del aire que respiramos. Han logrado poderes nuevos y casi ilimitados; pueden dominar al celeste trueno, simular terremotos, e incluso imitar el mundo invisible valiéndose de las

sombras de éste.»

Éstas fueron las palabras del profesor. Permitidme más bien decir que éstas fueron las palabras del destino, pronunciadas para destruirme. Según él continuaba hablando, yo sentía como si mi alma se debatiera con un enemigo palpable; una a una estaban siendo tocadas las diversas claves que formaban el mecanismo de mi ser, resonaban cuerda a cuerda, y al punto mi mente se vio totalmente ocupada por un solo pensamiento, un concepto, una decisión. Por mucho que se haya logrado, exclamaba el alma de Frankenstein, yo conseguiré más, mucho más; mis pasos irán más allá de las huellas de los otros. Exploraré nuevas vías, descubriré poderes ignotos, y desvelaré al mundo los más profundos misterios de la creación.

No cerré los ojos aquella noche. Mi ser interno se hallaba en un estado de sublevación y desorden; sentí que después surgiría finalmente algún tipo de orden, pero no estaba en mi poder imponerlo. Poco a poco, pasado el amanecer, me dormí. Desperté, y mis pensamientos del día anterior eran como un sueño. La única resolución que permanecía era la de volver a mis antiguos estudios y dedicarme a aquella ciencia para la cual creía poseer un talento natural. Ese mismo día hice una visita al señor Waldman. Sus modales en privado eran incluso más suaves y atractivos que en público, porque había cierta dignidad en su porte durante la exposición en cátedra que en su propia casa era reemplazada por la mayor y más cordial afabilidad. Le presenté casi la misma relación de mis investigaciones anteriores que había expuesto a su colega. Escuchó con atención el breve relato de mis estudios, y sonrió ante los nombres de Cornelius Agrippa y Paracelso, pero sin el desdén que había mostrado el señor Krempe. Dijo que «aquéllos eran hombres con cuyo celo infatigable estaban en deuda los filósofos modernos, porque les debían la mayor parte de las bases de sus conocimientos. Nos habían legado, como tarea más fácil, el dar nuevos nombres y ordenar en clasificaciones relacionadas los hechos que ellos habían sacado en gran medida a la luz. El trabajo de los hombres geniales, aunque esté erróneamente dirigido, raramente falta, al final, de aportar sólidas ventajas a la Humanidad». Yo escuché sus palabras, pronunciadas sin la menor arrogancia ni afectación, y luego añadí que su exposición había eliminado mis prejuicios contra los químicos modernos; me expresé en términos prudentes, con la modestia y deferencia que debía

mostrar un joven hacia su instructor, sin dejar escapar (mi inexperiencia de la vida me había hecho vergonzoso) nada del entusiasmo que impulsaba los trabajos que pretendía emprender. Le pedí opinión sobre los libros que me convenía adquirir.

«Me alegro –dijo el señor Waldman– de haber ganado un discípulo; y, si su aplicación iguala a su habilidad, no tengo duda alguna de su éxito. La química es una rama de la filosofía natural en la que ha habido y puede haber grandes avances, he hecho mis estudios específicos en esta perspectiva; pero al mismo tiempo no he dejado de lado las otras ramas de la ciencia. Uno puede ser un químico extremadamente lamentable si sólo se ocupa de esa faceta del conocimiento humano. Si desea usted llegar a ser realmente un científico, y no simplemente alguien dedicado a los experimentos, me permito aconsejarle que estudie todas las ramas de la filosofía natural, incluyendo las matemáticas.»

Luego me llevó a su laboratorio, y me explicó los usos de varias máquinas, mostrándome lo que yo iba a necesitar adquirir y prometiéndome que podría usar las suyas cuando estuviese lo bastante avanzado en la ciencia como para no estropear los mecanismos. También me dio la lista de libros que yo le había pedido; y nos despedimos.

Acabó así un día memorable para mí: Decidió mi futuro destino.

Capítulo IV

A partir de ese día, la filosofía natural, y especialmente la química en el sentido más amplio de la palabra, se convirtieron casi en mi única ocupación. Leí con fervor las obras, llenas de genialidad y perspicacia, que los investigadores modernos han escrito sobre esos temas. Asistía a las clases y frecuentaba el trato de los sabios de la universidad; y hallé incluso en el señor Krempe unas dosis considerables de sentido común y de auténtica información, combinadas, verdad es, con unos modales y rasgos físicos repulsivos, pero no por ello menos valiosas. Hallé en el señor Waldman un verdadero amigo. Su amabilidad nunca estaba teñida por el dogmatismo y enseñaba con un aire de franqueza y buen carácter que desterraba todo asomo de pedantería. Me allanó de mil maneras el sendero del conocimiento, e hizo las investigaciones más abstrusas claras y fáciles para mi entendimiento. Mi atención era al principio variable e inconstante; tomó fuerza según fui avanzando, y pronto llegó a ser tan exigente y ardorosa que frecuentemente se disolvían las estrellas en la luz de la mañana mientras yo estaba aún ocupado en mi laboratorio.

Dada la atención que prestaba a mis estudios, se comprende con facilidad que hiciera rápidos progresos. Mi ardor era en verdad el asombro de los estudiantes, y mi dominio de la materia el de los maestros. El profesor Krempe me preguntaba a menudo, con una sonrisa maliciosa, cómo le iba a Cornelius Agrippa, mientras que el señor Waldman expresaba la más sincera alegría ante mis progresos. Pasaron así dos años, durante los que no visité nunca Ginebra, sino que estaba ocupado, en cuerpo y alma, en los trabajos encaminados a unos descubrimientos que esperaba hacer. Nadie sino los que lo han experimentado puede concebir la seducción de la ciencia. En otros estudios uno va tan lejos como otros han ido antes, y no hay nada más que averiguar; pero en la investigación científica hay continuo alimento para el descubrimiento y el asombro. Una mente de capacidad moderada, que se dedica atentamente a un solo tipo de estudio, infaliblemente debe alcanzar un gran dominio en esa materia; y yo, que buscaba continuamente lograr mi meta y estaba

sumergido por completo en ello, hice tan rápidos progresos que, al cabo de dos años, efectué algunos descubrimientos en la mejora de ciertos instrumentos químicos, lo que me procuró gran estima y admiración en la universidad. Llegado a este punto, y una vez fui tan ducho en la teoría y práctica de la filosofía natural como podía llegar a serlo por medio de las lecciones de cualquier profesor de Ingolstadt, al ver que el hecho de residir allí ya no me era de utilidad alguna para progresar, pensé volver con mis seres queridos a mi ciudad natal; pero sucedió un incidente que pospuso mi marcha.

Uno de los fenómenos que habían atraído particularmente mi atención era la estructura del cuerpo humano, y la de cualquier animal viviente. ¿De dónde, me preguntaba con frecuencia, procede el principio de la vida? Era una pregunta osada, y que siempre se ha considerado un misterio; sin embargo, ¡cuántas cosas estaríamos a punto de descubrir si la cobardía o la dejadez no limitaran nuestras investigaciones! Di vueltas a esas consideraciones en mi mente, y tomé la determinación de dedicarme de ahí en adelante especialmente a aquellas ramas de la filosofía natural que están relacionadas con la fisiología. De no haber estado yo animado por un entusiasmo casi sobrenatural, la dedicación a este estudio habría sido penosa, y casi intolerable. Para examinar las causas de la vida debemos primero estudiar la muerte. Me familiaricé con la ciencia de la anatomía; pero eso no era suficiente. Debía observar también la descomposición y corrupción naturales del cuerpo humano. Al educarme, mi padre había tomado las mayores precauciones para que mi mente no se impresionara con terrores sobrenaturales. Ni siquiera recuerdo haber temblado con un cuento supersticioso, o haber temido la aparición de espíritu alguno. La oscuridad no afectaba en forma alguna mi fantasía; y el cementerio de una iglesia era simplemente para mí el sitio donde depositar los cuerpos privados de vida, que habían pasado, de ser sede de la belleza y la fuerza, a volverse alimento de gusanos. Ahora me veía llevado a examinar la causa y el desarrollo de la putrefacción, y obligado a pasar días y noches bajo las bóvedas de los osarios. Mi atención se dirigía a todos los objetos que resultan más insoportables a la delicadeza de los sentimientos humanos. Vi cómo la hermosa forma del hombre se degradaba y perdía, observé la corrupción de la muerte que reemplaza a la tersa mejilla de la vida, vi cómo el gusano hereda las maravillas del ojo y del cerebro. Me detuve a

examinar y analizar hasta la más mínima causa de todas las que concurren en el cambio de la vida a la muerte y de la muerte a la vida, hasta que surgió de la bruma de esta oscuridad una luz repentina, una luz tan brillante y maravillosa, al tiempo que tan simple, que, mientras me sentía embriagado con las inmensas perspectivas que me mostraba, estaba sorprendido de que, entre tantos hombres geniales que han dirigido sus investigaciones hacia la misma ciencia, sólo a mí me hubiera estado reservado el descubrimiento de un secreto tan asombroso.

Recuerde usted que no estoy relatando las visiones de un loco. No es menos cierto que el sol brilla en el cielo que el hecho que afirmo. Había ocurrido un milagro, sin embargo las etapas del descubrimiento eran claras y demostrables. Tras días y noches de increíble trabajo y fatiga, logré descubrir el origen de la generación y de la vida. No, de aún más: Había llegado yo mismo a ser capaz de animar la materia inerte.

El asombro que experimenté ante la primera experiencia de este descubrimiento pronto dio paso al gozo y exultación. Tras tanto tiempo dedicado a labores penosas, llegar de repente a la cima de mis deseos era la más gratificante recompensa de todas las penalidades. Pero este descubrimiento era tan grande y abrumador que todos los pasos que me habían llevado hasta él se borraron, y sólo contemplé el resultado. Lo que desde la creación del mundo había sido objeto del estudio y del deseo de los hombres más sabios estaba ahora al alcance de mi mano. No quiere decir esto que, como en una sesión de magia, todo se me revelara de golpe. La información que había obtenido estaba destinada a dirigir mis esfuerzos tan pronto como pudiera concentrarlos en el objeto de mis investigaciones, más que a exhibir ese logro como algo ya consumado. Yo era como el árabe que fue una vez enterrado con los muertos y que halló un pasadizo para volver a la vida, ayudado tan sólo por el leve resplandor de una mezuquina luz.

Veo, amigo mío, por el interés, y por el asombro y expectación que expresan sus ojos, que espera usted que le informe del secreto del que he tenido conocimiento. No puede ser. Escuche con paciencia hasta el final de mi historia, y comprenderá fácilmente por qué soy reservado sobre ese tema. No le guiaré a usted, tan cándido y apasionado como yo era por entonces, hacia su destrucción e infalible desgracia. Aprenda de mí, si no de mis advertencias, al menos de mi ejemplo, cuán peligrosa es la adquisición del

conocimiento, cuánto más feliz es el hombre que cree que su ciudad natal es el mundo entero que aquél que aspira a llegar a ser más de lo que su naturaleza le permite.

Una vez me hallé con un poder tan asombroso entre mis manos, vacilé durante largo tiempo respecto a la manera como debería utilizarlo. Aunque poseía la capacidad de infundir vida, sin embargo preparar un cuerpo para recibirla, con toda su intrincada trama de fibras, músculos y venas, restaba todavía una tarea de inconcebible dificultad y esfuerzo. Dudé al principio sobre si debería intentar crear un ser semejante a mí o un organismo más sencillo; pero mi imaginación estaba demasiado exultante por mi primer éxito para permitirme dudar sobre mi habilidad para dar vida a un animal tan complejo y maravilloso como es el hombre. Los materiales de los que disponía apenas parecían adecuados para tarea tan ardua; pero estaba seguro de que finalmente tendría éxito. Me preparé para multitud de contratiempos, mis trabajos podrían hallar interminables tropiezos, y ser finalmente mi trabajo imperfecto. Sin embargo, cuando tenía en cuenta las mejoras que se llevan a cabo cada día en ciencia y mecánica, me animaba a esperar que mis intentos de entonces deberían al menos sentar las bases de futuros éxitos. Tampoco podía considerar la magnitud y complejidad de mi plan como argumentos a favor de su impracticabilidad. Ésos eran los sentimientos con los que comencé la creación de un ser humano. Como la pequeñez de las partes constituía un estorbo para la rapidez de mi trabajo, resolví, en contra mi primera intención, crear al ser de una estatura gigantesca; es decir, de unos ocho pies de altura, y de volumen proporcional. Tras haber tomado esta determinación, y habiendo pasado algunos meses recogiendo y ordenando los materiales adecuados, comencé.

Nadie puede imaginar los diversos sentimientos que, como un huracán, me empujaban hacia delante con el primer entusiasmo del éxito. La vida y la muerte me parecían fronteras teóricas en las que yo irrumpiría el primero para derramar un torrente de luz en nuestro oscuro mundo. Una nueva especie me bendeciría como su creador y su origen; muchas criaturas felices y excelentes me deberían el ser; ningún padre podría reclamar la gratitud de su hijo con tanta justicia como yo la de éstas. Al hilo de tales reflexiones, pensé que, si pudiera animar la materia sin vida, podría en cuestión de tiempo (aunque ahora lo encuentro imposible) renovar la vida donde la muerte había aparentemente entregado el cuerpo a la

corrupción.

Esos pensamientos sostuvieron mi ánimo mientras proseguía mi tarea con infatigable ardor. Mis mejillas habían palidecido con el estudio, y mi persona se había consumido con el confinamiento. Algunas veces, al borde mismo de la certidumbre, fracasaba; sin embargo, me aferraba a la esperanza de que el día o la hora siguientes podía tener éxito. La ilusión a la que me había dedicado era un secreto que solamente yo poseía; y la luna observaba mis trabajos a medianoche, mientras que, con afán infatigable y sin respiro, perseguía a la naturaleza hasta sus escondites más recónditos. ¿Quién podría concebir los horrores de mi secreta tarea, cuando chapoteaba entre el violado contenido de las tumbas o torturaba animales vivos para animar al barro inerte? Me tiemblan ahora las piernas y todo parece girar ante mis ojos sólo con recordarlo; pero entonces un impulso irresistible, y casi frenético, me arrastraba hacia delante; se hubiera dicho que había perdido cualquier asomo de alma o sensación excepto en lo que concernía a esta única búsqueda. Fue, en verdad, tan sólo un trance pasajero, que incluso me hizo luego volver a sentir con renovada agudeza tan pronto como el estímulo antinatural cesó en su influencia. Había regresado a mis antiguas costumbres. Recogía huesos de osarios; y perturbaba, con mis profanos dedos, los tremendos secretos del cuerpo humano. Instalé mi taller de creación inmunda en un cuarto solitario, o más bien una celda, en la parte más alta de la casa y separado de todos los otros aposentos por una galería y un tramo de escaleras. Los ojos parecían salirse de las órbitas por la atención con que observaba los detalles de mi labor. La sala de disección y el matadero me proveían con muchos de los materiales; y con frecuencia mi humana naturaleza se resistía con repugnancia ante mi trabajo, mientras que, sin embargo, el acicate de la impaciencia crecía sin cesar. De esta forma llegué casi al final de mi tarea.

Los meses del verano transcurrieron mientras yo estaba así ocupado en cuerpo y alma en un único objetivo. Fue una estación hermosísima; nunca los campos habían ofrecido cosechas más abundantes, ni las cepas producido tan exuberante vendimia; pero mis ojos eran insensibles a los encantos de la naturaleza. Y los mismos sentimientos que me hacían ignorar las escenas que me rodeaban me hacían también olvidar a aquellos seres queridos que se encontraban a tantas millas y a los que no había visto desde hacía tanto tiempo. Sabía que mi silencio los inquietaba, y

recordaba bien las palabras de mi padre: «Sé que mientras te sientas a gusto contigo mismo, pensarás en nosotros con cariño y tendremos con regularidad noticias tuyas. Debes disculparme si considero cualquier interrupción de tu correspondencia como prueba de que también descuidas tus otros deberes».

Sabía bien, por lo tanto, cuáles debían de ser los sentimientos de mi padre; pero no podía apartar mis pensamientos de mi ocupación, odiosa en sí misma, pero que se había apoderado irresistiblemente de mi imaginación. Deseaba, por así decirlo, aplazar todo lo que se relacionase con mis sentimientos de afecto hasta que el gran objetivo, que se adueñaba por completo del espacio de mis anteriores hábitos, se hubiese conseguido.

Pensé luego que mi padre sería injusto si atribuyera mi negligencia al vicio o a la negligencia; pero ahora estoy convencido de que él tenía razón al imaginar que yo no estaba, teniendo en cuenta las circunstancias, libre de reproche. Un ser humano como es debido debería siempre conservar la tranquilidad y sosiego de espíritu, y no permitir nunca a pasiones o deseos pasajeros alterar su tranquilidad. No creo que la búsqueda del conocimiento sea una excepción a esta regla. Si los estudios a los que uno se dedica tienden a debilitar sus afectos y destruir su gusto de los placeres puros y sencillos, entonces esos estudios son ciertamente ilícitos, es decir, no adecuados para la mente humana. Si se observara siempre esta regla, si nadie permitiese que empeño alguno interfiriera con la tranquilidad de sus afectos familiares, Grecia no habría sido esclavizada, César no habría llevado la guerra a su país, América se habría descubierto de forma más gradual, y los imperios de México y Perú no hubieran sido destruidos.

Pero me olvido de que me he puesto a hablar de moral en la parte más interesante de mi relato; y sus miradas me recuerdan que debo proseguir.

Mi padre no me hizo reproche alguno en sus cartas, y sólo hizo notar mi silencio haciéndome más preguntas que antes sobre mis ocupaciones. Invierno, primavera y verano transcurrieron mientras continuaba mis trabajos; pero yo no miraba los capullos o las hojas que se iban desplegando –todo aquello cuya observación me proporcionara antes supremo deleite–, tan profundamente estaba enfrascado en mi labor. Ese año las hojas ya se habían marchitado antes de que mi trabajo se aproximara a su fin; y ahora cada día me mostraba con mayor claridad qué éxito había logrado. Pero mi

entusiasmo estaba teñido de ansiedad, y yo me parecía más a alguien condenado a la esclavitud del trabajo en la mina, o a cualquier otra tarea malsana, que a un artista ocupado en su actividad favorita. Cada noche tenía accesos de fiebre, y me había vuelto nervioso hasta el más alto y doloroso grado; la caída de una hoja me sobresaltaba, y rehuía el contacto con mis semejantes como si fuese culpable de algún crimen. Algunas veces me alarmé ante la ruina en la me daba cuenta que me había convertido; sólo me sostenía la energía de mi determinación, pronto acabarían mis trabajos, y creía que entonces el ejercicio y la diversión serían capaces de disipar cualquier enfermedad incipiente; y me propuse a mí mismo disfrutar de ambas cosas cuando mi creación estuviese concluida.

Capítulo V

Fue una triste noche de noviembre cuando por fin vi terminado el fruto de mis esfuerzos. Con ansiedad que rayaba en la agonía, dispuse a mi alrededor los instrumentos vitales, los que me permitirían infundir la chispa de la existencia al objeto inanimado que yacía a mis pies. Ya era la una de la madrugada; la lluvia repiqueteaba monótonamente contra los cristales, y la vela casi se había consumido cuando, al resplandor de la luz medio apagada, vi abrirse los turbios ojos amarillos de la criatura, ésta respiró profundamente y un movimiento convulsivo agitó sus miembros.

¿Cómo puedo expresar mis emociones ante esta catástrofe, o cómo describir al engendro al que con tan infinitos esfuerzos y atención me había empeñado en dar forma? Sus miembros eran proporcionados, y yo había seleccionado sus rasgos por hermosos. ¡Hermosos! ¡Dios santo! Su piel amarillenta apenas cubría la red interna de músculos y arterias; su pelo era de un negro lustroso, y caía suelto; los dientes tenían la blancura de las perlas; pero esas bellezas no servían sino para ofrecer un contraste más horrendo con su aspecto apergaminado, con los finos labios negruzcos y con los ojos acuosos, que parecían tener el mismo color que las órbitas de un blanco grisáceo en las que se insertaban.

Los distintos accidentes de la vida no están tan sometidos a cambio como los sentimientos de la naturaleza humana. Había trabajado intensamente durante casi dos años con el único propósito de infundir vida a un cuerpo inanimado. Con este fin me había privado de reposo y salud. Había deseado aquello con un ardor que excedía con mucho a la moderación; pero ahora que lo había conseguido la belleza del sueño se desvaneció, y mi corazón jadeante se llenó hasta rebosar de horror y repugnancia. Incapaz de soportar el aspecto del ser que había creado, salí precipitadamente de la habitación, y durante largo tiempo paseé por mi dormitorio, incapaz de disponer mi mente para el sueño. Finalmente el cansancio se impuso a la agitación que antes había soportado y me eché vestido en la cama, con la intención de hallar unos momentos de olvido. Pero fue en vano: me dormí, es cierto, pero me turbaron

los más extraños sueños. Me pareció ver a Elizabeth, resplandeciente de salud, andando por las calles de Ingolstadt. Encantado y sorprendido, la abrazaba; pero, tan pronto como la besé en los labios, éstos se pusieron lívidos con el tinte de la muerte; sus rasgos parecieron cambiar, y creí que sostenía el cadáver de mi fallecida madre entre mis brazos; un sudario envolvía sus formas, y vi los gusanos de la tumba que reptaban por los pliegues de la franela. Desperté de repente de mi sueño horrorizado; un sudor frío me cubría la frente, los dientes me castañeteaban, y todos mis miembros se retorcían: Entonces, a la escasa y amarilla luz de la luna que se filtraba entre las contraventanas, contemplé al engendro, al miserable monstruo que había creado. Éste había alzado la cortina de mi cama; y sus ojos, si pueden ser llamados ojos, estaban fijos en mí. Sus mandíbulas se abrieron, y murmuró algunos sonidos inarticulados, mientras una mueca arrugaba sus mejillas. Quizás habló, pero no lo oí; alargó una mano, aparentemente para retenerme, pero escapé y bajé corriendo las escaleras. Me refugié en el patio de la casa en la que vivía, donde permanecí durante el resto de la noche, andando arriba y abajo con la mayor agitación, escuchando atentamente, captando y temiendo cada sonido como si me anunciara la proximidad del cadáver demoníaco al que de tan horrible manera yo había dado vida.

¡Oh! Ningún mortal podría soportar el horror de aquel semblante. Ni siquiera una momia dotada de nuevo de movimiento podría ser tan odiosa como aquel engendro. Lo había observado antes de acabarlo; entonces era repugnante; pero cuando aquellos músculos y articulaciones fueron capaces de moverse se volvió una cosa que ni siquiera Dante podría haber concebido.

Pasé una noche horrible. Unas veces me latía el pulso tan rápido y fuerte que me sentía palpar cada arteria; otras casi me caía al suelo a causa de la languidez y de la extrema debilidad. Mezclada con este horror, sentí la amargura de la decepción; los sueños que habían constituido mi alimento y mi agradable descanso durante tanto tiempo ahora se habían vuelto para mí un infierno; ¡y el cambio fue tan rápido que me derrumbó por completo!

Llegó al fin el amanecer, triste y lluvioso, e hizo visibles a mis insomnes y doloridos ojos la iglesia de Ingolstadt, su blanca torre y reloj, que marcaba las seis. El portero abrió las puertas del patio que había sido durante aquella noche mi asilo, y salí a la calle, recorriéndola con pasos rápidos, como si pretendiera huir del

engendro que temía se presentase ante mi vista a la vuelta de cada esquina. No me atreví a volver al apartamento en el que vivía, sino que me sentía empujado a seguir corriendo hacia delante, aunque me empapaba la lluvia que caía a torrentes de un cielo oscuro y desapacible.

Durante algún tiempo continué andando de este modo, empeñado en aligerar, por medio del ejercicio físico, el fardo que pesaba sobre mi mente. Atravesaba las calles, sin conciencia clara alguna de dónde estaba o qué estaba haciendo. Me palpitaba el corazón con la angustia del temor; y corría con pasos desiguales, sin atreverme a mirar a mi alrededor.

Como aquél que, por un camino solitario,
anda con miedo y terror,
y, habiéndose vuelto una vez, continúa andando,
y no vuelve más la cabeza;
porque sabe que un terrible enemigo
sigue de cerca sus pasos.

Así, finalmente, llegué enfrente de la posada en la que habitualmente se detenían varias diligencias y carruajes. Me detuve allí, no sé por qué; pero me quedé algunos minutos con los ojos fijos en un coche que venía hacia mí desde el otro extremo de la calle. Según se fue acercando, observé que era la diligencia suiza; se detuvo justo donde yo estaba, y, cuando se abrió la puerta, divisé a Henry Clerval, quien, al verme, se levantó de un salto. «¡Mi querido Frankenstein –exclamó–, qué contento estoy de verte! ¡Qué suerte que estuvieras aquí justo cuando yo llego!»

Nada podría igualar mi gozo al ver a Clerval; su presencia trajo a mi mente el recuerdo de mi padre, de Elizabeth, y todas aquellas escenas de mi hogar de tan querida memoria. Estreché su mano, y en un instante olvidé mi horror, y mi desdicha; sentí de repente, y por vez primera desde hacía muchos meses, una alegría tranquila y serena. Di, así pues, la bienvenida a mi amigo de la manera más cordial, y fuimos andando hacia mi facultad. Clerval continuó hablando durante algún tiempo sobre nuestros amigos mutuos, y su propia buena suerte de que le hubieran permitido venir a Ingolstadt. «Ya te imaginas sin esfuerzo –dijo– lo difícil que ha sido convencer a mi padre de que todo el necesario conocimiento no se encerraba en el noble arte de la teneduría de libros; y ciertamente

creo que le he dejado en la incredulidad hasta el final, porque su constante respuesta a mi incansable insistencia era la misma que la del maestro de escuela holandés de *El Vicario de Wakefield*: “Gano diez mil florines al año sin saber griego, como estupendamente sin saber griego”. Pero su cariño por mí finalmente fue más fuerte que su aversión por el estudio, y me ha permitido emprender viaje para descubrir la tierra de la sabiduría.»

«Me hace muy feliz verte; pero dime cómo has dejado a mi padre, a mis hermanos y a Elizabeth.»

«Muy bien, muy felices, sólo algo inquietos por lo poco que saben de ti. Por cierto, pretendo sermonearte yo mismo un poco en su nombre... Pero, mi querido Frankenstein –continuó, deteniéndose de repente y mirándome fijamente a la cara–, no me había dado cuenta antes de lo muy enfermo que pareces; tan delgado y pálido; se diría que has estado en vela varias noches.»

«Lo has adivinado; últimamente he estado tan profundamente dedicado a una tarea que no me he permitido descansar lo suficiente, como ves: pero espero, espero sinceramente que todas esas ocupaciones hayan terminado ahora, y que por fin estoy libre.»

Me sacudían temblores; era incapaz de pensar, y menos todavía de aludir a lo que había sucedido la noche precedente. Yo caminaba con paso rápido, y llegamos pronto a mi facultad. Entonces se me ocurrió, y el pensamiento me hizo estremecer, que la criatura a la que había dejado en mi apartamento podía encontrarse todavía allí, viva y andando de un lado a otro. Me horrorizaba ver a este monstruo; pero temía más aún que lo pudiera ver Henry. Le indiqué, por tanto, que se quedase unos minutos al pie de la escalera. Subí precipitadamente hacia mi propia habitación. Con la mano ya en el picaporte de la puerta, intenté recobrar la tranquilidad. Me detuve, y un escalofrío me invadió. Abrí la puerta de golpe, como los niños suelen hacer cuando esperan que un fantasma esté de pie esperándoles al otro lado, pero nada apareció. Entré temeroso: el apartamento estaba vacío; y también mi dormitorio se hallaba libre de su odioso huésped. Apenas si podía creer que hubiese tenido tanta suerte; pero, cuando me sentí seguro de que mi enemigo había realmente huido, batí palmas de alegría y corrí escaleras abajo a buscar a Clerval.

Subimos a mi habitación, y el criado nos trajo enseguida el desayuno; pero yo no podía contenerme. No sólo me poseía el gozo; sentía mi carne vibrar con un exceso de sensibilidad, y el pulso me

latía rápidamente. Me era imposible permanecer ni un solo instante en el mismo lugar; saltaba por encima de las sillas, daba palmadas, y me reía a carcajadas. Clerval atribuyó al principio mi insólito estado de ánimo a la alegría de su llegada; pero, cuando me observó con mayor atención, vio en mis ojos una expresión extraviada con la que no había contado; y mi risa estrepitosa, incontrolada e inhumana le asustó y asombró.

«Mi querido Víctor –exclamó–, por el amor de Dios, ¿qué te pasa? No te rías de esta manera. ¡Qué enfermo estás! ¿Cuál es la causa de todo esto?»

«No me lo preguntes –grité, tapándome los ojos con las manos porque creí haber visto al temible espectro deslizarse dentro de la habitación–, él puede decírtelo... ¡Oh, sálvame! ¡sálvame!» Imaginé que el monstruo me había atrapado; luché furiosamente, y caí al suelo desmayado.

¡Pobre Clerval! ¿Qué debió de pensar? Un encuentro que había anticipado con tanta alegría se transformaba, de forma tan extraña, en amargura. Pero no yo era testigo de su dolor porque estaba inconsciente, y no recuperé el conocimiento hasta mucho, mucho después.

Así comenzó una fiebre nerviosa que me tuvo en cama durante varios meses. Durante todo aquel tiempo Henry fue mi único enfermero. Más tarde supe que, sabiendo la avanzada edad de mi padre, que no recomendaba que emprendiera un viaje tan largo, y cuán desgraciada haría sentirse mi enfermedad a Elizabeth, les ahorró ese dolor ocultándoles la gravedad de mi estado. Sabía que yo no podría tener un enfermero más cariñoso y atento que él y, con la firme esperanza de mi recuperación, no dudó de que, en vez de hacerles daño, al ocultarles mi estado él llevaba a cabo respecto a ellos la acción más bondadosa posible.

Pero realmente yo estaba muy enfermo; y en verdad nada excepto los continuos e ilimitados cuidados de mi amigo podría haberme devuelto a la vida. La forma del monstruo al que yo había otorgado la existencia siempre estaba ante mis ojos, y deliraba incesantemente sobre él. Sin duda mis palabras sorprendieron a Henry; al principio creyó que eran figuraciones de mi mente trastornada; pero la insistencia con la que aparecía el mismo tema le persuadió de que mi enfermedad se debía a algún suceso terrible y extraordinario.

Muy poquito a poco, y con recaídas frecuentes, que alarmaban y

entristecían a mi amigo, me fui recuperando. Recuerdo con cierto placer la primera vez que fui capaz de observar los objetos del exterior, observé que las hojas caídas habían desaparecido, y que se abrían los tiernos brotes en los árboles que daban sombra a mi ventana. Fue una primavera maravillosa; y la estación ayudó no poco a mi convalecencia. También sentía revivir en mi pecho sentimientos de gozo y de cariño, mi melancolía desapareció, y al cabo de poco tiempo me había vuelto tan alegre como antes de que me atacara la fatal pasión.

«Mi queridísimo Clerval –exclamé–, cuán extremadamente bueno has sido conmigo. Este invierno entero, en lugar de dedicarlo al estudio, como te habías prometido, te lo has pasado en mi habitación de enfermo. ¿Cómo podré pagarte nunca? Siento el mayor remordimiento por el trastorno del que he sido el motivo; pero sé que me perdonarás.»

«Me pagarás por completo si te mantienes sereno y mejoras tanto como puedas; y, ya que pareces de tan buen humor, hay un tema del que quisiera hablarte; ¿puedo hacerlo?»

Temblé. ¡Un tema! ¿Cuál sería? ¿Aludiría a aquello en lo que no me atrevía ni siquiera a pensar?

«Tranquilízate –dijo Clerval, que observó que yo cambiaba de color–. No lo mencionaré si te pone nervioso; pero tu padre y tu prima serían muy felices si recibieran una carta de tu puño y letra. Apenas saben lo enfermo que has estado, y están inquietos por tu largo silencio.»

«¿Es esto todo, mi querido Henry? ¿Cómo podías suponer que mi primeros pensamientos no volarían hacia esas personas queridísimas a las que tanto amo y que tanto merecen mi amor?»

«Si éste es tu estado de ánimo, amigo mío, quizá te alegre ver una carta que lleva aquí ya algunos días; es para ti, creo que de tu prima.»

Capítulo VI

Entonces Clerval puso entre mis manos la siguiente carta. Era de mi querida Elizabeth:

Mi queridísimo primo:

Has estado enfermo, muy enfermo, y ni siquiera las constantes cartas del querido y amable Henry son suficientes para tranquilizarme sobre tu estado. No te es permitido escribir, coger la pluma; sin embargo, necesitamos una palabra tuya, querido Víctor, para calmar nuestra inquietud. Durante largo tiempo he esperado que cada correo traería esas líneas, y mis palabras y consejos han disuadido a mi tío de que emprenda el viaje a Ingolstadt. Le he advertido de las molestias y quizá peligros de un viaje tan largo; sin embargo, ¡con cuánta frecuencia he lamentado no poder emprenderlo yo misma! Me imaginaba que la tarea de cuidarte mientras estabas en cama había correspondido a alguna vieja enfermera a sueldo, que nunca podría adivinar tus gustos ni satisfacerlos con el cuidado y el cariño que tu pobre prima lo hubiera hecho. Pero eso es ahora agua pasada: Clerval nos ha escrito asegurando que estás en plena mejoría. Espero con ansiedad que tú me confirmarás pronto esa información de tu puño y letra.

Mejora, y vuelve a nosotros. Hallarás un hogar feliz, alegre, y personas que te quieren tiernamente. La salud de tu padre es buena, y lo único que desea es verte, pero sólo para asegurarse de que te encuentras bien; ninguna otra preocupación ensombrece su bondadoso rostro. ¡Qué contento estarás de comprobar los progresos de nuestro Ernest! Tiene ahora dieciséis años, y se encuentra lleno de energía y vitalidad. Está deseoso de ser un verdadero suizo, y de emplearse en el servicio exterior; pero no podemos separarnos de él, al menos no hasta que su hermano mayor vuelva con nosotros. A mi tío no le complace la idea de una carrera militar en un país lejano, pero Ernest nunca ha tenido tu capacidad de concentración. Considera el estudio una odiosa cadena, se pasa el tiempo al

aire libre, subiendo a las colinas o remando en el lago. Temo que se convierta en un holgazán, a menos que cedamos a sus deseos y le permitamos ingresar en la profesión que ha elegido. Hay pocas novedades, excepto cómo han ido creciendo nuestros queridos niños desde que te fuiste. El lago azul y las montañas cubiertas de nieve nunca cambian; y creo que nuestro plácido hogar y satisfechos corazones están regidos por las mismas leyes inmutables. Mis pequeñas ocupaciones llenan mi tiempo y me divierten, y mi recompensa de cualquier trabajo excesivo es ver que no hay nadie que no sea feliz, contemplar caras amables a mi alrededor. Desde que nos dejaste sólo ha habido un cambio en los componentes de nuestro pequeño hogar. ¿Te acuerdas de cómo entró Justine Moritz en nuestra familia? Probablemente no; te contaré su historia entonces en pocas palabras: La señora Moritz, su madre, era una viuda con cuatro hijos, de los cuales Justine era la tercera. Esta chica siempre había sido la favorita de su padre pero, por una extraña perversidad, su madre no la podía soportar, y, tras la muerte del señor Moritz, la maltrataba. Mi tía observó esto y, cuando Justine tenía doce años, convenció a su madre para que le permitiera vivir en nuestra casa. Las instituciones republicanas de nuestro país han dado lugar a comportamientos más sencillos y felices que los que imperan en las grandes monarquías que lo rodean. De ahí que existan menos diferencias entre las distintas clases sociales de sus habitantes, y que las clase más bajas, que no son por ello más pobres ni despreciadas, tengan unos modales más refinados y morales. Ser una criada en Ginebra no significa lo mismo que ser una criada en Francia e Inglaterra. Justine fue acogida, pues, en nuestra familia, aprendió las obligaciones de una sirvienta, una condición que, en nuestro afortunado país, no incluye la idea de la ignorancia y del sacrificio de la dignidad de un ser humano.

Justine, probablemente lo recuerdas, era nuestra gran favorita, y me viene a la memoria que tú una vez hiciste notar que, si estuvieses de mal humor, una sola mirada de Justine podría disiparlo, por la misma razón que Ariosto da sobre la belleza de Angélica; ella parecía de carácter tan franco y tan feliz... Mi tía le cogió mucho cariño, lo que la indujo a proporcionarle una educación superior a la que en principio había pensado.

Este bien fue ampliamente recompensado; Justine era la muchachita más agradecida del mundo. No quiero decir que lo comunicara expresamente; nunca oí una palabra sobre esto brotar de sus labios, pero uno podía ver en sus ojos que profesaba casi una verdadera adoración a su protectora. Aunque era de carácter alegre, y en muchos aspectos distraído, ponía la mayor atención a cualquier gesto de mi tía. Pensaba que ella era el modelo de toda excelencia, y procuraba imitarla en forma de hablar y modales, de tal manera que incluso ahora ella me la recuerda.

Cuando mi queridísima tía murió, cada cual estaba demasiado ocupado en su propio dolor para reparar en la pobre Justine, que la había atendido durante su enfermedad con la más cariñosa solicitud. La pobre Justine estuvo muy enferma; pero la esperaban otras pruebas.

Uno a uno, sus hermanos y hermana murieron, y su madre, con la excepción de su desatendida hija, se quedó sin hijos. La mujer empezó a tener problemas de conciencia; comenzó a pensar que las muertes de sus favoritos eran una disposición del cielo para castigar su parcialidad. Era una católica romana; y creo que su confesor le confirmó la idea que había concebido. En consecuencia, a los pocos meses de tu partida para Ingolstadt, su arrepentida madre pidió a Justine que volviera a casa. ¡Pobre chica! Lloraba cuando se fue de nuestro hogar, estaba muy conmovida desde la muerte de mi tía; el dolor había otorgado a sus modales suavidad y cierta encantadora mansedumbre, a ella, que se había distinguido antes por su vivacidad. Y tampoco podía decirse que residir en la casa de su madre fuera lo propio para devolver a la muchacha la alegría. La pobre mujer era muy variable en su arrepentimiento. Algunas veces suplicaba a Justine que le perdonara su desafecto, pero en muchas más ocasiones la acusaba de ser la causante de las muertes de sus hermanos y hermana. La continua agitación finalmente propició la decadencia de la señora Moritz, lo que al principio aumentó su irritabilidad, pero ahora está en paz para siempre. Murió con los primeros fríos, al principio del invierno pasado. Justine ha vuelto con nosotros, y te aseguro que la quiero tiernamente. Es muy lista y dulce, y extraordinariamente bonita; como te he dicho antes, su porte y sus expresiones me recuerdan

continuamente a mi querida tía.

Debo también, mi querido primo, decirte unas palabras sobre el pequeño William. Me gustaría que le vieses, está muy alto para su edad, con dulces y risueños ojos azules, negras pestañas y cabello rizado. Cuando se ríe se le forman dos hoyuelos en las mejillas sonrosadas de salud. Ya tiene una o dos pequeñas esposas, pero Louisa Byron es su preferida, una linda niñita de cinco años.

Ahora, querido Víctor, me permito pensar que te gustará algo de cotilleo sobre las buenas gentes de Ginebra. La linda señorita Mansfield ya ha recibido las visitas para felicitarla por su próxima boda con un joven caballero inglés, John Melbourne. Su fea hermana, Manon, se casó con el señor Duvillard, el rico banquero, el otoño pasado. A tu compañero de colegio favorito, Louis Manoir, le han ocurrido varias desdichas desde que Clerval se fue de Ginebra. Pero ya ha recuperado el ánimo y se dice que está a punto de casarse con una vivaz y linda francesita, la señora Tavernier. Es viuda, y mucho mayor que Manoir, pero es muy admirada y la favorita de todo el mundo.

Al escribirte me he animado, querido primo; pero mi ansiedad ha vuelto nada más terminar. Escribe, queridísimo Víctor; una línea, una palabra serán para nosotros una bendición. Miles de gracias a Henry por su bondad, su afecto y sus muchas cartas; le estamos sinceramente agradecidos. ¡Adiós!; primo mío cuídate, y, te lo ruego, ¡escribe!

Elizabeth Lavenza

Ginebra, 18 de marzo de 17...

«¡Mi querida, queridísima Elizabeth! –exclamé cuando hube leído su carta–. Me pondré a escribirle ahora mismo, y calmaré la ansiedad que deben de sentir.» Escribí, y ese ejercicio me fatigó notablemente; pero había comenzado mi convalecencia, ésta se desarrollaba con normalidad; dos semanas más tarde pude abandonar mi habitación.

Uno de mis primeros deberes, tras mi recuperación, fue presentar a Clerval a los diversos profesores de la universidad. Al hacerlo, pasé momentos duros, que se compadecían mal con las heridas que mi mente había soportado. Desde aquella fatal noche, que había marcado el fin de mis trabajos y el comienzo de mis desdichas,

concebí una antipatía violenta hacia el mero nombre de filosofía natural. Cuando, por lo demás, mi salud estaba ya bastante repuesta, la simple visión de un instrumento propio de la química podía renovar toda la angustia de mis síntomas nerviosos. Henry lo vio, e hizo quitar de mi vista todos mis aparatos. También cambió mi apartamento; porque se dio cuenta de que yo había cogido manía a la habitación que previamente había sido mi laboratorio. Pero esos cuidados de Clerval no valieron para nada cuando visité a los profesores. El señor Waldman me torturó cuando se puso a alabar, con bondad y entusiasmo, los asombrosos progresos que yo había hecho en las ciencias. Pronto advirtió que no me gustaba el tema, pero, sin sospechar el auténtico motivo, atribuyó mis sentimientos a la modestia, y cambió de asunto pasando de mis progresos a los de la ciencia misma, con el deseo, como me era evidente, de sacarme de mi reserva. ¿Qué podía yo hacer? Él quería agradarme, y me atormentaba. Sentí como si el profesor hubiese colocado cuidadosamente, uno por uno, a mi vista aquellos instrumentos que iban a ser usados después para someterme a una muerte lenta y cruel. Me torturaban sus palabras, pero no osaba mostrar el dolor que sentía. Clerval, cuyos ojos y sentidos eran siempre rápidos en captar las sensaciones de los demás, rechazó el tema, alegando, como excusa, su total ignorancia, y la conversación pasó a tratar de generalidades. Se lo agradecí a mi amigo de todo corazón, pero no hablé. Vi claramente que estaba sorprendido, pero nunca intentó arrancarme mi secreto; y, aunque lo amaba con una mezcla de afecto y reverencia ilimitada, sin embargo no llegaba a atreverme a hacerle partícipe de aquel suceso que con tanta frecuencia se presentaba en mi memoria, porque temía que contárselo a otra persona sólo serviría para que sintiera yo más profundamente aquellas impresiones.

El señor Krempe no fue igual de dócil; y en mi condición de por entonces, de una sensibilidad casi insoportable, sus rudos y claros elogios me hicieron aun más daño que la benévola aprobación del señor Waldman. «¡Maldito chico! –gritó–; mire, señor Clerval, le aseguro que nos ha dejado a todos atrás. Sí, asómbrese si quiere, pero sin embargo es verdad. Un jovencito que, hace unos pocos años, creía en Cornelius Agrippa tan firmemente como en el Evangelio, ahora se ha puesto en cabeza de la universidad, y, si no se le cortan los vuelos, nos dejará a todos en ridículo. Sí, sí –continuaba, al observar el sufrimiento que expresaba mi rostro–, el

señor Frankenstein es modesto; una cualidad excelente en un joven. Los jóvenes deberían desconfiar de ellos mismos, ¿verdad, señor Clerval?; yo mismo, cuando fui joven, era así, pero eso dura muy poco.»

El señor Krempe comenzó entonces un elogio de sí mismo que, afortunadamente, desvió la conversación de un tema que me desagradaba en extremo.

Clerval nunca había compartido mis gustos por las ciencias naturales, y sus aspiraciones literarias diferían por completo de las que a mí me habían ocupado. Llegó a la universidad con el propósito de llegar a ser un cumplido maestro de lenguas orientales, lo que le abriría el camino para el plan de vida que se había marcado. Resuelto a proseguir una carrera no carente de gloria, volvía sus ojos hacia Oriente, que le proporcionaría el horizonte adecuado para su empresa. Le interesaban la lengua persa, la árabe y el sánscrito, y me indujo con facilidad a que emprendiera los mismos estudios. La ociosidad siempre me había sido molesta, y ahora, que deseaba huir de mis reflexiones y que odiaba mis anteriores estudios, sentí un gran alivio al ser el compañero de clase de mi amigo, y hallé, no sólo instrucción, sino también consuelo en las obras de los orientalistas. Yo no pretendía, como él, conseguir un conocimiento crítico de sus dialectos, porque no proyectaba usarlos sino como distracción momentánea. Leía simplemente para entender el sentido, y compensaron ampliamente mi esfuerzo. Su melancolía es relajante, y su gozo exalta hasta un grado que nunca he experimentado al estudiar los autores de ningún otro país. Cuando uno lee sus escritos, la vida parece consistir en cálido sol y jardines de rosas, en las sonrisas y ceños de una hermosa enemiga, y en el fuego que consume nuestro propio corazón. ¡Qué distinto de la viril y heroica poesía de Grecia y Roma!

El verano se pasó en estas ocupaciones, y mi vuelta a Ginebra estaba fijada para finales de otoño; pero, habiéndose retrasado por varios imprevistos, llegaron el invierno y la nieve, las rutas se juzgaban intransitables, y mi viaje se vio postergado hasta la primavera siguiente. Lamenté este retraso profundamente, porque echaba de menos ver mi tierra natal y a mis seres queridos. Mi vuelta se había visto aplazada tanto tiempo debido a mi rechazo a dejar a Clerval en un lugar que le era extraño antes de que se hubiera hecho con un círculo de conocidos. De todas formas, el invierno pasó alegremente y, aunque la primavera fue

anormalmente tardía, cuando llegó, su belleza compensó su dilación.

Ya había comenzado el mes de mayo. Esperaba yo a diario la carta que fijaría la fecha de mi partida cuando Henry propuso una excursión a pie por los alrededores de Ingolstadt, de forma que pudiera despedirme personalmente del lugar en el que durante tanto tiempo había habitado. Accedí a la propuesta con placer: Me encantaba el ejercicio, y Clerval siempre había sido mi compañero favorito en este tipo de caminatas que habíamos hecho ambos por los paisajes de mi zona natal.

Pasamos dos semanas deambulando de esta forma. Mi salud y ánimo hacía tiempo que se habían repuesto, y me fortalecí aún más con el aire saludable que respiraba, las normales incidencias de nuestra marcha y la conversación con mi amigo. El estudio me había anteriormente aislado del contacto con mis semejantes, y me había vuelto antisocial; pero Clerval hizo renacer en mí los mejores sentimientos de mi corazón; me enseñó de nuevo a amar el aspecto de la naturaleza y las caras risueñas de los niños. ¡Excelente amigo! ¡Con cuánta sinceridad me amaste e intentaste elevar mi mente hasta ponerla al nivel de la tuya! Una búsqueda egoísta me había empequeñecido y reducido hasta que tu gentileza y afecto entibiaron y abrieron mis sentidos, me volví la misma feliz criatura que hacía pocos años amaba todo, era amada por todos y no tenía preocupaciones ni dolores. Cuando era feliz, la naturaleza inanimada tenía el poder de suscitarme las más deliciosas sensaciones. Un cielo sereno y unos verdes campos me llenaban de éxtasis. La primavera aquella fue en verdad divina; sus flores brotaban en los setos mientras que apuntaban ya los capullos de las del verano. No me turbaban los pensamientos que durante el año precedente me habían oprimido a pesar de mi empeño de librarme de ellos como de un fardo invencible.

Henry estaba encantado de mi alegría, y compartía sinceramente mis sentimientos. Se esforzaba por divertirme al tiempo que expresaba las sensaciones que colmaban su alma. Los recursos de su mente en estas ocasiones eran verdaderamente asombrosos: su conversación estaba llena de imaginación, y muy a menudo, imitando a los escritores persas y árabes, inventaba cuentos de maravillosa pasión y fantasía. Otras veces repetía mis poemas favoritos, o me enredaba en discusiones en las que mostraba gran ingenio.

Volvimos a nuestra facultad un domingo por la tarde: los campesinos bailaban y todo el mundo que encontramos parecía alegre y feliz. Yo estaba de muy buen humor y avanzaba alegremente con un júbilo risueño e irreprimible.

Capítulo VII

A la vuelta, encontré la siguiente carta de mi padre:

Mi querido Víctor:

Probablemente has estado esperando con impaciencia una carta que fijara la fecha de tu vuelta a casa; y al principio estuve tentado de escribirte sólo unas pocas líneas, citando simplemente el día en que te esperaríamos. Pero eso hubiera sido una bondad cruel, y no me he atrevido a hacerlo. ¿Cuál no hubiese sido tu sorpresa, hijo mío, al esperar una feliz y alegre bienvenida y, por el contrario, encontrarte con lágrimas y sufrimiento? Y ¿de qué manera, Víctor, te explicaría nuestra desdicha? La ausencia no puede haberte vuelto insensible a nuestros gozos y dolores; y ¿cómo podría yo causar dolor a mi hijo largo tiempo ausente? Deseo prepararte para recibir tristes noticias, pero sé que es imposible; incluso ahora ya tus ojos van saltando líneas en busca de las palabras que te llevan las terribles noticias.

¡William ha muerto!, ¡a esa dulce criatura cuyas sonrisas alegraban y calentaban mi corazón, que era tan cariñoso, y a la vez tan alegre, Víctor, la han asesinado!

No pretenderé consolarte; sino que te narraré sencillamente las circunstancias del suceso:

El jueves pasado (7 de mayo), mi sobrina, tus dos hermanos y yo fuimos a dar un paseo por Plainpalais. La tarde era cálida y serena, y prolongamos nuestro paseo hasta más tarde que de costumbre. Ya había oscurecido cuando pensamos en volver, y entonces descubrimos que William y Ernest, que iban delante, habían desaparecido. Por lo tanto nos quedamos sentados hasta que volviesen. En ese momento llegó Ernest, y preguntó si habíamos visto a su hermano. Dijo que había estado jugando con él, que William había salido corriendo a esconderse, y que lo buscó en vano y luego le aguardó durante largo tiempo, pero no regresaba.

Este relato nos alarmó considerablemente, y continuamos

buscándolo hasta que anoheció, cuando Elizabeth supuso que él podría haberse vuelto a casa. Pero no estaba allí. Regresamos de nuevo, con antorchas, porque yo no descansaba pensando que mi niño andaba perdido y estaba expuesto a toda la humedad y rocío de la noche; Elizabeth estaba también extremadamente angustiada. A eso de las cinco de la madrugada, descubrí a mi pequeño, al que la noche anterior había visto resplandecer de salud y actividad, tendido sobre la hierba lívido e inmóvil, con la huella de los dedos del asesino en el cuello.

Lo llevaron a casa, y la angustia que mostraba mi rostro delató el secreto a Elizabeth. Se empeñó en ver el cadáver. Al principio intenté impedírselo, pero insistió, y, al entrar en la habitación donde yacía, examinó enseguida el cuello de la víctima y, retorciéndose las manos, exclamó: «¡Dios mío! ¡He matado a mi niño querido!».

Se desmayó, y conseguimos con gran dificultad que volviera en sí. Cuando recuperó el conocimiento no fue sino para llorar y suspirar. Me dijo que aquella misma tarde William le había estado insistiendo para que le dejara llevar una miniatura muy valiosa que ella había heredado de tu madre. Este retrato ha desaparecido, y sin duda ésa fue la tentación que incitó al asesino para que cometiera el delito. No hay en este momento rastro de él, aunque hacemos continuas gestiones para descubrirlo; ¡pero eso no nos devolverá a mi amado William!

Ven, queridísimo Víctor; sólo tú puedes consolar a Elizabeth. Lloro continuamente, se acusa a ella misma injustamente de ser la causa de su muerte, sus palabras me parten el corazón. Todos somos desgraciados; pero ¿acaso no debería ser esto una razón más para que tú, hijo mío, vuelvas y seas nuestro consuelo? ¡Cuando pienso en tu querida madre...! ¡Ay, Víctor, te aseguro que ahora doy gracias a Dios de que no esté viva para ser testigo de la cruel y miserable muerte de su querido benjamín!

Ven, Víctor, sin rumiar ideas de venganza contra el asesino, sino tan sólo con sentimientos de paz y de bondad, que son los que, en lugar de encontrarlas, curarán las heridas de nuestros corazones. Entra en la casa del duelo, querido mío, pero con bondad y cariño hacia aquellos que te aman, y no con odio hacia tus enemigos.

Tu afligido y cariñoso padre

Alphonse Frankenstein

Ginebra, 12 de mayo de 17...

Clerval, que había observado mi rostro mientras leía esta carta, se sorprendió al ver la desesperación que siguió a la alegría que al principio había yo expresado por recibir noticias de mis seres queridos. Dejé caer la carta sobre la mesa y me cubrí la cara con las manos.

«Mi querido Frankenstein –exclamó Henry, cuando advirtió que yo lloraba amargamente–, ¿vas a tener que ser siempre desgraciado? Mi querido amigo, ¿qué ha sucedido?»

Le indiqué que cogiera la carta, mientras que yo andaba arriba y abajo del cuarto presa de la mayor agitación. Las lágrimas también brotaron a raudales de los ojos de Clerval mientras leía el relato de mi desgracia.

«No puedo ofrecerte consuelo alguno, amigo mío –dijo–; tu desdicha es irreparable. ¿Qué piensas hacer?»

«Irme inmediatamente a Ginebra; ven conmigo, Henry, para encargar los caballos.»

Mientras caminábamos, Clerval intentaba decirme algunas palabras consoladoras; sólo podía expresarme su más profunda comprensión. «¡Pobre William! –dijo–, ¡la adorable criatura ahora duerme con el ángel que fue su madre! ¡Quién que lo haya visto en el resplandor y alegría de su juventud temprana puede hacer otra cosa que llorar su prematura pérdida! ¡Morir de una forma tan miserable! ¡Sentir la garra del asesino! ¡Mucho más asesino, puesto que ha sido capaz de destruir una inocencia tan radiante! ¡Pobre chiquitín! Sólo nos queda un consuelo: sus amigos lo lloramos y estamos de luto, pero él descansa en paz. El mal ha terminado, sus sufrimientos se han acabado para siempre. El césped cubre su dulce cuerpo, y ahora no sabe de dolor alguno. Ya no se lo puede compadecer; debemos reservar la compasión para sus desdichados supervivientes.»

Clerval hablaba así mientras recorríamos a paso rápido las calles; sus palabras se imprimieron en mi mente, y las rememoré después cuando estuve solo. Pero entonces, tan pronto como llegaron los caballos, subí a la calesa y me despedí de mi amigo.

Mi viaje fue muy triste. Al principio deseaba apresurarme, porque estaba impaciente por consolar y ofrecer mi comprensión a los

míos, tan queridos y apenados, pero cuando llegué cerca de mi ciudad natal aminoré la marcha. Apenas podía soportar la multitud de sentimientos que llenaban mi mente. Atravesé los escenarios familiares de mi juventud, que no había visto desde hacía casi seis años. ¡Qué distinto debía de estar todo tras ese tiempo! Un cambio repentino y desolador había ocurrido; pero miles de pequeñas circunstancias podrían haber producido gradualmente otros cambios, que, aunque se hubiesen llevado a cabo más tranquilamente, no por ello serían menos decisivos. Me atenazó el miedo; no me atrevía a avanzar, temiendo miles de males sin nombre que me hacían temblar, aunque era incapaz de definirlos.

Me quedé dos días en Lausana, en este penoso estado de espíritu. Contemplaba el lago: las aguas estaban tranquilas, alrededor todo se hallaba en calma, y las nevadas montañas, los palacios de la naturaleza, no habían cambiado. Poco a poco el sereno y celestial paisaje hizo que me recuperara, y continué mi viaje hacia Ginebra.

La carretera bordeaba el lago, que se estrechaba según iba acercándome a mi ciudad natal. Vi perfilarse con claridad las negras laderas del Jura y la brillante cima del Mont Blanc. Lloré como un niño. «¡Queridas montañas! ¡Mi hermoso lago! ¿Cómo recibís a vuestro caminante? Vuestras cimas están despejadas; el cielo y el lago son azules y plácidos. ¿Es un augurio de paz o una burla de mi desdicha?»

Me temo, amigo mío, que le aburriré deteniéndome en esas circunstancias preliminares; pero fueron días de comparativa felicidad y los evoco con placer. ¡Mi país, mi querido país! ¡Quién sino el que ha nacido en tu suelo puede expresar el gozo que sentí al divisar de nuevo tus arroyos, tus montañas, y, por encima de todo, tu precioso lago!

Sin embargo, a medida que me aproximaba a mi casa, el dolor y el miedo se apoderaron de nuevo de mí. Además cayó la noche a mi alrededor, y cuando apenas pude distinguir las oscuras montañas me sentí aún más deprimido. El cuadro parecía un vasto y sombrío escenario maléfico, y tuve el oscuro presentimiento de que estaba destinado a ser el más desgraciado de los humanos. ¡Ay! Mi profecía era verdad, y sólo erré en un único detalle: No alcanzaba a concebir que todas las miserias que imaginaba y temía no eran ni siquiera la centésima parte de la angustia que estaba destinado a padecer.

Había oscurecido por completo cuando llegué a los alrededores de Ginebra; las puertas de la ciudad ya se habían cerrado, y me vi

obligado a pasar la noche en Secheron, un pueblo a media milla de distancia de la ciudad. El cielo estaba sereno, y, ya que era incapaz de descansar, decidí hacer una visita al lugar donde mi pobre William había sido asesinado. Como no podía atravesar por la ciudad, tuve que cruzar el lago en bote para llegar a Plainpalais. Durante este corto viaje vi cómo el juego de los relámpagos formaba las más maravillosas figuras sobre la cima del Mont Blanc. La tempestad parecía aproximarse rápidamente, y, cuando hube desembarcado, subí a una pequeña colina para poder observar su progresión. Avanzó; los cielos se cubrieron de nubes, y pronto sentí la lluvia que llegaba lentamente con gruesas gotas, pero su violencia aumentó con rapidez.

Dejé el lugar en el que había tomado asiento, y caminé, mientras la oscuridad y la tormenta crecían por minutos y estallaban los truenos sobre mi cabeza con un chasquido terrorífico. Resonaban con el eco desde Salève, las montañas del Jura y los Alpes de Saboya; el vívido resplandor de los relámpagos me cegaba, iluminando el lago y haciendo que pareciese una vasta extensión de fuego; luego, durante un instante, todo parecía sumirse en la completa oscuridad, hasta que el ojo se recuperaba del relámpago precedente. La tormenta, como suele ocurrir en Suiza, había aparecido a la vez en varias zonas del cielo. La tempestad más violenta se situaba exactamente al norte de la ciudad, sobre la parte del lago que se extiende entre el promontorio de Belrive y el pueblecito de Copêt. Otra tormenta iluminaba el Jura con débiles relámpagos, y otra oscurecía y algunas veces revelaba la Môle, una escarpada montaña al este del lago.

Mientras observaba la tempestad, tan hermosa aunque tan terrible, caminaba con pasos rápidos. Aquella noble guerra en el cielo me levantaba el ánimo; cerré los puños y exclamé en voz alta: «¡William, querido ángel, éste es tu funeral, éste es tu canto fúnebre!». Según decía esas palabras, divisé en la oscuridad una figura que se deslizaba detrás de un bosquecillo cercano; me detuve, mirándola fijamente: No me cabía duda. Un relámpago iluminó el objeto e hizo patente con toda claridad su forma. La estatura gigantesca, y la deformidad de su aspecto, más repugnante que nada humano, me informaron al instante de que era el engendro, el repulsivo demonio al que yo había dado vida. ¿Qué hacía allí? ¿Podría él ser (me estremecí ante la sugerencia) el asesino de mi hermano? Tan pronto como esa idea atravesó mi imaginación me

convencí de que era cierta; me castañetearon los dientes, y hube de apoyarme en un árbol para mantenerme en pie. La figura pasó velozmente ante mí y se perdió en la oscuridad. Nada con forma humana hubiera podido destruir a aquel niño encantador. ¡Él era el asesino! No podía dudarlo. La mera presencia de la idea era una prueba irrefutable del hecho. Pensé perseguir a aquel demonio, pero hubiera sido en vano, porque otro relámpago me permitió observarlo trepando por las rocas de la subida, casi perpendicular, al monte Salève, una colina que limita Plainpalais al sur. Pronto alcanzó la cima y desapareció.

Quedé inmóvil. El trueno había cesado; pero la lluvia aún continuaba, y envolvía la escena una impenetrable oscuridad. Di vueltas en mi cerebro a sucesos que hasta entonces había intentado olvidar: cada etapa de mis trabajos hasta llegar a la creación, la apariencia que tenía la obra de mis propias manos viva y junto a mi cama, su fuga. Habían pasado por entonces dos años desde la noche en que por primera vez él recibió la vida; y ¿era éste su primer crimen? ¡Ay! Yo había dejado suelto por el mundo a un depravado engendro, cuyo placer era la matanza y la desgracia; ¿acaso no había asesinado a mi hermano?

No hay quien pueda concebir la angustia que sufrí durante el resto de la noche, que pasé, frío y mojado, al raso. Mas no me daba cuenta de las inclemencias del tiempo. Mi imaginación estaba muy ocupada con escenas de maldad y desesperación. Meditaba sobre el ser que yo había arrojado en medio de la humanidad y al que había dotado con la voluntad y el poder de llevar a cabo proyectos horribles, como el crimen que había ya cometido. Lo consideraba casi como mi vampiro, mi propio espíritu liberado de la tumba y obligado a destruir todo aquello que me era querido.

Amaneció; y dirigí mis pasos hacia la ciudad. Las puertas estaban abiertas, y me encaminé apresuradamente hacia la casa de mi padre. Mi primera idea fue revelar lo que yo sabía del asesino y hacer que se emprendiera de inmediato su búsqueda. Pero me detuve cuando reflexioné sobre la historia que tenía que contar: Me había encontrado a medianoche, entre los precipicios de una montaña inaccesible, a un ser al que yo mismo había formado y dotado de vida. También recordé la fiebre nerviosa que había padecido justo en la época de su creación, lo que daría un aspecto de delirio a un relato por otra parte tan extremadamente improbable. No ignoraba que si cualquier otra persona me hubiese

contado tal cosa yo lo habría considerado efecto de la locura. Además, la extraordinaria naturaleza del animal impediría persecución alguna, incluso si mis allegados me concedieran el suficiente crédito como para emprenderla. Y ¿de qué serviría la persecución? ¿Quién podría arrestar a una criatura capaz de escalar las laderas verticales del monte Salève? Esas consideraciones me convencieron, y resolví permanecer en silencio.

Eran alrededor de las cinco de la mañana cuando entré en casa de mi padre. Dije a los criados que no molestaran a la familia y me fui a la biblioteca para aguardar hasta su hora habitual de levantarse.

Seis años habían discurrido, pasado como un sueño, excepto por una huella indeleble, y permanecí en pie en el mismo lugar donde había abrazado por última vez a mi padre antes de salir para Ingolstadt. ¡Padre querido y venerado! Todavía me quedaba él. Miré el cuadro de mi madre, colgado encima de la chimenea. Era del estilo de los temas históricos, pintado por deseo de mi padre, y representaba a Caroline Beaufort en estado de extrema desesperación, arrodillada junto al ataúd de su padre muerto. Su atavío era rústico y sus mejillas pálidas, pero había en ella un aire de dignidad y de belleza que apenas permitía el sentimiento de la piedad. Debajo de este retrato había una miniatura de William; y se me saltaron las lágrimas cuando lo miré. Entró entonces Ernest; me había oído llegar y se apresuró a darme la bienvenida. Expresó una dolorosa alegría al verme. «Bienvenido, mi querido Víctor –dijo–. ¡Ah! Ojalá hubieses venido hace tres meses, y entonces nos hubieras encontrado a todos nosotros gozosos y felices. Llegas ahora a nuestro lado para compartir una desdicha que nada puede aliviar; sin embargo, espero que tu presencia aquí revivirá a nuestro padre, que parece hundirse bajo el peso de la desgracia, y que tus consejos harán que la pobre Elizabeth cese de atormentarse en vano acusándose a sí misma. ¡Pobre William! ¡Era nuestro cariño y nuestro orgullo!»

Las lágrimas brotaron, incontenibles, de los ojos de mi hermano, un sentimiento de agonía mortal invadió mi ser. Antes, sólo había imaginado la desgracia de mi desolado hogar; la realidad me asaltó como un nuevo, y no menos terrible, desastre. Intenté calmar a Ernest; le interrogué con mayor minuciosidad sobre mi padre y sobre la que llamaba mi prima.

«De todos, es la que más necesita consuelo –dijo Ernest–; se acusa a sí misma de haber causado la muerte de mi hermano, y eso la

hace muy desgraciada. Pero desde que se ha descubierto al asesino...»

«¡Descubierto al asesino! ¡Dios mío!, ¿cómo es posible? ¿Quién puede haberlo perseguido? Es imposible; es como si uno intentara adelantar al viento o dominar un arroyo de montaña con una brizna de paja. Yo también lo he visto; ¡la noche pasada estaba libre!»

«No comprendo qué quieres decir –respondió mi hermano, con voz de asombro–, pero para nosotros el descubrimiento ha completado nuestra desdicha. Nadie quería creerlo al principio; e incluso ahora Elizabeth no se convence, pese a todas las evidencias. En efecto, ¿quién hubiera creído que Justine Moritz, que era tan dulce y quería tanto a toda la familia, podría de repente ser capaz de un crimen tan espantoso y repugnante? »

«¡Justine Moritz! Pobre, pobre muchacha; ¿es a ella a quien han acusado? Pero es un error, todo el mundo lo sabe; seguro que nadie lo creerá, ¿no es cierto, Ernest?»

«Nadie lo creyó al principio; pero se han descubierto varias circunstancias que casi nos han forzado a convencernos de ello; y su propia conducta ha sido tan confusa que añade peso a la evidencia de los hechos, de manera que, me temo, no queda esperanza de duda. Pero la juzgarán hoy, y te enterarás de todo.»

Me contó que la mañana en que se descubrió el asesinato del pobre William Justine cayó enferma y hubo de guardar cama varios días. Durante este intervalo una de las criadas, mientras examinaba las ropas que ella había llevado la noche del crimen, descubrió en su bolsillo el retrato de mi madre, que se juzgaba había sido el móvil del asesinato. La criada se lo enseñó al instante a otra, quien, sin decir una palabra a nadie de la familia, fue a un magistrado a contarle; y, basándose en su declaración, Justine fue arrestada. Al acusársela del hecho la pobre muchacha confirmó en buena parte las sospechas por la extrema confusión que mostraba.

Era una extraña historia, pero no quebrantó mi creencia; y le contesté con ardor: «Todos estáis equivocados; conozco al asesino. Justine, la pobre y buena Justine, es inocente».

En esto entró mi padre. Vi la tristeza profundamente grabada en su rostro, pero intentó recibirme alegremente; y, una vez que intercambiamos nuestras palabras de duelo, hubiéramos hablado de otros temas distintos de nuestra desgracia, pero Ernest exclamó «¡Dios santo, papá, Víctor dice que sabe quién asesinó al pobre William!».

«Nosotros también, por desgracia –respondió mi padre–, porque en verdad hubiera preferido quedarme para siempre en la ignorancia que haber descubierto tanta depravación e ingratitud en alguien a quien yo tenía en tanta estima.»

«Querido padre, te equivocas; Justine es inocente.»

«Si lo es, no quiera Dios que sufra como culpable. La van a juzgar hoy, y espero, espero sinceramente, que será absuelta.»

Esta conversación me tranquilizó. Estaba firmemente convencido en mi fuero interno de que Justine, y ciertamente cualquier otro ser humano, era inocente de este crimen. No tenía miedo, por lo tanto, a que se pudiera aportar evidencia circunstancial alguna que fuese lo suficientemente importante como para condenarla. Mi historia no era de las que pueden ser anunciadas públicamente; su horror asombroso sería calificado de locura por el vulgo. ¿Existiría acaso alguien excepto yo, el creador, que creyera, a menos que sus sentidos le convencieran de ello, en la existencia de ese monumento viviente de prepotencia e ignorancia temeraria que yo había dejado suelto por el mundo?

Elizabeth se nos unió poco después. El tiempo la había cambiado desde la última vez que la vi; la había dotado de una hermosura que sobrepasaba a la belleza de sus años infantiles. Eran el mismo candor, la misma vivacidad, pero unidos a una expresión más llena de sensibilidad e inteligencia. Me dio la bienvenida con el mayor cariño. «Tu llegada, mi querido primo –dijo–, me llena de esperanza. Quizá tú hallarás la manera de demostrar la inocencia de mi pobre Justine. ¡Ay! ¿Quién estaría a salvo si la declarasen a ella culpable del crimen? Creo en su inocencia tanto como en la mía propia. Nuestra desgracia es doblemente terrible: no sólo hemos perdido a aquel niño adorado, sino que también se nos ha arrebatado a esta pobre muchacha, a la que amo sinceramente, destinada a algo aún peor. Si la condenan, nunca volveré a estar alegre. Pero no la condenarán, estoy segura de que no la condenarán; y entonces me sentiré de nuevo contenta, incluso tras la triste muerte de mi pequeño William.»

«Ella es inocente, Elizabeth mía –dije–, y se probará; no temas nada sino que ánimate con la seguridad de su liberación.»

«¡Qué bueno y generoso eres!; todos los demás creen en su culpabilidad, y eso me hacía desgraciada, porque sabía que era imposible, y ver a todo el mundo predispuesto tan irremisiblemente en su contra me hacía sentirme sin la menor esperanza.» Se echó a

llorar.

«Queridísima sobrina –dijo mi padre–, enjuga tus lágrimas. Si es, como crees, inocente, confía en la justicia de nuestras leyes y en la actividad con la que yo impediré que haya el menor asomo de parcialidad.»

Capítulo VIII

Pasamos unas horas tristes hasta las once de la mañana, hora a la que había de comenzar el juicio. Dado que mi padre y el resto de la familia debían estar presentes como testigos, los acompañé a la sala. Toda aquella lamentable parodia de la justicia fue del principio al fin una tortura para mí. Debía decidirse si el resultado de mi curiosidad y de mis experimentos ilegales habría sido causa de la muerte de dos seres humanos: el uno un bebé risueño, lleno de inocencia y alegría; el otro víctima de un asesinato, con mucho, más terrible, con todos los agravantes de la infamia que podían hacer memorable el recuerdo del asesino. Justine además era una muchacha de valía, y poseía cualidades que le prometían tener una vida feliz: ahora todo estaba a punto de yacer destruido en una ignominiosa sepultura; ¡y la causa era yo! Hubiese preferido mil veces haberme declarado culpable del crimen del que se acusaba a Justine; pero estaba ausente cuando se cometió, y tal declaración habría sido considerada el delirio de un loco, y no hubiera exculpado a aquélla que sufría en mi lugar.

Justine tenía un aspecto tranquilo. Iba vestida de luto, y la solemnidad de sus sentimientos había dado a su rostro, normalmente atractivo, una belleza exquisita. Parecía confiada en su inocencia, y no temblaba, aunque miles de personas la miraban e insultaban porque toda bondad que su belleza podría, en otras condiciones, haber suscitado era borrada de las mentes de los espectadores por la imagen de la monstruosidad que se suponía había cometido. Estaba tranquila, pero su tranquilidad era evidentemente forzada, y, como anteriormente se había aducido su confusión como una prueba de su culpabilidad, se esforzaba interiormente por mantener una apariencia de valor. Cuando entró en la sala miró a su alrededor, y descubrió rápidamente dónde estábamos sentados. Una lágrima pareció empañar sus ojos cuando nos vio, pero pronto se controló, y una mirada de doloroso afecto pareció dar testimonio de su completa inocencia.

Comenzó el juicio; y, después de que el fiscal presentó los cargos contra ella, se llamó a varios testigos. Diversos hechos aislados, que

hubieran podido hacer vacilar a cualquiera que no tuviese prueba tan segura de su inocencia como yo la tenía, se combinaban en su contra. Había estado fuera de la casa toda la noche en la cual se cometió el crimen, y al amanecer había sido vista por una vendedora del mercado no lejos del lugar donde se halló después el cuerpo del niño asesinado. La mujer le preguntó qué hacía allí; pero ella tenía un aspecto muy extraño y sólo le dirigió una respuesta confusa e ininteligible. Regresó a la casa hacia las ocho de la mañana; y, cuando le preguntaron dónde había pasado la noche, contestó que había estado buscando al niño, y preguntó con insistencia si se sabía algo de él. Cuando le mostraron el cuerpo, tuvo un ataque de histeria, y hubo de guardar cama durante varios días. Se trajo a la sala entonces el retrato, que la criada había encontrado en su bolsillo; y, cuando Elizabeth, con voz desfalleciente, dio fe de que era el mismo que, una hora antes de que se echara en falta al niño, ella había colocado a éste alrededor del cuello, un murmullo de horror e indignación recorrió la sala.

Se llamó a Justine para que se defendiera. Según el juicio había ido avanzando, su rostro se había alterado. Expresaba profunda sorpresa, horror y desolación. Algunas veces luchaba por retener las lágrimas; pero cuando se le preguntó qué se declaraba, tomó el control de sí, y habló con una voz aunque entrecortada audible:

«Dios sabe –dijo– cuán completamente inocente soy. Pero no pretendo que mis protestas me absuelvan: Fundamento mi inocencia en la llana y simple explicación de los hechos que han sido aducidos contra mí, y espero que la buena reputación de que he siempre gozado inclinará a mis jueces hacia una interpretación favorable de circunstancias que puedan parecer dudosas o sospechosas.»

Entonces declaró que, con el permiso de Elizabeth, había pasado la tarde de la noche en la que se cometió el asesinato en la casa de su tía, en Chêne, un pueblo situado aproximadamente a una legua de Ginebra. De vuelta, hacia las nueve, se encontró con un hombre que le preguntó si había visto rastro del niño que se había perdido. Alarmada ante esto, estuvo varias horas buscándolo, hasta después de que las puertas de Ginebra se cerraron y hubo de quedarse a pasar la noche en el granero de una granja, no deseando despertar a los habitantes de la casa, de los cuales era bien conocida. Pasó en vela la mayor parte de la noche; creía que hacia el alba se había dormido unos minutos; unos pasos la turbaron y se despertó.

Amanecía, y dejó su refugio para emprender de nuevo la búsqueda de mi hermano. Si había llegado cerca del lugar donde yacía su cuerpo era algo que ignoraba. Que pareciera aturdida cuando le dirigió preguntas la vendedora del mercado no era sorprendente teniendo en cuenta que acababa de pasar la noche en vela y que la suerte que había corrido el pobre William era aún incierta. Respecto al retrato, no podía explicarlo.

«Sé –continuó la desdichada víctima– cuán pesada y fatal es esta única prueba que pesa contra mí, pero no puedo explicarla; y, una vez que he expresado mi completa ignorancia, sólo me queda aventurar la conjetura de que el retrato haya sido colocado en mi bolsillo. Pero tampoco esto es convincente. Creo que no tengo enemigo alguno en el mundo, y nadie ciertamente sería tan malvado como para querer destruirme por simple capricho. ¿Lo colocó ahí el asesino? No veo qué oportunidad le di para hacerlo; o, si se la di, ¿por qué habría él robado la joya para desprenderse de ella tan pronto?

»Encomiendo mi causa a la justicia de mis jueces, pero no veo resquicio para la esperanza. Ruego me otorguen su permiso para que algunos testigos presten declaración sobre mi forma de ser; y si esto no es de mayor peso que mi supuesta culpabilidad, entonces debo ser condenada, aunque encomiendo mi salvación a mi inocencia.»

Llamaron a varios testigos, que la habían conocido durante muchos años, y hablaron bien de ella; pero el miedo y la repugnancia hacia el crimen del que se la suponía culpable los intimidaron e impidieron que la apoyasen explícitamente. Elizabeth vio que este último recurso, la excelente disposición e irreprochable conducta, tampoco iba a valer a la acusada; entonces, aunque presa de una agitación violenta, pidió la venia para dirigirse al tribunal.

«Soy –dijo– la prima de ese desdichado niño que ha sido asesinado, o, mejor dicho, su hermana, porque fui educada por sus padres y con ellos he vivido incluso desde mucho antes de su nacimiento. Podría, pues, juzgarse impropio por mi parte que me presente a declarar en esta ocasión; pero, puesto que veo que la cobardía de sus presuntos amigos puede causar la perdición de un ser humano, deseo que se me permita hablar, que yo pueda decir lo que sé de su carácter. Conozco muy bien a la acusada. He vivido con ella en la misma casa, en una ocasión durante cinco, y en otra durante casi dos años. A lo largo de todo ese tiempo me pareció que

era la más amable y bondadosa de las criaturas. Cuidó a la señora Frankenstein, mi tía, durante su última enfermedad con el mayor afecto y atención, y después se ocupó de su propia madre durante una larga y molesta enfermedad, de una forma que suscitó la admiración de todos los que la conocieron. Tras esto, vivió de nuevo en casa de mi tío, donde era amada por toda la familia. Tenía gran afecto al niño que ahora está muerto, y se comportaba con él como la madre más cariñosa. Yo, por mi parte, no dudo en decir que, pese a cuantas pruebas se han aportado en su contra, creo y estoy firme en mi convencimiento de su perfecta inocencia. No tenía motivos para hacerlo. Y, respecto a la chuchería en la que se basa la prueba, si hubiese estado ella deseosa de tenerla, yo se la habría dado con gusto, por lo mucho que la quiero y la tengo en estima.»

Un murmullo de aprobación siguió a la sencilla y convincente apelación de Elizabeth; pero lo originó su mediación generosa, y no la benevolencia hacia la pobre Justine, en quien se volcó con renovada violencia la indignación del público, acusándola de la más negra ingratitud. Ella misma lloró mientras Elizabeth hablaba, pero no respondió. Durante todo el juicio mis propias agitación y angustia fueron extremas. Creía en su inocencia, sabía que era cierta. ¿Acaso podía el demonio que (no lo dudé ni un instante) había asesinado a mi hermano haber abusado también por infernal diversión de aquella inocencia hasta llevarla a la muerte y la ignominia? No podía soportar el horror de mi situación; y, cuando advertí que el sentir popular y los rostros de los jueces habían ya condenado a mi desdichada víctima, me precipité lleno de angustia fuera de la sala. Las torturas de la acusada no igualaban a la mía; a ella la sostenía la inocencia, pero a mí me desgarraban las entrañas las punzadas del remordimiento, y no dejarían ir a su presa.

Pasé la noche sumido en una miseria absoluta. Por la mañana fui a la audiencia; mis labios y garganta estaban resecos. No me atreví a plantear la pregunta fatal; pero yo era conocido, y el funcionario adivinó la razón de mi visita. Se habían contado las bolas; todas eran negras, y Justine había sido condenada.

Me es imposible describir lo que entonces sentí. Antes ya había experimentado sensaciones de horror, y he procurado describirlas con las expresiones adecuadas, pero las palabras no pueden dar idea de la tremenda desesperación que me desgarró el alma. La persona a la que me dirigía añadió que Justine ya había confesado su

culpabilidad. «Esa evidencia –observó– apenas era necesaria en un caso tan patente, pero me alegro de ello; ciertamente a ninguno de nuestros jueces le gusta condenar a un criminal basándose sólo en evidencias circunstanciales, aunque sean tan decisivas.»

Era una información rara e inesperada; ¿qué podía significar? ¿Me habían engañado mis ojos? ¿Estaba yo realmente loco, como el mundo entero me hubiera creído si hubiese revelado el objeto de mis sospechas? Me apresuré a volver a casa, y Elizabeth me preguntó ansiosa el resultado.

«Prima mía –repliqué–, es el que te podrías esperar; todos los jueces prefieren que sufran diez inocentes que pueda absolverse a un culpable. Pero ella ha confesado.»

Esto fue un golpe fatal para la pobre Elizabeth, que había creído con firmeza en la inocencia de Justine. «¡Ay! –dijo–, ¿cómo podré creer nunca ya en la bondad humana? Justine, que yo amaba y estimaba como si fuese mi hermana, ¿cómo ha podido servirse de sus sonrisas inocentes para traicionar?; sus dulces ojos parecían incapaces de severidad o disimulo algunos, y sin embargo ha cometido un asesinato.»

Poco después supimos que la pobre víctima había expresado deseos de ver a mi prima. Mi padre no quería que fuese, pero dijo que dejaba la decisión a su propio arbitrio y sentimientos. «Sí –dijo Elizabeth–, iré, aunque sea culpable; y tú, Víctor, me acompañarás; no puedo ir sola.» La idea de esta visita era para mí una tortura, mas no podía rehusar.

Entramos en la triste celda, y vi a Justine sentada al fondo sobre un montón de paja; sus manos estaban esposadas, y su cabeza apoyada en las rodillas. Se incorporó al vernos entrar, y cuando nos dejaron solos con ella se echó a los pies de Elizabeth llorando amargamente. Mi prima también lloraba.

«¡Oh, Justine! –dijo–, ¿por qué me has robado mi último consuelo? Creía en tu inocencia; y, aunque era muy desdichada, no me sentía tan desgraciada como me siento ahora.»

«¿También usted cree que verdaderamente soy tan perversa? ¿También se ha unido usted a mis enemigos para aplastarme, para condenarme como a una asesina?» Los sollozos sofocaban su voz.

«Pobrecita mía, levántate –dijo Elizabeth–, ¿por qué te arrodillas si eres inocente? Yo no soy uno de tus enemigos; no creí en tu culpabilidad pese a todas las evidencias, hasta que supe que tú misma te habías declarado culpable. Dices que esa información es

falsa; estate segura, mi querida Justine, de que nada puede quebrantar ni por un instante mi confianza en ti excepto tu propia confesión.»

«He confesado; pero confesé una mentira. Confesé para obtener la absolución; pero ahora esa falsedad pesa más en mi corazón que todos mis otros pecados. ¡Que el Dios del Cielo me perdone! Desde el momento mismo en que me condenaron mi confesor me ha acosado; me amenazó e intimidó hasta que yo misma empecé a creer que era el monstruo que él decía que era. Me amenazó con la excomunión y el fuego del infierno en mis últimos momentos si me obstinaba en no confesar. Mi querida señora, no tenía a nadie para apoyarme, todos me miraban como a una desgraciada destinada a la ignominia y la perdición. ¿Qué podía hacer? En mala hora consentí en mentir; y ahora lo que soy es más profundamente desdichada.»

El llanto le hizo hacer una pausa, y luego continuó «Pensé con horror, mi dulce señora, que usted creería que su Justine, a quien su bendita tía había estimado en tanto, y a la que usted amaba, era una criatura capaz de un crimen que nadie sino el mismo diablo debe de haber perpetrado. ¡Mi querido William! ¡Queridísimo, bendito niño! Pronto te veré de nuevo en el cielo, donde seremos todos felices; y eso me consuela, ahora que voy a sufrir la ignominia y la muerte.»

«¡Oh, Justine!, perdóname por haber dudado de ti durante un instante. ¿Por qué confesaste? Pero no te lamente, niña querida. No temas. Lo proclamaré, probaré tu inocencia. Haré fundirse los corazones de piedra de tus enemigos con mis lágrimas y mis súplicas. ¡No morirás!... ¡Tú, mi compañera de juegos, mi amiga, mi hermana, perecer en el cadalso...! ¡No! ¡no! Nunca podría sobrevivir a desdicha tan horrible!»

Justine negó tristemente con la cabeza. «No tengo miedo a morir – dijo–; ese dolor ha pasado. Dios anima mi debilidad y me da el coraje de soportar lo peor; y, cuando me recuerde, hágalo pensando en alguien injustamente condenado. Me resigno al destino que me espera. ¡Aprenda de mí, mi querida señora, a someterse pacientemente a la voluntad del Cielo!»

Mientras transcurría esta conversación yo me había retirado a un rincón de la celda, donde pudiera ocultar la horrenda angustia que me poseía. ¡Desesperación! ¿Quién osaba mencionarla? La pobre víctima, que a la mañana siguiente debía traspasar la temible frontera entre la vida y la muerte, no sentía tan profunda y amarga

agonía como yo. Me rechinaban los dientes, y los apreté exhalando un gemido que me salía del fondo del alma. Justine se sobresaltó. Cuando vio quién era se acercó a mí y dijo: «Querido señor, es usted muy bueno visitándome, espero que usted no cree que soy culpable, ¿verdad?».

No pude responder. «No, Justine –dijo Elizabeth–; está más convencido de tu inocencia que yo lo estaba; porque incluso cuando oyó que tú habías confesado, no lo creyó.»

«Se lo agradezco profundamente. En estos últimos momentos siento la más sincera gratitud hacia aquellos que piensan en mí con bondad. ¡Cuán dulce es el cariño de los otros para una desdichada como yo! Me quita el peso de más de la mitad de mi infortunio; y siento como si pudiera morir en paz, ahora que usted, mi querida señora, y su primo están convencidos de mi inocencia.»

Así intentaba la pobre víctima confortar a los demás y a sí misma. En verdad logró la resignación que deseaba. Pero yo, el auténtico asesino, sentí roerme el pecho el gusano que de por vida no me permitiría jamás esperanza ni consuelo. Elizabeth también lloraba, y era desgraciada, pero la suya era también la miseria de la inocencia, que, como una nube que pasa sobre la hermosa faz de la luna, durante un momento la oculta pero no puede empañar su brillo. La angustia y la desesperación me habían penetrado hasta lo más profundo del alma; llevaba dentro un infierno que nada podría extinguir. Nos quedamos varias horas con Justine; y no fue sino con grandes dificultades que conseguí arrancar a Elizabeth de allí. «Deseo morir contigo –decía sollozando–. No puedo vivir en este mundo tan miserable.»

Justine procuró adoptar un aspecto alegre, aunque apenas podía reprimir las lágrimas. Abrazó a Elizabeth, y dijo, con voz de emoción apenas retenida: «Adiós, dulce señora, mi queridísima Elizabeth, mi amada y única amiga. Quiera el Cielo, en su bondad, bendecirla y cuidarla; ¡que ésta sea la última desgracia que le toque sufrir! Viva, sea feliz y haga felices a los demás».

Y a la mañana siguiente Justine murió. La desgarradora elocuencia de Elizabeth no pudo conmover la arraigada convicción de los jueces en la criminalidad de la pobre víctima. Mis apasionadas e indignadas apelaciones no tuvieron en ellos efecto alguno. Y, cuando recibí sus frías respuestas, y oí los razonamientos duros e insensibles de aquellos hombres, mi proyectada confesión murió en mis labios. Podía hacer que me trataran de loco, pero no revocar la

sentencia dictada contra mi desgraciada víctima. ¡Murió en el patíbulo como una asesina!

De las torturas de mi propio corazón pasé a contemplar el dolor profundo y mudo de mi Elizabeth. ¡Esto también era culpa mía! Y la pena de mi padre, y la desolación de aquel hogar que había sido antes tan risueño... ¡todo era obra mi mis tres veces malditas manos! Sí, llorad, llorad, desdichados; ¡pero ésas no son vuestras últimas lágrimas! ¡Las quejas funerales se elevarán de nuevo, y el sonido de vuestras lamentaciones se escuchará una y otra vez! Frankenstein, vuestro hijo, vuestro pariente, vuestro muy amado amigo de la infancia, el que hubiera dado cada gota vital de su sangre por vosotros, que no imagina ni goza de cosa alguna excepto si ve ese placer también reflejado en vuestros queridos rostros, el que habría llenado los aires con sus bendiciones y empleado su vida en servirlos, él os pide que lloréis, que vertáis innumerables lágrimas. ¡Feliz se sentiría él, más allá de sus esperanzas, si con esto el inexorable hado se diera por satisfecho, y si la destrucción hiciese una pausa antes que la paz de la tumba siguiera a vuestros tristes tormentos!

Así habló mi alma profética cuando, desgarrado por el remordimiento, el horror y la desesperación, vi a aquéllos a los que amaba mostrar vanamente su dolor en las tumbas de William y Justine, las primeras desventuradas víctimas de mis sacrílegas artes.

Capítulo IX

Nada hay más doloroso para la mente humana, después de que los sentimientos han sido agitados por una rápida sucesión de acontecimientos, que la calma letal de la inacción y la certidumbre que a esto sigue, y que priva al alma a la vez de esperanza y de temor. Justine había muerto; descansaba en paz. Y yo estaba vivo. La sangre corría veloz por mis venas, pero oprimía mi corazón un peso de desesperanza y remordimiento que nada podía aliviar. El sueño huyó de mis ojos; vagaba como un alma en pena, porque había cometido actos cuya maldad sobrepasa la horrible descripción, y más, mucho más (estaba convencido de ello) estaba aún por llegar. Sin embargo, mi corazón rebosaba de bondad y de amor por la virtud. Mi vida había empezado con buenos propósitos y estaba sediento de que llegara el tiempo de ponerlos en práctica y ser útil a mis semejantes. Ahora todo se había destruido; en lugar de aquella paz de la conciencia, que me había permitido mirar hacia atrás el pasado satisfecho de mí mismo, y tomar de ahí fuerzas para nuevas esperanzas, me acosaban el remordimiento y el sentimiento de culpabilidad, que me precipitaban en un infierno de terribles torturas cuya descripción escapa a las capacidades del lenguaje.

Este estado de ánimo repercutió en mi salud, que quizá nunca se había recuperado por entero del primer golpe que había sufrido. Evitaba encontrarme con alguien; cualquier sonido que evocara alegría o complacencia era para mí una tortura, mi único consuelo era la soledad, una soledad profunda, oscura, semejante a la muerte.

Mi padre observó con pena el perceptible cambio de mi forma de ser y mis hábitos, y procuró, con razones que se apoyaban en los sentimientos de conciencia tranquila y vida sin tacha que eran los suyos, inspirarme fortaleza y despertar en mí valor para hacer disiparse la oscura nube que se cernía sobre mi cabeza. «¿Acaso crees, Víctor, que yo no sufro también? –dijo–. Nadie podía amar al niño más que yo amaba a tu hermano –los ojos se le llenaron de lágrimas al decir esto–; pero ¿no es un deber hacia los supervivientes que procuremos no aumentar su pena con la visión

de nuestro incontrolado dolor? Es también un deber hacia ti mismo; porque el dolor excesivo impide la mejoría y el goce e incluso llevar a cabo las tareas diarias, sin las que el hombre carece de valor para la sociedad.»

Este consejo, aunque era bueno, resultaba completamente inaplicable para mi caso. Yo debería haber sido el primero en ocultar mi dolor y consolar a los míos de no haberse mezclado a mis otras sensaciones la amargura del remordimiento y el sobresalto del terror. Ahora podía sólo responder a mi padre con una mirada de desesperación, e intentar ocultarme de su vista.

Por entonces nos retiramos a nuestra casa de Belrive. Este cambio me resultó particularmente agradable. El cierre diario de las puertas a las diez en punto y la imposibilidad de permanecer en el lago tras aquella hora me habían hecho nuestra residencia dentro de los muros de Ginebra muy molesta. Ahora estaba libre. Con frecuencia, cuando el resto de la familia se había retirado para el descanso nocturno, yo cogía el bote y pasaba muchas horas en el lago. Algunas veces, tras remar hasta el centro de él, dejaba que el bote siguiera su propio curso y me entregaba a mis tristes meditaciones. Me venía con frecuencia la tentación, cuando todo a mi alrededor era paz y yo el único ser inquieto que vagaba sin descanso en un paisaje tan bello y celestial –excepto algún murciélago, o las ranas, cuyo croar intermitente y ronco oía sólo cuando me aproximaba a la orilla–, con frecuencia, estaba diciendo, me venía la tentación de tirarme al silencioso lago, para que las aguas se cerraran para siempre sobre mí y sobre mis calamidades. Pero me detenía el recuerdo de la heroica y doliente Elizabeth, a quien amaba con ternura, y cuya existencia estaba ligada a la mía. También pensaba en mi padre, y en el hermano que me quedaba: ¿Podía acaso, con mi vil abandono, dejarlos indefensos y desprotegidos ante la maldad del demonio que yo había soltado entre ellos?

En esos momentos lloraba amargamente, y deseaba que la paz retornase a mi alma tan sólo para poder ofrecerles a ellos consuelo y felicidad. Pero era imposible. El remordimiento extinguía toda esperanza. Yo había sido el autor de males irremediables; y vivía en diario estado de terror, temiendo que el monstruo que había creado perpetrara una nueva maldad. Tenía el oscuro sentimiento de que no todo había pasado, y de que él todavía cometería algún crimen notable, que, por su enormidad, casi haría palidecer el recuerdo de los anteriores. Siempre habría lugar para el miedo mientras alguno

de los que amaba existiera. Mi repulsión hacia ese demonio sobrepasaba toda comprensión. Cuando pensaba en él me rechinaban los dientes, me ardían los ojos y deseaba con ardor extinguir aquella vida que había tan imprudentemente otorgado. Cuando reflexionaba sobre sus crímenes y su maldad, el odio y deseo de venganza me embargaban de forma incontenible. Habría peregrinado hasta la cima más alta de los Andes si, una vez allí, hubiese podido despeñarle a él hasta el fondo del precipicio. Deseaba verlo de nuevo, de manera que pudiese destrozar en su cabeza hasta el último de sus repulsivos rasgos, y vengar las muertes de William y Justine.

Era la nuestra una casa de luto. La salud de mi padre estaba profundamente quebrantada por el horror de los recientes sucesos. Elizabeth se hallaba triste y abatida; ya no la complacían sus habituales ocupaciones; todo placer le parecía un sacrilegio hacia los muertos; pensaba que eterna aflicción y lágrimas eran el justo tributo que debía pagar a una inocencia de tal modo marchitada y destruida. Ya no era aquella feliz criatura que paseaba conmigo de jovencita por las riberas del lago y que hablaba con éxtasis de nuestros futuros proyectos. El primero de esos dolores que se nos envían para tomar conciencia de la dureza del mundo la había visitado, y su sombría influencia borraba su adorable sonrisa.

«Cuando pienso, querido primo –decía–, en la triste muerte de Justine Moritz ya no veo el mundo y sus obras como antes. Antes consideraba los relatos sobre actos viciosos o injustos, que yo leía en los libros u oía a otros, como historias del pasado, o maldades imaginarias, al menos eran remotas y más próximas a la razón que a la imaginación; pero ahora el dolor ha llegado a nuestra casa, y los hombres me parecen monstruos sedientos de sangre unos de otros. Y sin embargo ciertamente soy injusta. Todo el mundo creía que la pobre muchacha era culpable; y si hubiese cometido el crimen por el cual se la ajustició es verdad que ella hubiera sido el más depravado de los seres humanos. ¡Haber asesinado, por un puñado de joyas, al hijo de su benefactora y amiga, a un niño al que había criado desde que nació y al que parecía amar como si fuera suyo! Yo no apruebo la muerte de ningún ser humano; pero verdaderamente habría pensado que una criatura así no era digna de seguir formando parte de la humanidad. Pero ella era inocente, lo sé. Siento que era inocente; tú eres de la misma opinión, y eso me la confirma. ¡Ay, Víctor!, cuando la falsedad puede asemejarse tanto

a la verdad, ¿quién puede aspirar a ser feliz? Tengo la sensación de estar caminando por el borde de un precipicio hacia el que miles de personas se dirigen con la intención de precipitarme al abismo. William y Justine fueron asesinados, y el asesino ha escapado; ahora va libre por el mundo, y es respetado quizá. Pero incluso si fuera yo la condenada a sufrir en el patíbulo por tales crímenes, no me cambiaría por tal miserable.»

Escuché sus palabras con la agonía más extrema. No de hecho pero sí en realidad, yo era el verdadero asesino. Elizabeth leyó en mi rostro mi angustia, y, cogiéndome cariñosamente la mano, dijo: «Mi queridísimo amigo, debes tranquilizarte. Estos sucesos me han afectado, Dios sabe cuán profundamente; pero no soy tan desgraciada como tú. Hay una expresión de desesperación y algunas veces de venganza en tu rostro que me hace temblar. Víctor querido, borra esas oscuras pasiones. Recuerda que tienes amigos a tu alrededor que centran en ti sus esperanzas. ¿Hemos perdido el poder de hacerte feliz? ¡Ah!, mientras amemos, mientras seamos sinceros el uno hacia el otro y aquí, en esta tierra de belleza y paz, tu país natal, podamos aspirar a tales bendiciones, ¿qué puede turbar nuestra paz?».

¿Cómo hubiesen podido tales palabras de aquella a la que yo estimaba más que a ningún otro don de la fortuna bastar para alejar al demonio que se agazapaba en mi corazón? Incluso cuando Elizabeth estaba hablando me acerqué más a ella, movido por el terror, de miedo de que en aquel mismo momento el destructor pudiera estar cerca para robármela.

Así ni la ternura de la amistad ni la belleza de la tierra, ni la del cielo, podían redimir mi alma de la aflicción; incluso las expresiones mismas del amor eran inútiles. Yo estaba rodeado por una nube que ninguna influencia benéfica podía traspasar. Me asemejaba al ciervo herido que arrastra sus debilitados miembros hasta un áspero escondite entre matorrales para, desde allí, mirar la flecha que le ha traspasado y morir.

Algunas veces podía sobrellevar la negra desesperación que me dominaba, pero otras el torbellino de pasiones de mi alma me empujaba a buscar, por medio del ejercicio físico y el cambio de lugar, algún alivio a mis intolerables sensaciones. Durante uno de esos accesos de repente me fui de casa y, dirigiendo mis pasos hacia los cercanos valles alpinos, busqué en la magnificencia y la eternidad de tales paisajes una forma de olvidarme de mí mismo y

de mis efímeras, por humanas, penas. Mis vagabundeos se dirigieron hacia el valle de Chamonix. Lo había visitado con frecuencia cuando era un adolescente. Desde entonces habían pasado seis años; yo era un desgraciado, pero nada había cambiado en aquellos salvajes y perdurables paisajes.

Hice a caballo la primera parte de mi excursión. Después alquilé una mula, por ser animal de paso más seguro y menos propicio a herirse en aquellos escabrosos senderos. El tiempo era bueno: estábamos a mediados de agosto, casi dos meses después de la muerte de Justine, esa triste época en la que situó el comienzo de todos mis infortunios. Se había aligerado perceptiblemente el peso que gravitaba sobre mi espíritu a medida que me adentraba más y más en el desfiladero del Arve. Las inmensas montañas y precipicios que se elevaban por todas partes sobre mí, el sonido del río que bramaba entre las rocas y la caída de las cascadas hablaban de una fuerza de inmensa omnipotencia; y cesé de temer, o de inclinarme ante cualquier ser menos todopoderoso que el que había creado y que dirigía los elementos, desplegados allí en su aspecto más impresionante. A medida que ascendía, el valle tomaba un aspecto aún más esplendoroso y sorprendente. Había castillos en ruinas que colgaban sobre los precipicios de las montañas cubiertas de pinos; el impetuoso Arve y las granjas que asomaban aquí y allá entre los árboles formaban una escena de singular belleza. Pero la aumentaban y hacían sublime los poderosos Alpes, cuyas blancas y resplandecientes pirámides y bóvedas se alzaban como torres sobre todo el resto, como si fueran cosa de otro planeta, las moradas de otra raza de seres.

Pasé el puente de Pelissier, donde el torrente que forma el río se abría ante mí, y comencé a escalar la montaña que lo domina. Poco después entré en el valle de Chamonix. Este valle es más maravilloso y sublime –pero no tan hermoso y pintoresco– que el de Servox, a través del que acababa de pasar. Las altas y nevadas montañas eran sus inmediatas fronteras, pero ya no vi más castillos en ruinas ni campos fértiles. Inmensos glaciares se aproximaban al sendero; oí el retumbar de trueno de un alud al caer, y observé la nube que dejaba a su paso. El Mont Blanc, el supremo y magnífico Mont Blanc, se levantaba entre las *aiguilles* que lo rodeaban, y su tremendo *dôme* oteaba desde su altura el valle.

Una sensación de placer perdida desde hacía tiempo para mis sentidos me embargó con frecuencia durante este viaje. A la vuelta

del camino, algunas cosas nuevas que de repente percibía y reconocía me recordaban a días pasados, y estaban asociadas con la alegría confiada de la niñez. Los vientos mismos susurraban con acento suave, y la madre naturaleza me pedía que parara de llorar. Luego la bondadosa influencia dejó de nuevo de actuar, me hallé una vez más encadenado a la desdicha y sumido en toda la miseria de la evocación. A veces espoleaba a mi cabalgadura, luchando por olvidarme del mundo, de mis temores y, sobre todo, de mí mismo; o, con un gesto más desesperado, otras veces desmontaba y me arrojaba sobre la hierba, abrumado por el peso del horror y la desesperación.

Finalmente llegué al pueblo de Chamonix. El agotamiento sucedió a la extrema fatiga de ambos, cuerpo y espíritu, que había soportado. Me quedé durante un rato mirando por la ventana, observando los pálidos relámpagos que jugueteaban sobre el Mont Blanc, y escuchando la corriente del Arve, que proseguía su ruidoso camino allá abajo. Aquellos sonidos adormecedores tuvieron el efecto de una canción de cuna para mis sentidos exacerbados: cuando puse la cabeza en la almohada me invadió el sueño; lo sentí venir, y lo bendije porque me traía el olvido.

Capítulo X

Pasé el día siguiente yendo de aquí para allá por el valle. Me detuve junto a las fuentes del Arveiron, que nacen de un glaciar que, con su lenta marcha, va bajando desde la cima de las colinas para finalmente formar una barricada en el valle. Las abruptas laderas de las vastas montañas se extendían ante mí; el helado muro del glaciar se levantaba sobre mi cabeza; unos pinos dispersos crecían alrededor; y el solemne silencio de esta presencia gloriosa, morada imperial de la Naturaleza, era roto solamente por las alborotadas ondas del arroyo o la caída de un gran fragmento del glaciar, el sonido de trueno del alud o el crujido, que reverberaba de una montaña a otra, del hielo acumulado, que, según la silenciosa obra de leyes inmutables, era de vez en cuando quebrado y retorcido, como si no fuera en sus manos más que un juego. Esos sublimes y magníficos paisajes me proporcionaron el mayor consuelo que era capaz de recibir. Me elevaron sobre toda aquella pequeñez de mis sentimientos; y, aunque no me quitaron el dolor, lo templaron y calmaron. En cierta medida, distrajeron también mi mente de los pensamientos en los que había estado sumida el mes anterior. Por la noche me fui a descansar, mis sopores, en efecto, estuvieron presididos y ocupados por la reunión de las grandes formas que había contemplado durante el día. Se congregaron a mi alrededor las inmaculadas cimas nevadas de las montañas, los picos resplandecientes, los bosques de pinos, el accidentado y desnudo barranco, el águila, que se remontaba entre las nubes; todos ellos se agruparon a mi alrededor, y me incitaron a que estuviera en paz.

¿Adónde habían huido cuando me desperté la mañana siguiente? Todos los que me elevaban el ánimo huyeron con el sueño, y una oscura melancolía ensombreció cada uno de mis pensamientos. Llovía intensamente, y una niebla espesa ocultaba las cimas de las montañas, de forma que ni siquiera me quedaba la visión de los rostros de aquellos poderosos amigos. Aun así quería penetrar el velo de su bruma, y buscarlos en sus nubosos refugios. ¿Qué me importaban la lluvia y la tormenta? Me trajeron la mula a la puerta, y decidí subir a la cima del Montanvert. Recordaba el efecto que la

vista del tremendo glaciar en continuo movimiento me había producido cuando lo vi por vez primera. Por entonces me había colmado con un éxtasis sublime que dio alas a mi alma y le permitió remontarse desde el oscuro mundo hacia la luz y la alegría. La visión de aspectos impresionantes y majestuosos de la naturaleza siempre ha tenido ciertamente en mí el efecto de impregnar mi mente de solemnidad y me ha hecho olvidar las pasajeras preocupaciones de la vida. Tomé la decisión de ir sin guía, porque conocía bien el sendero y la presencia de otra persona habría destruido la grandeza solitaria de la escena.

La subida es vertiginosa, pero el sendero está cortado en una serie de pequeñas plataformas que permiten a uno vencer la verticalidad de la montaña. Es un paisaje terriblemente desolado. En cientos de lugares se notan las huellas de las avalanchas del invierno, donde los árboles yacen tronchados y dispersos por el suelo; algunos completamente destruidos, otros doblados, apoyados en las rocas que sobresalen de la montaña o en transversal sobre otros árboles. El sendero, según se va ganando altura, está cortado por neveros, en los que caen continuamente piedras desprendidas desde arriba; uno de ellos es especialmente peligroso porque el menor sonido, como incluso el de hablar en voz alta, produce una vibración del aire que basta para atraer la destrucción sobre la cabeza del hablante. Los pinos no son altos ni frondosos, sino sombríos, y dan un aire de severidad al paisaje. Miré el valle abajo; se estaban levantando vastas capas de bruma de los ríos que lo atraviesan, y éstas se enroscaban en densas espirales en torno a las montañas de enfrente, cuyas cimas estaban totalmente ocultas por las nubes, mientras que la lluvia caía a torrentes del oscuro cielo, y aumentaba la melancólica impresión que me causaban los objetos que me rodeaban. ¡Ay!, ¿por qué se jacta el hombre de tener una sensibilidad superior a la que manifiestan las bestias si ésta sólo le sirve para estar más sujeto a necesidades? Si nuestros impulsos se limitaran al hambre, la sed y el deseo podríamos casi ser libres; pero he aquí que nos conmueve cualquier viento que sopla, y cualquier palabra fortuita o escena que aquella palabra pueda evocarnos.

Descansamos; un sueño puede envenenar nuestro sueño.
Nos levantamos; un pensamiento errante enturbia
nuestro día.

sentimos, concebimos o razonamos; reímos o lloramos,
abrazamos nuestra querida pena
o nos desprendemos de nuestros cuidados,
es igual; porque, sea alegría o dolor,
el sendero de su partida está aún abierto.
El hombre de ayer puede no ser nunca como
el de mañana;
¡nada persiste sino la mutabilidad!

Era cerca del mediodía cuando llegué a la cumbre. Me senté durante algún tiempo sobre la roca que domina el mar de hielo. La bruma cubría éste y las montañas de alrededor. Entonces de repente la brisa disipó las nubes, y descendí sobre el glaciar. La superficie es muy desigual, se eleva como las olas del mar movido, forma hondas bajadas y está atravesada por profundas grietas. El campo de hielo tiene casi una legua de ancho, pero me llevó cerca de dos horas atravesarlo. La montaña opuesta es roca vertical desnuda. Desde el lado en el que me hallaba entonces el Montanvert se encuentra exactamente enfrente, a una legua de distancia, y sobre él se eleva el Mont Blanc, con imponente majestad. Permanecí en un entrante de roca, contemplando este maravilloso y espléndido paisaje. El mar, o, más bien, el vasto río de hielo lamía las montañas de su entorno, cuyas aéreas cumbres pendían sobre los precipicios. Sus helados y resplandecientes picos brillaban por encima de las nubes a la luz del sol. Mi corazón, que estaba antes tan apenado, ahora se llenó de algo semejante a la alegría; exclamé: «Espíritus errantes, si en verdad erráis y no estáis descansando en vuestros angostos lechos, permitidme esta leve felicidad, o tomadme como compañero, lejos de los goces de la vida».

Tan pronto como hube dicho esto, observé de repente en la distancia la imagen de un hombre, que avanzaba hacia mí a una velocidad sobrehumana. Saltaba sobre las grietas del hielo, entre las que yo había caminado con precaución; su estatura también, según se aproximaba, parecía sobrepasar a la de un hombre. Me embargó la inquietud; mis ojos se velaron y estuve a punto de desvanecerme, pero me recuperé rápidamente por el efecto del frío viento de las montañas. Me di cuenta, cuando la figura estuvo más cerca (¡visión terrible y repugnante!) de que se trataba del engendro que había creado. Temblé de horror y rabia, decidí esperar a que se acercara, y entonces luchar con él cuerpo a cuerpo en mortal combate. Se

aproximó; en su rostro se leía claramente amarga angustia mezclada con desdén y maldad, al tiempo que su fealdad sobrenatural lo hacía casi demasiado horrible para ojos humanos. Pero apenas reparé en esto, la furia y el odio me habían al principio privado de la palabra, y me recuperé tan sólo para abrumarlo con la expresión de mi profunda repugnancia y desprecio.

«Demonio –exclamé–, ¿cómo te atreves a acercarte a mí?, ¿no temes que la venganza fiera de mi brazo rompa en pedazos tu miserable cabeza? ¡Fuera de aquí, vil insecto!, o, mejor, ¡quédate, para que pueda pisotearte en el polvo! ¡Oh, si pudiera, con la extinción de tu miserable existencia, devolvérsela a aquellas víctimas que tú has asesinado tan diabólicamente!»

«Esperaba este recibimiento –dijo el demonio–. Todos los hombres odian a los desdichados; ¡cuánto, entonces, debo de ser odiado yo, que soy mucho más miserable que criatura viva alguna! Incluso tú, mi creador, me detestas y me insultas, a mí, tu criatura, a la cual estás ligado por lazos que sólo la aniquilación de uno de nosotros puede destruir. Te propones matarme. ¿Cómo te atreves a jugar así con la vida? Cumple tu deber hacia mí y yo cumpliré el mío contigo y con los demás humanos. Si accedes a mis condiciones, os dejaré en paz a ellos y a ti; pero si rehúsas, apuraré el cáliz de la muerte hasta que me haya saciado con la sangre de los seres queridos que te quedan.»

«¡Monstruo aborrecible!, ¡demonio!, las torturas del infierno son venganza demasiado suave para tus crímenes. ¡Engendro diabólico!, me reprochas tu creación; ven, pues, para que yo pueda extinguir la chispa de vida que tan imprudentemente te infundí.»

Mi rabia no tenía límites; salté sobre él, empujado por todos los sentimientos que pueden animar a un ser para actuar contra la existencia de otro.

Me esquivó con facilidad, y dijo:

«¡Cálmate! Te ruego que me escuches antes de que des rienda suelta a tu odio para descargarlo sobre mi leal cabeza. ¿Acaso no he sufrido ya bastante como para que quieras aumentar mi miseria? La vida, aunque no sea sino una acumulación de angustias, me es cara, y la defenderé. Recuerda que me has hecho más fuerte que tú; mi altura es superior a la tuya; mis articulaciones más flexibles. Pero no tengo la tentación de enfrentarme a ti. Yo soy tu criatura, y siempre seré dócil y sumiso a mi rey y señor natural si tú quieres, a tu vez, cumplir tu parte, la que a mí me debes. Oh, Frankenstein, no

seas equitativo con todos los demás y me pisotees sólo a mí, a quien debes justicia, e incluso clemencia y afecto. Recuerda que yo soy tu criatura; yo debía ser tu Adán; pero más bien soy el ángel caído, a quien negaste toda dicha sin haber cometido pecado alguno. Por doquier veo felicidad, de la que estoy irrevocablemente excluido. Yo era bondadoso y bueno; la desdicha ha hecho de mí un demonio. Hazme feliz, y seré de nuevo virtuoso.»

«¡Fuera de aquí! No te escucharé. No puede haber comunicación entre tú y yo; somos enemigos. Fuera, o, si no, midamos nuestras fuerzas en una lucha en la que uno de los dos debe caer.»

«¿Cómo puedo conmoverte? ¿No habrá súplica alguna que te haga dirigir una mirada piadosa a tu criatura, que implora bondad y compasión? Créeme, Frankenstein: yo era bueno, mi alma resplandecía de amor y humanidad, pero a mí ¿no se me ha dejado solo, más miserablemente solo que a nadie? Tú, mi creador, me aborreces; ¿qué puedo esperar entonces de tus semejantes, los cuales no tienen deuda alguna conmigo? Las montañas desiertas y los desolados glaciares son mi refugio. He andado por aquí sin rumbo muchos días; las cavernas de hielo, que sólo yo no temo, son mi morada, y la única que los hombres no me escatiman. Saludo a estos tristes cielos porque son para mí más bondadosos que tus semejantes. Si la masa de la humanidad supiera de mi existencia haría como haces tú, y se armaría para destruirme. ¿No debo, pues, odiar a los que me aborrecen a mí? No daré tregua a mis enemigos. Soy desgraciado, y ellos compartirán mi infortunio. Sin embargo, está en tus posibilidades ofrecerme compensación, y librarlos a ellos de un mal cuya extensión sólo depende de ti, un mal tan grande que hará que, no sólo tú y los tuyos, sino miles de otras personas sean engullidas en los torbellinos de su furia. Compadécete y no me desprecies. Escucha mi relato; una vez lo hayas oído, abandóname o apiádate de mí, según lo que creas que merezco. Pero óyeme. Los culpables tienen derecho, según las leyes humanas, por sangrientas que éstas sean, a hablar en su propia defensa antes de que se les condene. Escúchame, Frankenstein. Me acusas de asesinato; y sin embargo, tú, con la conciencia tranquila, destruirías a tu propia criatura. ¡Oh, alabada sea la eterna justicia de los hombres! Pero no te pido que me perdones; escúchame; y luego, si puedes y quieres, destruye la obra de tus manos. »

«¿Por qué me traes a la memoria –respondí–, acontecimientos cuyo recuerdo me hace estremecer, de los que he sido el miserable origen

y autor? ¡Maldito sea el día, demonio aborrecible, en que viste la luz por vez primera! ¡Malditas (aunque me maldigo a mí mismo) sean las manos que te formaron! Me has hecho desgraciado hasta lo indecible. No me has dejado la posibilidad de considerar si soy justo respecto a ti o no. ¡Vete!, evítame la visión de tu detestable forma!»

«Te la evitaré pues, creador mío –dijo, y puso sus odiosas manos, que aparté con violencia, sobre mis ojos–; quitaré de tu vista una visión que abominas. Pero puedes, aun así, escucharme, y otorgarme tu compasión. Te lo pido en nombre de las virtudes que en otro tiempo poseí. Oye mi historia; es larga y extraña, y la temperatura de este lugar no es adecuada para tu delicada sensibilidad; ven a mi gruta de la montaña. El sol está todavía alto en el cielo; antes de que se ponga tras aquellos nevados precipicios e ilumine otro mundo habrás oído mi historia, y podrás decidir. De ti depende que yo abandone para siempre la proximidad de los hombres y pase la vida sin causar daño alguno o que llegue a ser la plaga de tus semejantes, y el autor de tu propia y acelerada ruina.»

Tras decir esto, me guió a través del hielo; le seguí. Mi corazón estaba lleno a rebosar y no le respondí; pero, según avanzaba, iba sopesando los diversos argumentos que él había esgrimido, y decidí al menos oír su historia. Me incitaba en parte la curiosidad, y la compasión afirmaba mi resolución. Hasta entonces había supuesto que él era el asesino de mi hermano, y buscaba con ansiedad la confirmación o negación de esta idea. Sentí también por vez primera los deberes de un creador hacia su criatura, y que yo debía hacerlo feliz antes de lamentarme por su maldad. Esos motivos me hicieron acceder a su demanda. Así pues cruzamos el hielo, y subimos por la roca opuesta. El aire era frío, y comenzó a llover de nuevo; entramos en el refugio, el demonio con aire de júbilo, yo con profunda tristeza y pesadumbre. Pero accedí a escucharlo; y, una vez me hube sentado al lado del fuego que mi odioso compañero había encendido, comenzó su relato.

Capítulo XI

«Recuerdo con gran dificultad el comienzo de mi existencia; todos los sucesos de esa época me parecen confusos e indistintos. Me invadía una extraña multiplicidad de sensaciones, y veía, sentía, oía y olía a la vez; hizo falta, en verdad, que pasase mucho tiempo antes de que aprendiera a distinguir entre las funciones de los diversos sentidos. Gradualmente, según recuerdo, una luz más y más fuerte oprimía mis nervios, de modo que tenía que cerrar los ojos. Luego me cubrió la oscuridad, y me sentí inquieto; pero apenas hube sentido esto cuando, al abrir los ojos supongo ahora, la luz manó de nuevo sobre mí. Anduve, y creo que descendí; pero entonces me asaltó una gran conmoción en mis sensaciones. Antes, me habían rodeado cuerpos opacos, impenetrables para mi tacto o mi vista; pero ahora me encontré con que podía vagar libremente, sin que existiera obstáculo alguno que yo no pudiera vencer o evitar. La luz se hizo más y más agobiante para mí, y comenzó a molestarme el calor a medida que caminaba. Busqué un lugar donde pudiera estar a la sombra. Era el bosque cerca de Ingolstadt, y allí me tendí junto a un arroyo para descansar de mis fatigas, hasta que sentí el tormento del hambre y de la sed. Esto me sacó de mi somnolencia, y comí algunas bayas que pendían de los árboles o habían caído al suelo. Sació mi sed en el arroyo y luego, habiéndome tendido junto a él, me invadió el sueño.

»Estaba oscuro cuando desperté. También sentí frío, y, cierto miedo, de un modo instintivo, por encontrarme tan solo. Antes de irme de tu habitación una sensación de frío me había hecho cubrirme con algunas ropas; pero resultaban insuficientes para protegerme del rocío de la noche. Era un pobre e indefenso desdichado; nada sabía ni podía entender; pero, al sentir que me invadía por todas partes el dolor, me senté y lloré.

»Pronto una suave luz se deslizó en los cielos y me dio una sensación de placer. Me levanté de un salto, y contemplé una forma resplandeciente que se elevaba desde detrás de los árboles. La observé con asombro. Se movía lentamente, pero iluminaba mi camino; y fui de nuevo a buscar bayas. Tenía frío todavía cuando

hallé bajo uno de los árboles una gran capa, con la que me cubrí, y así me senté en el suelo. En mi mente no había ninguna idea clara; todo era confuso. Sentía la luz, y el hambre, y la sed, y la oscuridad; en mis oídos resonaban sonidos innumerables, y olores diversos me llegaban de todas direcciones; el único objeto que podía distinguir era la brillante luna, y fijé la vista en ella con placer.

»Transcurrieron varios cambios de noche y día, y la esfera nocturna había menguado mucho cuando comencé a distinguir mis sensaciones unas de otras. Gradualmente vi con claridad el claro arroyo, que me proporcionaba bebida, y los árboles que me daban sombra con su follaje. Me puse muy contento cuando descubrí por vez primera que ese agradable sonido, que con frecuencia acariciaba mis oídos, procedía de las gargantas de los animalitos alados que muchas veces habían interceptado la luz al pasar ante mis ojos. Comencé también a observar, con mayor precisión, las formas que me rodeaban, y a percibir los límites del radiante techo de luz que me cubría con su dosel. Algunas veces intenté imitar los agradables cantos de los pájaros, pero me era imposible. Algunas deseé expresar mis sensaciones a mi manera, pero los sonidos rudos e inarticulados que emitía me asustaban, haciéndome callar de nuevo.

»La luna desapareció del cielo nocturno, y volvió a mostrarse, con una forma más pequeña mientras aún yo permanecía en el bosque. Por entonces ya había llegado a diferenciar las sensaciones, y mi mente recibía cada día ideas nuevas. Los ojos se me acostumbraron a la luz, y a distinguir correctamente las formas de los objetos; diferenciaba el insecto de la hierba, y, progresivamente, una hierba de otra. Me di cuenta de que los gorriones sólo lanzaban notas ásperas, mientras que las de los mirlos y tordos eran dulces y atrayentes.

»Un día que tenía mucho frío encontré una hoguera que habían dejado unos mendigos vagabundos, y me embargó el placer al experimentar su calor. En mi alegría, toqué con la mano las brasas, pero la retiré rápidamente con un grito de dolor. ¡Qué extraño, pensé, que la misma causa pueda producir efectos tan opuestos! Examiné los materiales de que se componía el fuego, y para mi alegría hallé que se trataba de madera. Rápidamente recogí algunas ramas; pero estaban húmedas, y no prendían. Esto me disgustó, y me senté de nuevo observando cómo funcionaba el fuego. La madera húmeda que había colocado cerca del calor se secó, e

inflamó. Me di cuenta de esto, y, tocando las diversas ramas, descubrí la causa, y me dediqué a recoger una gran cantidad de madera que pudiese secar y tener así una buena provisión de fuego. Cuando llegó la noche, y trajo el sueño, tenía un miedo espantoso de que mi fuego pudiera apagarse. Lo cubrí cuidadosamente con leña seca y hojas, y coloqué ramas húmedas sobre él; y entonces, extendiendo mi capa, me eché en el suelo y caí dormido.

»Era ya por la mañana cuando me desperté, y mi primera preocupación fue visitar el fuego. Lo descubrí, y una ligera brisa levantó pronto en él la llama. Observé esto también, y me las ingeníé para hacer un abanico de ramas que avivó las brasas cuando estaban casi apagadas. Al llegar de nuevo la noche, advertí con placer que el fuego daba luz al tiempo que calor y que el descubrimiento de este elemento me era útil para alimentarme; porque encontré algunas sobras de lo que los viajeros habían dejado a medio asar, y sabían mucho mejor que las bayas que cogía de los árboles. Intenté, por lo tanto, preparar mis alimentos de la misma forma, colocándolos sobre las brasas. Constaté que las bayas se estropearon con esta operación y que las nueces y raíces mejoraron mucho sus sabores.

»No obstante, la comida comenzó a escasear, y me pasaba el día con frecuencia buscando en vano algunas bellotas con las que calmar las punzadas del hambre. En tal situación, resolví dejar el lugar que había habitado hasta entonces para buscar otro donde las pocas necesidades que tenía pudieran ser satisfechas con más facilidad. Lo que lamentaba profundamente de esta emigración era la pérdida del fuego que había obtenido por accidente, y que no sabía cómo reproducir. Me pasé varias horas considerando muy seriamente esta dificultad; pero me vi obligado a abandonar todo intento de proveerme de él; y, envolviéndome en mi capa, eché a andar por el bosque en dirección al sol poniente. Pasé tres días errando de esta forma, y al final descubrí el campo abierto. Había caído una gran nevada la noche anterior, y los campos mostraban una blancura uniforme; el panorama era desolador, y me di cuenta de que tenía los pies helados por la fría sustancia húmeda que cubría el suelo.

»Eran cerca de las siete de la mañana, y ansiaba conseguir comida y abrigo; finalmente divisé una pequeña choza, en un altozano, que había sido sin duda construida para uso de algún pastor. Esto era un objeto nuevo para mí, y examiné la estructura con gran curiosidad.

Como encontré la puerta abierta, entré. Un viejo estaba sentado allí, cerca del fuego, sobre el que se estaba preparando el desayuno. Se volvió al oír ruido y, al verme, lanzó un agudo grito y, saliendo al punto de la cabaña, echó a correr por el campo a una velocidad de la que su debilitada complexión apenas parecía capaz. Su aspecto, distinto de todo lo que hasta entonces había yo visto, y su huida me sorprendieron no poco. Pero estaba encantado con la cabaña: allí la nieve y la lluvia no podían penetrar; el suelo estaba seco; y el lugar me pareció un retiro tan exquisito y divino como debió de parecerles Pandemonio a los demonios del infierno tras sus sufrimientos en el lago de fuego. Devoré ávidamente los restos del desayuno del pastor, que consistía en pan, queso, leche y vino; este último, sin embargo, no me gustó. Después, vencido por el cansancio, me acosté en un montón de paja y me quedé dormido.

»Me desperté al mediodía y, atraído por la tibieza del sol, que hacía resplandecer la blancura del suelo, decidí proseguir mi viaje y, tras guardar los restos del desayuno del campesino en una bolsa que encontré, me puse a andar a través de los campos durante varias horas, hasta que a la puesta del sol llegué a un pueblo. ¡Qué cosa más milagrosa me pareció!, las cabañas, las casitas más limpias y los imponentes edificios atrajeron uno tras otro mi admiración. Las verduras de los huertos, la leche y el queso que vi colocados en las ventanas de algunas de las granjas, despertaron mi apetito. Entré en una de las mejores; pero apenas había puesto el pie en el umbral cuando los niños empezaron a dar chillidos y una mujer se desmayó. El pueblo entero se alborotó; algunos huyeron, otros me atacaron, hasta que, herido gravemente por las piedras y por muchas otras clases de objetos arrojadizos, escapé a campo abierto, y me refugié temeroso en una casucha de escasa altura, casi vacía, y que ofrecía un mísero contraste con los palacios que había contemplado en el pueblo. Esta choza, sin embargo, formaba parte de una granja de aseado y agradable aspecto; pero, tras mi última experiencia, que había pagado tan cara, no me atreví a entrar en ella. Mi refugio era de madera, pero tan bajo que apenas podía sentarme en él con la espalda recta. No había, sin embargo, madera en el suelo de tierra, pero ésta estaba seca y, aunque el viento entraba por las innumerables rendijas, me pareció un agradable asilo contra la nieve y la lluvia.

»Allí me refugié, pues, y me acosté contento de haber hallado una protección, por miserable que fuese, contra las inclemencias del

tiempo, y todavía más contra la barbarie de los hombres.

»Tan pronto como amaneció, me deslicé fuera de mi cubil para poder ver la granja adyacente y saber si podía quedarme en el alojamiento que había encontrado. Éste se situaba en la parte trasera de la casita, y estaba rodeado por los lados por una pocilga y por un estanque de agua clara. La parte por la que había entrado estaba abierta; pero me apresuré a cubrir con piedras y madera todas las grietas por las que podrían verme, de forma, sin embargo, que pudiera quitarlas cuando necesitara salir; toda la luz de que disfrutaba venía de la pocilga, y era bastante para mí.

»Tras haber así arreglado mi morada, y haberla alfombrado con paja limpia, me retiré de la vista; porque vi la figura de un hombre en la distancia, y recordaba demasiado bien el trato que me habían infligido la noche anterior como para ahora confiar en él. Me había provisto primero, sin embargo, para subsistir ese día de una hogaza de pan moreno, que había hurtado, y de una taza con la que podía beber, más cómodamente que con la mano, del agua pura que manaba al lado de mi refugio. El suelo estaba algo elevado, así que se mantenía perfectamente seco, y, por su cercanía a la chimenea de la casa, era suficientemente caliente.

»Así provisto, resolví residir en esta choza hasta que ocurriese algo que pudiera modificar mi determinación. En verdad era un paraíso, comparada con mi anterior residencia, el desolado bosque, las ramas por las que goteaba la lluvia y la tierra encharcada. Tomé mi desayuno con placer, y estaba a punto de quitar la plancha de madera para ir a buscar un poco de agua cuando oí pasos, y, mirando por una pequeña grieta, observé a una joven criatura, con un cubo en la cabeza, que pasaba delante de mi refugio. La muchacha era joven, y de aspecto agradable, a diferencia de lo que desde entonces he visto que son la gente y los criados de las granjas. Iba vestida humildemente, una tosca falda azul y una chaqueta de hilo eran su único atuendo; llevaba el pelo rubio trenzado, pero sin adornos; parecía paciente, mas triste. La perdí de vista; y como un cuarto de hora más tarde volvió con el cubo, que ahora estaba mediado de leche. Mientras venía andando al parecer incómoda por el peso, fue a su encuentro un muchacho, cuyo aspecto expresaba aún más profundo abatimiento. Tras decir unas palabras con un aire de melancolía, cogió el cubo de su cabeza y lo llevó él mismo hasta la casa. Ella le siguió y ambos desaparecieron. Al poco vi de nuevo al joven, con algunas herramientas en las manos, cruzar el campo

que había detrás de la casa; la chica estaba también ocupada, unas veces en la casa y otras en el patio.

»Al examinar mi morada, advertí que una de las ventanas de la casa había anteriormente ocupado parte de ella, pero el hueco había sido rellenado con madera. En una de esas tablas había una rendija pequeña y casi imperceptible, de la dimensión justa para poder mirar al otro lado. A través de esa grieta se veía una pequeña habitación, encalada y limpia, pero apenas amueblada. En un rincón, cerca del pequeño fuego, estaba sentado un anciano, con la cabeza entre las manos y aire de desaliento. La muchacha estaba ocupada arreglando la casa; pero sacó algo de un cajón, que tenía entre las manos, y se sentó en el suelo al lado del anciano, quien, tomando un instrumento, empezó a tocarlo, y a emitir sonidos más dulces que las voces del tordo o del ruiseñor. ¡Era una visión maravillosa incluso para mí, pobre desgraciado, que no había nunca contemplado antes algo tan hermoso! Los cabellos de plata y el bondadoso semblante del anciano granjero se ganaron mi respeto, mientras que los suaves modales de la muchacha despertaron mi amor. Él tocó una tonada dulce y triste, que, según vi, arrancó lágrimas de los ojos de su amable compañera, cosa de la que pareció no darse cuenta el anciano hasta que ella sollozó audiblemente; entonces él pronunció unas palabras, y la hermosa criatura, dejando su trabajo, se arrodilló a sus pies. Él la hizo incorporarse, y sonrió con tal bondad y cariño que experimenté sensaciones de una naturaleza peculiar y abrumadora; eran una mezcla de dolor y placer, como nunca había antes experimentado, no con el hambre y el frío, y tampoco con el calor y la comida; y me retiré de la ventana, incapaz de soportar aquellas emociones.

»Al poco rato regresó el muchacho, llevando a hombros una carga de leña. La muchacha lo recibió en la puerta, lo ayudó a deshacerse de su peso y, metiendo algo de combustible en la casa, lo puso en el hogar; luego ella y el joven se retiraron a un rincón de la casa y él le mostró una gran hogaza de pan y un trozo de queso. Ella pareció complacida, y fue al huerto a por unas raíces y plantas, que puso en agua, y luego sobre el fuego. Después continuó con su trabajo, mientras el joven iba al huerto y parecía muy ocupado cavando y sacando raíces. Tras haber él permanecido haciendo esto cerca de una hora, la muchacha salió a buscarle y entraron en la casa juntos.

»El anciano, entretanto, había estado pensativo; pero, al aparecer sus compañeros, adoptó un aire más alegre, y se sentaron a la mesa.

La comida acabó pronto. La muchacha se puso de nuevo a arreglar la casa; el anciano salió afuera a tomar el sol unos minutos, apoyado en el brazo del joven. Nada puede sobrepasar en belleza al contraste entre aquellas dos excelentes criaturas: Una era vieja, con cabellos plateados y un rostro en el que resplandecían la bondad y el amor; el joven era esbelto y atractivo, y sus formas estaban moldeadas con perfecta simetría; pero sus ojos y su actitud expresaban profunda tristeza y abatimiento. El anciano volvió a la casa, y el joven, con herramientas distintas de las que había utilizado por la mañana, se puso a caminar a través de los campos.

»Pronto cayó la noche; pero, para mi gran asombro, advertí que los granjeros tenían formas de prolongar la luz por medio de palitos con cera, y estuve encantado de ver que la puesta de sol no ponía fin al placer que experimentaba al contemplar a mis vecinos humanos. Durante la velada, la muchacha y su compañero se ocuparon de varias tareas que yo no comprendía; y el anciano cogió de nuevo el instrumento que producía los divinos sonidos que me habían agradado tanto por la mañana. Tan pronto como hubo acabado, el joven empezó, no a tocar, sino a lanzar sonidos que eran monótonos, y que no se parecían ni a la armonía del instrumento del anciano ni a los cantos de los pájaros. Desde entonces he aprendido que él estaba leyendo en voz alta, pero en aquel tiempo no sabía nada de la ciencia de las palabras o las letras.

»Tras haber estado ocupada de esta manera durante un breve espacio de tiempo, la familia apagó las luces y se retiró, supuse, a descansar.»

Capítulo XII

«Me tumbé en mi lecho de paja, pero no pude dormir. Pensaba en los sucesos del día. Lo que más me chocaba eran las amables formas de comportarse de aquellas personas; y anhelaba unirme a ellos, pero no me atrevía. Recordaba demasiado bien el trato de que había sido víctima la noche anterior por parte de los bárbaros aldeanos, y decidí que, cualesquiera que fuesen más adelante las decisiones que me pareciese correcto adoptar, por lo pronto permanecería sin hacer ruido en mi cobertizo, observando e intentando descubrir los motivos que guiaban sus actos.

»La mañana siguiente los granjeros se levantaron antes que el sol. La joven arregló la casa y preparó la comida, y el muchacho se fue tras haber tomado el desayuno.

»Ese día transcurrió con la misma rutina que el precedente. El joven trabajaba todo el tiempo fuera de la casa, y la muchacha se ocupaba dentro de diversas tareas. El anciano, cuya ceguera advertí rápidamente, pasaba el tiempo con su instrumento musical o reflexionando. Nada podría superar el amor y respeto que mostraban los jóvenes granjeros respecto a su venerable compañero. Cada uno de los pequeños servicios que le prestaban se acompañaba de cariño y gentileza, y él los recompensaba con bondadosas sonrisas.

»No eran completamente dichosos. El joven y su compañera se retiraban con frecuencia a un rincón y parecían llorar. No veía yo la razón de su desdicha, pero me afectaba profundamente. Si unas criaturas tan adorables eran infelices, resultaba menos extraño que yo, un ser imperfecto y solitario, fuese desgraciado. Pero ¿por qué esos dulces seres eran desdichados? Tenían una casa encantadora (a mis ojos así lo parecía) y todos los lujos, tenían fuego para calentarles cuando hacía frío, y manjares deliciosos para saciar su hambre; vestían buenas ropas; y, lo que es más importante, gozaban de la mutua compañía y conversación, intercambiando a diario miradas de cariño y bondad. ¿Qué significaban sus lágrimas? ¿Expresaban realmente dolor? Al principio fui incapaz de resolver esas incógnitas, pero la continua atención y el tiempo me explicaron

muchas apariencias que al principio resultaban enigmáticas.

»Pasó un período de tiempo considerable antes de que descubriera uno de los motivos de la inquietud de esta amable familia: era la pobreza, y sufrían aquel mal en grado muy agudo. Se alimentaban solamente de las verduras de su huerto y de la leche de una vaca que daba muy poca durante el invierno, cuando sus amos apenas podían proporcionarle pienso para mantenerse. Frecuentemente, creo, sufrieron con intensidad las punzadas del hambre, en especial los dos jóvenes granjeros; muchas veces colocaron ante el anciano comida cuando no habían reservado nada para ellos mismos.

»Este rasgo de bondad me conmovió vivamente. Acostumbraba a hurtar, durante la noche, parte de sus provisiones para mi propio consumo; pero cuando me di cuenta de que, al hacerlo, les causaba daño, me abstuve de ello, y me satisface con bayas, raíces y nueces que recolectaba de un bosque vecino.

»Descubrí también otras formas de ayudarlos en sus tareas. Vi que el joven pasaba gran parte del día recogiendo leña para el fuego familiar, y, durante la noche, con frecuencia me hacía con sus herramientas, cuyo uso había descubierto, y llevaba a la casa combustible suficiente para el consumo de varios días.

»Recuerdo que, el primer día que hice esto, la muchacha, cuando abrió la puerta por la mañana, pareció asombrarse mucho al ver en el exterior una gran pila de leña. Profirió algunas palabras en voz alta, y el joven se unió a ella con parecidas expresiones de sorpresa. Observé, con placer, que él no fue ese día al bosque, sino que lo pasó haciendo reparaciones en la casa y cultivando el huerto.

»Gradualmente hice un descubrimiento de aún mayor trascendencia: Constaté que aquellas personas poseían un método de comunicarse sus experiencias y sentimientos unos a los otros por medio de sonidos articulados. Advertí que las palabras que pronunciaban algunas veces producían placer o dolor, sonrisas o tristeza, en las mentes y en los rostros de los que las escuchaban. Esto era en verdad una ciencia casi divina, y deseaba ardientemente llegar a conocerla. Pero todos mis intentos eran vanos. Pronunciaban muy deprisa; y las palabras que emitían, al no tener ninguna conexión aparente con objetos visibles, me hacían imposible descubrir la clave para desentrañar el misterio de su referencia. Sin embargo, a base de atención y tras haber permanecido durante varios períodos de la luna en mi cubil, descubrí los nombres que daban a algunos de los objetos más

comunes de su discurso, aprendí y empleé las palabras “fuego”, “leche”, “pan” y “leña”. También aprendí los nombres de los granjeros mismos, pero el anciano sólo tenía uno, que era padre. La muchacha era llamada “hermana” o “Agatha”, y el joven “Felix”, “hermano” o “hijo”. No puedo describir el gozo que sentí cuando aprendí las ideas apropiadas para cada uno de esos sonidos y fui capaz de pronunciarlos. Distinguí diversas otras palabras, sin ser todavía capaz de comprenderlas o emplearlas, como “bueno”, “queridísimo”, “infeliz”.

»De esta manera pasé el invierno. El amable comportamiento y la belleza de los granjeros me los hizo muy queridos; cuando eran infelices, me sentía deprimido; cuando se alegraban, compartía su gozo. Veía a pocos seres humanos aparte de ellos; y si sucedía que algún otro entraba en la granja, sus maneras rudas y la brusquedad de su andar me hacían percibir como aún más superiores las dotes de mis amigos. El anciano, según pude advertir, hacía frecuentes esfuerzos para animar a sus hijos, como algunas veces vi que los llamaba, para librarlos de la melancolía. Hablaba entonces con un acento alegre, con una expresión de bondad que incluso a mí me infundía placer. Agatha le escuchaba con respeto, los ojos a veces llenos de lágrimas, que se esforzaba en enjugar sin que las apercibieran; pero por lo general me di cuenta de que su aspecto y tono eran más alegres tras haber escuchado las exhortaciones de su padre. No era así con Felix. Siempre era el más triste del grupo; e, incluso para mis sentidos inexpertos, parecía haber sufrido más profundamente que sus compañeros. Pero, si bien su aspecto era más apesadumbrado, su voz era más alegre que la de su hermana, especialmente cuando se dirigía al anciano.

»Podría mencionar innumerables ejemplos que ilustraban, aunque levemente, la forma de ser de aquellos amables granjeros. En medio de la pobreza y la necesidad, Felix llevaba a su hermana con placer la primera florecilla blanca que brotaba del suelo todavía nevado. Por la mañana temprano, antes de que ella se hubiese levantado, él quitaba la nieve que obstruía su camino hacia el establo, sacaba agua del pozo y traía leña del cobertizo, donde, para su perpetuo asombro, hallaba su reserva siempre renovada por una mano invisible. Durante el día, creo, trabajaba algunas veces para un granjero vecino, porque con frecuencia salía y no volvía hasta la hora de cenar, sin traer leña. En otras ocasiones trabajaba en el jardín; pero, dado que había poco que hacer en la estación invernal,

leía al anciano y a Agatha.

»Estas lecturas me habían extrañado extraordinariamente al principio; pero, gradualmente, descubrí que muchos de los sonidos que él pronunciaba cuando leía eran los mismos que cuando hablaba. Deduje, pues, que hallaba en el papel signos para hablar que él comprendía, y deseé ansiosamente comprenderlos también, pero ¿cómo podía ser esto posible si yo no entendía siquiera los sonidos que los signos representaban? Mejoré, sin embargo, en esta ciencia, pero no lo suficiente como para seguir conversación alguna, aunque me apliqué esforzadamente a ello con mis cinco sentidos; porque me daba cuenta con claridad de que, aunque desease con ardor presentarme ante los granjeros, no podía intentarlo hasta que primero no hubiera dominado su lenguaje, conocimiento que podría permitir que desviarán su atención de la deformidad de mi aspecto; porque también me había vuelto consciente del contraste que entre ellos y yo me mostraban continuamente mis ojos.

»Había admirado las perfectas formas de mis granjeros (su gracia, belleza y delicada complexión); pero ¡cómo me horroricé cuando vi mi propio reflejo en las claras aguas de un estanque! Primero di un salto atrás, incapaz de creer que fuera yo de verdad lo que se reflejaba en el espejo; y, cuando me convencí por completo de que era en realidad el monstruo que soy, me embargaron las más amargas sensaciones de abatimiento y humillación. ¡Ay! Todavía no conocía por completo los efectos fatales de esta miserable deformidad.

»A medida que el sol se volvió más cálido, y la luz de los días más larga, la nieve desapareció, y observé los árboles desnudos y la tierra negra. En esa época Felix trabajaba más; y las angustiosas muestras de la amenaza del hambre desaparecieron. Sus alimentos, como después advertí, eran ordinarios, pero nutritivos; y disponían de ellos en cantidad suficiente. Varias especies nuevas de plantas, que ellos cocinaron, brotaron en el huerto, y esas muestras de bienestar aumentaban a diario según avanzaba la estación.

»El anciano, apoyado en su hijo, daba un paseo cada día hacia las doce de la mañana, cuando no llovía, como advertí que se llamaba el hecho de que los cielos derramasen agua. Esto ocurría frecuentemente; pero el fuerte viento secaba rápidamente la tierra, y la estación se hizo mucho más agradable que lo había sido.

»Mi forma de vida en el cobertizo era uniforme. Por las mañanas, observaba los movimientos de los granjeros y, cuando se habían

dispersado rumbo a sus diversas ocupaciones, dormía; el resto del día lo pasaba observando a mis amigos. Cuando se retiraban a descansar, si había luna, o la noche era estrellada, me iba a los bosques y recogía mi propia comida y el combustible para la granja. De regreso, con la frecuencia que fuera necesaria, limpiaba el sendero de nieve y realizaba aquellas tareas que había visto hacer a Felix. Advertí luego que esas labores, ejecutadas por una mano invisible, les dejaron muy asombrados; y una o dos veces los oí, en tales ocasiones, pronunciar las palabras “espíritu bueno”, “maravilloso”, pero no comprendí entonces el significado de aquellos términos.

»Mis pensamientos se hicieron entonces más activos, y ansiaba descubrir las motivaciones y los sentimientos de aquellas adorables criaturas; tenía gran curiosidad por saber por qué Felix parecía tan desdichado y Agatha tan triste. Pensé (¡estúpido de mí!) que tal vez yo podría devolver la felicidad a aquellas gentes que tanto la merecían. Cuando me dormía, o me sumía en reflexiones, las imágenes del venerable padre ciego, la gentil Agatha y el excelente Felix danzaban ante mis ojos. Los consideraba seres superiores, que podrían ser los árbitros de mi futuro destino. Pinté en mi imaginación mil escenas sobre cómo me presentaría ante ellos, y cómo me recibirían. Imaginaba que les disgustaría, hasta que, por medio de mis maneras amables y mis palabras conciliadoras, pudiera ganarme primero sus favores, y después su cariño.

»Esos pensamientos me exaltaban, y me incitaban a aplicarme con nuevo ardor a la adquisición del arte del lenguaje. Mis órganos eran ciertamente rudos, pero flexibles; y, aunque mi voz era muy distinta de la suave música de sus acentos, sin embargo yo pronunciaba las palabras que conocía con aceptable facilidad. Era como el cuento del asno y del perrito faldero; y sin embargo ciertamente el dócil asno, cuyas intenciones eran cariñosas a pesar de que sus modales fuesen rudos, mereció un trato mejor que golpes e insultos.

»Las agradables y breves lluvias y la tibieza amable de la primavera cambiaron notablemente el aspecto de la tierra. Los hombres, que antes de esta mutación parecían haber estado escondidos en cuevas, se dispersaron y dedicaron a varios tipos de cultivos. Los pájaros cantaban con los más alegres trinos, y en los árboles comenzaron a apuntar las hojas de los brotes. ¡Feliz, feliz tierra!, morada propia de dioses, que, poco tiempo antes, estaba desolada, húmeda y malsana. Se me levantó el ánimo con la

encantadora apariencia de la naturaleza; el pasado se borró de mi memoria, el presente era tranquilo y el futuro se adornaba con brillantes rayos de esperanza y con anticipadas percepciones de placer.»

Capítulo XIII

«Me adentro ahora en la parte más conmovedora de mi historia. Relataré sucesos que me marcaron con sentimientos que, de aquello que fui, han hecho de mí lo que ahora soy.

»La primavera avanzó con rapidez; el tiempo se hizo excelente y los cielos rasos. Me llamó la atención el hecho de que aquello que anteriormente estaba desierto y triste ahora resplandecía con las más maravillosas flores y plantas. Mis sentidos se veían halagados y animados por miles de perfumes deliciosos y de visiones llenas de hermosura.

»Uno de esos días, cuando mis granjeros descansaban como de costumbre de sus trabajos (el anciano tañía su guitarra y sus hijos lo escuchaban) observé que el rostro de Felix reflejaba una melancolía inexpresable; suspiraba con frecuencia, y cuando su padre hizo una pausa en la música deduje, por la manera de dirigirse a él, que preguntaba la causa del dolor de su hijo. Felix repuso en un tono alegre, y el anciano comenzaba a tocar de nuevo cuando alguien llamó a la puerta.

»Era una dama a caballo, acompañada por un campesino que la guiaba. La dama vestía un traje oscuro, y se cubría con un espeso velo negro. Agatha le hizo una pregunta, a la que la extranjera sólo respondió pronunciando, con dulce acento, el nombre de Felix. Su voz era musical, pero distinta a las del resto de mis amigos. Al oír aquella palabra, Felix se aproximó rápidamente a la dama, quien, cuando lo vio, alzó su velo, y entonces observé un rostro de belleza y expresión angelicales. Sus cabellos eran un brillante negro ala de cuervo, y estaban trenzados de una forma extraña; los ojos eran oscuros, pero amables, y vivaces; los rasgos eran regularmente proporcionados y en su tez, de maravillosa blancura, resaltaba el adorable tono rosado de sus mejillas.

»Felix pareció arrebatado de felicidad cuando la vio, toda huella de dolor se borró de su rostro, y éste expresó al instante un grado de gozoso éxtasis que yo no le habría nunca creído capaz de experimentar; sus ojos resplandecían, al tiempo que sus mejillas enrojecían de placer; y en ese momento pensé que era tan hermoso

como la extranjera. Ella parecía afectada por distintos sentimientos; enjugando unas lágrimas de sus ojos adorables, tendió la mano a Felix, quien la besó con ansia, y la llamó, según pude entender, su dulce árabe. Ella no parecía comprenderle, pero sonreía. Él la ayudó a desmontar, y, tras despedir al guía, la condujo dentro de la casa. Hubo una conversación entre él y su padre, la joven extranjera se arrodilló a los pies del anciano, y habría besado su mano, pero él la hizo levantarse y la abrazó con cariño.

»Pronto advertí que, aunque la extranjera pronunciaba sonidos articulados y parecía poseer su propio lenguaje, ni la comprendían ni ella comprendía a los granjeros. Ellos hacían muchos gestos que yo no entendía; pero vi que su presencia difundía alegría en la casa, disipando las penas como el sol disuelve la bruma matinal. Felix parecía particularmente feliz, y daba la bienvenida a su árabe con sonrisas de gozo. Agatha, la siempre dulce Agatha, besaba las manos de la adorable extranjera y, señalando hacia su hermano, hizo gestos que me pareció significaban que él había estado apenado hasta que ella llegó. Pasaron así unas horas, durante las cuales, a juzgar por sus rostros, expresaban una alegría cuya causa yo no era capaz de comprender. Entonces me di cuenta de que, por la repetición frecuente de algunos sonidos que la extranjera pronunciaba tras hacerlo ellos, ella procuraba aprender su lenguaje; al instante me asaltó la idea de que yo podía emplear para mí mismo aquellas enseñanzas con la misma finalidad. La extranjera aprendió alrededor de una veintena de palabras en la primera lección, de las cuales, por cierto, yo ya conocía de antes el significado, pero saqué provecho de las demás.

»Cuando llegó la noche, Agatha y la árabe se retiraron temprano. Al separarse, Felix besó la mano de la extranjera y dijo: “Buenas noches, dulce Safie”. Se sentó luego durante mucho más tiempo que de costumbre a conversar con su padre, y, por la frecuente repetición del nombre de la dama, deduje que su adorable huésped era el tema de su conversación. Deseaba ardientemente comprenderlos, y puse mis cinco sentidos en tal fin, pero me resultó completamente imposible.

»A la mañana siguiente, Felix salió a trabajar, y, una vez que Agatha hubo terminado sus tareas habituales, la árabe se sentó a los pies del anciano y, tomando su guitarra, tocó varias piezas de tan cautivadora hermosura que al punto arrancaron lágrimas de dolor y de deleite de mis ojos. Cantaba, y su voz fluía en ricas cadencias,

alzándose o desvaneciéndose, como un ruiseñor en el bosque.

»Cuando hubo acabado, dio la guitarra a Agatha, quien al principio rehusó y luego tocó una tonada sencilla, a la que acompañó su voz con un tono dulce, pero en nada semejante a los maravillosos sonidos de la extranjera. El anciano parecía entusiasmado, y dijo algunas palabras que Agatha procuró explicar a Safie, según las cuales parecía desear que Safie supiera que con su música le había proporcionado extremo placer.

»Los días pasaban ahora tan tranquilamente como antes, con el único cambio de que la alegría había ocupado en los rostros de mis amigos el lugar que antes fuera de la tristeza. Safie estaba siempre contenta y feliz; ella y yo hacíamos rápidos progresos en el conocimiento del lenguaje; así pues, al cabo de dos meses comencé a entender la mayor parte de las palabras que pronunciaban mis protectores.

»Entretanto, también la tierra oscura se cubría de hierba, y las verdes laderas estaban salpicadas de innumerables flores, dulces para el olfato y para los ojos, estrellas que irradiaban un pálido fulgor en los bosques iluminados por la luz de la luna; el sol calentó más, las noches se hicieron más claras y fragantes, y mis paseos nocturnos me proporcionaban extremo placer, aunque se veían considerablemente acortados por la puesta de sol tardía y el temprano amanecer; porque nunca me aventuraba fuera durante la luz diurna, temiendo tener que afrontar el mismo trato que anteriormente había sufrido en el primer pueblo al que entré.

»Me pasaba los días prestando la mayor atención al rápido dominio del lenguaje; y puedo vanagloriarme de que progresé con más rapidez que la árabe, la cual entendía poco y conversaba de forma rudimentaria, mientras que yo comprendía y podía imitar prácticamente casi todas las palabras que se pronunciaban.

»Al tiempo que mejoraba en lenguaje aprendí también la ciencia de las letras, que se enseñaba a la extranjera, y esto abrió ante mí un amplio horizonte de asombro y deleite.

»El libro con el que Felix enseñaba a Safie era *Ruinas de Imperios*, de Volney. Yo no hubiera entendido el sentido de este libro si Felix no hubiese dado, al tiempo que lo leía, explicaciones muy minuciosas. Según dijo, lo había escogido porque el estilo declamatorio imitaba al de los autores orientales. Por medio de esta obra obtuve un conocimiento general de la historia, y una visión de los diversos imperios que existen actualmente en el mundo; me

proporcionó cierta percepción de las costumbres, gobiernos y religiones de las distintas naciones de la Tierra. Supe de los indolentes asiáticos, del espléndido genio y actividad mental de los griegos, de las guerras y maravillosas virtudes de los primeros romanos, de su posterior degeneración, de la decadencia de su poderoso imperio, de la caballería, de la cristiandad y de los reyes. Supe del descubrimiento del hemisferio americano, y lloré con Safie el desventurado destino de sus habitantes originarios.

»Aquellos maravillosos relatos me inspiraron extraños sentimientos. ¿Era, pues, el hombre a la vez tan poderoso, virtuoso y magnífico, y, sin embargo, tan vicioso y vil? Unas veces se mostraba como un simple vástago del principio del mal y otras como todo aquello que concebirse pueda de noble y de divino. Ser un hombre grande y virtuoso parecía ser el mayor honor que podía corresponder a un ser animado; ser vil y vicioso, como muchos se sabe que han sido, parecía la más extrema degradación, una condición más abominable que la del ciego topo o el inofensivo gusano. Durante largo tiempo no pude entender cómo un hombre podía asesinar a su semejante, o incluso por qué había leyes y gobiernos; pero cuando supe con detalle de vicios y matanzas mi admiración cesó y me sentí invadido de aversión y repugnancia

»Cada conversación de los granjeros desplegaba ante mí por entonces nuevas maravillas. Mientras escuchaba las lecciones que Felix daba a la árabe, se me explicaba el extraño sistema de la sociedad humana. Supe de las divisiones de la propiedad, de la inmensa riqueza y de la sórdida pobreza; del rango, linaje y de la sangre noble.

»Las palabras me indujeron a reflexionar sobre mí mismo. Aprendí que las posesiones que más estimaban tus semejantes eran el alto e inmaculado linaje unido a las riquezas. ¡Un hombre puede ser respetado con sólo una de esas dotes, pero sin ninguna se le considera, excepto en muy raros casos, un vagabundo y un esclavo, destinado a agotar sus fuerzas en provecho de la minoría escogida! Y yo ¿qué era? Mi ignorancia sobre mi creación y mi creador era completa, pero sabía que yo no tenía dinero, ni amigos, ni patrimonio alguno. Además estaba dotado de un aspecto odiosamente deforme y aborrecible; ni siquiera poseía la misma naturaleza que el hombre: Era más ágil que ellos, y podía subsistir con una dieta más tosca; soportaba los extremos del frío y del calor con menos daño para mi cuerpo; mi estatura sobrepasaba con

mucho la suya. Cuando miraba a mi alrededor, no veía ni oía de nadie como yo. ¿Era entonces un monstruo, una mancha sobre la Tierra de la que todos los hombres huían y a la que todos los hombres rechazaban?

»No alcanzo a describirte la agonía que esas reflexiones me produjeron; intenté disiparlas, pero el dolor no hizo sino aumentar con el conocimiento. ¡Ay, ojalá me hubiese quedado para siempre en mi bosque nativo, sin saber ni sentir otra cosa que las sensaciones del hambre, la sed y el calor!

»¡Cuán extraña es la naturaleza del conocimiento! Se adhiere a la mente, una vez se ha obtenido, como un líquen a la roca. Algunas veces deseé librarme de todo pensamiento y sentimiento, pero aprendí que no existe más que un solo medio para vencer a la sensación de dolor, y ése era la muerte, un estado que temía pero que no comprendía. Admiraba la virtud y los buenos sentimientos, y amaba los modales amables y las agradables cualidades de mis granjeros; pero me estaba vedado todo trato con ellos, excepto por medios de los que me valía a escondidas, cuando no era visto ni advertido, y con los que aumentaba más que satisfacía el deseo de llegar a ser uno más entre mis semejantes. Las amables palabras de Agatha y las vivaces sonrisas de la encantadora árabe no eran para mí. Las suaves exhortaciones del anciano y la animada conversación del querido Felix no eran para mí. ¡Miseró, desdichado engendro!

»Otras lecciones se me grabaron con aún mayor profundidad. Supe de las diferencias de los sexos y del nacer y crecer de los hijos, de cómo el padre se complace en las risas del bebé y con las vivaces ocurrencias de los hijos más crecidos, de cómo toda la vida y cuidados de la madre se concentran en esta preciosa carga, de cómo la mente del joven se expande y gana en conocimiento; supe del hermano, de la hermana y de todas las diversas relaciones familiares que unen a unos seres humanos con otros con lazos recíprocos.

»Pero ¿dónde estaban mis amigos y mis parientes? Ningún padre había vigilado mi niñez, ninguna madre me había bendecido con sonrisas y caricias, o, si lo habían hecho, toda mi vida pasada era entonces un borrón, un espacio vacío en el que nada me era posible distinguir. Desde mis primeros recuerdos, yo había sido lo que entonces era en altura y en proporciones. Nunca había visto aún a otro ser que se me pareciera o que pretendiera tener conmigo relación alguna. ¿Qué era yo? La pregunta surgía una y otra vez, sin

más respuesta que gemidos.

»Pronto explicaré hacia dónde esos sentimientos me inclinaron; pero ahora permíteme volver a los granjeros, cuya historia suscitaba en mí sentimientos tan diversos como la indignación, el deleite y el asombro, pero que se resolvían todos en un mayor amor y respeto hacia mis protectores (porque de tal manera yo amaba, en un inocente y en parte doloroso engaño, denominarlos).»

Capítulo XIV

«Discurrió algún tiempo antes de que me enterara de la historia de mis amigos. Era tal que no podía menos de grabarse profundamente en mi mente, puesto que desvelaba una serie de sucesos que resultaban uno por uno interesantes y asombrosos para alguien tan falto completamente de experiencia como yo.

»El nombre del anciano era De Lacey. Descendía de una buena familia, en Francia, donde había vivido muchos años holgadamente, respetado por sus superiores y estimado por sus iguales. Su hijo se educó en el servicio a su país y Agatha figuraba entre las damas de la mayor distinción. Pocos meses antes de mi llegada aún vivían en una vasta y lujosa ciudad, llamada París, rodeados de amigos, y poseían todo aquello que una moderada fortuna puede proporcionar para el disfrute de la virtud, el refinamiento de la inteligencia o el gusto.

»El padre de Safie fue la causa de su ruina. Era un mercader turco, y había residido en París desde hacía muchos años cuando, por motivos que no pude saber, al gobierno le resultó persona indeseable. Fue arrestado y encerrado en prisión el mismo día que Safie llegaba de Constantinopla para reunirse con él. Fue juzgado y condenado a muerte. La injusticia de la sentencia era en extremo flagrante, todo París se indignó, y se juzgó que su religión y su riqueza, más que el crimen que se alegó contra él, habían sido la causa de su condena.

»Felix había estado por casualidad presente en el juicio; su horror e indignación fueron incontrolables cuando oyó la decisión del tribunal. En aquel momento hizo voto solemne de liberarlo, y buscó pues a su alrededor los medios para ello. Tras varios intentos fallidos para conseguir entrar en la cárcel, halló una ventana provista de una fuerte reja situada en una zona del edificio que carecía de vigilancia; la ventana servía para iluminar el calabozo del desdichado mahometano, quien, cargado de cadenas, aguardaba sin esperanzas la ejecución de la bárbara sentencia. Felix fue a la reja por la noche, e hizo saber al prisionero sus intenciones a favor suyo. El turco, asombrado y gozoso, se empeñó en halagar el celo

de su liberador con promesas de recompensa y riqueza. Felix rechazó sus ofertas con desprecio; sin embargo, cuando vio a la adorable Safie, a quien se permitía visitar a su padre, y que, por sus gestos, le expresó su viva gratitud, el joven no pudo menos de pensar que el cautivo poseía un tesoro que le recompensaría plenamente de sus esfuerzos y riesgos.

»El turco advirtió rápidamente la impresión causada por su hija en el corazón de Felix, y se propuso ganarlo aún más para la defensa de sus intereses con la promesa de concederle la mano de su hija en matrimonio tan pronto como él se viera trasladado a lugar seguro. Felix era demasiado delicado para aceptar esa oferta; pero consideró en el futuro aquella probabilidad como la consumación de su dicha.

»Durante los días que siguieron, mientras se llevaban a cabo los preparativos para la fuga del mercader, el celo de Felix se vio alimentado por varias cartas de aquella muchacha adorable, que halló los medios para expresar sus pensamientos en la lengua de su amado por medio de la ayuda de un anciano, criado de su padre, que comprendía el francés. Le dio las gracias por los servicios que proyectaba prestar a su padre de la manera más ardiente, y, al mismo tiempo, se lamentaba con dulzura de su propio destino.

»Tengo copias de esas cartas; porque hallé manera, durante mi estancia en el cobertizo, de procurarme utensilios para escribir, y las cartas estaban con frecuencia en manos de Felix o de Agatha. Antes de mi partida, te las daré; son prueba de la veracidad de mi historia. Pero ahora, dado que el sol ya está bajo en el horizonte, sólo tendré tiempo de hacerte un resumen.

»Safie contaba que su madre fue una árabe cristiana, capturada y hecha esclava por los turcos; con la recomendación de su belleza, se había ganado el corazón del padre de Safie, quien se casó con ella. La muchacha hablaba de su madre en términos elevados y entusiastas; ésta, nacida libre, rechazó el cautiverio al que se veía reducida. Instruyó a su hija en los principios de su religión, y la enseñó a aspirar a las más altas potencias de la inteligencia y a la independencia del espíritu, prohibidas para las hembras seguidoras de Mahoma. Esta dama murió, pero sus lecciones quedaron impresas de forma indeleble en la mente de Safie, que se sentía enferma ante la perspectiva de volver de nuevo a Asia y ser encerrada entre los muros del harén, sin más horizontes que ocuparse en diversiones infantiles, que se compadecían mal con el

temperamento de su alma, acostumbrada ahora a las ideas grandes y a la noble emulación en busca de la virtud. La perspectiva de casarse con un cristiano, y de permanecer en un país donde se permitía a las mujeres tener un lugar en la sociedad, la entusiasmaba.

»Se fijó el día de la ejecución del turco; pero, la noche de la víspera, se fugó de la cárcel, y antes de que amaneciese ya se encontraba a varias leguas de distancia de París. Felix se había hecho con pasaportes a nombre de su padre, su hermana y él mismo. Previamente había comunicado su plan a aquél, quien contribuyó al engaño marchándose de su casa, con la excusa de un viaje breve, y ocultándose, junto con su hija, en una oscura zona de París.

»Felix condujo a los fugitivos por Francia hasta Lyon, y por el monte Cenis hasta Livorno, donde el mercader había decidido esperar una ocasión favorable para pasar a algún lugar bajo el dominio turco.

»Safie decidió permanecer con su padre hasta el momento de su marcha, antes del cual el turco renovó su promesa de que se produciría su unión con su libertador, y Felix se quedó con ellos en espera de tal suceso, y entretanto gozó de la compañía de la árabe, que mostraba hacia él el cariño más sencillo y tierno. Conversaban por medio de un intérprete, y algunas veces con la interpretación de las miradas, y Safie cantaba para él las divinas melodías de su país nativo.

»El turco permitía esta intimidad, y alentaba las esperanzas de los jóvenes amantes, mientras que en su fuero interno había hecho otros planes. Odiaba la idea de que su hija se uniera a un cristiano, pero temía el resentimiento de Felix si él mostraba poco entusiasmo; porque sabía que todavía se hallaba en poder de su liberador, si optaba por delatarlo al estado italiano en el que habitaban. Barajó mil planes que le permitieran prolongar el engaño hasta que no le fuera ya necesario y llevarse en secreto a su hija con él cuando se marchase. Sus planes se vieron facilitados por las noticias que llegaron de París.

»El gobierno de Francia estaba muy indignado por la fuga de su víctima, y no reparó en medios para identificar y castigar a su liberador. El complot de Felix fue descubierto rápidamente, y De Lacey y Agatha arrojados en prisión. Las noticias llegaron hasta Felix, despertándole de su sueño de placer. Su padre ciego y

anciano y su dulce hermana yacían en una fétida mazmorra mientras que él disfrutaba del aire libre y de la compañía de aquélla a la que amaba. Esta idea era para él una tortura. Acordó rápidamente con el turco que, si éste hallaba una oportunidad favorable para escapar antes de que Felix pudiera regresar a Italia, Safie debería permanecer internada en un convento de Livorno, y después, tras separarse de la adorable árabe, se apresuró a llegar a París, y entregarse a la venganza de las leyes, llevado por el deseo de ver libre a De Lacey y a Agatha por este medio.

»No lo logró. Permanecieron confinados durante cinco meses antes de que tuviera lugar el juicio; el resultado de éste fue privarlos de su fortuna y condenarlos a exilio perpetuo de su país nativo.

»Hallaron un asilo miserable en la granja de Alemania, donde yo los descubrí. Felix supo pronto que el traidor turco, por cuya causa él y su familia habían soportado tan inaudita opresión, al descubrir que su liberador estaba por entonces reducido a la pobreza y a la ruina, traicionó honor y buenos sentimientos y se marchó de Italia con su hija, tras enviar de forma insultante a Felix una mísera suma de dinero para, según dijo, ayudarlo a subsistir.

»Tales eran los sucesos que roían el corazón de Felix y que habían hecho de él, la primera vez que lo vi, el más desdichado de su familia. Podría haber soportado la pobreza, y, siempre que esa desdicha hubiera sido el precio de la virtud, hubiese estado orgulloso de ella; pero la ingratitud del turco, y la pérdida de su amada Safie, eran desgracias más amargas e irreparables. La llegada de la árabe había ahora infundido nueva vida en su alma.

»Cuando llegaron a Livorno las noticias de que Felix había sido privado de su rango y riqueza, el mercader ordenó a su hija que no pensara más en su amado, sino que se preparara a regresar a su país nativo. La generosa naturaleza de Safie se indignó ante esta orden; procuró discutir con su padre, pero él la dejó airado, tras reiterar su exigencia tiránica.

»Pocos días después, el turco entró en las habitaciones de su hija y le dijo apresuradamente que tenía razones para creer que se había divulgado su residencia en Livorno y que lo iban a entregar rápidamente al gobierno francés; por lo tanto había contratado un barco para que lo trasladara a Constantinopla, ciudad hacia la que se darían a la vela pocas horas después. Pretendía dejar a su hija al cuidado de un criado de confianza, para que lo siguiera con más calma con la mayor parte de sus propiedades, que todavía no había

llegado a Livorno.

»Una vez sola, Safie resolvió en su fuero interno trazar el plan de conducta que le permitiría afrontar esta emergencia. Residir en Turquía la horrorizaba; su religión y sus sentimientos se oponían frontalmente a ello. Por algunos papeles de su padre que habían caído en sus manos, supo del exilio de su amado, y averiguó el nombre del lugar en el que por entonces éste residía. Dudó algún tiempo, pero al final tomó una determinación. Tras coger algunas joyas que le pertenecían y una suma de dinero, abandonó Italia con una doncella, una nativa de Livorno que, sin embargo, conocía el turco, y partió hacia Alemania.

»Llegó sana y salva a una ciudad a unas veinte leguas de la granja de De Lacey, donde su doncella cayó gravemente enferma. Safie la cuidó con el mayor cariño, pero la pobre muchacha murió, y la árabe se encontró sola, sin conocimiento de la lengua del país, y en la ignorancia absoluta de sus costumbres. Fue, sin embargo, a parar en buenas manos. La italiana había mencionado el nombre del lugar al que se dirigían, y, tras su muerte, la dueña de la casa en la que habían vivido se ocupó de que Safie llegase sana y salva hasta la granja de su amado.»

Capítulo XV

«Ésta era la historia de mis queridos granjeros. Causó en mí una profunda impresión. Aprendí, de las facetas de la vida social que me había mostrado, a admirar sus virtudes, y a deplorar los vicios de la humanidad.

»Hasta entonces continuaba viendo el crimen como un mal distante; bondad y generosidad estaban siempre presentes para mí, infundiéndome el deseo de llegar a ser un actor en el animado escenario donde tantas cualidades admirables se reunían y manifestaban. Pero, al dar cuenta de los progresos de mi inteligencia, no debo omitir un suceso que ocurrió a principios de agosto del mismo año.

»Una noche, durante mi visita acostumbrada al bosque vecino donde recogía mi propio alimento y del cual traía la leña para mis protectores, hallé en el suelo un baúl de cuero que contenía varias prendas de vestir y algunos libros. Así ávidamente mi presa y regresé al cobertizo. Afortunadamente los libros estaban escritos en aquella lengua cuyos elementos había aprendido en la granja; consistían en *El Paraíso Perdido*, un volumen de las *Vidas*, de Plutarco, y *Las desventuras de Werther*. La posesión de esos tesoros me proporcionó un placer extremo; ahora estudiaba continuamente y ejercitaba mi mente con esas historias, mientras que mis amigos se ocupaban de sus habituales tareas.

»Apenas alcanzo a describirte el efecto de aquellos libros. Suscitaron en mí una infinidad de imágenes y de sentimientos nuevos que algunas veces me elevaban hasta el éxtasis, pero con mayor frecuencia me hundían en el abatimiento más profundo. En *Las desventuras de Werther*, además del interés de la sencilla y conmovedora historia, se plantean tantas opiniones, y se iluminan tantos temas que hasta entonces habían para mí permanecido en la sombra, que hallé en la obra una fuente inacabable de reflexión y asombro. Las dulces y hogareñas costumbres que describe, combinadas con elevados sentimientos y afectos que tenían por objeto algo más allá de uno mismo, casaban bien con mi experiencia entre mis protectores, y con las necesidades tan

continuamente presentes en mi propio pecho. Pero pensé que Werther mismo era un ser más sublime que cualquiera que yo hubiera observado o imaginado nunca; su carácter no mostraba extremos pretenciosos, pero dejaba huella. Las disquisiciones sobre la muerte y el suicidio estaban calculadas para embargarme de admiración. No pretendía entrar en los méritos del caso, pero me inclinaba a favor de las ideas del héroe, cuya desaparición lloré, sin comprenderla de forma precisa.

»Sin embargo, según iba leyendo, aplicaba gran parte a mis sentimientos y circunstancias personales. Me hallaba yo mismo similar, y al mismo tiempo extrañamente distinto a los seres sobre los cuales leía, y respecto a aquéllos cuyas conversaciones escuchaba. Me compenetraba con ellos, y, en parte, los entendía, pero mi mente no estaba formada; yo no dependía de nadie ni a nadie estaba ligado. El sendero de mi partida estaba libre; y nadie había para lamentarse de mi aniquilación. Mi persona era repulsiva y mi estatura gigantesca; ¿qué significaba esto? ¿Quién era yo? ¿Qué era yo? ¿De dónde venía? ¿Cuál era mi destino? Estas preguntas se me planteaban continuamente, pero era incapaz de responderlas.

»El volumen de las *Vidas* de Plutarco, que poseía, contenía las historias de los primeros fundadores de las antiguas repúblicas. Este libro tuvo sobre mí un efecto diferente con mucho del de *Las desventuras de Werther*. Aprendí de Werther a imaginar el abatimiento y la tristeza; pero Plutarco me enseñó los altos pensamientos; me elevó sobre la desdichada esfera de mis propias reflexiones para admirar y amar a los héroes de épocas pasadas. Muchas de las cosas que leí sobrepasaban mi entendimiento y experiencia. Tenía un conocimiento muy confuso de reinos, vastos territorios, poderosos ríos e ilimitados mares; pero conocía perfectamente las poblaciones y las grandes agrupaciones de hombres. La granja de mis protectores había sido la única escuela en la que había estudiado la naturaleza humana; pero este libro desarrollaba nuevas y más poderosas escenas de acción. Leí sobre hombres que se ocupaban de asuntos públicos, que gobernaban o masacraban a los de su especie. Sentí nacer en mi interior el mayor ardor por la virtud, y por la abominación del vicio, hasta donde yo era capaz de comprender el significado de aquellos términos, por relativos que fueran, puesto que yo los aplicaba solamente al placer y al dolor. Llevado por tales sentimientos, me vi, por supuesto,

conducido a admirar a los pacíficos legisladores, a Numa, Solón y Licurgo, en preferencia a Rómulo y a Teseo. Las vidas patriarcales de mis protectores hicieron que esas impresiones arraigaran profundamente en mi mente; quizá, si mi primera introducción a la humanidad hubiera sido hecha por un joven soldado, ansioso de gloria y de carnicería, yo habría estado imbuido de diferentes sensaciones.

»Pero *El Paraíso Perdido* provocó en mí sensaciones distintas y mucho más profundas. Lo leí, como había leído los otros volúmenes que habían caído en mis manos, creyendo que se trataba de una historia real. Aquella imagen de un Dios omnipotente que guerreaba contra sus criaturas excitaba todo sentimiento posible de asombro y de respeto. Con frecuencia comparé los diversos episodios, que me impresionaron por su semejanza a los míos, con mis propias circunstancias. Como Adán, al parecer yo no tenía lazo alguno con ningún ser existente; mas su estado era muy distinto del mío en todos los demás aspectos. Su origen era las manos de Dios, que lo había hecho una criatura perfecta, feliz y próspera, protegida por el especial cuidado de su Creador; se le permitía conversar con seres de naturaleza superior y adquirir de ellos conocimiento; pero yo era un desdichado, desamparado y solo. Muchas veces consideré a Satán como el emblema más apropiado para mi condición, porque con frecuencia, como él, cuando veía la dicha de mis protectores, la amarga hiel de la envidia brotaba en mi interior.

»Otro hecho reforzó y confirmó aquellos sentimientos: Al poco de llegar a mi cobertizo, descubrí algunos papeles en el bolsillo de la vestimenta que había cogido de tu laboratorio. Al principio no les di importancia; pero ahora, que era capaz de descifrar los caracteres en los que estaban escritos, empecé a estudiarlos con diligencia. Era tu diario de los cuatro meses que precedieron a mi creación. Describías minuciosamente en esos papeles cada paso que tomaste en el desarrollo de tu trabajo; se mezclaba esta historia con relatos de sucesos domésticos. Sin duda te acuerdas de aquellos papeles. Helos aquí. En ellos se relata todo lo que se refiere a mi maldito origen; se muestra en todo detalle la sucesión de repulsivas circunstancias que lo hicieron posible; se ofrece la más minuciosa descripción de mi odiosa y aborrecible persona, en un lenguaje que plasmaba tu propio horror y que hizo el mío indeleble. Me sentí enfermo a medida que lo iba leyendo. ¡Odioso sea el día en el que se me dio la vida! exclamé desesperado. ¡Creador maldito! ¿Por qué

formaste un monstruo tan horrible que incluso tú me rechazaste con repugnancia? Dios, en su misericordia, hizo al hombre hermoso y atrayente, a su imagen y semejanza, pero mis formas son una copia inmunda de las tuyas, aún más horrendas a causa precisamente de esa semejanza. Satán tuvo compañeros, demonios como él, para admirarlo y animarlo; pero yo soy un ser solitario y aborrecido.

»Ésas eran las reflexiones de mis horas de desesperación y soledad, pero al contemplar las virtudes de los granjeros, su carácter amable y benévolo, me convencía de que cuando ellos llegaran a advertir mi admiración por sus virtudes me compadecerían y no repararían en la deformidad de mi persona. ¿Serían capaces de rechazar a alguien, por monstruoso que fuera, que les pedía comprensión y amistad? Finalmente tomé la resolución de, por lo menos, no desesperar, sino prepararme de todas las maneras posibles para una entrevista con aquellos que decidirían sobre mi suerte. Aplacé esta tentativa durante varios meses más, porque la importancia para mí del éxito de esta empresa me infundía gran temor de fracasar en ella. Además, advertí que hacía de día en día tantos progresos en mis conocimientos que no deseaba llevar a cabo tal iniciativa hasta que unos meses más hubiesen enriquecido mi entendimiento.

»Entretanto, hubo varios cambios en la granja. La presencia de Safie difundía felicidad entre sus habitantes, y también advertí que reinaba en ella un mayor grado de abundancia. Felix y Agatha pasaban más tiempo en distracciones y conversación, y los ayudaban criados en sus tareas. No parecían ser ricos, pero estaban contentos y felices; sus sentimientos eran tranquilos y serenos, mientras que los míos se hacían cada día más tumultuosos. El aumento de conocimiento sólo sirvió para descubrirme con mayor claridad qué desdichado paria era. Abrigaba una esperanza, es cierto; pero ésta se desvanecía cuando miraba mi persona reflejada en el agua, o mi sombra a la luz de la luna, incluso en esa frágil imagen e inconstante sombra.

»Me propuse sobreponerme a esos temores, y fortalecerme para la prueba que había resuelto pasar al cabo de pocos meses, y algunas veces permitía a mis pensamientos que, sin el control de la razón, vagasen por los campos del Paraíso, y me atrevía a imaginar amables y adorables criaturas que comprendían mis sentimientos y alegraban mi tristeza; sus rostros angelicales me enviaban sonrisas de consuelo. Pero todo era un sueño, ninguna Eva aliviaba mis penas, ni compartía mis pensamientos; estaba solo. Recordaba la

súplica de Adán a su Creador. ¿Pero podía acaso considerarla mía? Él me había abandonado; y, en la amargura de mi corazón, lo maldije.

»Así transcurrió el otoño. Vi, con sorpresa y disgusto, el amarillear y la caída de las hojas, y la naturaleza de nuevo adoptó la apariencia desolada y estéril de que se había revestido cuando por vez primera observé los bosques y la hermosa luna. Sin embargo, hice caso omiso de la crudeza del tiempo; estaba mejor preparado por mi complexión para soportar el frío que el calor. Pero mis principales placeres eran la visión de las flores, los pájaros y todo el alegre acompañamiento del verano; cuando esto me abandonó, mi atención se concentró más en los granjeros. Su felicidad no disminuyó con la ausencia de verano. Se amaban y estaban compenetrados los unos con los otros y sus alegrías, que dependían en cada uno de las de los demás, no se veían afectadas por acontecimientos externos que tenían lugar a su alrededor. Más los veía, mayor se hacía mi deseo de acogerme a su protección y su bondad, mi corazón suspiraba por hacerse conocer y amar por aquellas amables criaturas: ver sus dulces miradas dirigirse hacia mí con afecto era el límite máximo de mis aspiraciones. No me atrevía a pensar que huirían de mí con desprecio y horror. El pobre que llegaba a su puerta nunca era rechazado. Ciertamente es que yo pedía tesoros mayores que un poco de comida o de descanso: pedía bondad y comprensión pero no me creía completamente indigno de ello.

»Avanzó el invierno, y desde que desperté a la vida había tenido lugar ya un paso completo de las estaciones. Mi atención, por entonces, estaba concentrada exclusivamente en mi plan de presentarme en la casa de mis protectores. Barajé varios proyectos; pero opté finalmente por entrar en la morada cuando el anciano ciego estuviera solo. Tenía la suficiente sagacidad como para saber que la repugnancia que inspiraba el aspecto anormal de mi persona era el objeto principal del horror de aquellos que me habían visto anteriormente. Mi voz, aunque áspera, nada tenía de terrible; pensé, por consiguiente, que, si en ausencia de sus hijos podía ganarme la buena voluntad y la mediación del anciano De Lacey, podría, por este medio, ser tolerado por mis jóvenes protectores.

»Un día, cuando el sol brillaba en las hojas rojas que sembraban el suelo y difundía alegría, aunque denegaba calor, Safie, Agatha y Felix se fueron a dar un largo paseo por el campo, y el anciano,

según su propio deseo, se quedó solo en la casa. Una vez sus hijos hubieron partido, cogió su guitarra y tocó varias tonadas melancólicas pero dulces, más dulces y melancólicas que nada de lo que yo le había oído tocar anteriormente. Al principio su rostro estaba iluminado de placer, pero, según continuó, a éste sucedieron la pesadumbre y la tristeza; finalmente, dejando de lado el instrumento, se quedó sentado absorto en sus meditaciones.

»Me latía con rapidez el corazón; ésa era la hora y el momento de la prueba, que decidiría sobre mis esperanzas o haría realidad mis temores. Los criados se habían ido a una feria de la vecindad. Todo estaba en silencio dentro y fuera de la casa: era una oportunidad excelente; sin embargo, cuando me dispuse a ejecutar mi plan las piernas me fallaron y caí al suelo. Me levanté de nuevo; y, haciendo acopio de toda la firmeza de la que podía disponer, quité las tablas que había colocado anteriormente en el cobertizo para ocultar mi refugio. El aire fresco me animó, y, con determinación renovada, me aproximé a la puerta de la casa.

»Llamé a la puerta. “¿Quién está ahí?”, dijo el anciano. “Adelante.”

»Entré. “Perdone por esta intrusión”, dije. “Soy un viajero que necesita un poco de descanso, le estaría muy agradecido si me permitiese sentarme unos minutos ante el fuego.”

»“Pase”, dijo De Lacey, “y veré de qué forma puedo atender a sus necesidades; pero, por desgracia, mis hijos están fuera de casa y, ciego como soy, me temo que me será difícil procurarle a usted algo de comer.”

»“No se moleste, mi amable huésped; tengo comida, lo único que necesito es calor y descanso.”

»Me senté, y siguió un silencio. Yo sabía que cada minuto me era precioso, sin embargo permanecía indeciso sobre la forma de empezar la conversación; entonces el anciano se dirigió a mí:

»“Por su forma de hablar, extranjero, le supongo compatriota mío: ¿es usted francés?”

»“No, pero me educó una familia francesa, y sólo comprendo esa lengua. Ahora voy a solicitar la protección de unos amigos, a los que amo sinceramente y en cuya ayuda he depositado grandes esperanzas.”

»“¿Son alemanes?”

»“No; son franceses. Pero cambiemos de tema. Soy una criatura desdichada y desamparada; miro a mi alrededor y no tengo pariente ni amigo alguno en el mundo. Esas gentes bondadosas hacia las

cuales me dirijo nunca me han visto, y saben muy poco de mí. Estoy lleno de temores porque, si ellos me fallan, seré un marginado durante el resto de mi vida.”

»“No desespere. Carecer de amigos es en verdad una desgracia; pero los corazones de los hombres, cuando no tienen los prejuicios propios de algún evidente interés personal, están llenos de amor fraterno y de caridad. No pierda, pues, la confianza; y, si esos amigos son buenos y acogedores, no desespere.”

»“Son bondadosos..., son las mejores personas del mundo; pero, desgraciadamente, tienen prejuicios en mi contra. Mis intenciones son buenas, hasta ahora no he hecho ningún daño en mi vida, e incluso he aportado ayuda; pero un fatal prejuicio vela sus ojos; donde deberían ver a un amigo bondadoso y sensible contemplan sólo a un monstruo detestable.”

»“Eso es en verdad lamentable; pero, si usted carece de toda culpa, ¿no podría aclararles la situación?”

»“Es la tarea que estoy a punto de emprender; y éste es el motivo por el que siento terrores tan invencibles. Quiero profundamente a esos amigos; Sin que ellos lo advirtieran, durante muchos meses les he dado diarias pruebas de bondad, pero creen que deseo dañarlos, y éste es el prejuicio que deseo vencer.”

»“¿Dónde habitan esos amigos?”

»“Cerca de este lugar.”

»El anciano hizo una pausa, y luego continuó. “Si me confía usted sin reservas los pormenores de su historia, quizá yo pueda serle útil aclarándoles la situación. Soy ciego, y no puedo juzgar sobre su aspecto, pero hay algo en sus palabras que me persuade de que es usted sincero. Soy pobre, y un exiliado, pero sería para mí un auténtico placer ser útil de alguna manera a un ser humano.”

»“¿Qué bueno es usted! Se lo agradezco, y acepto su generosa oferta. Con su bondad me alza del polvo; y tengo confianza en que, gracias a su ayuda, no me veré privado de la compañía y comprensión de sus semejantes.”

»“¿Dios no lo permita!, ni siquiera si fuera usted un criminal, porque tal cosa no haría sino llevarlo a la desesperación, en vez de animarlo a la virtud. También soy un desdichado, y mi familia y yo fuimos condenados, aunque somos inocentes. Juzgue, pues, cuál es mi comprensión de sus desgracias.”

»“¿Cómo puedo darle las gracias, a usted, mi mejor y único benefactor? He oído de sus propios labios la voz de la bondad

dirigirse a mí; siempre le estaré agradecido; y su humanidad actual me garantiza el éxito con esos amigos con los cuales estoy a punto de encontrarme.”

»“¿Puedo saber los nombres y residencia de esos amigos?”

»Me detuve un instante. Éste, pensé, era el tiempo de la decisión que iba a robarme, o a concederme la felicidad para siempre. Luché en vano por hallar la suficiente firmeza para responderle, pero el esfuerzo acabó con toda la fuerza que me quedaba; me hundí en el asiento y sollocé en voz alta. En ese momento oí los pasos de mis jóvenes protectores. No tenía un instante que perder, así que, asiendo la mano del anciano, grité: “¡Ahora es el momento!... ¡Sálveme y protéjame! Usted y su familia son los amigos a los que busco. ¡No me abandone en esta hora decisiva!”

»“¡Santo Dios!”, exclamó el anciano, “¿quién es usted?”

»En ese momento se abrió la puerta, y Felix, Safie y Agatha entraron. ¿Quién podría describir su horror y consternación al verme? Agatha se desmayó; y Safie, incapaz de ocuparse de su amiga, salió corriendo de la casa. Felix se lanzó hacia delante, y, con fuerza sobrenatural, me arrancó de su padre, a cuyas rodillas yo me abrazaba; en un arrebato de furia, me lanzó contra el suelo y me golpeó violentamente con un palo. Yo hubiera podido arrancar sus miembros uno a uno, como el león desgarrar el antílope. Pero en mi interior mi corazón se hundía en la más profunda amargura, y me contuve. Lo vi a punto de repetir el golpe, cuando, vencido por el dolor y la angustia, salí de la casa y, en la general confusión, me deslicé, sin ser apercibido, hasta mi cobertizo.»

Capítulo XVI

«¡Maldito, maldito creador! ¿Por qué vine a la vida? ¿Por qué, en aquel mismo instante, no extinguí la chispa de la existencia con la que tú tan caprichosamente me habías dotado? No lo sé, todavía la desesperación no se había apoderado de mí, mis sentimientos eran de rabia y de venganza. Hubiera podido destruir con placer la casa y sus habitantes, y saciarme con sus alaridos y su desgracia.

»Cuando llegó la noche, abandoné mi refugio y vagué por los bosques, y entonces, que ya no me retenía el miedo a ser descubierto, desahogué mi angustia con aullidos espantosos. Era como una bestia salvaje que ha roto sus ataduras; destruía lo que se cruzaba en mi camino y corría por el bosque con la ligereza de un ciervo. ¡Oh, qué noche tan terrible pasé! Las frías estrellas se burlaban de mí con sus resplandores, y los árboles desnudos agitaban sobre mí sus ramas; de vez en cuando la dulce voz de un pájaro rompía la universal superficie del silencio. Todos los seres, excepto yo, descansaban o disfrutaban. Yo, como el mayor de los demonios, llevaba en mi interior un infierno y, al no haber hallado nadie que me comprendiese, deseaba arrancar los árboles, esparcir a mi alrededor el caos y la ruina, y después sentarme y disfrutar del desastre.

»Pero tal lujo de sensaciones no podía soportarse por mucho tiempo; me fatigué con el ejercicio físico, y me hundí en la húmeda hierba con la morbosa impotencia de la desesperación. No había uno solo, entre los millares de hombres que existían, que me compadeciera o me ayudara, ¿debía yo, pues, sentir bondad hacia mis enemigos? No; desde aquel momento declaré para siempre la guerra a la especie humana, y, más que contra ningún otro, contra aquél que me había formado y me había lanzado al mundo para que sufriera tan insoportable desdicha.

»Salió el sol; oí voces de hombres, y supe que me era imposible volver a mi refugio durante ese día. Por lo tanto me escondí en unos arbustos espesos, con intención de dedicar las horas siguientes a reflexionar sobre mi situación.

»La grata luz solar y el aire puro del comienzo del día me

devolvieron hasta cierto punto la calma; y, cuando consideré lo que había ocurrido en la granja, no pude menos de creer que me había precipitado en mis conclusiones. Ciertamente había actuado con imprudencia. Estaba claro que la conversación había interesado al padre en mi favor, y había sido por mi parte una estupidez exponer mi persona al horror de sus hijos. Debiera haber hecho acostumbrarse a mí al anciano De Lacey, y poco a poco haberme presentado al resto de la familia, cuando hubiesen estado preparados para el encuentro. Pero no creía que mis errores fuesen irreparables; y, tras muchas consideraciones, resolví volver a la granja, buscar al anciano y ganarlo con mis explicaciones para mi causa.

»Esos pensamientos me calmaron, y por la tarde caí en un profundo sopor; pero la fiebre que ardía en mi sangre no me permitió tener sueños tranquilos. La horrible escena de la víspera aparecía sin cesar ante mis ojos: huían las mujeres, y el enfurecido Felix me arrancaba de los pies de su padre. Me desperté agotado y, al advertir que ya era de noche, me arrastré fuera de mi escondite y fui en busca de comida.

»Cuando hube saciado el hambre, dirigí mis pasos hacia el bien conocido sendero que llevaba a la granja. Todo estaba en paz. Me deslicé en mi cobertizo, y permanecí en espera silenciosa de la hora habitual de levantarse la familia. Pasó aquella hora, el sol estaba alto en el cielo, pero los granjeros no aparecían. Me puse a temblar violentamente, recelando una horrible desgracia. El interior de la casa estaba oscuro, y no oí ruido alguno; no puedo describir la agonía de esta espera.

»Entonces pasaron por allí dos campesinos. Tras detenerse cerca de la casa, se pusieron a hablar haciendo muchos gestos, pero no comprendí lo que decían, porque hablaban la lengua del país, que difería de la de mis protectores. Poco después, sin embargo, se aproximó Felix con otro hombre; me sorprendió, pues sabía que no había salido de la casa aquella mañana, y aguardé con ansiedad para descubrir, por sus palabras, el significado de aquellas visiones nada usuales.

»“¿Se ha dado usted cuenta”, le dijo su acompañante, “de que tendrá que pagar tres meses de alquiler y que perderá el producto de su huerto? No deseo aprovecharme abusivamente de las circunstancias, y por lo tanto le ruego que se tome unos días para considerar su decisión.”

»“Es completamente inútil”, respondió Felix; “no podremos nunca más vivir en su granja. La vida de mi padre corre el mayor peligro, debido al espantoso suceso que le he relatado. Mi esposa y mi hermana nunca se recuperarán de tal horror. No insista en razonar conmigo. Tome posesión de su vivienda y déjeme huir de este lugar.”

»Felix temblaba violentamente al decir esto. Él y su acompañante entraron en la casa, en la que permanecieron unos minutos, y luego se separaron. Nunca más volví a ver a nadie de la familia De Lacey.

»Permanecí el resto del día en mi cobertizo, en un estado de extrema y estólida desesperación. Mis protectores se habían marchado, y habían roto el único lazo que me unía al mundo. Por vez primera sentimientos de venganza y de odio llenaron mi pecho, y no luché por controlarlos, sino que, permitiendo que su caudal se apoderara de mí, incliné mi mente hacia el dolor y el mal. Cuando pensaba en mis amigos, en la apacible voz de De Lacey, en los dulces ojos de Agatha, y en la belleza exquisita de la árabe, esos pensamientos se desvanecían, y el fluir de las lágrimas me amansaba un poco. Pero de nuevo, cuando consideraba que me habían rechazado y abandonado, volvía la rabia, la rabia de la cólera, e, imposibilitado de dañar a humano alguno, dirigía mi furia contra los objetos inanimados. Según la noche fue avanzando, dispuse varios combustibles alrededor de la casa y, tras haber destruido hasta la última huella de cultivo en el huerto, con mal reprimida impaciencia esperé hasta que se puso la luna para comenzar mi tarea.

»Al avanzar la noche, se levantó de los bosques un fuerte viento, y dispersó con rapidez las nubes que habían vagado por los cielos, resonó el trueno como una poderosa avalancha, y produjo en mi ánimo una especie de locura que pulverizó todos los límites de la razón y de la reflexión. Encendí la seca rama de un árbol, y dancé con furia alrededor de la casa a la que había dedicado mi afecto, con los ojos todavía fijos en la parte oeste del horizonte, cuyo borde casi tocaba la luna. Finalmente se ocultó una parte de su órbita, y yo agité mi rama; se hundió tras el horizonte, y, con un gran aullido, prendí fuego a la paja, los brezos y los arbustos que había amontonado. El viento avivó el fuego, y pronto estuvo la casa envuelta en llamas, que la abrazaban y lamían con sus lenguas bífidas y destructoras.

»Tan pronto como me convencí de que ninguna ayuda podría

salvar parte alguna de la vivienda, abandoné la escena y busqué el refugio de los bosques.

»Y ahora, con el mundo ante mí, ¿adónde debía dirigir mis pasos? Decidí huir lejos del escenario de mis desgracias; pero para mí, odiado y despreciado, todos los países eran horribles por igual. Por último atravesó mi mente tu recuerdo. Supe por tus papeles que eras mi padre, mi creador; y ¿a quién mejor podía recurrir que a aquél que me había dado la vida? Entre las lecciones que Felix había dado a Safie no había faltado la geografía: de ahí aprendí la situación relativa de los distintos países de la Tierra. Tú mencionaste Ginebra como el nombre de tu ciudad natal; y decidí dirigirme hacia este lugar.

»Pero ¿cómo iba a orientarme? Sabía que debía viajar en dirección sudoeste para llegar a mi destino; pero mi única guía era el sol. Desconocía los nombres de las ciudades que iba a atravesar, tampoco podía pedir información a ser humano alguno; pero no desesperé. Sólo de ti podía esperar socorro, aunque no sentía hacia ti más sentimiento que el odio. ¡Creador insensible y sin corazón!, tú me has dotado de percepciones y pasiones, y a continuación me has arrojado al exterior como objeto del desprecio y el horror de la humanidad. Pero sólo de ti puedo reclamar piedad y desagravio, y en ti estoy decidido a buscar aquella justicia que he intentado obtener en vano de todo ser con apariencia humana.

»Mi viaje fue largo e intensos los sufrimientos que hube de soportar. Estaba ya avanzado el otoño cuando dejé el distrito en el que había residido tan largo tiempo. Viajaba sólo por la noche, temeroso de toparme con el rostro de un ser humano. La naturaleza se marchitó a mi alrededor, y el sol cesó de dar calor; se derramaron sobre mí la lluvia y la nieve; los poderosos ríos estaban helados; la superficie de la tierra dura y gélida, y desnuda, y no hallé refugio. ¡Oh, tierra! ¡Cuántas veces maldije con mis juramentos la causa de mi existencia! Lo apacible de mi naturaleza había huido, y todo en mi interior se había vuelto amargura y hiel. Cuanto más me aproximaba a tu morada, más profundamente sentía en mi corazón avivarse el espíritu de venganza. Nevó, y las aguas se endurecieron; pero no me detuve a descansar. Algunas indicaciones ocasionales me señalaban la dirección y poseía un mapa de la zona; pero con frecuencia me desviaba considerablemente de mi camino. La angustia insoportable de mis sentimientos no me dejaba respiro; no hubo incidente alguno de los que me ocurrieron del que mi rabia

y mi desdicha no pudieran nutrirse; pero un suceso que acaeció al llegar a los confines de Suiza, cuando el sol había recobrado su calor y la tierra de nuevo comenzaba a verdear, reafirmó de una manera especial el horror y la amargura de mis sentimientos.

»Por lo general, descansaba durante el día y viajaba sólo cuando la noche me protegía de ser visto por los hombres. Una mañana, sin embargo, al advertir que mi camino atravesaba un espeso bosque, me aventuré a continuar mi viaje después de la salida del sol; el día, que era uno de los primeros de la primavera, me alegraba incluso a mí con el encanto de la luz solar y con la fragancia balsámica del aire. Sentí que sentimientos de dulzura y de placer que durante largo tiempo habían parecido muertos revivían en mi interior. Sorprendido en parte por la novedad de aquellas sensaciones, permití que me arrastrasen con ellas y, olvidando mi soledad y deformidad, osé ser feliz. De nuevo las lágrimas corrieron por mis mejillas, e incluso alcé los ojos humedecidos de gratitud hacia el bendito sol que me otorgaba tal gozo.

»Continué avanzando por los senderos del bosque hasta que llegué a su límite, al que bordeaba un profundo y tumultuoso río hacia el que muchos de los árboles inclinaban sus ramas, cuajadas de capullos recién brotados. Me había detenido allí al no saber exactamente qué camino tomar, cuando oí sonido de voces, que me hicieron ocultarme tras la sombra de un ciprés. No acababa de esconderme cuando llegó una niña corriendo hacia el lugar donde yo me había ocultado, riendo, como si corriese por algún juego. Continuó su carrera al borde de los escarpados márgenes del río, cuando súbitamente resbaló, y cayó en las impetuosas aguas. Salí apresurado de mi escondite y, con extremo trabajo dada la fuerza de la corriente, la salvé y la arrastré hasta la orilla. Estaba sin sentido, y yo procuraba por todos los medios a mi alcance reanimarla cuando me vi interrumpido de repente por la llegada de un campesino, que era probablemente la persona de la que ella había huido en sus juegos. Al verme, él se precipitó hacia mí y, arrancando a la niña de mis brazos, huyó corriendo hacia lo más profundo del bosque. Lo seguí velozmente, apenas sé por qué; pero cuando el hombre me vio acercarme, apuntó hacia mi cuerpo con una escopeta que llevaba, y disparó. Juré odio y venganza eternos a toda la humanidad. Pero el insoportable dolor de mi herida me venció; me falló el pulso, y caí desmayado.

»Durante algunas semanas viví miserablemente en el bosque,

procurando curar la herida que había recibido. La bala me había penetrado en el hombro, y no sabía si permanecía allí o lo había atravesado; en cualquier caso, no disponía de medio alguno para extraerla. Mis sufrimientos se veían además aumentados por la opresiva sensación de la injusticia y de la ingratitud con las que se me había infligido aquella herida. Hice a diario votos de venganza, una venganza profunda y mortal, capaz de compensarme por los ultrajes y la angustia que había soportado.

»Al cabo de unas semanas se curó mi herida, y continué viaje. Ya no aliviaban mis esfuerzos el brillante sol o las dulces brisas de la primavera; cualquier gozo era una burla, un insulto para mi situación desoladora, y me hacía sentir de forma todavía más dolorosa que yo no estaba hecho para el disfrute del placer.

»Pero se acercaba el fin de mis trabajos; y, a los dos meses de esto, alcancé los alrededores de Ginebra.

»Llegué por la tarde, y me retiré a un lugar escondido, en los campos aledaños, para reflexionar sobre la forma de presentarme ante ti. El cansancio y el hambre me oprimían, y era demasiado infeliz como para disfrutar de la suave brisa del atardecer o de la visión de la puesta de sol tras las espléndidas montañas del Jura.

»Entonces un ligero sueño me alivió del dolor de la reflexión, sueño que se vio interrumpido por la proximidad de un niño precioso que venía corriendo, con todo el afán de juegos de la infancia, hacia el lugar de descanso que yo había escogido. De repente, mientras lo observaba, se apoderó de mí una idea: que aquella criaturita carecía de prejuicios y que no había aún vivido lo suficiente como para que se le hubiera ya inculcado el horror a la deformidad. Así pues, si pudiera apoderarme de él y educarlo como mi amigo y compañero, yo no me hallaría tan solo en medio de este poblado mundo.

»Incitado por este impulso, agarré al chico cuando pasó cerca, y lo atraje hacia mí. Tan pronto como advirtió mi forma, se puso las manos ante los ojos y lanzó un agudo chillido. Le aparté por la fuerza las manos de los ojos y le dije: “Niño, ¿qué significa esto? No tengo intención de hacerte daño; escúchame”.

»Él se debatía violentamente. “¡Suéltame, monstruo!”, gritaba, “¡ser horrible!, quieres comerme y hacerme pedazos... Eres un ogro... Suéltame o se lo diré a mi papá.”

»“Niño, nunca más verás a tu padre; tienes que venir conmigo.”

»“¡Monstruo horroroso! Deja que me vaya. Mi papá es un juez, es

el señor Frankenstein..., él te castigará. No te atrevas a llevarme contigo.”

»“¡Frankenstein! Perteneces a mi enemigo, a aquél contra el cual he jurado venganza eterna. Tú serás mi primera víctima.”

»El niño se debatió aún, y me abrumó de epítetos que colmaron mi corazón de desesperación; le agarré por la garganta para silenciarlo, y en un instante yacía muerto a mis pies.

»Contemplé a mi víctima, y se me ensanchó el corazón con alegría exultante e infernal triunfo; dando unas palmadas, exclamé: “También yo puedo crear desolación; mi enemigo no es invulnerable; esta muerte le hará desesperarse, y otras mil desdichas lo atormentarán y destruirán”.

»Al fijar la vista en el niño, vi algo que relucía en su pecho. Lo cogí; era el retrato de una mujer de extrema hermosura. Pese a mi malignidad, su visión me ablandó y atrajo. Durante algunos instantes observé con deleite sus ojos oscuros, bordeados de espesas pestañas, y sus labios adorables; pero entonces me volvió la rabia: recordé que yo estaba privado para siempre de las delicias que tales criaturas podían proporcionar; y que aquélla cuya imagen contemplaba hubiera, al mirarme, cambiado aquel aspecto de divina bondad por una expresión de repugnancia y espanto.

»¿Te admira que tales pensamientos me embargaran de rabia? A mí sólo me admira que en aquel momento no haya echado a correr al encuentro de la humanidad y no haya perecido en el intento de destruirla.

»Dominado por aquellos sentimientos, dejé el lugar donde había cometido el crimen, y, en busca de un escondite más resguardado, entré en un granero que me pareció estar vacío. Una mujer dormía sobre la paja; era joven; ciertamente no tan hermosa como aquélla cuyo retrato yo asía; pero sí de aspecto agradable, y en ella florecía el atractivo de la juventud y del aspecto saludable. He aquí, pensé, una de ésas cuyas sonrisas podrán ser concedidas a todos excepto a mí. Y entonces me incliné sobre ella y le susurré: “Despierta, hermosa; tu amado está cerca, aquél que daría su vida por lograr de tus ojos una mirada de afecto; ¡amada mía, despierta!”.

»Se agitó un poco en su sueño; un estremecimiento de terror me recorrió. ¿Iba a despertarse, y verme, y maldecirme, y denunciar al asesino? Eso sería con toda seguridad lo que haría si abría sus oscuros ojos y me contemplaba. La idea me volvió loco; revolvió al demonio en mi interior... No sería yo, sino ella quien sufriese; yo

había cometido el asesinato porque me habían robado para siempre lo que ella podría haberme dado, ella expiaría la culpa. El origen del crimen estaba en ella; ¡suyo sería el castigo! Gracias a las lecciones de Felix y a las sanguinarias leyes de los hombres, había aprendido por entonces a hacer el mal. Me incliné sobre ella, y coloqué con cuidado el retrato en uno de los pliegues de su vestido. Ella se agitó de nuevo, y huí.

»Durante algunos días rondé por el sitio donde esas escenas habían tenido lugar, con el deseo algunas veces de verte, otras con la decisión de abandonar para siempre las miserias de este mundo. Por último me dirigí hacia aquellas montañas, y por sus vastos escondrijos he vagado, consumido por una ardiente pasión que sólo tú puedes saciar. No nos separaremos hasta que me prometas acceder a mi demanda. Estoy solo y soy un desgraciado; conmigo no se unirá hombre alguno; pero alguien, alguna tan deforme y horrible como yo mismo, no me rechazaría. Mi compañera debe ser de la misma especie, y tener los mismos defectos. Ése es el ser que tú debes crear.»

Capítulo XVII

La criatura acabó de hablar y fijó en mí la mirada en espera de una respuesta. Pero yo estaba desconcertado, perplejo, y era incapaz de ordenar mis ideas lo suficiente como para comprender el completo alcance de su propuesta. Él continuó.

«Debes crear para mí una hembra, con la que pueda vivir el intercambio de sentimientos que es necesario para mi ser. Esto sólo tú puedes hacerlo; y de ti lo demando como un derecho cuya concesión no me debes negar.»

La última parte de su relato había avivado en mí de nuevo la cólera que se había apagado mientras relataba su pacífica vida con los granjeros, y, al decir él esto, ya no pude retener la ira que ardía en mi interior.

«Pues me niego –respondí–, y no habrá tortura que me arranque el consentimiento. Puedes hacer de mí el más desdichado de los hombres, pero nunca me envilecerás ante mis propios ojos. ¿Habría yo de crear otro como tú, cuya maldad unida a la tuya podría arrasarlo el mundo? ¡Vete! Ya te he respondido; puedes torturarme, pero nunca aceptaré.»

«Te equivocas –replicó el demonio–; y, en lugar de amenazar, prefiero razonar contigo. Soy malo porque soy desdichado. ¿No soy acaso rechazado y odiado por toda la humanidad? Tú, mi creador, me despedazarías y lo considerarías un triunfo; recuerda eso, y dime ¿por qué tendría yo que compadecerme del hombre más que él se compadece de mí? Tú no lo llamarías un asesinato si pudieras arrojarme por una de estas grietas de hielo y destruir mi cuerpo, la obra de tus propias manos. ¿Deberé yo respetar al hombre cuando él me condena? Que viva conmigo en mutuo intercambio de bondad y, en lugar de daños, le otorgaré todos los beneficios con lágrimas de gratitud por su aceptación. Pero no puede ser; los sentidos de los seres humanos son barreras insuperables para nuestra unión. Sin embargo, los míos no serán los de sumisión a la abyecta esclavitud. Vengaré mis ofensas: Si no puedo inspirar amor, seré motivo de miedo; y en primer lugar respecto a ti, mi archienemigo, en tanto que mi creador; a ti te juro odio inextinguible. Ten cuidado:

trabajaré en tu destrucción y no cesaré hasta que no haya asolado tu corazón, de forma que maldecirás la hora en que naciste.»

Al decir esto una rabia diabólica lo animaba; su rostro se arrugaba en muecas demasiado horribles para ser contempladas por ojos humanos; pero luego se calmó y continuó:

«Pretendía razonar. Esta pasión va en perjuicio mío; porque no adviertes que tú eres la causa de sus excesos. Si algún ser experimentara sentimientos de benevolencia hacia mí yo se los devolvería centuplicados; ¡porque gracias a esa criatura haría yo las paces con la humanidad entera! Pero me entrego ahora a sueños de una dicha imposible de materializar. Lo que te pido es razonable y moderado, pido una criatura del sexo opuesto, pero tan horrible como yo; es una pequeña compensación, pero es todo a lo que puedo aspirar, y me contentaré con ello. Es cierto, seremos monstruos, aislados de todo el resto del mundo; pero precisamente esto nos unirá más el uno al otro. Nuestras vidas no serán felices, pero serán inofensivas, y libres de la miseria que ahora siento. ¡Oh tú, mi creador, hazme feliz!; ¡déjame sentir gratitud hacia ti por al menos un beneficio! Déjame ver que suscito la simpatía de alguno de los seres existentes; ¡no me niegues lo que te pido!»

Yo estaba conmovido. Me estremecí cuando pensé en las posibles consecuencias de mi consentimiento, pero me di cuenta de que había cierta justicia en su argumentación. Su relato, y los sentimientos que ahora expresaba, eran prueba de que estaba dotado de una sensibilidad notable, y ¿acaso yo, como su hacedor, no le debía la parte de felicidad que estaba en mi poder otorgarle? Él vio mi cambio de sentimientos, y continuó:

«Si accedes, ni tú ni ser humano alguno volveréis a vernos jamás: me iré a las vastas extensiones salvajes de Sudamérica. No como lo que los hombres; no destruyo al cordero y al cabrito para saciar mi apetito; bellotas y bayas me proporcionarán alimento. Mi compañera será de la misma naturaleza que yo mismo, y se contentará con la misma comida. Haremos nuestro lecho con hojas secas; el sol brillará sobre nosotros como sobre los hombres, y madurará nuestros alimentos. La imagen que te presento es pacífica y humana, y debes sentir que la rechazarías por el caprichoso ejercicio del poder y la crueldad. Por despiadado que hayas sido respecto a mí, veo ahora en tus ojos la compasión; déjame aprovechar este instante favorable, y decídete a prometerme lo que tan ardientemente deseo.»

«Propones –respondí– huir de donde habita el hombre para morar en esas zonas salvajes donde las bestias del campo serán tus únicos compañeros. ¿Cómo podrías, tú que suspiras por el amor y simpatía de los hombres, perseverar en tal exilio? Volverías, y buscarías de nuevo su bondad, y te encontrarías de nuevo con su rechazo; tus malas pasiones se renovarían, y por entonces tendrías una compañera que te ayudaría en la tarea de destrucción. Esto no puede ser; cesa de discutirlo, porque no puedo dar mi consentimiento.»

«¡Cuán inconstantes son tus sentimientos!, no hace más que un momento que te conmovieron mis explicaciones y ¿por qué te muestras de nuevo duro ante mis quejas? Te juro, por la tierra en la que habito, y por ti que me hiciste, que, con la compañera que tú me proporcionas, abandonaré la vecindad de los hombres, y habitaré, si así se plantea, en los lugares más salvajes. ¡Mis malas pasiones habrán huido, porque habré hallado comprensión!, mi vida discurrirá tranquila, y, en el momento de mi muerte, no maldeciré a mi hacedor.»

Sus palabras tuvieron sobre mí un efecto extraño. Me compadecía de él, y algunas veces sentía el deseo de consolarlo; pero cuando lo miraba, cuando veía la sucia masa que se movía y hablaba, de mi corazón se apoderaba la náusea y mis sentimientos se tornaban en horror y odio. Traté de sofocar esas sensaciones; Pensé que, aunque no pudiera tener por él simpatía, no tenía derecho a arrebatarme la pequeña dosis de felicidad que estaba aún en mi poder otorgarle.

«Juras –le dije– ser inofensivo; pero ¿acaso no has mostrado ya un grado de maldad que me hace con razón desconfiar de ti? ¿No podría incluso ser esto una artimaña que aumentará tu triunfo al poner al alcance de tu venganza un escenario más amplio?»

«Pero, ¿a qué viene esto? Conmigo no se juega, y exijo una respuesta. Si no tengo ni lazos ni afectos, el odio y el vicio deberán ser mi parte; el amor de otro ser destruirá la causa de mis crímenes, y me volveré algo cuya existencia será ignorada por todo el mundo. Mis vicios son hijos de la forzosa soledad que detesto, y mis virtudes surgirán necesariamente cuando viva en comunión con alguien igual a mí. Sentiré el cariño de un ser sensible y me integraré en la cadena de existencia y sucesos de la cual estoy ahora excluido.»

Me detuve algún tiempo a reflexionar sobre todo lo que él había relatado, y sobre los diversos argumentos que desplegó respecto del

comienzo de su existencia, y la ruina subsiguiente de todos sus buenos sentimientos motivada por el aborrecimiento y el desprecio que hacia él habían manifestado sus protectores. Su poder y amenazas no fueron omitidos en mis cálculos: una criatura que podía vivir en las cuevas de hielo de los glaciares, y esconderse de sus perseguidores entre las estribaciones de inaccesibles precipicios, era un ser que poseía facultades a las que era vano intentar dominar. Tras una larga reflexión, concluí que la justicia debida tanto a él como a mis semejantes exigía de mí que accediera a su petición. Así pues, volviéndome hacia él, le dije:

«Accedo a tu petición, bajo juramento solemne de que abandonarás Europa para siempre, así como cualquier otro lugar vecino al hombre, tan pronto como ponga en tus manos una hembra que te acompañará en tu exilio.»

«Juro –gritó– por el sol, y por el cielo azul de las alturas, y por el fuego de amor que quema mi corazón, que, si accedes a mi súplica, mientras ellos existan nunca me verás de nuevo. Regresa a casa, y comienza tu tarea: vigilaré tus progresos con insoportable ansiedad, y no temas, porque en cuanto hayas terminado apareceré.»

Su relato había ocupado todo el día, y el sol estaba al extremo del horizonte cuando él se fue. Sabía que debía apresurarme a bajar hacia el valle, puesto que pronto me rodearía la oscuridad; pero mi corazón estaba oprimido y mis pasos eran lentos. El esfuerzo de descender por los pequeños senderos de las montañas, y pisar con firmeza mientras avanzaba, me confundía, ocupado como estaba por las emociones que los sucesos del día habían excitado. La noche estaba ya bien avanzada cuando llegué al refugio situado a mitad de camino y me senté junto a la fuente. Las estrellas brillaban a intervalos según pasaban las nubes; los oscuros pinos se elevaban ante mí, y aquí y allá yacía en el suelo un árbol tronchado: era una escena de admirable solemnidad, y agitó extraños pensamientos en mi interior. Lloré amargamente; y, juntando las manos con angustia, exclamé: «¡Oh estrellas y nubes y vientos, todos pretendéis burlaros de mí!; si realmente me compadecéis, aplastad en mí sensaciones y recuerdos; dejad que me disuelva en la nada; pero si no, idos, idos, y dejadme en la oscuridad.»

Eran pensamientos incoherentes y desdichados; pero no soy capaz de describiros cómo el eterno titilar de las estrellas me oprimía, y cómo escuchaba cada soplo de viento, como si un sombrío y peligroso siroco se aproximara para consumirme.

Amaneció antes de que llegara al pueblo de Chamonix; no descansé, sino que regresé de inmediato a Ginebra. No era capaz de expresar mis sensaciones ni siquiera a mí mismo; éstas pesaban sobre mí como una montaña, y su extremada opresión aplastaba bajo ella mi angustia. Volví, pues, a mi hogar, y, al entrar en la casa, me presenté ante mi familia. Mi aspecto desencajado y hosco despertó en ellos gran alarma; pero no respondí a pregunta alguna, apenas hablé. Me sentía como si mi presencia estuviera prohibida, como si no tuviera derecho a solicitar su comprensión, como si nunca más pudiera gozar de su compañía. Y sin embargo, incluso entonces los amaba con auténtica adoración; y, para salvarlos, decidí dedicarme a mi más aborrecida tarea. La perspectiva de tal ocupación hacía que toda otra circunstancia de la existencia pasara ante mí como un sueño; y sólo aquella idea era para mí algo real en la vida.

Capítulo XVIII

Transcurrieron, uno tras otro, los días y las semanas tras mi regreso a Ginebra, y no podía hacer acopio del valor suficiente para reemprender mi trabajo. Temía la venganza del decepcionado demonio, y sin embargo era incapaz de sobreponerme a la repugnancia de la tarea que me había impuesto. Me di cuenta de que no podía fabricar una hembra sin dedicar de nuevo a ello varios meses de profundo estudio y laboriosas consultas. Tuve noticia de que habían sido hechos por un filósofo inglés algunos descubrimientos cuyo conocimiento era esencial para mi éxito, y pensé algunas veces obtener el consentimiento de mi padre para visitar Inglaterra con este fin; pero me aferraba a cualquier pretexto para posponer el viaje, y evitaba dar el primer paso en una empresa cuya necesidad inmediata comenzaba a parecerme menos absoluta. En mí se había producido, por cierto, un cambio: Mi salud, hasta entonces debilitada, comenzó a mejorar de forma notable, y consecuentemente mi estado de ánimo, cuando no se hallaba confrontado con el recuerdo de mi desdichada promesa, se elevaba. Mi padre vio este cambio con placer, y se puso a pensar en el mejor método de erradicar lo que en mí restaba de melancolía, que se apoderaba de nuevo de mí esporádicamente, y, con una negrura devoradora, ensombrecía el amanecer que apuntaba en mi interior. En aquellos momentos me refugiaba en la más completa soledad. Pasaba días enteros solo en el lago, en un pequeño bote, mirando las nubes y escuchando el murmullo de las olas, silencioso y apático. Pero el aire puro y el brillo del sol solían generalmente devolverme cierto equilibrio y, de regreso, respondía a los saludos de mis amigos con una sonrisa más pronta y un corazón más alegre.

Fue a la vuelta de una de esas salidas cuando mi padre, llamándome aparte, se dirigió a mí de este modo:

«Estoy encantado al observar, querido hijo, que te entregas de nuevo a tus antiguas aficiones y que parece que vuelves a ser el mismo que solías. Y sin embargo eres aún infeliz, y todavía evitas nuestra compañía. Durante algún tiempo he hecho cábalas sobre cuál podría ser el motivo; pero ayer me vino una idea a la mente, y,

de estar bien fundada, te suplico que me lo confieses. La reserva en este tema no sólo sería inútil, sino que atraería una triple miseria sobre todos nosotros.»

Ante tal comienzo, me puse a temblar violentamente, y mi padre continuó:

«Te confieso, hijo mío, que siempre he considerado tu futuro matrimonio con nuestra querida Elizabeth como el vínculo de nuestro bienestar doméstico y el descanso de mis últimos años. Estuvisteis muy unidos el uno al otro desde el principio de vuestra infancia; estudiasteis juntos, y parecíais, en inclinaciones y en gustos, completamente hechos el uno para el otro. Pero es algo tan ciego la experiencia humana que aquello que yo consideré lo más favorable para mis previsiones puede ser precisamente lo que las haya aniquilado. Quizá la miras como a una hermana, sin el menor deseo de que pueda llegar a convertirse en tu esposa. Y aún más, puede que hayas encontrado a alguna mujer a la que es posible que ames y que, por considerarte ligado por lazos de honor a Elizabeth, te debatas en la lucha que te ocasiona la aguda infelicidad que parece sentir.»

«Querido padre, tranquilízate. Amo a mi prima tierna y sinceramente. Nunca he visto a mujer alguna que suscite, como lo hace Elizabeth, mi más cálidas admiración y cariño. Mis futuros planes y esperanzas están por entero unidos a la expectativa de nuestra unión.»

«La expresión de tus sentimientos sobre este tema, mi querido Víctor, me proporciona un placer que no había experimentado desde hace tiempo. Si esto es lo que sientes, ciertamente entonces seremos felices, aunque los sucesos recientemente ocurridos puedan a veces entristecernos. Pero es esa tristeza, que parece haberse adueñado tan profundamente de tu espíritu, la que deseo disipar. Dime, pues, si tienes objeciones respecto a la inmediata celebración de la boda. Hemos sido desgraciados, y los sucesos recientes nos han arrebatado la tranquilidad cotidiana que convendría a mis años y achaques. Eres joven; sin embargo, no me parece que, teniendo como tienes a tu disposición suficiente fortuna, un matrimonio temprano pueda en forma alguna interferir con cualesquiera que sean los proyectos honorables y útiles que te hayas forjado. No pienses, sin embargo, que deseo imponerte la felicidad, o que un aplazamiento por tu parte me causaría ninguna seria inquietud. Interpreta mis palabras según la franqueza con la que las digo, y

respóndeme, te lo suplico, con confianza y sinceridad.»

Escuché a mi padre en silencio, y permanecí durante algún tiempo incapaz de ofrecerle respuesta alguna. En mi mente se agitaban con rapidez múltiples pensamientos, y me esforzaba por llegar a una conclusión. ¡Ay!, para mí la idea de una unión inmediata con mi Elizabeth lo era de horror y de consternación. Estaba ligado por una solemne promesa, que todavía no había cumplido, y que no me atrevía a romper; o, si lo hacía, ¡cuál no sería la cosecha de desgracias innumerables que pendería sobre mí y mi fiel familia! ¿Podía acaso entrar a un festejo con tal peso muerto suspendido aún de mi cuello y doblegándome hacia el suelo? Debía cumplir mi compromiso, y dejar que el monstruo se fuese con su pareja antes de permitirme a mí mismo disfrutar de las delicias de una unión de la que esperaba la paz.

Recordé también la necesidad que se me imponía de, fuese viajar a Inglaterra, fuese establecer una larga correspondencia con aquellos filósofos de ese país, cuyos logros y descubrimientos me era indispensable utilizar en mi actual empresa. El último método de obtener la información deseada era dilatorio y no me satisfacía; además, experimentaba una repugnancia invencible ante la idea de dedicarme a mi repulsiva tarea en la casa de mi padre, donde discurría la habitual vida familiar de aquellos a los que amaba. Sabía que podían ocurrir un millar de horribles accidentes, el menor de los cuales revelaría una historia que estremecería de espanto a todos los que estaban relacionados conmigo. Era también consciente de que podía perder con frecuencia todo control sobre mí mismo, toda capacidad de ocultar las sensaciones insufribles que me torturarían durante el desarrollo de mi inhumana ocupación. Debía alejarme de todos aquellos a los que amaba mientras me dedicaba a ello. Una vez hubiese comenzado, lo terminaría pronto, y podría recuperar mi vida con mi familia en paz y felicidad. O (así lo imaginaba mi fantasía) entretanto quizás era posible que le ocurriese a él algún accidente que lo destruyese y pusiera punto final para siempre a mi esclavitud.

Esos sentimientos dictaron la respuesta a mi padre. Le expresé mi deseo de visitar Inglaterra, pero le oculté el verdadero motivo de tal petición, disfrazando mis propósitos con ropajes que no levantarán sospechas, mientras que, al tiempo, los presentaba acompañados de una ansiedad por satisfacerlos que hizo que mi padre accediera con facilidad. Tras un período tan largo de absorbente melancolía, que

se asemejaba a la locura en su intensidad y efectos, él estaba encantado al advertir que yo era capaz de complacerme con la idea de tal viaje, y esperaba que el cambio de escenario y las diversas distracciones antes de mi vuelta me habrían hecho volver a ser enteramente el que antes fui.

La duración de mi ausencia se dejó a mi propio criterio; se consideró un período de entre unos pocos meses y, como máximo, un año. Él había tomado el tipo de precaución paternal consistente en asegurarse de que yo tuviese un compañero. Sin comunicármelo previamente, de acuerdo con Elizabeth, dispuso que Clerval se reuniese conmigo en Estrasburgo. Esto era una interferencia respecto a la soledad que yo anhelaba para llevar a cabo mi tarea; sin embargo, en los comienzos de mi viaje la presencia de mi amigo no podía en modo alguno constituir un impedimento, y me alegré sinceramente de verme liberado de este modo de muchas horas de reflexiones solitarias y enloquecedoras. Más aún, Henry podía interponerse entre mí y la indeseable presencia de mi enemigo. De estar yo solo, ¿acaso éste no me impondría algunas veces su aborrecible presencia, para recordarme mi tarea o para contemplar su desarrollo?

Quedó fijado, pues, mi viaje a Inglaterra, y se dio por supuesto que mi unión con Elizabeth debería tener lugar inmediatamente después de mi regreso. La edad de mi padre le hacía en extremo contrario a los aplazamientos. En cuanto a mí, había una recompensa que me había prometido a mí mismo por mis detestables fatigas, un consuelo de mis incomparables sufrimientos: era la perspectiva de aquel día en el que, liberado de mi mísera esclavitud, podría reclamar a Elizabeth, y olvidar, en mi unión con ella, el pasado.

Hice, pues, los preparativos necesarios para el viaje; pero me obsesionaba una idea que me llenaba de temor y agitación: Durante mi ausencia, habría de dejar a mis seres queridos ignorantes de la existencia de su enemigo y desprotegidos contra sus ataques, exasperada la criatura, como quizá podría estarlo, por mi partida. Mas él me había prometido seguirme donde quiera que yo fuese, y, entonces, ¿no me acompañaría a Inglaterra? Esta suposición era espantosa de por sí, pero también tranquilizadora por cuanto suponía la seguridad de mis seres queridos. Me sentía morir de angustia ante la idea de la posibilidad de que lo contrario a esto pudiese ocurrir. Pero durante el período entero durante el cual fui el esclavo de mi criatura había dejado que me gobernasen los

impulsos del momento, y mis sensaciones entonces me advertían con intensidad de que el diablo me seguiría, y dejaría a mi familia al margen del peligro de sus maquinaciones.

Abandoné de nuevo mi país natal a finales de septiembre. El viaje había venido de mi propia iniciativa, y Elizabeth dio, pues, su consentimiento, pero la embargaba la inquietud ante la idea de que yo soportara, lejos de ella, las invasiones de la desdicha y del dolor. Era ella quien se había ocupado de proporcionarme un compañero en la persona de Clerval, y sin embargo los hombres están ciegos ante miles de detalles que no escapan a la diligente atención de una mujer. Aunque ansiaba rogarme que apresurara mi regreso, mil emociones opuestas le hicieron enmudecer mientras agitaba la mano en una silenciosa despedida llena de lágrimas.

Me derrumbé en el carruaje que iba a llevarme lejos, sin saber apenas adónde me dirigía, y sin cuidarme de por donde iba pasando. Sólo recuerdo, y pensé en ello con amarga angustia, que di órdenes de que mis instrumentos químicos fueran empaquetados para que viajasen conmigo. Lleno de siniestros pensamientos, pasé por muchos paisajes bellos y majestuosos, pero mi mirada era fija y absorta. Sólo podía pensar en la meta de mi viaje, y en el trabajo que iba a ser mi ocupación mientras éste durara.

Después de algunos días que discurrieron en apática indolencia, durante los cuales recorrí muchas leguas, llegué a Estrasburgo, donde esperé a Clerval dos días. Llegó. ¡Ay!, ¡cuán grande era el contraste entre nosotros! Él respondía con viveza a cada paisaje nuevo, era feliz cuando veía la belleza de la puesta de sol, y aún más feliz cuando contemplaba el amanecer y el comienzo de un nuevo día. Me señalaba los cambiantes colores del paisaje y el aspecto del cielo. «¡Esto sí que es vivir! –exclamaba–, ¡ahora disfruto de la existencia! Pero tú, mi querido Frankenstein, ¿por qué estás tan deprimido y pesaroso?» Ciertamente me ocupaban sombríos pensamientos, y ni veía descender la estrella de la tarde ni reflejarse el sol naciente en el Rin. Y usted, amigo mío, se distraería mucho más con el diario de Clerval, que observaba el paisaje con ojos sensibles y admirados, que escuchando mis reflexiones, las de un miserable desdichado perseguido por una maldición que ha sellado para él todo acceso a gozo alguno.

Habíamos acordado bajar por el Rin en barco desde Estrasburgo hasta Rotterdam, donde podríamos embarcarnos hacia Londres. Durante este viaje pasamos muchas islas cubiertas de sauces, y

vimos varias hermosas ciudades. Nos quedamos un día en Manheim, y, al quinto de nuestra salida de Estrasburgo, llegamos a Maguncia. El curso del Rin se hace, a partir de Maguncia, mucho más pintoresco. El río desciende con rapidez, y serpentea entre colinas, no altas pero sí escarpadas y con formas bellísimas. Vimos varios castillos en ruinas que se levantaban al borde de precipicios, rodeados por oscuros bosques, altos e inaccesibles. Esta parte del Rin ofrece, ciertamente, unos paisajes singularmente variados. En un lugar se ven colinas abruptas, castillos derruidos que se asoman a terribles precipicios bajo los que se precipita el oscuro Rin; y, súbitamente, al dar la vuelta a un promontorio, la escena es ocupada por viñedos florecientes que descienden por las verdes laderas, por un río que discurre en meandros y por ciudades populosas.

Viajábamos en tiempo de vendimia, y oíamos las canciones de los trabajadores mientras nos deslizábamos corriente abajo. Incluso a mí, deprimido como estaba y agitado mi espíritu continuamente por sombríos pensamientos, esto me producía placer. Yacía tumbado en el fondo de la embarcación y, cuando observaba el azul del cielo sin nubes, me parecía beber a sorbos de una tranquilidad que me había sido desde hacía largo tiempo ajena. Y, si ésas eran mis sensaciones, ¿quién podría describir las de Henry? Él se sentía como si lo hubieran transportado al Reino de las Hadas, y disfrutaba de una felicidad cuyo sabor raramente es dado a probar al ser humano. «He visto –decía– los paisajes más maravillosos de mi propio país; he visitado los lagos de Lucerna y de Uri, donde las montañas nevadas descienden de forma casi perpendicular hasta el agua, proyectando sombras oscuras e impenetrables que causarían una impresión sombría y tétrica si no fuera por el verdor de las islas, que animan la vista con su alegre aspecto. He visto ese lago agitado por una tempestad, cuando el viento formaba remolinos en el agua y daba idea de cómo debe de ser la tromba en el gran océano; he visto las olas estrellarse con furia al pie de la montaña, donde el sacerdote y su amante fueron arrollados por una avalancha, y donde se dice que todavía se oyen sus voces moribundas en las pausas del viento nocturno. He visto las montañas de La Valais, y las de Pays de Vaud; pero, Víctor, este país me gusta mucho más que todas aquellas maravillas. Las montañas de Suiza son más majestuosas y extrañas; pero hay en las riberas de este río divino un encanto como nunca he visto antes nada igual. Mira aquel castillo que pende sobre

el precipicio; y ése en la isla, casi oculto entre el follaje de aquellos hermosos árboles; y ahora a ese grupo de trabajadores que vienen caminando entre sus viñedos, y ese pueblo medio escondido entre las quebradas de la montaña. Oh, seguro que el espíritu que habita y guarda este lugar tiene un alma más en armonía con la del hombre que aquéllos que se agolpan en el glaciar o que se retiran a los picos inaccesibles de las montañas de nuestro propio país.»

¡Clervall!, ¡querido amigo!; incluso ahora me complazco en repetir tus palabras, y en hacer hincapié en la alabanza que de manera tan destacada mereces. Era un ser formado en la poesía misma de la naturaleza. Su imaginación desenfundada y entusiasta se veía contenida por la sensibilidad de su corazón. Su alma desbordaba de ardientes afectos, y su amistad era de ese género devoto y admirable que los materialistas nos enseñan a buscar sólo en la imaginación. Pero ni siquiera los afectos humanos eran suficientes para satisfacer a su mente ávida. El escenario desplegado por la naturaleza, que otros ven sólo con admiración, él lo amaba con ardor:

La sonora catarata

le obsesionaba como una pasión: la roca erguida,
la montaña, y el espeso y sombrío bosque,
sus colores y sus formas eran pues para él
un deseo, un sentimiento, y un amor,
que no precisaba de un encanto más remoto,
proporcionado por el pensamiento, ni de otro atractivo
que el ofrecido por los ojos.

¿Y dónde está él ahora? ¿Se ha perdido para siempre este ser dulce y adorable? ¿Acaso su mente, tan repleta de ideas, fantasías, imaginativa y magnífica, que había construido un mundo cuya existencia dependía de la vida de su creador, acaso esa mente ha perecido? ¿Existe ahora solamente en mi memoria? No, no es así; tu forma, forjada de manera tan divina y resplandeciente de belleza, se ha descompuesto, pero tu espíritu todavía visita y consuela a tu desgraciado amigo.

Discúlpeme este arrebato de dolor; esas palabras superfluas no son sino un insignificante tributo a la valía sin igual de Henry, pero alivian mi corazón, que desborda con la angustia creada por su recuerdo. Continuaré con mi historia.

Pasada Colonia, descendimos a las llanuras de Holanda, y decidimos hacer por tierra el resto de nuestro camino; porque el viento soplaba en contra y la corriente del río era demasiado suave para ayudarnos.

Nuestro viaje perdió aquí el interés que había despertado el maravilloso paisaje, pero llegamos en pocos días a Rotterdam, de donde pasamos por mar a Inglaterra. Era una mañana clara, de finales de diciembre, cuando vi por vez primera los blancos acantilados de Bretaña. Las orillas del Támesis ofrecían un nuevo paisaje; eran llanas, pero fértiles, y casi cada ciudad estaba marcada por algún recuerdo histórico. Vimos Tilbury Fort (y nos acordamos de la armada española), Gravesend, Woolwich y Greenwich, lugares de los cuales había oído hablar incluso en mi país.

Finalmente divisamos los numerosos campanarios de Londres, el de St. Paul elevándose sobre todos ellos, y la Torre, famosa en la historia de Inglaterra.

Capítulo XIX

Londres era el lugar donde íbamos a detenernos; decidimos permanecer varios meses en esta maravillosa y célebre ciudad. Clerval deseaba tratar con los hombres de genio y de talento que por entonces florecían en ella; pero eso era para mí un asunto secundario; me ocupaba principalmente de los medios de conseguir la información necesaria para cumplir mi promesa, y recurrí prestamente a las cartas de presentación que había traído conmigo, dirigidas a los filósofos naturales más distinguidos.

Si este viaje hubiera tenido lugar durante mis días de felicidad y estudio me habría proporcionado un placer inexpressable. Pero una maldición se había abatido sobre mi existencia, y sólo visitaba a aquellas personas para hacerme con la información que podrían darme sobre el tema en el que se concentraba de forma tan terriblemente profunda mi interés. La compañía me resultaba molesta; cuando estaba solo podía ocupar mi mente con cuanto ofrecen a la vista el cielo y la tierra, la voz de Henry me calmaba, y entonces me era posible engañarme a mí mismo con una sensación de paz transitoria. Mas los alegres y afanosos rostros carentes de interés sumían de nuevo mi corazón en la desesperanza. Vi que entre mí y mis semejantes se alzaba una barrera infranqueable, esa barrera estaba sellada con la sangre de William y de Justine, y la reflexión sobre los sucesos relacionados con aquellos nombres me colmaba el alma de angustia.

Pero veía en Clerval la imagen de mi antiguo yo: era inquisitivo, y ansioso de adquirir experiencia e instrucción. La diferencia de costumbres que observaba era para él fuente inagotable de instrucción y diversión. También perseguía una meta que hacía largo tiempo se había fijado. Su proyecto era visitar la India, en la creencia de que poseía, por el conocimiento de sus diversas lenguas y por las nociones que había adquirido sobre su tipo de sociedad, los medios de aportar ayuda material al desarrollo de la colonización y del comercio europeos. Sólo en Gran Bretaña podía llevar adelante la ejecución de su plan. Siempre estaba ocupado, y el único estorbo para sus distracciones era mi apenado y abatido

estado de espíritu. Intenté ocultárselo tanto como era posible; no podía apartar de los placeres naturales a alguien que entra en una nueva etapa de su vida libre de preocupaciones o amargos recuerdos. Muchas veces me negué a acompañarlo, con el pretexto de otros compromisos, de forma que pudiese quedarme solo. Empecé también por entonces a reunir los materiales necesarios para mi nueva creación, y esto era para mí como la tortura de la gota de agua que cae continuamente sobre la cabeza. Cada vez que pensaba en ello me producía una angustia extrema, y cada palabra que decía referida a esto hacía temblar mis labios y palpar mi corazón.

Tras pasar algunos meses en Londres, recibimos carta de alguien de Escocia que había sido anteriormente visitante nuestro en Ginebra. Mencionaba las bellezas de su región natal y nos preguntaba si éstas no eran atractivo suficiente para inducirnos a prolongar nuestro viaje hacia el norte hasta Perth, donde residía. Clerval estaba ansioso por aceptar esta invitación, y yo, aunque detestaba la compañía, quería ver de nuevo montañas y arroyos, y todas las maravillosas obras con las que la Naturaleza adorna sus moradas predilectas.

Habíamos llegado a Inglaterra a principios de octubre, y ahora estábamos en febrero.** De común acuerdo, decidimos emprender nuestro viaje hacia el norte a finales del mes siguiente. En esta expedición no pretendíamos seguir la carretera principal hacia Edimburgo, sino visitar Windsor, Oxford, Matlock y los lagos de Cumberland, de manera que alcanzáramos el término de nuestro viaje hacia finales de julio. Embalé mis instrumentos de laboratorio y los materiales que había reunido, con el propósito de acabar mi tarea en algún oscuro rincón de las tierras altas del norte de Escocia.

Abandonamos Londres el 27 de marzo, y nos quedamos unos días en Windsor, vagando por su maravilloso bosque. Era, para nosotros, montañeros, un nuevo paisaje: los majestuosos robles, la abundancia de caza, y las manadas de imponentes ciervos, todo ello constituía una novedad para ambos.

De allí nos dirigimos a Oxford. Al entrar en esta ciudad nuestras mentes se vieron inundadas por la rememoración de los sucesos que allí habían ocurrido hacía más de siglo y medio. Éste era el lugar donde Carlos I reunió a sus tropas. Esta ciudad le había permanecido fiel, después de que la nación entera hubo

abandonado su causa para unirse al estandarte del parlamento y la libertad. El recuerdo de aquel desgraciado rey y de sus compañeros, el afable Falkland, el insolente Goring, la reina y su hijo, prestaba especial interés a cada rincón de la ciudad donde podía suponerse que ellos habían habitado. El espíritu de los días de antaño hallaba allí morada, y nosotros nos complacíamos siguiendo sus huellas. Si tales sentimientos no hubieran hallado una recompensa imaginaria, el aspecto de la ciudad proporcionaba belleza suficiente para lograr por sí solo nuestra admiración. Los colegios eran antiguos y pintorescos, las calles casi todas magníficas, y el delicioso Isis, que discurre junto a ella entre praderas de vegetación exquisita, se ensancha más adelante en una plácida superficie de agua que refleja su majestuoso conjunto de torres y campanarios y cúpulas, abrazados amorosamente por los viejos árboles.

Yo disfrutaba de este paisaje; y sin embargo mi deleite se veía amargado tanto por el recuerdo del pasado como por la anticipación del futuro. Me había formado para la tranquila felicidad. Durante los días de mi juventud nunca cupo en mi mente el descontento y, si alguna vez me dominaba el *ennui*, la visión de cuanto es hermoso en la naturaleza, o el estudio de cuanto es excelente y sublime en lo producido por el hombre, siempre podían interesar a mi corazón e infundir ductilidad a mi espíritu: Pero no soy sino un árbol derribado; el rayo ha penetrado hasta mi alma; y sentí entonces que sobreviviría sólo para dar muestra de lo que pronto cesaré de ser: un mísero desecho humano, objeto de compasión para los demás e intolerable para mí mismo.

Pasamos bastante tiempo en Oxford, recorriendo los alrededores y procurando identificar cada lugar que pudiera estar relacionado con la época más intensa de la historia inglesa. Nuestras salidas en pos de descubrimientos se veían con frecuencia prolongadas a causa de los sucesivos objetos que se nos presentaban. Visitamos la tumba del ilustre Hampden, y el campo de batalla en el que cayó aquel patriota. Por un momento mi alma se elevó sobre sus viles y miserables temores para contemplar las divinas ideas de libertad y abnegación, de las que aquellos lugares eran monumento y recuerdo. Durante un instante me atreví a sacudirme las cadenas y mirar a mi alrededor con un ánimo libre y elevado; pero el hierro había penetrado en mi carne, y me hundí de nuevo, tembloroso y desesperado, en mi mísero yo.

Dejamos Oxford con pesar, y nos dirigimos a Matlock, que era

nuestro siguiente destino. El campo de las inmediaciones de este pueblo se parecía, en gran manera, al paisaje de Suiza, pero cada cosa en una escala menor, y falta a las verdes colinas la corona de lejana blancura de los Alpes, que siempre se alzan tras las montañas cubiertas de pinos de mi país natal. Visitamos una cueva asombrosa, y las pequeñas vitrinas de historia natural en las que se muestran curiosidades de la misma forma que se hace en las colecciones de Servox y Chamonix. Este último nombre me hizo temblar, cuando Henry lo pronunció, y me apresuré a abandonar Matlock, que asociaba con una escena tan terrible.

Después de Derby, viajando siempre hacia el norte, pasamos dos meses en Cumberland y Westmorland. Ahora podía casi imaginar que me hallaba en las montañas de Suiza. Los retazos de nieve, que aún se extendían por las laderas septentrionales de las montañas, los lagos y el brillo de las pedregosas corrientes eran todos imágenes que me resultaban familiares y queridas. Aquí entablé también relación con algunas personas que casi me hicieron engañarme con un espejismo de felicidad. El deleite de Clerval era proporcionalmente mayor que el mío; su mente se expandía con la compañía de hombres de talento, y hallaba en su propia naturaleza aun mayores capacidades y recursos que los que él mismo hubiera podido imaginar que poseía cuando estaba en contacto con personas de inferior inteligencia. «Podría pasarme la vida aquí –me dijo–; y entre estas montañas apenas echaría de menos Suiza y el Rin.»

Pero se dio cuenta de que la vida del viajero incluye entre sus goces muchas penalidades: Siempre está en tensión; y, cuando empieza a relajarse, se halla obligado a abandonar el placentero lugar en que reposa para ir en busca de algo nuevo, que otra vez atrae su atención y que también a continuación abandona para ir en pos de frescas novedades.

Apenas habíamos visitado los diversos lagos de Cumberland y Westmorland y concebido cierto afecto por algunos de sus habitantes cuando se aproximó el tiempo de la cita con nuestro amigo escocés y los dejamos para continuar nuestro viaje. Yo, por mi parte, no lo sentía. Por entonces había descuidado mi promesa durante algún tiempo, y temía los efectos de la decepción del demonio. Podía haberse quedado en Suiza y hacer caer su venganza sobre mi familia. Esta idea me perseguía, y me atormentaba en todos aquellos momentos que, de haber sido las cosas de otra

manera, podrían haber sido de relajado reposo y paz. Esperaba las cartas con febril impaciencia; si se retrasaban, me sentía desdichado e invadido por mil temores, y, cuando llegaban y veía las primeras líneas de Elizabeth o de mi padre, apenas me atrevía a leerlas y a averiguar mi suerte. Algunas veces pensaba que el demonio me seguía, y podía sacudir mi negligencia asesinando a mi compañero. Cuando me invadían esos pensamientos, no me separaba de Henry ni un minuto, sino que le seguía como su sombra para protegerlo de la imaginada ira de su destructor. Me sentía como si hubiera cometido algún enorme crimen y la conciencia de éste me persiguiera. Era inocente, pero en verdad había atraído sobre mi cabeza una horrible maldición, tan mortífera como un crimen.

Visité Edimburgo con espíritu y mirada lánguidos; y sin embargo aquella ciudad podría haber despertado el interés del ser más desventurado. A Clerval no le gustó tanto como Oxford, porque la antigüedad de esta última ciudad le satisfacía más. Sin embargo la belleza y regularidad de la nueva villa de Edimburgo, su romántico castillo y sus alrededores, los más deliciosos del mundo, la Silla de Arturo, el Pozo de San Bernardo, y las Colinas de Pentland, le compensaron el cambio, y lo llenaron de alegría y admiración. Pero yo estaba impaciente por llegar al destino de mi viaje.

Nos fuimos de Edimburgo una semana después, pasando por Coupar, St. Andrew's y siguiendo las orillas del Tay, hasta Perth, donde nos esperaba nuestro amigo. Mas yo no estaba de humor para reírme y hablar con extraños, o para integrarme en los sentimientos o en los planes que se esperan de la buena disposición de un huésped; y, por consiguiente, le dije a Clerval que quería dar la vuelta a Escocia solo. «Pásalo bien tú –le dije–, disfruta, y fijemos una cita. Estaré fuera un mes o dos; pero no te ocupes de mis movimientos, te lo ruego; déjame tranquilo y solo durante un poco de tiempo y, cuando vuelva, espero que lo haré con mejor ánimo, más afín con tu propio temperamento.»

Henry quiso disuadirme, pero, al verme decidido en este plan, cesó de protestar. Propuso escribirme con frecuencia. «Me hubiese gustado más estar contigo –dijo– en tus solitarias excursiones que con esta gente de Escocia, a quien no conozco; vuelve pronto, querido amigo, para que pueda yo sentirme un poco como en casa, lo que no me será posible durante tu ausencia.»

Una vez me hube separado de mi amigo, decidí visitar cierto lugar remoto de Escocia, y acabar mi trabajo en soledad. No dudaba de

que el monstruo me seguía, y de que aparecería ante mí, para hacerse cargo de su compañera, cuando hubiera acabado.

Con esta resolución atravesé las tierras altas del norte, y seleccioné una de las más remotas islas Órcadas como escenario de mi tarea. Era el lugar apropiado para tal obra, por ser apenas algo más que una roca, cuyos altos acantilados eran continuamente azotados por las olas. La tierra era árida, y proporcionaba apenas pasto suficiente para algunas miserables vacas y harina de avena para sus habitantes, que eran cinco personas, cuyos flacos y escuálidos miembros denunciaban su miserable suerte. Las verduras y el pan, cuando podían permitirse tales lujos, e incluso el agua potable, había que traerlos del continente, que se hallaba a una distancia de cinco millas.

En toda la isla no había sino tres míseras chozas, y una de ellas estaba vacía cuando llegué. La alquilé. No tenía sino dos habitaciones, y éstas reflejaban toda la sordidez de la penuria más miserable. El techo de paja se había hundido, las paredes carecían de enlucido y la puerta estaba arrancada de sus goznes. Mandé que la repararan, compré algunos muebles y tomé posesión; era un acontecimiento que, sin duda, hubiese debido ocasionar alguna sorpresa de no haber estado todos los sentidos de los habitantes entumecidos por la necesidad y por la degradación de la pobreza. De hecho, yo vivía sin ser observado ni molestado, apenas se me dieron las gracias por los pocos alimentos y ropas que les di; de tal manera el sufrimiento embota incluso las más rudas sensaciones de los hombres.

En este retiro dedicaba la mañana al trabajo; pero por la tarde, cuando el tiempo lo permitía, paseaba por la pedregosa playa para escuchar las olas que rugían y que se estrellaban a mis pies. Era un paisaje monótono pero siempre cambiante. Me acordaba de Suiza; era muy distinta de este paisaje desolado y deprimente. Sus colinas están cubiertas de viñas y sus granjas abundantemente esparcidas por las llanuras. Los hermosos lagos reflejan el cielo azul y suave; y cuando los turba el viento, su tumulto, en comparación con los bramidos del gigantesco océano, es como los juegos de un niño inquieto.

Distribuí mis ocupaciones de esta manera al comienzo de mi llegada; pero, según fui avanzando en mi tarea, ésta se me hizo cada día más horrenda y aborrecible. Algunas veces no era capaz de entrar en mi laboratorio durante varios días; y otras trabajaba día y

noche para completar mi obra. Estaba, en verdad, sumido en una inmundia empresa. Durante mi primer experimento, una especie de frenesí entusiasta me había vuelto ciego al horror de aquello en lo que trabajaba; mi mente estaba concentrada con fijeza en consumir mi obra, y mis ojos cegados al espanto de mis procedimientos. Pero ahora lo hacía a sangre fría, y con frecuencia mi corazón sentía náuseas ante la obra de mis manos.

En tal situación, dedicado a la ocupación más detestable, inmerso en una soledad donde nada podía desviar ni por un instante mi atención del escenario al que me dedicaba, mi ánimo se volvió mudable; me fui haciendo inquieto y nervioso. Temía en todo momento encontrarme con mi perseguidor. Algunas veces me sentaba con los ojos fijos en el suelo, temiendo alzarlos por si me tropezaba con el objeto que tanto temía contemplar. Me daba miedo alejarme en mis paseos de la vista de mis semejantes, por si cuando estuviera solo él se acercase para reclamarme a su compañera.

A todo esto continuaba trabajando, y mi tarea había avanzado de forma considerable. Ya anticipaba su finalización con una esperanza trémula y ansiosa, cuyo fundamento no me atrevía a cuestionarme, pero que se mezclaba con oscuros presentimientos de mal que hacían que el corazón se me encogiera en el pecho.

Capítulo XX

Una tarde estaba sentado en mi laboratorio; se había puesto el sol, y la luna comenzaba a surgir del mar; no tenía luz suficiente para mis ocupaciones, y me quedé sin hacer nada, en una pausa en la que consideraba si daría por terminada mi tarea por aquella noche o aceleraría su final dedicándome a ella sin descanso. Mientras estaba allí sentado, vinieron a mi mente una serie de reflexiones que me llevaron a considerar los efectos de lo que entonces estaba haciendo. Tres años antes me había embarcado en una empresa similar, y creé un demonio cuya barbarie sin precedentes había destrozado mi corazón y lo había colmado para siempre del más amargo de los remordimientos. Ahora estaba a punto de formar otro ser cuyas inclinaciones desconocía igualmente; ella podía ser diez mil veces más maligna que su compañero, y complacerse, para su propia satisfacción, en el asesinato y la desgracia. Él había jurado alejarse de la proximidad de los hombres, y esconderse en lugares desiertos; pero ella no había jurado nada; y aquélla que, según todas las probabilidades, iba a ser un animal dotado de mente y razonamiento, podía negarse a aceptar el pacto hecho antes de su creación. Incluso ambos monstruos podían odiarse el uno al otro, la criatura que ya vivía odiaba su propia deformidad, y ¿no le inspiraría ésta aún más repugnancia cuando la viera ante sus ojos en forma de hembra? Ella podría también rechazarlo con desdén y preferir la belleza superior del hombre; podría dejarlo, y él estaría solo de nuevo, exasperado por la provocación reciente de verse abandonado por una de su propia especie.

Incluso si se iban de Europa, y habitaban en las zonas despobladas del Nuevo Mundo, entonces uno de los primeros resultados de los afectos de los que estaba sediento el demonio sería los hijos, y se propagaría sobre la Tierra una raza de demonios, que podrían hacer de la existencia misma del hombre una situación precaria y llena de terror. ¿Me asistía el derecho, en pro de mi propio beneficio, de afligir con esta maldición a incontables generaciones? Anteriormente me habían conmovido los sofismas del ser que había creado, me habían aturdido sus diabólicas amenazas; pero ahora,

por primera vez, la perversidad de mi promesa se me hizo patente. Tuve escalofríos al pensar que las edades futuras podrían maldecir como a una plaga a mi egoísmo, el de alguien que no había dudado en comprar su propia paz al precio, quizá, de la existencia de todo el género humano.

Temblé, y me abandonaron las fuerzas; entonces, al levantar la vista, vi a la luz de la luna, en el marco de la ventana, al demonio. Sus labios se curvaban en una horrible mueca mientras me observaba en el lugar donde yo estaba sentado cumpliendo la tarea que él me había asignado. Sí, me había seguido durante mis viajes, había rondado por bosques, se había escondido en cuevas, o refugiado en los vastos y desiertos brezales; y ahora venía para comprobar mis progresos y exigir el cumplimiento de mi promesa.

Cuando lo miré, su rostro expresaba el mayor grado posible de malicia y traición. Pensé, con una sensación de locura, en mi promesa de crear a otro ser como él, y, temblando de cólera, desgarré en mil pedazos la cosa en la que estaba trabajando. El engendro me vio destruir la criatura de cuya futura existencia dependía su felicidad, y, con un aullido de diabólica desesperación y venganza, se fue.

Salí de la habitación, y, tras echar el cerrojo a la puerta, hice voto solemne en mi interior de no recomenzar jamás mi tarea, y entonces, con paso tembloroso, me metí en mi cuarto. Estaba solo; no había nadie cerca para disipar mi tristeza y aliviarme de la repugnante opresión de las más terribles evocaciones.

Pasaron varias horas, y me quedé cerca de la ventana mirando al mar; éste estaba casi inmóvil porque los vientos habían amainado y la naturaleza toda descansaba bajo la mirada de la tranquila luna. Sólo unas pocas barcas de pesca punteaban el agua, y de vez en cuando una brisa suave me traía a ráfagas el sonido de las voces, cuando los pescadores se llamaban unos a otros. Escuché el silencio, aunque apenas era consciente de su extrema profundidad, hasta que atrajo súbitamente mi oído el golpeteo de remos cerca de la orilla, y una persona desembarcó cerca de mi casa.

Pocos minutos después oí chirriar la puerta, como si alguien tratara de abrirla despacio. Temblé de pies a cabeza; sentí el presentimiento de quién era, y quise despertar a uno de los campesinos que vivía en una choza no lejos de la mía; pero me abrumaba esa sensación de impotencia que se experimenta tantas veces en las pesadillas, cuando se intenta en vano huir de un peligro

inminente, y me parecía haber echado raíces en el suelo.

Entonces oí ruido de pasos en la entrada; se abrió la puerta, y el engendro que temía apareció. Tras cerrar la puerta, se aproximó a mí, y dijo, con voz ahogada:

«Has destruido la obra que empezaste, ¿qué pretendes? ¿Te atreves a romper tu promesa? He soportado penalidades y miserias: me fui de Suiza contigo; me deslicé a lo largo de las orillas del Rin, entre sus islas cubiertas de sauces, y por las cimas de sus colinas. He morado muchos meses en los brezales de Inglaterra, y en los desiertos parajes de Escocia. He soportado fatigas incalculables, y el frío, y el hambre; ¿te atreves a destruir mis esperanzas?»

«¡Fuera! Sí; rompo mi promesa; nunca crearé otro ser como tú, igual en deformidad y crueldad.»

«Esclavo, anteriormente razoné contigo, pero has demostrado que no merecías mi condescendencia. Recuerda que tengo fuerza; te crees desgraciado, pero yo puedo hacerte tan infeliz que te resulte odiosa la luz del día. Tú eres mi creador, pero yo soy tu amo; ¡obedece!»

«La hora de mi indecisión ha pasado, y con ella la de tu poder. Tus amenazas no pueden impulsarme a cometer un acto perverso, sino que ellas me confirman en mi determinación de no crear para ti una compañera de vicios. ¿Debería yo, a sangre fría, dejar libre por el mundo a un demonio que se deleita en la muerte y la desgracia? ¡Vete! Estoy decidido, y tus palabras no servirán sino para exasperar mi ira.»

El monstruo vio la determinación en mi rostro y rechinó los dientes con la impotencia de la rabia. «¿Encontrará todo hombre – gritó– una mujer a quien estrechar, y tendrá cada bestia su pareja y estaré yo solo? Tuve sentimientos de afecto, y se vieron recompensados con el aborrecimiento y el desprecio. ¡Hombre!, puedes odiar; ¡pero ten cuidado! Tus horas discurrirán en el temor y la miseria, y pronto se abatirá sobre ti el golpe que habrá de arrebatarte la felicidad para siempre. ¿Serás tú feliz mientras yo me arrastro en la inmensidad de mi infortunio? Puedes destruir mis otras pasiones; pero queda la venganza..., ¡la venganza, que me será a partir de ahora más cara que la luz o la comida! Puedo morir; pero primero tú, mi tirano y torturador, maldecirás el sol que contempla tu miseria. Cuidado; porque yo a nada temo, y así pues soy poderoso. Acecharé con la astucia de la serpiente para clavarte su veneno. Hombre, te arrepentirás del daño que me has hecho.»

«Demonio, calla, y no envenenes el aire con esos sonidos de maldad. Te he declarado mi resolución, y no soy un cobarde al que se someta con palabras. Déjame, soy inexorable.»

«Está bien. Me voy; pero recuerda: estaré contigo en tu noche de bodas.»

Avancé de un salto, y exclamé: «¡Malvado!, antes de que firmes mi sentencia de muerte, asegúrate de que tú mismo estás a salvo».

Lo hubiera atrapado; pero me esquivó, y se alejó de la casa precipitadamente. Momentos después lo vi en su bote, que se deslizaba veloz sobre las aguas con la rapidez de una flecha, y se perdió pronto entre las olas.

Todo estaba silencioso de nuevo; pero sus palabras resonaban en mis oídos. Yo ardía en el rabioso deseo de perseguir al asesino de mi paz, y precipitarlo en el océano. Paseé de un lado a otro de la habitación, impaciente y preocupado, mientras mi imaginación hacía surgir miles de imágenes que me torturaban y traspasaban con sus dardos. ¿Por qué no lo había seguido y me había enzarzado con él en una lucha mortal? Mas permití que se fuera, y él se dirigía hacia el continente. Me estremecí al pensar en quién podría ser la siguiente víctima sacrificada a su insaciable venganza. Y entonces recordé sus palabras: «Estaré contigo en tu noche de bodas». Ése era pues el período fijado para que se cumpliera mi destino. A esa hora yo debería morir, y satisfacer y extinguir al tiempo su maldad. La perspectiva no me atemorizaba; sin embargo, cuando pensé en mi querida Elizabeth, en sus lágrimas e inextinguible dolor cuando hallara a su amado arrancado tan bárbaramente de su lado, entonces las lágrimas, las primeras que había vertido desde hacía muchos meses, brotaron de mis ojos, y decidí no caer ante mi enemigo sin luchar primero encarnizadamente.

Terminó la noche, y el sol se elevó desde el océano; comencé a calmarme, si tal cosa puede ser llamada calma, cuando la violencia de la rabia se hunde en las profundidades de la desesperación. Abandoné la casa, la escena horrenda de la contienda de la noche anterior, y caminé por la orilla del mar, que me parecía casi una barrera infranqueable entre yo y mis semejantes; y aun un deseo de que esto fuese realidad se deslizó en mí. Me atrajo la idea de poder pasar mi vida en aquella roca desnuda, abatido, es verdad, pero sin ser turbado por ningún desgraciado sobresalto. Si regresaba, lo que me aguardaba era ser sacrificado, o ver a aquéllos a los que más amaba morir a manos de un demonio que yo mismo había creado.

Anduve por la isla como un espectro privado de descanso, separado de todo lo que amaba, y desdichado a causa de la separación. Al mediodía, cuando el sol estaba en lo más alto, me tumbé en la hierba y me venció un sueño profundo. No había dormido durante toda la noche anterior, tenía los nervios alterados y los ojos enrojecidos a fuerza de vigilia y desdicha. El sueño en el que entonces me hundí reparó mis fuerzas, y, cuando desperté, me sentí de nuevo como si perteneciera a la raza de los seres humanos, y comencé a reflexionar sobre lo ocurrido con mayor tranquilidad; sin embargo todavía resonaban en mis oídos como un toque de difuntos las palabras del diablo, se me representaban como en un sueño, pero tan claras y agobiantes como algo real.

El sol se encontraba ya muy bajo, y yo yacía aún en la orilla, satisfaciendo mi apetito, que se había vuelto devorador, con una torta de avena, cuando vi que un barco de pesca atracaba cerca de mí, y que uno de los hombres me traía un paquete; contenía cartas de Ginebra, y una de Clerval, suplicándome que me reuniese con él. Decía que donde se encontraba estaba perdiendo inútilmente el tiempo; que las cartas de los amigos que se había hecho en Londres expresaban deseos de que él volviera para completar las negociaciones que habían emprendido para su proyecto en la India. Ya no le era factible retrasar más su partida, pero, como su viaje a Londres podía verse seguido, mucho antes quizás de lo que él ahora suponía, por el otro viaje mucho más largo, me suplicaba que le concediera toda la compañía que para él pudiese reservar. Me rogaba, por lo tanto, que dejara mi solitaria isla y que me reuniese con él en Perth, de forma que ambos pudiéramos juntos dirigirnos hacia el sur. Esta carta me devolvió, de cierta forma, a la vida, y decidí abandonar la isla dos días después.

Sin embargo, antes de marcharme, había una labor que debía llevar a cabo ante la cual me estremecía con sólo pensarlo: había de embalar mis instrumentos de química, y para ello tenía que entrar en la estancia que había sido escenario de mi odiosa tarea, y coger aquellos utensilios cuya mera visión me producía náuseas. El día siguiente, al rayar el día, reuní el coraje suficiente y abrí la puerta de mi laboratorio. Los restos de la criatura medio acabada que había destruido yacían dispersos por el suelo, y me sentí casi como si hubiera destrozado la carne viva de un ser humano. Me detuve para recuperarme, y a continuación entré en la habitación. Saqué con manos temblorosas los instrumentos fuera de la habitación;

pero pensé que no debía dejar restos de mi trabajo que excitaran el horror y las sospechas de los campesinos, y, por lo tanto, los puse en un cesto junto con gran cantidad de piedras y, tras dejarlos a un lado, decidí arrojarlos al mar aquella misma noche, y entretanto me quedé en la playa, dedicado a limpiar y poner en orden mis instrumentos químicos.

Nada podría ser más completo que el cambio que había tenido lugar en mis sentimientos desde la noche de la aparición del demonio. Anteriormente había considerado mi promesa con honda desesperación, como algo que, fueran cuales fuesen sus consecuencias, debía ser llevado a cabo; pero ahora me sentía como si se me hubiera quitado un velo de los ojos y, por vez primera, viese con claridad. La idea de reanudar mi tarea no se me ocurrió ni por un momento; la amenaza que había escuchado gravitaba sobre mis pensamientos, pero no creía que un acto voluntario mío pudiese evitarla. Por mi parte había decidido que crear otro ser semejante al demonio que primero había hecho hubiera sido un acto del más bajo y atroz egoísmo; y desterré de mi mente cualquier pensamiento que pudiese conducir a una conclusión distinta.

Entre las dos y las tres de la madrugada salió la luna, y entonces, tras haber puesto mi cesto dentro de un pequeño bote, me adentré en el mar hasta unas cuatro millas de la orilla. El lugar estaba completamente solitario: unos pocos botes iban de regreso hacia tierra, pero navegué alejándome de ellos. Sentía como si estuviera a punto de cometer un horrible crimen, y evitaba, con una ansiedad que me hacía estremecer, cualquier encuentro con mis semejantes. En cierto momento la luna, que antes había estado clara, se ocultó repentinamente tras una espesa nube, y aproveché el momento de oscuridad y lancé mi cesto al mar; escuché el gorgoteo según se hundía, y luego navegué alejándome de aquel punto. El cielo se nubló de repente, pero el aire era puro, aunque bastante frío a causa de la brisa del nordeste que se estaba entonces levantando; pero me refrescó, y me llenó de tan agradables sensaciones que resolví prolongar mi estancia en las aguas y, tras fijar el timón en posición recta, me tumbé en el fondo de la barca. Las nubes ocultaban la luna, todo estaba oscuro, y sólo oía el sonido de la barca al cortar las olas con su quilla; el murmullo me acunó, y me dormí profundamente durante algún tiempo.

Desconozco cuánto tiempo permanecí en tal situación, pero cuando desperté me hallé con que el sol estaba ya bastante alto. El

viento era fuerte, y las olas amenazaban continuamente la seguridad de mi pequeño bote. Advertí que el viento era nordeste, que debía de haberme llevado lejos de la costa donde me embarqué. Procuré cambiar de rumbo, pero pronto me di cuenta de que, si lo intentaba de nuevo, la barca se llenaría al instante de agua. En tal situación, mi única posibilidad era navegar con el viento de popa. Confieso que sentí algo de pánico. No tenía brújula, y me era tan escasamente familiar la geografía de esa parte del mundo que el sol no me servía de gran cosa. Podía ser llevado mar adentro en el ancho Atlántico, y sentir todas las torturas del hambre, o ser engullido por la inmensidad de las aguas que rugían y entrechocaban a mi alrededor. Ya llevaba fuera muchas horas, y sentía la tortura de una sed abrasadora, preludio de mis otros sufrimientos. Miré hacia los cielos, que estaban cubiertos por nubes que empujaba el viento sólo para reemplazarlas por otras; miré al mar, iba a ser mi tumba. «¡Demonio –exclamé–, tu tarea está casi acabada!» Pensé en Elizabeth, en mi padre y en Clerval, todos aquéllos a los que dejaba tras de mí, en los que el monstruo podría satisfacer sus sanguinarias y despiadadas pasiones. Esta idea me sumió en un delirio tan desesperado y aterrador que incluso ahora, cuando está a punto de caer para siempre el telón sobre la escena de mi vida, tiemblo al recordarlo.

Así discurrieron algunas horas; pero poco a poco, a medida que sol descendía hacia el horizonte, el viento se tornó una suave brisa, y desaparecieron las encrespadas olas. Pero fueron sustituidas por las ondas de un fuerte mar de fondo. Me sentía mareado, y apenas capaz de sujetar el timón cuando, de repente, vi en dirección sur una larga línea de tierras altas.

Agotado casi, como estaba, por la fatiga y por la terrible inquietud que durante varias horas había soportado, esta repentina certeza de vida se precipitó como una corriente de cálido gozo en mi corazón, y las lágrimas manaron de mis ojos.

¡Qué mudables son nuestros sentimientos, y cuán extraño el amoroso apego que tenemos a la vida incluso en la más extrema desdicha! Hice otra vela con parte de mis ropas, y rápidamente puse el timón rumbo a tierra. Ésta tenía un aspecto salvaje y rocoso; pero, según me fui aproximando, observé claras huellas de cultivos, vi naves cerca de la orilla, y me encontré súbitamente devuelto a la vecindad de los hombres civilizados. Examiné cuidadosamente las ondulaciones del terreno, y saludé a un campanario que finalmente

vi asomar por detrás de un pequeño promontorio. Como me encontraba extremadamente débil, resolví navegar directamente hacia la ciudad, por ser ésta un lugar donde podría con mayor facilidad procurarme alimento. Afortunadamente tenía dinero conmigo. Al doblar el promontorio, contemplé ante mí un pueblo pequeño y limpio y un buen puerto, donde entré con el corazón palpitante de alegría por mi inesperada salvación.

Cuando estaba ocupado amarrando el bote y plegando las velas, varias personas se fueron agrupando a mi alrededor. Parecían muy sorprendidas por mi aspecto; pero, en lugar de ofrecerme ayuda, cuchicheaban entre sí con gestos que en otro momento me habrían producido cierta sensación de alarma. Por entonces, simplemente observé que hablaban en inglés; y, así pues, me dirigí a ellos en esa lengua: «Amigos míos –dije–, ¿tendrían la amabilidad de decirme el nombre de este pueblo y de informarme de dónde me encuentro?».

«Lo va usted a saber bien pronto –respondió un hombre de voz ruda–. A lo mejor ha llegado usted a un sitio que no va a encontrar nada de su gusto; pero yo le aseguro que no le pedirán su opinión sobre dónde alojarse.»

Me sorprendió enormemente recibir una respuesta tan brusca de un extraño; y también me desconcerté al advertir los ceños y los enojados rostros de sus compañeros. «¿Por qué me contesta usted con tanta brusquedad? –respondí–; ciertamente no es costumbre de los ingleses recibir a los forasteros de manera tan poco hospitalaria.»

«No sé –dijo el hombre– cuál puede ser la costumbre de los ingleses; pero es costumbre de los irlandeses odiar a los villanos.»

Mientras proseguía este extraño diálogo, advertí que la multitud aumentaba rápidamente. Sus rostros expresaban una mezcla de curiosidad y de cólera que me molestó, y me alarmó en cierta medida. Pregunté por el camino a la posada, pero no me respondió nadie. Entonces avancé, y de la multitud surgió un murmullo al tiempo que me seguían y rodeaban. Entonces un hombre mal encarado se aproximó, me dio una palmada en el hombro y dijo: «Venga, señor; tiene que seguirme a donde está el señor Kirwin, para informarle sobre usted».

«¿Quién es el señor Kirwin? ¿Por qué tengo que dar un informe sobre mí? ¿No estamos en un país libre?»

«Claro, señor, libre para la gente honrada. El señor Kirwin es magistrado, y usted le dará cuenta de la muerte de un caballero que

ha sido encontrado asesinado aquí la noche pasada.»

Esta respuesta me sobrecogió; pero luego me recobré. Era inocente; eso podía probarse con facilidad; por lo tanto seguí en silencio a mi guía, y fui conducido a una de las mejores casas del pueblo. Estaba a punto de derrumbarme de cansancio y de hambre, pero, puesto que me rodeaba una multitud, juzgué más conveniente hacer acopio de mis últimas fuerzas, de forma que ninguna muestra de debilidad física pudiera ser interpretada como aprensión o conciencia de culpabilidad. Poco me esperaba yo por entonces la calamidad que iba en breves momentos a desplomarse sobre mí y a extinguir en el horror y en la desesperación todos mis temores a la ignominia o a la muerte.

Debo detenerme aquí; porque requiere toda mi fortaleza evocar el recuerdo de los terribles sucesos que estoy a punto de relatar, con el debido detalle, según se presentan en mi memoria.

Capítulo XXI

Pronto me introdujeron en presencia del magistrado, un bondadoso anciano de modales tranquilos y suaves. Me observó, sin embargo, con cierta severidad; y entonces, volviéndose hacia mis guías, me preguntó quién se presentaba como testigo en esta ocasión.

Una media docena de hombres se adelantó y, cuando el magistrado hubo escogido a uno, éste presentó declaración: Que había estado fuera pescando la noche anterior, con su hijo y su cuñado, Daniel Nugent, cuando, hacia las diez, advirtieron que se estaban levantando fuertes ráfagas de viento del norte, y, en consecuencia, pusieron rumbo a puerto. La noche era muy oscura, ya que todavía no había salido la luna; no desembarcaron en el puerto, sino, como era costumbre, en la rada unas dos millas más abajo. Él caminó al principio llevando parte de los aparejos de pesca, y sus compañeros le siguieron a cierta distancia. Cuando avanzaba por la playa, tropezó con algo, y cayó al suelo cuan largo era. Sus compañeros llegaron para ayudarlo y, a la luz de sus linternas, se dieron cuenta de que había caído sobre el cuerpo de un hombre, que tenía todo el aspecto de estar muerto. Su primera suposición fue que era el cadáver de alguien que se había ahogado y las olas lo habían arrojado a la orilla, pero, al examinarlo, advirtieron que sus ropas no estaban mojadas, e incluso que el cuerpo no estaba todavía frío. Lo llevaron al punto a la choza de una anciana, cerca de aquel lugar, e intentaron vanamente reanimarlo. Parecía ser un hombre joven, bien parecido, de unos veinticinco años de edad. Aparentemente había sido estrangulado, porque no había signo alguno de violencia, excepto las negras marcas de los dedos en su cuello.

La primera parte de su deposición no me interesó en absoluto, pero cuando se mencionó la marca de los dedos, recordé el asesinato de mi hermano, y me sentí extremadamente agitado; temblé de arriba abajo y se me nublaron los ojos, lo que me obligó a apoyarme en una silla. El magistrado me observaba con aguda mirada, y por supuesto se forjó presuposiciones desfavorables en función de mi actitud.

El hijo confirmó el relato de su padre, pero cuando se llamó a Daniel Nugent, éste juró con firmeza que, justo antes de que su compañero se cayera, él había visto un bote, con sólo un hombre en él, a corta distancia de la orilla; y, hasta donde podía él juzgar a la luz de las escasas estrellas, era justamente el mismo bote en que yo había desembarcado.

Una mujer prestó declaración: que vivía cerca de la playa, y estaba en pie a la puerta de su casa, esperando el regreso de los pescadores, que como una hora antes se había enterado del descubrimiento del cuerpo, cuando vio el bote, con sólo un hombre en él, alejarse de aquella parte de la orilla donde después se había hallado el cadáver.

Otra mujer confirmó el relato de los pescadores que habían llevado el cuerpo a su casa: no estaba frío. Lo pusieron en una cama, y lo frotaron; y Daniel fue al pueblo en busca del boticario, pero ya la vida había huido de él.

Se interrogó a varios otros hombres sobre mi desembarco; y coincidieron en que, con el fuerte viento del norte que se había levantado durante la noche, era muy probable que yo hubiera sido zarandeado durante muchas horas, y me hubiese visto obligado a volver casi al mismo punto del que había partido. Además, hicieron notar que parecía que yo había traído el cadáver desde otro lugar, y era presumible que, puesto que yo no parecía conocer la costa, hubiera entrado en el puerto ignorando la distancia que había del pueblo de... al lugar donde había depositado el cadáver.

El señor Kirwin, al oír estas declaraciones, quiso que me condujeran a la estancia donde yacía el cuerpo en espera del entierro de forma que se observara el efecto que en mí producía su vista. La idea probablemente se la sugirió la extrema agitación de que yo había dado muestras cuando se describió la forma cómo había sido cometido el crimen. Fui conducido, pues, por el magistrado y por otras personas a la posada. No podía impedir que me llamaran la atención las extrañas coincidencias que habían tenido lugar durante esta azarosa noche, pero, consciente de que yo había estado conversando con varias personas en la isla donde habitaba aproximadamente a la hora que se había hallado el cuerpo, estaba perfectamente tranquilo respecto a las consecuencias del asunto.

Entré en la habitación donde yacía el cadáver, y fui conducido junto al ataúd. ¿Cómo puedo describir mis sensaciones al

contemplantarlo? Aún me siento transido de horror, y me es imposible recordar aquel terrible momento sin escalofríos ni angustia. El examen, la presencia del magistrado y los testigos, pasaron como un sueño por mi memoria cuando vi la imagen sin vida de Henry Clerval extendida ante mí. Me faltó la respiración, y, arrojándome sobre el cuerpo, exclamé: «¿También a ti, mi queridísimo Henry, te han privado mis criminales maquinaciones de la vida? Ya he destruido a dos, otras víctimas esperan su destino; pero tú, Clerval, mi amigo, mi benefactor...».

El cuerpo de un ser humano no podía soportar más las agonías que yo sufrí, y me llevaron fuera de la habitación presa de fuertes convulsiones.

Signió a esto la fiebre. Yací dos meses al borde de la muerte; mis delirios, según supe después, eran horribles: me llamaba a mí mismo el asesino de William, de Justine y de Clerval. Algunas veces pretendía que los que me cuidaban me ayudasen a destruir al demonio que me atormentaba, y otras sentía los dedos del monstruo que me apretaban la garganta, y daba fuertes gritos de terror y de angustia. Afortunadamente, puesto que hablaba en mi lengua nativa, sólo el señor Kirwin me comprendió; pero mis gestos y amargas crisis fueron suficientes para aterrorizar a los otros testigos.

¿Por qué no morí? Más desgraciado que hombre alguno lo ha sido jamás antes de mí, ¿por qué no me hundí en el descanso y el olvido? La muerte arrebató a muchos niños lozanos, única esperanza de sus atentos padres; ¡cuántas novias y jóvenes amantes han estado un día en la flor de la salud y de la esperanza y el siguiente han sido presa de los gusanos y de la corrupción de la tumba! ¿De qué materiales estaba yo hecho que podía resistir tales golpes, que, al girar la rueda, renovaban de continuo la tortura?

Pero estaba condenado a vivir; y, al cabo de dos meses, me encontré como quien despierta de un sueño, en una prisión, extendido en una mala cama, rodeado de carceleros, guardianes, cerrojos, y todo el siniestro acompañamiento de una mazmorra. Recuerdo que fue por la mañana cuando entonces recobré el conocimiento. Había olvidado los detalles de lo sucedido, y sólo sentía como si una gran desgracia se hubiese abatido repentinamente sobre mí, pero, cuando miré a mi alrededor y vi las ventanas enrejadas y la sordidez de la habitación en la que me encontraba, todo atravesó mi memoria como un relámpago, y gemí

amargamente.

Este sonido despertó a una vieja que estaba durmiendo en una silla junto a mí. Era una enfermera contratada al efecto, la mujer de uno de los guardianes, y su rostro expresaba todas esas malas cualidades que con frecuencia caracterizan a tal clase de gentes. Los rasgos de su rostro eran duros y toscos, como los de las personas acostumbradas a ver sin compasión imágenes de desdicha. Su tono expresaba su completa indiferencia; se dirigió a mí en inglés, y reconocí en su voz aquélla que había oído durante mis padecimientos:

«¿Se encuentra usted mejor ahora, señor?», dijo.

Respondí en el mismo idioma, con voz débil: «Creo que sí; pero si todo es cierto, si es verdad que no lo he soñado, siento estar todavía vivo para sentir esta miseria y este horror».

«Respecto a ese asunto –replicó la vieja–, si se refiere al caballero que usted asesinó, creo que más le valdría a usted estar muerto, porque imagino que lo va a pasar muy mal. Pero eso no es asunto mío; me han enviado para cuidarlo, y que se ponga bien; cumplo mi deber con la conciencia limpia; mejor fuera si todo el mundo hiciese lo mismo.»

Di la espalda con repugnancia a aquella mujer que era capaz de expresarse de forma tan carente de sensibilidad con una persona que acababa de salvarse después de estar al borde mismo de la muerte; pero me sentía desfallecido, e incapaz de reflexionar sobre todo aquello que había ocurrido. Las imágenes de mi vida entera desfilaban ante mí como en un sueño; algunas veces dudaba sobre si de verdad eran todas auténticas, porque nunca se presentaban en mi mente con la fuerza de la realidad.

Según las imágenes que flotaban ante mí se hicieron más nítidas, me dio fiebre; la oscuridad se hizo más densa a mi alrededor, nadie estaba a mi vera para apaciguarme con la dulce voz del amor, ninguna mano querida me sostenía. Llegó el médico y me recetó remedios, y la vieja me los preparó; pero en aquél era evidente el completo desinterés, y en el rostro de ésta se marcaba con fuerza una expresión de brutalidad. ¿A quién podía interesarle la suerte de un asesino sino al verdugo al que serviría para ganarse el sueldo?

Ésas fueron mis primeras reflexiones; pero pronto supe que el señor Kirwin había dado muestras de una extraordinaria bondad. Hizo disposiciones para que se me preparara la mejor celda de la prisión (por mediocre que fuera, en verdad era la mejor); y fue él

quien me proporcionó un médico y una enfermera. Apenas venía a verme, es cierto; porque, aunque deseaba vivamente aliviar los sufrimientos de cualquier ser humano, no quería asistir en persona al espectáculo de la angustia y miserables delirios de un asesino. Por lo tanto vino algunas veces a cerciorarse de que no se me trataba con negligencia; pero sus visitas fueron breves y muy espaciadas.

Un día, cuando me iba recuperando gradualmente, estaba sentado en una silla, los ojos entrecerrados y las mejillas lívidas como las de un cadáver. Me abrumaban la tristeza y la desdicha, y pensaba con frecuencia que más me valía buscar la muerte que querer permanecer en un mundo para mí tan repleto de infortunios. Momento hubo en que consideré si no debería declararme culpable, y sufrir el castigo de la ley, menos inocente que la pobre Justine lo había sido. Tales eran mis pensamientos cuando se abrió la puerta de mi habitación, y entró el señor Kirwin. Su rostro expresaba simpatía y compasión; puso una silla cerca de la mía, y se dirigió a mí en francés:

«Me temo que este lugar le produce muy mala impresión; ¿puedo hacer algo para que se sienta más a gusto?»

«Muchas gracias; pero todo aquello a lo que se refiere no significa nada para mí; no hay en el mundo entero alivio alguno que yo pueda recibir.»

«Sé que la simpatía de un extraño no puede ser sino un muy insignificante consuelo para alguien que ha caído tan bajo como usted a causa de tan extraño infortunio. Pero abandonará, como espero, bastante pronto esta deprimente morada; porque, sin duda alguna, se pueden aportar fácilmente evidencias que le librarán del cargo criminal que se le imputa.»

«Ésa es la menor de mis preocupaciones; he llegado a ser, por una serie de extraños sucesos, el más mísero de los mortales. Perseguido y torturado como lo soy y lo he sido, ¿acaso puede la muerte representar para mí mal alguno?»

«Ciertamente nada puede ser más desdichado y angustioso que la extraña serie de casualidades que ha ocurrido últimamente. Fue usted arrojado, por cierto sorprendente azar, en estas costas, que gozan de reputación por su hospitalidad, ha sido detenido inmediatamente y acusado de asesinato. La primera visión que se presentó ante sus ojos fue el cuerpo de su amigo, asesinado de manera inexplicable, y colocado, como lo estaba, por algún

demonio en medio de su camino.»

Al decir esto el señor Kirwin, pese a la agitación que yo experimentaba ante esta evocación de mis sufrimientos, sentí también considerable sorpresa, visto el conocimiento que él parecía poseer respecto a mí. Supongo que en mi rostro se reflejó cierto asombro, porque el señor Kirwin se apresuró a decir:

«Nada más caer usted enfermo, me trajeron todos los papeles que llevaba encima, y los examiné para descubrir alguna pista que me permitiera enviar a sus parientes informe de su desgracia y enfermedad. Hallé varias cartas, y, entre otras, una que descubrí por el encabezamiento que era para su padre. Al punto escribí a Ginebra; han pasado casi dos meses desde que envié la carta... Pero está usted enfermo; incluso ahora está temblando; no le conviene ningún tipo de agitación.»

«Esta tensión de espera es mil veces peor que el suceso más horrible. Dígame qué nueva escena de muerte ha sido representada, y quién es la persona asesinada a la que ahora debo llorar.»

«Su familia se encuentra perfectamente –dijo el señor Kirwin, con amabilidad–, y alguien, un amigo, ha venido a visitarlo.»

No sé por qué asociación de pensamientos me vino a la mente tal idea, pero se me ocurrió de repente que el asesino se había presentado para burlarse de mi desgracia y echarme en cara la muerte de Clerval, como una nueva incitación para que me plegara a sus infernales deseos. Me tapé los ojos con la mano, y grité angustiado:

«¡Oh, llévenselo! ¡No puedo verlo!; ¡por el amor de Dios, no lo dejen entrar!»

El señor Kirwin me miraba con expresión perpleja. No podía menos de pensar que mi exclamación presuponía mi culpabilidad, y dijo, en tono bastante severo:

«Joven, yo hubiera pensado que la presencia de su padre sería bienvenida, en lugar de inspirar tan violenta repugnancia.»

«¡Mi padre! –grité, mientras cada rasgo y cada músculo se relajaba, pasando de la angustia al placer–; ¿de verdad ha venido mi padre? ¡Qué bueno, pero qué bueno es! Pero ¿dónde está?, ¿por qué no se apresura a venir a verme?»

Mi cambio de actitud sorprendió y complació al magistrado; quizá pensó que mi anterior exclamación había sido un momentáneo regreso del delirio, y mostró de nuevo pues su habitual benevolencia. Se levantó, y abandonó la habitación junto con la

enfermera, y un momento después entró mi padre.

Nada me podría haber proporcionado, en ese momento, mayor placer que la llegada de mi padre. Extendí la mano hacia él y exclamé:

«¿Estás sano y salvo?..., ¿y Elizabeth?..., ¿y Ernest?»

Mi padre me calmó con afirmaciones de que se encontraban bien, y procuró, insistiendo en esos temas que tanto interesaban a mi corazón, animar mi ánimo decaído; pero se dio pronto cuenta de que una prisión no puede ser morada de la alegría. «¿En qué sitio vives, hijo mío! –dijo, mirando tristemente las ventanas enrejadas y el sórdido aspecto de la habitación–. Viajabas en busca de felicidad, pero la fatalidad parece perseguirte. Y el pobre Clerval...»

El nombre de mi desgraciado y asesinado amigo era una conmoción demasiado fuerte para que pudiese soportarla en mi estado de debilidad; rompí en llanto.

«¡Ay, sí, padre mío! –respondí–; uno de los más horribles destinos pende sobre mí, y debo vivir para llevarlo a término, o de lo contrario hubiese ciertamente muerto sobre el ataúd de Henry.»

No se nos permitió conversar más porque el estado precario de mi salud hacía necesaria toda precaución que pudiera garantizar la tranquilidad. Entró el señor Kirwin, e insistió en que no debía agotarme con demasiados esfuerzos. Pero la aparición de mi padre fue para mí como la de mi ángel guardián, y poco a poco recobré la salud.

Cuando la enfermedad me abandonó, me hundí en una triste y negra melancolía que nada podía disipar. La imagen de Clerval estaba siempre ante mis ojos, fantasmal y víctima de su asesino. Más de una vez la agitación en que me sumían tales pensamientos hizo temer a mis amigos una peligrosa recaída. ¡Ay!, ¿por qué preservaron una vida tan mísera y detestada? Se trataba en verdad de que yo debía cumplir mi destino, que ahora se acerca a su consumación. Pronto, ¡oh!, muy pronto, la muerte apagará esos latidos, y me aliviará del poderoso peso de la angustia que me hace arrastrarme por el polvo; y, al ejecutar el fallo de la justicia, también me hundiré en el reposo. Entonces la apariencia de la muerte estaba distante, aunque su anhelo permanecía siempre presente en mis pensamientos; y con frecuencia me quedé sentado durante horas, inmóvil y sin pronunciar palabra, deseando que alguna poderosa conmoción nos enterrara a mí y a mi destructor entre ruinas.

Se acercaba el momento del juicio. Ya llevaba casi tres meses en la cárcel, y, aunque todavía estaba débil y en continuo peligro de recaída, se me obligó a viajar casi cien millas hasta la ciudad cabeza de condado, donde el tribunal tenía sede. El señor Kirwin tomó a su cargo con extrema diligencia convocar a los testigos y disponer mi defensa. Se me ahorró la indignidad de aparecer en público como un criminal, ya que el caso no fue llevado ante el tribunal que decide sobre la vida o la muerte. El gran jurado rechazó la acusación, al haberse probado que yo estaba en las islas Órcadas a la hora en que se encontró el cuerpo de mi amigo, y dos semanas después de mi traslado fui puesto en libertad.

Mi padre rebotaba alegría al verme liberado de las vejaciones de una acusación criminal, en situación de respirar el fresco aire del exterior y de regresar sin impedimentos a mi país natal. Yo no participaba de esos sentimientos; porque para mí los muros de un calabozo o los de un palacio eran odiosos por igual. La copa de la vida estaba envenenada para siempre; y, aunque el sol brillaba sobre mí como sobre aquellos que se sienten felices y alegres, no veía a mi alrededor nada excepto densa y terrible oscuridad, en la que no penetraba más luz que el tenue resplandor de unos ojos que me miraban fijamente. Algunas veces eran los expresivos ojos de Henry, apagados por la muerte, las oscuras órbitas casi cubiertas por los párpados, bordeados de largas y oscuras pestañas; otras veces eran los acuosos, turbios ojos del monstruo, como los vi por vez primera en mi cuarto de Ingolstadt.

Mi padre intentaba despertar en mí sentimientos de afecto. Hablaba de Ginebra, que pronto podría yo visitar, de Elizabeth y de Ernest; pero aquellas palabras sólo me arrancaban profundos gemidos. Algunas veces, es cierto, sentí algún deseo de felicidad, y pensé, con melancólico deleite, en mi amada prima; o eché de menos, con una devoradora *maladie du pays*, el ver una vez más el lago azul y el vertiginoso Rin, que me habían sido tan caros en mi primera infancia; pero el habitual estado de mi sensibilidad era una especie de apatía, en la cual la prisión era residencia tan grata como el más maravilloso paisaje natural; y esos accesos raramente se veían interrumpidos de no ser por paroxismos de angustia y desesperación. En aquellos momentos me propuse con frecuencia acabar con una existencia que me resultaba aborrecible; e hizo falta vigilancia y atención incesantes para impedirme cometer algún terrible acto violento.

Sin embargo, me quedaba una obligación cuyo recuerdo venció finalmente a mi desesperación egoísta: Era preciso que volviera sin tardanza a Ginebra, para velar allí por las vidas de aquéllos a los que tan profundamente amaba; y para estar en guardia contra el asesino, ya lograrse yo por azar dar con su escondite, o ya osara él de nuevo agredirme con su presencia. Podía, con puntería infalible, poner término a la existencia de la imagen monstruosa a la que yo había dotado de un todavía más monstruoso remedo de alma. Mi padre quería aún retrasar mi partida, temeroso de que no pudiera soportar el cansancio de un viaje; porque yo era un lamentable despojo, la sombra de un ser humano. Toda fuerza había huido de mí. Era un puro esqueleto, y la fiebre devoraba noche y día mi cuerpo consumido.

Así pues, dado que insistía con tal inquietud e impaciencia para que nos fuéramos de Irlanda, mi padre pensó que era mejor acceder. Tomamos pasaje en un barco cuyo destino era Havre-de-Grace, y zarpamos con viento favorable desde la costa de Irlanda. Era medianoche. Yo yacía en cubierta, mirando las estrellas y oyendo el entrecocar de las olas. Saludé a la oscuridad que había velado Irlanda de mi vista; y se me aceleró el pulso con un gozo febril cuando consideré que pronto vería Ginebra. El pasado se me representaba como bañado por la luz de un sueño terrible; aun así, el navío en el que me encontraba, el viento que me alejaba de las odiadas costas de Irlanda y el mar que me rodeaba me afirmaban sin lugar a dudas que yo no me engañaba con visión alguna y que Clerval, mi amigo y más querido compañero, había caído víctima de mí mismo y del monstruo que había creado. Repasé en mi memoria mi vida entera: mi felicidad tranquila cuando residía con mi familia en Ginebra, la muerte de mi madre y mi partida hacia Ingolstadt. Recordé, con un escalofrío, el loco entusiasmo que me había incitado a crear mi horrendo enemigo, y evoqué la noche en que por vez primera dio éste señales de vida. Fui incapaz de continuar el hilo de mis pensamientos; mis sentimientos me abrumaron y me eché a llorar amargamente.

Desde que me recuperé de las fiebres cogí la costumbre de tomar cada noche una pequeña cantidad de láudano, porque sólo por medio de esta droga era yo capaz de obtener el descanso necesario para la conservación de la vida. Oprimido por la evocación de mis diversos infortunios, tragué entonces el doble de la dosis usual, y enseguida me dormí profundamente. Pero el sueño no me procuró

respiro en la mente y la desdicha: en mis sueños aparecían miles de objetos que me aterrorizaron. Hacia el amanecer, me poseyó una especie de pesadilla: sentía que el demonio me agarraba por el cuello y no podía librarme de él; en mis oídos resonaban gemidos y gritos. Mi padre, que me cuidaba, al apercibirse de mi inquietud, me despertó. Las olas golpeaban a nuestro alrededor, el nuboso cielo se extendía por encima; el demonio no estaba allí: un sentimiento de seguridad, una sensación de que se había establecido una tregua entre la hora presente y el inevitable, desastroso futuro, me concedieron una especie de tranquilo olvido, al que por su estructura la mente humana es especialmente susceptible.

Capítulo XXII

Acabó el viaje. Desembarcamos, y nos dirigimos hacia París. Pronto me di cuenta de que había medido mal mis fuerzas y que tenía que descansar antes de que pudiese continuar viaje. Los cuidados y atenciones de mi padre eran infatigables; pero él no sabía el origen de mis sufrimientos, y recurría a métodos erróneos para remediar la incurable enfermedad. Deseaba que me distrajera con la vida social. Yo aborrecía la imagen de hombre alguno. ¡Oh, no! ¡Aborrecer no!; eran mi especie, mis semejantes, y me sentía atraído incluso hacia el más repulsivo de ellos, en tanto que criaturas de naturaleza angélica y mecanismo celestial. Pero sentía que no me asistía el derecho de compartir su trato. Había dejado libre un demonio entre ellos, uno cuyo placer era derramar su sangre y deleitarse con sus gemidos. ¡De qué forma, cada uno y todos ellos, me hubiesen aborrecido y dado caza para borrar me del planeta si hubieran tenido conocimiento de mis actos sacrílegos y de los crímenes que en mí tenían su origen!

Mi padre accedió finalmente a mi deseo de evitar la compañía, y se esforzó con diversas razones en desterrar mi desesperación. Algunas veces pensaba que yo me resentía profundamente de la degradación de haber sido obligado a responder por una acusación de asesinato, y pretendía probarme la futilidad del orgullo.

«¡Ay, padre mío! –le dije–, qué poco me conoces. Sería en verdad una degradación para los seres humanos, sus sentimientos y pasiones si un desgraciado como yo sintiera orgullo. Justine, la pobre e infortunada Justine, era tan inocente como yo, y sin embargo sufrió la misma acusación, murió por ello; y soy la causa de esto, yo la he matado. William, Justine y Henry, todos ellos han muerto a mis manos.»

Mi padre me había oído con frecuencia, durante mi encarcelamiento, afirmar esto mismo. Cuando yo me acusaba de esta manera, él algunas veces parecía desear una explicación, y otras daba la impresión de considerarlo como resultado del delirio, que durante mi enfermedad se había presentado en mi imaginación alguna idea de este género cuyo recuerdo persistía en mi

convalecencia. Evité las explicaciones y mantuve continuo silencio respecto al engendro que había creado. Estaba persuadido de que me tomarían por loco, y eso bastaba para mantener para siempre mi lengua encadenada. Pero, además, no podía decidirme a revelar el secreto que hubiese colmado a aquél que me escuchaba de consternación, y hubiera acogido para siempre en su pecho el miedo y el terror sobrenatural. Controlé, pues, mi impaciente sed de comprensión, y me mantuve en silencio cuando hubiera dado cualquier cosa por haber confiado el secreto fatal. Empero, palabras como las que he repetido podían brotar de mí de manera incontrolable. Me era imposible ofrecer una explicación sobre ellas; pero su verdad me aliviaba parcialmente del peso de mi misteriosa aflicción.

En esta ocasión mi padre dijo, con expresión de ilimitado asombro. «Mi queridísimo Víctor, ¿qué locuras son ésas? Mi querido hijo, te ruego que nunca más afirmes de nuevo tales cosas.»

«No estoy loco –grité con energía–; el sol y los cielos, que han contemplado mis actos, pueden ser testigos de que digo la verdad. Soy el asesino de aquellas víctimas tan inocentes; murieron a causa de mis maquinaciones. Mil veces hubiera vertido mi propia sangre, gota a gota, para salvarles la vida; pero, padre, yo no podía, no, yo no podía sacrificar a toda la raza humana.»

El final de estas frases convenció a mi padre de que mis ideas estaban perturbadas, y cambió al momento el tema de nuestra conversación, y procuró desviar el rumbo de mis pensamientos. Deseaba, tanto como fuera posible, borrar el recuerdo de las escenas que habían tenido lugar en Irlanda, y nunca las mencionaba ni me permitía hablar de mis infortunios.

Con el paso del tiempo me fui calmando; la pena moraba en mi corazón, pero ya no hablaba de mis propios crímenes de la misma manera incoherente, me bastaba con la conciencia de ellos. Por medio del más extremo autocontrol, doblegué la imperiosa voz de la desdicha, que algunas veces ansiaba delatarse ante el mundo entero; y mis modales se volvieron más tranquilos y serenos que nunca lo habían sido desde mi viaje al mar de hielo.

Pocos días antes de que nos fuéramos de París camino de Suiza recibí de Elizabeth la siguiente carta:

Mi querido amigo:

Me ha proporcionado el mayor placer recibir una carta de mi

tío fechada en París; ya no estás a gran distancia, y puedo esperar verte antes de dos semanas. ¡Mi pobre primo, cuánto debes de haber sufrido! Me temo que cuando te vea parecerás incluso más enfermo que cuando te fuiste de Ginebra. Este invierno ha transcurrido en la mayor tristeza, torturada como lo he estado por la ansiosa expectativa; sin embargo, tengo esperanzas de ver paz en tu rostro, y de advertir que tu corazón no es completamente ajeno a la comodidad y la tranquilidad.

Mas temo que los mismos sentimientos ahora existentes que te hicieron tan desdichado hace un año quizás incluso han aumentado con el tiempo. No deseo importunarte en estas circunstancias, cuando pesan sobre ti tantas desdichas; pero una conversación que tuve con mi tío antes de su partida hace necesaria una explicación previa a nuestro encuentro.

¡Explicación! es posible que digas; ¿qué puede tener que explicar Elizabeth? Si realmente dices esto ya has respondido a mis preguntas, y todas mis dudas están satisfechas. Pero te encuentras lejos de mí, y es posible que temas, y sin embargo te agrade, esta explicación; y, en la suposición de que tal sea el caso, no me atrevo a posponer más escribirte aquello que, durante tu ausencia, he deseado tan a menudo expresarte, pero nunca he tenido el valor de comenzar a hacerlo.

Tú bien sabes, Víctor, que nuestra unión ha sido el plan favorito de tus padres incluso desde nuestra infancia. Nos lo dijeron cuando éramos jóvenes, y nos enseñaron a prever esto como un suceso que ciertamente tendría lugar. Fuimos afectuosos compañeros de juegos durante nuestra infancia, y, creo, queridos amigos caros el uno para el otro según nos hicimos mayores. Pero, lo mismo que hermano y hermana con frecuencia albergan un vivo afecto el uno hacia el otro, sin deseo de más íntima unión, ¿puede ser también éste nuestro caso? Queridísimo Víctor, dímelo. Respóndeme, te lo ruego, en pro de nuestra mutua felicidad, con la pura verdad: ¿Nos amamos el uno al otro?

Has viajado; has pasado varios años de tu vida en Ingolstadt; y te confieso, amigo mío, que cuando te vi el otoño pasado tan infeliz, refugiándote en la soledad para evitar cualquier compañía, no pude menos de suponer que podías lamentar nuestra relación, y que te creías ligado por lazos de honor a

satisfacer los deseos de nuestros padres, aunque se opusieran tales deseos a tus inclinaciones. Pero esto es un falso razonamiento. Te confieso, amigo mío, que te amo, y que en mis alegres sueños de futuro tú siempre has sido mi constante amigo y compañero. Pero deseo tu felicidad tanto como la mía cuando te hago saber que nuestra boda me haría sentirme eternamente desdichada de no ser dictada por nuestra libre elección. Incluso ahora lloro al pensar que, abatido como estás por las más crueles desgracias, puedes sofocar, en nombre de la palabra *honour*, toda esperanza de ese amor y felicidad que son los únicos que podrían lograr tu recuperación. Yo, que siento un cariño tan desinteresado por ti, puedo multiplicar tus sufrimientos al ser un obstáculo para tus deseos. ¡Ah, Víctor!, ten por seguro que tu prima y compañera de juegos te ama con un amor demasiado sincero para no sentirse desgraciada con esta suposición. Sé feliz, amigo mío; y si me obedeces en esta única petición, estate tranquilo de que nada en el mundo podrá turbar mi tranquilidad.

No permitas que esta carta te importune; no respondas mañana, o el día siguiente, o ni siquiera hasta que vengas, si tal cosa te causa dolor. Mi tío me enviará noticias sobre tu salud; y, si veo aunque sea una sola sonrisa en tus labios cuando nos reunamos, ocasionada por esta o por cualquier otra iniciativa mía, no precisaré de ninguna otra felicidad.

ELIZABETH LAVENZA

Ginebra, 18 de mayo de 17...

Esta carta suscitó en mi memoria algo que antes había olvidado, la amenaza del demonio: «¡Estaré contigo en tu noche de bodas!». Tal era mi sentencia, y esa noche el maligno ser emplearía todas sus artes para destruirme, y arrebatarme el atisbo de felicidad que prometía consolarme en parte de mis sufrimientos. Él había decidido consumir, esa noche, sus crímenes con mi muerte. Bien; que así fuera. Tendría lugar con toda seguridad una lucha a muerte, en la que, si él salía victorioso, yo hallaría la paz, y el final de su poder sobre mí. Si él era vencido, yo sería un hombre libre. ¡Ay! ¿Con qué libertad?; semejante a aquélla de la que disfruta el campesino cuando su familia ha sido asesinada ante sus ojos, su granja quemada, devastadas sus tierras, y él es abandonado a su suerte, sin hogar, sin dinero y solo, pero libre. Así sería mi libertad,

excepto que en mi Elizabeth yo poseería un tesoro, ¡ay!, lastrado por esos horrores del remordimiento y la culpabilidad que me perseguirían hasta la muerte.

¡Dulce y querida Elizabeth! Leí y releí su carta, y en mi corazón se deslizaron suaves sentimientos, y éste osó susurrar paradisiacos sueños de amor y de gozo; pero había sido mordida la manzana, y el brazo del ángel me vetaba el camino hacia toda esperanza. Sin embargo, yo hubiera muerto para hacerla a ella feliz. Si el monstruo llevaba a cabo su amenaza, la muerte era inevitable, pero, de nuevo, consideré si mi matrimonio aceleraría el cumplimiento de mi destino. Mi destrucción podría ciertamente anticiparse unos pocos meses, pero, si mi torturador sospechase que yo, influido por sus amenazas, la había pospuesto, con toda seguridad él encontraría otros medios, y quizá más terribles, de vengarse. Había prometido estar conmigo en mi noche de bodas, pero no consideraba esa amenaza un compromiso de paz en el intervalo; porque, como para mostrarme que no estaba todavía saciado de sangre, había asesinado a Clerval inmediatamente tras haber pronunciado sus amenazas. Resolví, por consiguiente, que si mi inmediata unión con mi prima podía suponer la felicidad de ella o de mi padre, los designios de mi adversario contra mi vida no la debían demorar ni una sola hora.

En este estado de ánimo escribí a Elizabeth. Mi carta fue tranquila y afectuosa. «Me temo, mi amada niña –dije–, que poca es la felicidad que queda para nosotros en este mundo, sin embargo toda aquélla de la que algún día pueda disfrutar se centra en ti. Rechaza tus vanos temores, a ti tan sólo consagro mi vida, y mis esfuerzos de mejora. Tengo un secreto, Elizabeth, un secreto terrible; cuando te lo revele, helará tu sangre de horror, y entonces, lejos de sorprenderte por mi desdicha, sólo te admirarás de que haya sobrevivido a cuanto he soportado. Te confiaré esta historia de miseria y terror el día siguiente a nuestra boda, porque, mi dulce prima, debe existir una confianza perfecta entre nosotros. Pero hasta entonces, te lo suplico, no lo menciones ni hagas alusión a ello. Te lo ruego con el mayor encarecimiento, y sé que accederás.»

Como una semana después de la llegada de la carta de Elizabeth regresamos a Ginebra. La dulce muchacha me dio la bienvenida con cálido afecto; sin embargo había lágrimas en sus ojos al observar mi cuerpo consumido y mis febriles mejillas. También aprecié un cambio en ella. Estaba más delgada, y había perdido mucha de

aquella vivacidad celestial que antes me encantaba; pero su dulzura y suaves miradas de compasión la hacían una compañera más adecuada para alguien tan maldito y mísero como yo lo era.

La tranquilidad de que ahora gozaba no fue duradera. La memoria trajo consigo la locura; y, cuando reflexionaba sobre lo que había sucedido, me poseían verdaderos accesos de demencia; algunas veces estaba furioso, y ardía de rabia, otras me sentía deprimido y triste. Ni hablaba ni miraba a nadie, sino que me sentaba inmóvil, aturdido por la multitud de desdichas que me abrumaba.

Sólo Elizabeth tenía el poder de sacarme de estos accesos; su dulce voz era capaz de apaciguarme cuando me arrebatava la pasión, y de inspirarme sentimientos humanos cuando me sumía en la apatía. Lloraba conmigo, y por mí. Cuando recobraba el juicio me reconvenía, y procuraba inspirarme resignación. ¡Ah!, es bueno para el desgraciado resignarse, pero para el culpable no hay paz. Las agonías del remordimiento envenenan la complacencia que, en otros casos, algunas veces se halla al abandonarse a la pena excesiva.

Poco después de mi llegada, mi padre me habló de mi inmediata boda con Elizabeth. Yo permanecía silencioso.

«¿Tienes, entonces, algún otro compromiso?»

«Ninguno en parte alguna. Amo a Elizabeth, y la perspectiva de nuestra unión me llena de gozo. Fijemos, pues, el día; y en él me consagraré, en la vida o en la muerte, a la felicidad de mi prima.»

«Mi querido Víctor, no hables así. Nos han abrumado grandes desgracias; pero aferrémonos a lo que nos queda, y transfiramos nuestro amor por aquéllos que hemos perdido a los que todavía viven. Puede que nuestro círculo sea pequeño, pero está estrechamente unido por los lazos del cariño y de la desgracia mutua. Y, cuando el tiempo haya suavizado tu desesperación, habrán nacido nuevos y queridos objetos de nuestros cuidados para reemplazar a los que nos han sido tan cruelmente arrebatados.»

Tales eran las enseñanzas de mi padre. Pero, en cuanto a mí, el recuerdo de la amenaza volvía; y no puede usted asombrarse de que, tras haber sido hasta entonces el demonio tan omnipotente en sus sangrientos crímenes, yo lo considerara casi invencible, y de que, cuando él pronunció las palabras «Estaré contigo en tu noche de bodas», yo hubiera de considerar el destino amenazador inevitable. Pero la muerte no era para mí un mal, de no ser por la pérdida de Elizabeth; y por ello acordé con mi padre en que, si mi

prima consentía, la ceremonia tuviera lugar al cabo de diez días, y así, imaginaba yo, sellaría mi propio destino.

¡Dios santo!, si por un solo instante hubiera imaginado cuál podía ser el infernal propósito de mi demoníaco adversario me hubiera desterrado a mí mismo para siempre de mi país natal, y hubiese vagado como un solitario proscrito antes que haber consentido en esa desdichada boda. Pero, como si poseyera poderes mágicos, el monstruo me había vuelto ciego a sus verdaderas intenciones; y, cuando yo pensaba haber dispuesto sólo mi propia muerte, estaba apresurando la de una víctima mucho más querida.

A medida que se aproximaba el tiempo fijado para nuestra boda, fuese por cobardía o por una premonición, sentía el corazón encogerseme. Pero disimulé mis sentimientos bajo una apariencia de hilaridad, que trajo sonrisas y gozo al rostro de mi padre pero que difícilmente hubiera podido engañar a la dulce mirada siempre alerta de Elizabeth. Ella esperaba nuestra unión con plácida alegría, que no dejaba de estar mezclada a algo de miedo, inspirado por las desdichas pasadas, de que, ahora que de nuevo se presentaba una felicidad cierta y tangible, ésta podría verse disipada como un leve sueño sin dejar tras de sí más huella que un profundo y perdurable desconsuelo.

Se hicieron los preparativos para la ceremonia; se recibieron visitas para felicitarnos; y todo eran sonrisas. Silencié, tanto como pude, en el fondo de mi corazón la ansiedad que me devoraba, y participé con aparente impaciencia en los planes de mi padre, aunque podían servir tan sólo como decorados de mi tragedia. A través de las gestiones de mi padre, el gobierno austríaco había devuelto a Elizabeth una parte de su herencia. Le pertenecía una pequeña posesión a orillas del lago de Como. Se acordó que, inmediatamente después de nuestra unión, nos dirigiríamos a Villa Lavenza y pasaríamos nuestros primeros días de felicidad junto al hermoso lago cerca del que se situaba.

Entretanto tomé todas las precauciones para defender mi persona, en caso de que el demonio me atacara abiertamente. Llevaba constantemente encima pistolas y una daga, y estaba siempre alerta para prevenir cualquier treta, y con esos medios logré un mayor grado de tranquilidad. Ciertamente, según el momento se aproximaba, la amenaza se me aparecía más como un engaño que no era digno de ser tomado en cuenta y turbar mi paz, mientras que la felicidad que de mi matrimonio esperaba se presentaba cada vez

como más cierta, según el día fijado para su celebración se iba aproximando, y oía continuamente hablar de ello como un acontecimiento que no podría ciertamente impedir accidente alguno.

Elizabeth parecía feliz; mi comportamiento tranquilo contribuía en extremo a calmar su espíritu. Pero el día en que se iban a cumplir mis deseos y mi destino ella estaba melancólica, y un mal presentimiento la invadía; y también quizá pensaba en el terrible secreto que había prometido revelarle al día siguiente. Mi padre entretanto estaba exultante, y, en el ajetreo de las preparaciones, sólo atribuía la melancolía de su sobrina a la timidez de una novia.

Una vez terminó la ceremonia, se reunieron numerosos invitados en casa de mi padre; pero se había acordado que Elizabeth y yo comenzaríamos nuestra ruta por barco, que dormiríamos esa noche en Evian y continuaríamos al día siguiente nuestro viaje. El día era hermoso, el viento favorable, todo sonreía en nuestro embarque nupcial.

Aquéllos fueron los últimos momentos de mi vida en los que disfruté del sentimiento de felicidad. Navegábamos con rapidez, el sol calentaba, pero nos protegía de sus rayos una especie de toldo; mientras, gozábamos de la belleza del paisaje, unas veces de un lado del lago, donde veíamos monte Salève, las agradables laderas de Montalègre, y, en la distancia, coronándolo todo, el maravilloso Mont Blanc, y el conjunto de nevadas montañas que en vano pretendían emularlo; otras veces, costearo por la orilla opuesta, veíamos el poderoso Jura oponiendo su costado oscuro a la ambición de quien pretendiera abandonar su país natal, y una insuperable barrera para el invasor que deseara esclavizarlo.

Cogí la mano de Elizabeth: «Estás triste, mi amor. ¡Ah!, si supieras lo que he sufrido, y lo que puede quedarme aún por soportar procurarías dejarme paladear la calma y la libertad de que la ausencia de desesperación me permite gozar al menos este día».

«Sé feliz, mi Víctor querido –respondió Elizabeth–. No hay, espero, nada que te aflija; y estate seguro de que, aunque mi rostro no expresa una viva alegría, mi corazón está contento. Algo me susurra que no confíe demasiado en las perspectivas que se abren ante nosotros; pero no escucharé tan siniestra voz. Observa cuán rápidamente avanzamos, y cómo las nubes, que unas veces ocultan la cima del Mont Blanc y otras se elevan sobre ella, hacen la belleza de esta escena aún más atrayente. Mira también los innumerables

peces que nadan en las claras aguas, donde puede distinguirse cada guijarro que yace en el fondo. ¡Qué día más maravilloso!, ¡cuán feliz y serena parece toda la naturaleza!»

Elizabeth procuraba así desviar sus pensamientos y los míos de toda reflexión sobre temas melancólicos. Pero su temperamento era variable; durante unos instantes brillaba el gozo en sus ojos, pero siempre era reemplazado a continuación por una mirada distraída y absorta.

El sol había descendido mucho en el cielo, pasamos el río Drance, y observamos su curso por las simas de las laderas más altas y los valles de las más bajas. Aquí los Alpes se hallan más cerca del lago, y nos aproximábamos al anfiteatro de montañas que forma su frontera este. El campanario de Evian brillaba entre los bosques que lo rodeaban, así como la cadena de montañas que desde diferentes alturas lo dominan.

El viento, que hasta entonces nos había impulsado con asombrosa rapidez, se redujo a la puesta del sol a una ligera brisa; el aire apenas rizaba suavemente las aguas, y hacía moverse agradablemente los árboles según nos aproximábamos a la orilla, de la que traía ráfagas del más maravilloso perfume de flores y heno. El sol se ocultó en el horizonte cuando desembarcamos; y, al tocar tierra, sentí revivir aquellos cuidados y temores que pronto iban a atraparme y a aferrarse a mí para siempre.

Capítulo XXIII

Eran las ocho cuando desembarcamos; caminamos un poco por la orilla disfrutando del crepúsculo, y luego nos retiramos a la posada, y contemplamos la bella escena de aguas, bosques y montañas sumidos en la oscuridad, pero mostrando aún sus negras siluetas.

El viento, que había amainado en el sur, se levantó de nuevo con gran violencia por el oeste. La luna había alcanzado su cénit en los cielos, y comenzaba a descender; las nubes se deslizaban ante ella más veloces que el vuelo del buitre y difuminaban sus rayos, mientras que el lago reproducía la escena de los agitados cielos, él aún más agitado a causa de las incansables olas que estaban comenzando a elevarse. De repente descargó una espesa tormenta de lluvia.

Yo había estado tranquilo durante el día; pero, tan pronto como la noche oscureció las formas de los objetos, mil temores se alzaron en mi mente. Estaba ansioso y en guardia, mientras que mi mano derecha aferraba una pistola que llevaba escondida en el pecho; cada ruido me espantaba; pero había decidido que vendería cara mi vida, y que no cejaría en la lucha hasta que mi propia vida, o la de mi adversario, se extinguiera.

Elizabeth observó mi turbación durante algún tiempo con tímido y temeroso silencio; pero hubo algo en mi mirada que le infundió terror, y me preguntó temblando: «¿Qué es lo que te agita, mi querido Víctor? ¿Qué es lo que temes?».

«¡Oh!, calma, calma, mi amor –respondí–; esta noche, y todas, serán seguras; pero esta noche es horrible, horrible.»

Había pasado una hora en este estado de ánimo cuando, de repente, reflexioné sobre cuán espantoso podría ser para mi esposa el combate que esperaba de un momento a otro, y le rogué con insistencia que se retirara, resuelto a no reunirme con ella hasta que tuviera algún dato sobre la situación de mi enemigo.

Se fue, y continué durante algún tiempo recorriendo de un extremo a otro los pasillos del edificio, e inspeccionando cada rincón que podía ofrecer un escondite a mi adversario. Pero no descubrí rastro de él, y estaba empezando a pensar que había

intervenido algún afortunado azar para impedir el cumplimiento de sus amenazas cuando súbitamente oí un agudo y terrible grito. Venía de la habitación a la que se había retirado Elizabeth. Al oírlo, toda la verdad se iluminó en mi mente, los brazos me cayeron inertes, se suspendió el movimiento de cada músculo y de cada fibra; pude sentir la sangre manar gota a gota por mis venas y vibrar en el extremo de mis miembros. Este estado no duró sino un instante; se repitió el grito, y me precipité dentro de la habitación.

¡Santo Dios!, ¿por qué no exhalé entonces el último suspiro? ¿Por qué estoy aquí para narrar la destrucción de la mayor esperanza y de la más pura criatura de la tierra? Allí estaba ella, sin vida, inánime, atravesada en la cama, con la cabeza colgando y los pálidos y desfigurados rasgos cubiertos a medias por el cabello. Doquiera que me vuelvo veo la misma imagen, sus brazos exangües y su desmadejada figura arrojada por el asesino en su féretro nupcial. ¿Cómo pude contemplar esto y vivir? ¡Ay!, la vida es obstinada, y se aferra a donde es más odiada. Sólo por un momento perdí el sentido; caí desmayado al suelo.

Cuando volví en mí me hallé rodeado por la gente de la posada; sus rostros expresaban la estupefacción del horror; pero el horror de otros sólo me parecía una burla, una sombra de los sentimientos que me oprimían. Escapé de ellos al cuarto donde yacía el cuerpo de Elizabeth, mi amor, mi esposa, hacía muy poco tan viva, tan querida, tan noble. La habían movido de la postura en la que anteriormente estaba; y ahora yacía, con la cabeza sobre el brazo y un pañuelo echado sobre su cara y cuello; podría haber supuesto que dormía. Me precipité hacia ella y la abracé con ardor, pero la mortal languidez y frialdad de sus miembros me dijeron que lo que estrechaba entre mis brazos había cesado de ser la Elizabeth que había amado y querido. La huella criminal de la garra del monstruo estaba en su cuello, y el aliento había dejado de brotar de sus labios.

Mientras me inclinaba aún sobre ella con la agonía de la desesperación, levanté casualmente la vista. Las contraventanas de la habitación habían sido cerradas anteriormente, y sentí una especie de pánico al ver que la pálida luz amarillenta de la luna iluminaba la estancia. Las contraventanas habían sido empujadas hacia afuera y, con una sensación de horror más allá de toda descripción, vi en la abierta ventana la imagen más horrenda y aborrecible. En la faz del monstruo había una mueca; parecía

mofarse, mientras con dedo diabólico señalaba al cadáver de mi esposa. Me lancé hacia la ventana y, sacando una pistola del pecho, disparé; pero me esquivó, saltó de donde estaba y, corriendo con la velocidad del relámpago, se zambulló en el lago.

El estampido del disparo atrajo a multitud de personas a la habitación. Señalé hacia el lugar donde él había desaparecido, y seguimos su rastro en botes, se echaron redes, pero en vano. Después de varias horas, regresamos desesperanzados, y creyendo muchos de mis compañeros que había sido una ilusión de mis sentidos. Tras desembarcar, nos pusimos a rastrear los campos, con grupos que iban en diferentes direcciones por los bosques y viñedos.

Quise acompañarlos, y avancé hasta alguna distancia de la casa, pero la cabeza me daba vueltas, mis pasos eran como los de un borracho. Finalmente caí en un estado de extremo agotamiento; un velo me cubrió los ojos, y mi reseca piel abrasaba con el calor de la fiebre. En tal estado me transportaron de nuevo a la posada y me pusieron en una cama, apenas consciente de lo que había sucedido; mi vista vagaba por el cuarto como buscando algo que había perdido.

Algún tiempo después me incorporé y, como por instinto, me arrastré hasta la habitación donde yacía el cadáver de mi amada. Había mujeres llorando alrededor. Me incliné sobre él y uní mis tristes lágrimas a las de ellas; durante todo este tiempo no se presentó ninguna idea clara en mi mente, sino que mis pensamientos erraban entre varios temas, en confusa reflexión sobre mis desdichas y su causa. Estaba perplejo, perdido en una nube de asombro y horror. La muerte de William, la ejecución de Justine, el asesinato de Clerval, y por último el de mi esposa; ni siquiera sabía en ese momento si las únicas personas queridas que me restaban se encontraban a salvo de la malignidad del demonio. Mi padre podía estar incluso, en ese mismo momento, retorciéndose bajo sus garras, y Ernest tal vez yacía muerto a sus pies. Esta idea me hizo estremecer, y me incitó a actuar. Me puse en pie y decidí volver a Ginebra a la mayor velocidad posible.

No había caballos disponibles, así que hube de regresar a través del lago; pero el viento era desfavorable y la lluvia caía a torrentes. Sin embargo apenas había amanecido, y me cabía una esperanza razonable de llegar por la noche. Contraté hombres para remar, y cogí yo mismo un remo, porque siempre había experimentado alivio de la tortura mental con el ejercicio físico. Pero la desdicha

desbordante que ahora sentía y el exceso de agitación que había soportado me hacían incapaz de esfuerzo alguno. Tiré el remo y, con la cabeza entre las manos, me entregué a las más siniestras ideas que se me presentaban. Si levantaba la vista, veía las escenas que me habían sido familiares en tiempos más felices, y que había contemplado tan sólo la víspera en compañía de aquélla que ahora no era sino una sombra y un recuerdo. Las lágrimas manaron de mis ojos. Cesó la lluvia durante un instante, y vi los peces jugar en el agua como habían hecho pocas horas antes; los había contemplado Elizabeth. Nada es tan doloroso para la mente humana como un cambio grande y súbito. Podía brillar el sol, o cubrirlo las nubes: pero nada sería para mí semejante a como había sido el día anterior. Un demonio me había arrancado toda esperanza de felicidad futura: no existe criatura que haya sido jamás tan desdichada como yo lo era; un suceso tan espantoso es único en la historia de la humanidad.

Mas, ¿por qué debería detenerme en los incidentes que siguieron a este último suceso abrumador? La mía ha sido una historia de horrores; he llegado a su *acme*, y lo que ahora debo relatar no puede resultarle a usted sino tedioso. Sepa que, uno por uno, todos mis seres queridos me fueron arrebatados. Quedé completamente solo. Ya he agotado mis fuerzas, y debo contarle, en pocas palabras, lo que queda de mi horrible narración.

Llegué a Ginebra. Mi padre y Ernest vivían aún, pero el primero se hundió bajo las noticias que yo le traía. Lo veo ahora, ¡excelente y venerable anciano! Sus ojos vagaban ausentes, porque habían perdido lo que constituía su encanto y su deleite, su Elizabeth, que era para él más que una hija, a quien había mimado con todo el cariño que siente un hombre que, en el ocaso de su vida y con pocos seres queridos a su alrededor, se aferra con mayor fervor a los que le restan. ¡Maldito, maldito sea el demonio que atrajo miseria tal sobre sus cabellos grises y le condenó a consumirse en la desdicha! No pudo vivir bajo los horrores que a su alrededor se acumulaban; cedieron de repente los resortes de la existencia, fue incapaz de levantarse de la cama, y pocos días después moría entre mis brazos.

¿Qué fue luego de mí? Lo ignoro; perdí la sensibilidad, y las cadenas y la oscuridad fueron los únicos objetos que percibía. Algunas veces, en verdad, soñé que vagaba por floridas praderas y valles agradables con los amigos de mi juventud; pero me despertaba y me hallaba en una mazmorra. A esto siguió la

melancolía, pero gradualmente logré adquirir una clara noción de mi situación y desgracias, y entonces fui liberado de la prisión. Porque me habían declarado loco, y durante muchos meses, según comprendí, mi morada había sido una solitaria celda.

La libertad hubiese sido, sin embargo, para mí un regalo inútil de no haberme al mismo tiempo despertado, no sólo a la razón, sino a la venganza. Según el recuerdo de las desdichas pasadas me oprimía, comencé a reflexionar sobre la causa de éstas, el monstruo que yo había creado, el miserable ser demoníaco al que había dejado suelto por el mundo para mi destrucción. Se apoderaba de mí una rabia enloquecedora cuando pensaba en él, y deseaba y rezaba ardientemente para poder darle alcance y descargar la mayor y más memorable de las venganzas contra su cabeza maldita.

Pero mi odio no se limitó mucho tiempo a deseos inútiles, comencé a reflexionar sobre los mejores medios de atraparlo; y, con este fin, como un mes después de que se me dejara en libertad, me dirigí a uno de los jueces de lo criminal de la ciudad y le dije que quería presentar una denuncia; que conocía al destructor de mi familia y que le requería para que ejerciese toda su autoridad para detener al asesino.

El magistrado me escuchó con atención y amabilidad.

«Señor, tenga usted por seguro que no se escatimarán por mi parte afanes ni esfuerzos para descubrir al malvado.»

«Se lo agradezco –respondí–; escuche, pues, la deposición que tengo que presentar. En verdad es una historia tan extraña que temería que no le concediese usted crédito de no ser porque hay algo en la verdad que, por asombrosa que sea, fuerza la convicción. La historia es demasiado coherente para ser tomada por un sueño, y yo no tengo motivos para engañar.»

Mi actitud al dirigirme así a él fue solemne pero tranquila; había adoptado en mi fuero interno la resolución de perseguir a mi destructor hasta la muerte, y este propósito calmaba mi angustia y, durante un breve lapso de tiempo, me reconciliaba con la vida. Le relaté entonces mi historia, brevemente pero con firmeza y precisión, indicando las subtit con exactitud y sin dejarme nunca llevar por invectivas o exclamaciones.

El magistrado pareció, al principio, perfectamente incrédulo, pero según continué se volvió más atento e interesado; algunas veces lo vi estremecerse de horror, otras una viva sorpresa, exenta de incredulidad, se dibujaba en su rostro.

Cuando hube concluido mi narración, dije:

«Éste es el ser al que acuso, y para cuya captura y castigo apelo a usted para que ejerza todo su poder. Es su deber como magistrado, y creo y espero que sus sentimientos como hombre no se rebelarán contra la ejecución de tales funciones en esta ocasión.»

Esta petición produjo un considerable cambio en la fisonomía de mi interlocutor. Había oído mi historia con ese tipo de parcial crédito que se da a un cuento de fantasmas y de hechos sobrenaturales; pero cuando fue requerido para actuar oficialmente en consecuencia, toda su incredulidad se adueñó de él. Sin embargo, respondió con suavidad:

«Le proporcionaría gustoso toda la ayuda posible para su persecución, pero la criatura de la que me habla parece tener poderes que desafiarían todos mis esfuerzos. ¿Quién puede seguir a un animal capaz de atravesar el mar de hielo y habitar en cuevas y guaridas donde ningún hombre se arriesgaría a irrumpir? Además, han transcurrido varios meses desde que cometió sus crímenes, y nadie alcanzaría a adivinar hacia dónde se ha encaminado o en qué región puede habitar ahora.»

«No tengo la menor duda de que ronda cerca del lugar en el que yo habito; y de que, si se ha refugiado en los Alpes, puede ser cazado como un gamo y aniquilado como una bestia de presa. Pero advierto sus pensamientos: no da crédito a mi relato, y no tiene intención de perseguir a mi enemigo para castigarlo como merece.»

Al hablar la rabia centelleaba en mis ojos; el magistrado se intimidó.

«Se equivoca –dijo–, haré cuanto me sea posible; y, si está en mi mano capturar al monstruo, tenga por seguro que sufrirá un castigo en proporción de sus crímenes. Pero temo, según lo que usted mismo ha descrito como las dotes que éste posee, que eso se revelará impracticable; y por lo tanto, aunque se tomen todas las apropiadas medidas, debería usted estar preparado para el fracaso.»

«Eso no puede ser; pero todo lo que puedo decir servirá para muy poco. Mi venganza no es algo importante para usted; sin embargo, aunque admito que sea un vicio, confieso que constituye la única y devoradora pasión de mi alma. Mi rabia es indecible cuando pienso que el asesino, que yo he soltado en medio de la sociedad, existe todavía. Usted rechaza mi justa petición; no me queda más recurso que consagrarme, vivo o muerto, a su destrucción.»

Temblaba con el exceso de agitación según decía esto; había

frenesí en mi comportamiento, y algo, no lo dudo, de aquella altiva fiereza que se dice poseían los mártires de antaño. Pero para un magistrado ginebrino, cuya mente estaba ocupada por ideas nada afines a la devoción y el heroísmo, esta exaltación de espíritu se asemejaba mucho a la locura. Procuró calmarme como una niñera hace con un niño, y atribuyó mi historia a los efectos del delirio.

«¡Hombre! –grité–, ¡cuán ignorante eres en tu pretensión de sabiduría! Calla; no sabes lo que dices.»

Salí bruscamente de la casa colérico y desasosegado, y me retiré para pensar en otras maneras de actuar.

Capítulo XXIV

Mi situación era por entonces la de alguien cuyo control de su mente ha sido completamente triturado y hecho desaparecer. La furia me arrastraba; sólo la venganza me dotaba de fuerza y calma, ella moldeaba mis sentimientos y me permitía ser calculador y sereno en momentos donde, de otra forma, el delirio o la muerte hubieran sido mi destino.

Mi primera decisión fue abandonar Ginebra para siempre; mi país, que, mientras fui feliz y amado, me era muy querido, ahora, en la desgracia, se me hacía odioso. Me hice con una suma de dinero, junto con algunas joyas que habían pertenecido a mi madre, y partí.

Y ahí comenzó mi existencia errante, que no cesará sino con mi vida. He atravesado una vasta porción de la tierra, y soportado todas las penalidades con las que los viajeros, en desiertos y en países bárbaros, acostumbran a encontrarse. Apenas sé cómo he sobrevivido; muchas veces me tendí desfallecido en la arenosa llanura, y recé pidiendo la muerte. Pero la venganza me mantuvo vivo; no me atrevo a morir y dejar aquí a mi adversario.

Cuando me marché de Ginebra, mi primera tarea fue buscar algún indicio mediante el cual pudiera seguir los pasos de mi diabólico enemigo. Pero mi plan no estaba formado, y erré muchas horas por los confines de la ciudad, sin certeza sobre el camino que seguir. Al anochecer, me encontré a la entrada del cementerio donde reposaban William, Elizabeth y mi padre. Entré, y me aproximé al sepulcro donde se hallaban sus tumbas. Todo estaba en silencio, excepto las hojas de los árboles, que el viento agitaba suavemente. Era ya casi noche oscura, y la escena habría sido solemne e impresionante incluso para un observador indiferente. Los espíritus de los fallecidos parecían aletear alrededor y proyectar sombras, percibidas pero no vistas, en torno a mi cabeza.

El profundo dolor que esta escena me había al principio causado cedió pronto el paso a la rabia y la desesperación. Ellos estaban muertos, y yo vivía; también vivía su asesino, y debía prolongar mi fatigosa existencia hasta destruirlo. Me arrodillé en la hierba, besé la tierra y, con labios temblorosos, exclamé:

«Por la sagrada tierra en la que me arrodillo, por las sombras que vagan cerca de mí, por el profundo y eterno dolor que siento, yo juro, y también por ti, ¡oh, Noche!, y por los espíritus que te presiden, perseguir al demonio que ha causado esta desdicha, hasta que él o yo perezcamos en mortal combate. Para este fin conservaré la vida; para ejecutar esta cara venganza contemplaré de nuevo el sol, y hollaré el verdor de la tierra, que, de otra forma, se borrarían para siempre de mis ojos. Y a vosotros invoco, espíritus de los muertos, y a vosotros, errantes administradores de la venganza, para que me ayudéis y me guiéis en mi tarea. Haced que el maldito y diabólico monstruo apure hasta las heces la agonía, haced que sienta la desesperación que a mí ahora me atormenta.»

Había comenzado mi invocación con solemnidad, y con un respeto que casi me daba la seguridad de que las sombras de mis parientes asesinados oían y aprobaban mi devoción; pero las Furias me poseyeron al concluir, y la ira sofocó mis palabras.

Me respondió a través del silencio de la noche una fuerte y diabólica carcajada. Resonó en mis oídos larga y pesadamente, las montañas se hicieron eco de ella, y sentí como si el infierno en pleno me rodease con burlas y risas. Con toda seguridad en aquel momento yo debería haber sido poseído por el frenesí, y haber acabado con mi miserable existencia, de no haber sido porque mi voto ya había sido escuchado y se me reservaba para la venganza. La carcajada se extinguió, y entonces una bien conocida y aborrecida voz, que parecía estar muy próxima a mis oídos, se dirigió a mí con un audible susurro:

«¡Estoy satisfecho, miserable desgraciado!, estás decidido a vivir, y yo estoy satisfecho.»

Me lancé hacia el lugar de donde procedía el sonido, pero el diablo me esquivó. De repente se elevó el ancho disco de la luna, e iluminó de lleno su horrible y deforme figura mientras huía con velocidad sobrehumana.

Lo perseguí; y durante muchos meses ésta ha sido mi tarea. Guiado por un ligero indicio, seguí los meandros del Ródano, pero en vano. Apareció el azul Mediterráneo, y, por una extraña casualidad, vi al demonio entrar por la noche y esconderse en un navío que se dirigía al mar Negro. Saqué pasaje en el mismo barco, pero escapó. No sé cómo.

Por las salvajes soledades de Tartaria y Rusia, aunque él continuó evitándome, siempre seguí sus huellas. Algunas veces los

campesinos, asustados por esta horrenda aparición, me informaban sobre su ruta; otras él mismo, que temía que, si perdía completamente su rastro, me desesperaría y moriría, dejaba alguna pista para guiarme. Las nevadas descendían sobre mi cabeza, y veía la huella de sus enormes pasos en la blanca llanura. Usted, que acaba de entrar en la vida, para quien la preocupación es una novedad y que desconoce la angustia, ¿cómo puede comprender lo que yo sentía, y todavía siento? El frío, la necesidad y la fatiga eran los menores de los sufrimientos que estaba destinado a soportar; me había maldecido algún espíritu perverso, y doquiera llevaba conmigo mi eterno infierno; pero sin embargo, todavía un espíritu benévolo seguía y dirigía mis pasos; y, cuando más me lamentaba, me sacaba súbitamente de dificultades en apariencia insalvables. Algunas veces, cuando mi naturaleza, vencida por el hambre, se hundía en el extremo agotamiento, en el desierto se me presentaba una comida que me restauraba y daba ánimos. Los alimentos eran ciertamente toscos, como los que comen los campesinos, pero no dudo de que eran dispuestos allí por los espíritus cuya ayuda había invocado. Con frecuencia, cuando todo estaba seco, el cielo raso y yo quemado por la sed, una nube ligera extendía su velo, vertía unas gotas que me hacían revivir, y se desvanecía.

Yo seguía, cuando me era posible, el curso de los ríos; pero por lo general el maléfico ser los evitaba, al ser allí donde la población del país se agrupaba principalmente. En otros lugares era raro ver seres humanos; y generalmente subsistía a base de los animales salvajes que se cruzaban en mi camino. Llevaba dinero, y me ganaba la amistad de los aldeanos distribuyéndolo; o aportaba conmigo alguna pieza que había matado, que, tras coger de ella una pequeña parte, siempre regalaba a los que me habían provisto de fuego y utensilios para cocinar.

Mi vida, que transcurría de este modo, me resultaba en verdad odiosa, y sólo durante el sueño podía saborear algún placer. ¡Oh bendito sueño!; con frecuencia, cuando me sentí más desdichado, me hundí en el descanso, y mis sueños me proporcionaron un respiro, incluso el éxtasis. Los espíritus que me protegían me concedían esos momentos, o mejor dicho horas, de felicidad, de manera que pudiese aún disponer de la fuerza suficiente para llevar a cabo mi peregrinación. Privado de este respiro, me hubiese hundido bajo el peso de mis penalidades. Durante el día, me sostenía y animaba la esperanza de la noche, porque durante el

sueño veía a mis seres queridos, a mi esposa y mi querido país; de nuevo vi el rostro bondadoso de mi padre, oí el argentino acento de la voz de Elizabeth, y contemplé a Clerval pleno de salud y juventud. Muchas veces, cuando me sentía agotado por una fatigosa marcha, me convencía a mí mismo de que aquello era un sueño hasta que llegase la noche, y de que entonces gozaría de la realidad en brazos de mis seres más queridos. ¡Qué insoportable ternura sentía por ellos!, ¡cómo me aferraba a sus queridas formas, hasta el punto de que a veces me acompañaban incluso durante mi marcha y me convencía de que estaban todavía vivos! En tales momentos la venganza, que me quemaba por dentro, se extinguía en mi corazón, y proseguía mi camino hacia la destrucción del maléfico ser más como una tarea asignada por los cielos, como el impulso mecánico de algún poder del que yo no era consciente, que como el ardiente deseo de mi alma.

No alcanzo a saber cuáles eran los sentimientos de aquél a quien perseguía. Algunas veces, es cierto, dejó marcas escritas en la corteza de los árboles, o grabadas en piedras, las cuales me guiaron y excitaron mi furia. «Mi dominio aún no ha concluido –esas palabras podían leerse en una de aquellas inscripciones–; vives, y mi poder es completo. Sígueme; me dirijo a los eternos hielos del norte, donde hallarás las penalidades del frío y los témpanos, a las que yo soy insensible. Encontrarás cerca de este lugar, si no me sigues demasiado tarde, una liebre muerta; come y recupera fuerzas. Ven, enemigo mío; todavía tenemos que combatir a muerte, pero debes soportar muchas horas de penuria y dolor hasta que ese momento llegue.»

¡Demonio burlón! De nuevo juro venganza; de nuevo me consagro a ti, demonio miserable, para torturarte y matarte. Nunca abandonaré mi persecución, hasta que él o yo perezcamos; y entonces, ¡con qué éxtasis me reuniré con mi Elizabeth, y con mis amigos difuntos, que ahora mismo ya me están preparando la recompensa de mi fatigosa tarea y horrible peregrinación!

Según proseguía mi viaje hacia el norte, las nevadas arreciaron, y el frío aumentó hasta un grado incluso demasiado severo para soportarlo. Los campesinos estaban encerrados en sus chozas, y solamente unos pocos de los más avezados se aventuraban a salir para cazar a los animales a los que el hambre había obligado a abandonar sus escondrijos para buscar una presa. Los ríos estaban cubiertos de hielo, y no se podía pescar; por consiguiente se me

privaba de mi principal fuente de alimento.

El triunfo de mi enemigo crecía con la dificultad de mis tareas. Así rezaba una inscripción que dejó: «¡Prepárate!, tus penalidades no han hecho sino comenzar. Envuélvete en pieles, y provéete de alimentos, porque pronto comenzaremos un viaje durante el que tus sufrimientos satisfarán mi odio eterno».

Esas palabras burlonas avivaron mi valor y perseverancia; decidí no desfallecer en mi propósito e, invocando a los Cielos para que me sostuviesen, continué con inquebrantable ardor la travesía de inmensos desiertos, hasta que en la distancia apareció el océano y marcó el extremo límite del horizonte. ¡Oh!, ¡cuán distinto era de los azules mares del sur! Cubierto por el hielo, sólo se distinguía de la tierra por lo abrupto y desolado de su aspecto. Los griegos lloraron de alegría cuando contemplaron el Mediterráneo desde las colinas de Asia, y saludaron con alborozo el final de sus penalidades. Yo no lloré, pero caí de rodillas y, de todo corazón, agradecí al espíritu que me guiaba el que me hubiese conducido sano y salvo al lugar donde esperaba, pese a las pullas de mi adversario, encontrarlo y entrar en combate con él.

Unas semanas antes de esto me había procurado un trineo y perros, y atravesaba pues las nieves a increíble velocidad. No sé si el demonio disponía de las mismas ventajas, pero descubrí que, así como antes había yo ido perdiendo diariamente distancia en la persecución, ahora me aproximaba a él, tanto que, cuando por vez primera vi el océano, no me llevaba más que un día de viaje de ventaja y esperaba interceptarlo antes de que él alcanzase la playa. Así pues, con renovado coraje, seguí adelante, y al cabo de dos días llegué a una miserable aldea a la orilla del mar. Interrogué a los habitantes sobre el demonio, y obtuve información digna de crédito. Dijeron que un monstruo gigantesco había llegado la noche antes, armado con un rifle y muchas pistolas, tras haber puesto en fuga a los habitantes de una choza solitaria por el temor a su espantosa apariencia. Se había llevado sus provisiones de comida para el invierno, y colocándolas en un trineo, para cuyo manejo se había apoderado de una numerosa jauría de perros adiestrados al efecto, los había aparejado y, la misma noche, para alegría de los aldeanos paralizados de espanto, había proseguido su viaje a través del mar en una dirección que no conducía a tierra alguna; y ellos opinaban que pronto sería destruido al quebrarse el hielo, o lo congelarían los fríos eternos.

Al escuchar esta información, tuve un acceso temporal de desesperación. Se me había escapado; y debía comenzar un viaje destructor y casi interminable por los hielos montañosos del océano, entre el frío que pocos de sus habitantes podían soportar por largo tiempo, y al que yo, originario de un clima agradable y soleado, no podía esperar sobrevivir. Sin embargo, ante la idea de que el demonio viviría y saldría vencedor, mi rabia y venganza volvieron, y, como una poderosa marea, se impusieron a todos los otros sentimientos. Tras un breve descanso, durante el cual los espíritus de los muertos se reunieron a mi alrededor y me instigaron al esfuerzo y la venganza, me preparé para el viaje.

Cambié mi trineo de tierra por otro concebido para el irregular relieve del Océano Helado, y, tras haber adquirido abundantes provisiones, dejé la tierra firme.

No puedo calcular cuántos días han pasado desde entonces; pero he sufrido penalidades que nada, sino el sentimiento perdurable de justa retribución que arde en mi pecho, podría haberme hecho capaz de soportar. Con frecuencia me cerraban el paso inmensas y escarpadas montañas de hielo, y a menudo oí bajo el suelo el resonar del mar, que me amenazaba con destruirme. Pero vino de nuevo la helada, e hizo seguros los senderos del mar.

Por la cantidad de provisiones que había consumido, calcularía que pasé tres semanas viajando de esta forma; y la continua dilación de la esperanza, que se refugiaba incansable en mi corazón, muchas veces me arrancaba de los ojos amargas lágrimas de dolor y desaliento. La desesperación casi había ya tomado posesión de su presa, y podía hundirme en breve plazo bajo el peso de tales sufrimientos. Una vez, después de que los pobres animales que me transportaban hubiesen, con un esfuerzo increíble, coronado la cima de una empinada montaña de hielo y uno de ellos, vencido por la fatiga, muriera, estaba contemplando con angustia la vasta extensión que ante mí se abría cuando, de repente, mis ojos se posaron en un punto negro en la oscura llanura. Agucé la vista para descubrir qué podía ser, y lancé un salvaje grito de entusiasmo cuando distinguí un trineo, y dentro las deformes proporciones de una figura bien conocida. ¡Oh!, ¡qué ardientes borbotones de esperanza volvieron a visitar mi corazón!; los ojos se me llenaron de tibias lágrimas que enjuagué con apresuramiento para que no impidiesen la visión del demonio; pero mi vista continuó empañada por las ardientes gotas hasta que, cediendo a las emociones que me

oprimían, rompí en grandes sollozos.

Pero no era tiempo de dilaciones. Desembaracé a los perros de su compañero muerto, les di abundante ración de comida y, tras una hora de descanso, que era absolutamente necesario, y que sin embargo me resultó en extremo enojoso, continué mi ruta. El trineo era aún visible; no lo perdí de vista excepto en momentos en que, por breve espacio de tiempo, alguna roca de hielo me lo ocultaba interponiendo sus riscos. De manera perceptible, yo ciertamente ganaba terreno; y cuando, tras cerca de dos días de viaje, divisé a mi enemigo a no más de una milla de distancia, el corazón me dio un salto.

Pero ahora, cuando parecía que tenía a mi enemigo al alcance de la mano, mis esperanzas se extinguieron súbitamente y perdí todo rastro suyo de forma más completa que nunca antes. Se oyó marejada de fondo; el resonar de su avance, según las aguas se ondulaban e hinchaban debajo de mí, se hizo por momentos más amenazador y terrorífico. Forcé la marcha, pero en vano. Se levantó el viento; rugió el mar y, como si se tratara de la poderosa sacudida de un terremoto, el suelo se hendió y se agrietó con un ruido tremendo y abrumador. Todo terminó enseguida: en pocos minutos un mar tumultuoso se agitaba entre yo y mi enemigo, y yo flotaba a la deriva sobre un témpano que disminuía sin cesar, disponiendo así para mí una muerte horrible.

De esta forma discurrieron muchas horas espantosas; varios de mis perros murieron, y yo mismo estaba a punto de hundirme bajo el peso de la acumulación de desgracias cuando vi su buque fondeado y ofreciéndome esperanzas de socorro y de vida. No tenía idea de que los buques llegaran tan al norte, y me asombró su visión. Destruí rápidamente parte de mi trineo para hacer remos y, con esos medios, fui capaz, con infinita fatiga, de mover mi balsa de hielo en dirección a su barco. Había decidido, si ustedes se dirigían al sur, encomendarme de nuevo a la merced de los mares mejor que abandonar mi resolución. Esperaba convencerlos para que me cediesen un bote en el que pudiera perseguir a mi enemigo. Pero se dirigían al norte. Me subió a bordo cuando mis energías estaban exhaustas, y pronto habría sucumbido bajo mis múltiples penalidades a una muerte que todavía temo, porque mi tarea no se ha cumplido.

¡Oh!, ¿cuándo el espíritu que me guía me permitirá el descanso que tanto deseo conduciéndome hasta el ser maléfico?, ¿o debo yo

morir y él continuar viviendo? Si muero, júreme, Walton, que él no escapará, que usted lo buscará y satisfará mi venganza con su muerte. Mas ¿cómo me atrevo a pedirle que emprenda mi peregrinación, que sufra las penalidades que yo he soportado? No; no soy tan egoísta. Pero, cuando yo haya muerto, si él aparece, si los ministros de la venganza lo condujeran hasta usted, jure que no continuará viviendo, jure que no se elevará triunfante sobre la acumulación de mis desdichas y que no sobrevivirá para aumentar la lista de sus sombríos crímenes. Es elocuente y persuasivo; y en una ocasión sus palabras incluso tuvieron poder para llegarme al corazón, pero no se fíe de él. Su alma es tan infernal como su forma, llena de traición y de malicia diabólica. No lo escuche, invoque a los manes de William, Justine, Clerval, Elizabeth, mi padre, y del desgraciado Víctor, y hunda la espada en su corazón. Yo rondaré cerca, y dirigiré certeramente el acero.

Continuación de Walton

26 de agosto de 17...

Has leído esta extraña y terrorífica historia, Margaret; y ¿no sientes helársete la sangre de un horror como el que incluso ahora hiela la mía? Algunas veces, transido de repentina congoja, él no podía continuar su relato; otras, su voz quebrada, y sin embargo penetrante, pronunciaba con dificultad palabras colmadas de angustia. Unas veces se iluminaban con indignación sus ojos hermosos y expresivos, otras los dominaba el abatimiento del dolor, y se apagaban en una desdicha infinita. En ocasiones controlaba la expresión de su rostro y el timbre de su voz, y relataba los más horribles sucesos con tono sereno, suprimiendo todo rasgo de agitación; y luego de repente, como el estallido de un volcán, su faz pasaba a expresar la cólera más salvaje cuando se ponía a insultar a gritos a su perseguidor.

Su relato es coherente, y dicho con el aspecto de la pura verdad; pero debo confesarte que las cartas de Felix y de Safie, que me mostró, y la aparición del monstruo que vimos desde nuestro barco, me llevaron a otorgar más crédito a la veracidad de su narración que sus afirmaciones, por serias y coherentes que éstas fuesen. ¡Así que existe realmente tal monstruo! No puedo dudarlo, pero estoy desconcertado por la sorpresa y el asombro. Algunas veces he intentado obtener de Frankenstein los detalles acerca de la formación de su criatura, pero sobre este punto él se mostró impenetrable.

«¿Está usted loco, amigo mío? –dijo–, o ¿adónde lo lleva su insensata curiosidad? ¿Crearía también un enemigo demoníaco para usted y para el mundo? ¡Basta, basta!; aprenda de mis desdichas y no busque aumentar las suyas.»

Frankenstein descubrió que yo había tomado notas sobre su historia; pidió verlas, y luego las corrigió y amplió él mismo en muchos pasajes, sobre todo poniendo alma y vida en las conversaciones que mantuvo con su enemigo. «Ya que ha preservado usted mi narración –dijo–, no me gustaría que pasase mutilada a la posteridad.»

Así ha transcurrido una semana, durante la cual he escuchado el

relato más extraño que engendró nunca la imaginación. Mis pensamientos, y cada emoción de mi alma, han estado absorbidos por el interés que me ha inspirado mi huésped, con su historia y sus modales nobles y bondadosos. Quiero calmarle, pero ¿puedo aconsejar a alguien tan infinitamente desdichado, tan despojado de toda esperanza de consuelo, que viva? ¡Oh, no!, la única alegría que puede experimentar ahora será cuando disponga su quebrantado espíritu para la paz y la muerte. Mas disfruta de un único alivio, fruto del delirio y de la soledad: cree, cuando conversa en sueños con sus seres queridos y logra de tal unión consuelo de sus miserias o incitaciones para su venganza, que ellos no son creaciones de su fantasía, sino seres venidos a visitarle desde las regiones de un mundo remoto. Esta creencia da a sus ensueños una solemnidad que los hace para mí casi tan imponentes e interesantes como la verdad.

Nuestras conversaciones no se limitan siempre a su propia historia y desgracias. Despliega ilimitado conocimiento de todos los temas de literatura general, así como una comprensión rápida y penetrante. Su elocuencia es enérgica y conmovedora; y no puedo oírle, cuando relata un suceso patético, o pretende excitar pasiones de piedad o de amor, sin lágrimas. ¡Qué magnífica criatura debe de haber sido en sus días de prosperidad cuando es así de noble y de maravilloso en plena ruina! Él parece darse cuenta de su propia valía y de la grandeza de su caída.

«Cuando era más joven –dijo– me creía destinado a alguna gran empresa. Mis sentimientos son profundos; pero poseía una frialdad de juicio que me capacitaba para hazañas ilustres. Este sentimiento del valor de mi naturaleza me sostenía en ocasiones en que otros se habrían sentido abrumados; porque habría considerado un crimen desperdiciar en aflicción inútil aquel talento que podía ser útil para mi prójimo. Si reflexiono sobre la obra que he llevado a cabo, nada menos que la creación de un animal sensible y racional, no puedo incluirme a mí mismo en el tropel de vulgares investigadores. Pero este pensamiento, que me sirvió de apoyo al comienzo de mi carrera ahora sólo sirve para hundirme aún más en el polvo. Nada valen todas mis especulaciones y esperanzas; y, como el arcángel que aspiró a la omnipotencia, estoy encadenado a un infierno eterno. Mi imaginación era vívida, mas mi capacidad de análisis y de aplicación era intensa; con la unión de esas cualidades concebí la idea, y ejecuté la creación de un hombre. Incluso ahora no puedo recordar sin pasión mis sueños mientras la obra estaba aún

incompleta. En mis pensamientos hollaba los cielos, exultante unas veces por mis poderes, ardiendo otras ante la idea de sus efectos. Desde mi infancia estuve imbuido de grandes aspiraciones y grandiosa ambición; ¡pero ahora estoy hundido! ¡Oh, amigo mío!, si me hubiera conocido como en otro tiempo fui no me reconocería en este estado de degradación. Raramente el desánimo visitaba mi corazón; parecía conducirme hacia delante un alto destino, hasta que caí, para no levantarme nunca, nunca más.»

¿Debo, pues, perder a este ser admirable? He echado largo tiempo de menos a un amigo; he buscado a alguien que simpatizara conmigo y me quisiera. Ya ves, he hallado a tal persona en estos mares desiertos; pero me temo que lo he ganado tan sólo para conocer su valor y perderlo. Me gustaría reconciliarlo con la vida, pero rechaza la idea.

«Gracias, Walton –dijo– por sus bondadosas intenciones hacia tan mísero desdichado; pero cuando habla de nuevos lazos y afectos, ¿cree posible que alguno reemplace a los que desaparecieron? ¿Puede ser hombre alguno para mí como Clerval lo era, mujer alguna como Elizabeth? Incluso cuando los afectos no son suscitados por la fuerza de la superior excelencia, los compañeros de nuestra infancia siempre poseen cierto poder sobre nuestras mentes, que difícilmente puede alcanzar amigo alguno posterior. Ellos conocen nuestras disposiciones infantiles, que, por mucho que después se modifiquen, nunca se extirpan; y les es posible juzgar nuestras acciones con conclusiones más certeras respecto a la integridad de nuestros motivos. Una hermana o un hermano nunca pueden recelar, excepto que tales síntomas hayan aparecido a edad ciertamente muy temprana, uno en el otro el fraude o la falsedad, mientras que en tales casos, un amigo, por íntimo que sea, puede, a su pesar, ser visto con sospecha. Pero he gozado de amigos queridos, no sólo por la costumbre y la compañía, sino por sus propios méritos; y allá por donde voy, la dulce voz de mi Elizabeth y la conversación de Clerval siempre susurrarán en mis oídos. Están muertos, y sólo un sentimiento en tal soledad puede persuadirme para mantenerme en vida. Si me hubiera embarcado en alguna elevada empresa o proyecto pleno de utilidad para mis semejantes, entonces podría vivir para llevarlo a cabo. Pero no es tal mi destino; debo perseguir y destruir al ser al que di existencia; entonces se cumplirá mi tarea en la tierra, y podré morir.»

2 de septiembre

Mi querida hermana:

Te escribo rodeado de peligros y en la ignorancia de si estoy destinado a ver alguna vez de nuevo la querida Inglaterra y los aún más queridos amigos que la habitan. Me rodean montañas de hielo, que no admiten escapatoria y que amenazan en todo momento con aplastar mi barco. Los valientes compañeros que persuadí para que viniesen conmigo miran hacia mí en busca de ayuda, pero ninguna puedo proporcionarles. Hay algo terriblemente espantoso en nuestra situación, pero mi valor y esperanza no me han abandonado. Aun así, es terrible pensar que las vidas de todos esos hombres están en peligro a causa mía. Si desaparecemos, el motivo habrán sido mis locos proyectos.

¿Y cuál será entonces, querida Margaret, tu estado de espíritu? No sabrás de mi destrucción, y esperarás ansiosamente mi regreso. Pasarán los años, y te visitará la desesperación, y sin embargo te torturará la esperanza. ¡Oh, mi querida hermana!, la perspectiva de la angustiosa decepción de tus sinceras expectativas es para mí más terrible que mi propia muerte. Pero tienes marido, y unos niños adorables; puedes ser feliz. ¡Que el Cielo te bendiga y lo seas!

Mi infortunado huésped me mira con la más tierna compasión. Procura infundirme esperanza, y habla como si la vida fuera una posesión que tuviera valor para él. Me recuerda con cuánta frecuencia tales accidentes han ocurrido a otros navegantes que se han aventurado por este mar, y, pese a mí mismo, me colma de alentadores augurios. Incluso los marineros sienten el poder de su elocuencia: cuando él habla, ya no desesperan más, despierta sus energías y, mientras oyen su voz, creen que esas vastas montañas de hielo son insignificantes montículos que se desvanecerán ante la voluntad de los hombres. Tales sentimientos son pasajeros; cada día de prolongación de la espera los llena de miedo, y casi temo un motín causado por esta desesperación.

5 de septiembre

Acaba de tener lugar una escena de tan inusitado interés que, aunque es altamente improbable que estos papeles puedan nunca llegar hasta ti, sin embargo no puedo abstenerme de anotarla.

Seguimos todavía rodeados por montañas de hielo, todavía en peligro inminente de que nos aplasten al chocar. El frío es excesivo,

y muchos de mis infortunados camaradas ya han hallado una tumba en medio de este escenario de desolación. La salud de Frankenstein ha declinado de día en día: aún relampaguea en sus ojos un fuego febril, pero está exhausto, y, cuando se incorpora de repente haciendo un esfuerzo, se derrumba al instante aparentemente exánime.

Te mencioné en la última carta mis temores de un motín. Esta mañana, mientras estaba sentado observando el rostro macilento de mi amigo –los ojos medio cerrados y los miembros pendiendo inertes–, me hizo incorporarme media docena de marineros que pedían permiso para entrar en el camarote. Lo hicieron, y su líder se dirigió a mí. Me dijo que él y sus compañeros habían sido escogidos para presentármese como delegación con el fin de plantearme una solicitud que, en justicia, no podía rechazar. Estábamos emparedados por el hielo, y probablemente no escaparíamos jamás; pero temían que si, como era posible, el hielo desaparecía y se nos abría camino franco, yo sería lo bastante temerario como para continuar mi viaje, y conducirlos a nuevos peligros después de que hubiesen superado felizmente éste. Insistieron en que, por consiguiente, yo debía prometerles solemnemente que, si el barco se liberaba, al punto dirigiría ruta hacia el sur.

Este discurso me inquietó. No había desesperado, ni concebido aún la idea de volver si me veía libre. Sin embargo, ¿podía, en justicia, o incluso en la práctica, negarme a esta petición? Vacilaba antes de responder cuando Frankenstein, que al principio se había mantenido en silencio y, ciertamente, apenas parecía tener bastante fuerza para atender, ahora se incorporó; le centelleaban los ojos y sus mejillas se habían arrebolado con momentáneo vigor. Volviéndose hacia los hombres, dijo:

«¿Qué significa esto? ¿Qué pedís a vuestro capitán? ¿Tan fácilmente renunciáis a vuestros propósitos? ¿No llamabais a esto una gloriosa expedición? ¿Y por qué razón era gloriosa? No porque el camino fuese suave y plácido como en un mar del sur, sino porque estaba lleno de peligros y terror; porque cada nuevo incidente apelaba a vuestra fortaleza y proclamaba vuestro valor; porque el peligro y la muerte lo rodeaban, y a ello era a lo que vosotros ibais a desafiar y a vencer. De ahí en adelante seríais aclamados como bienhechores de vuestra especie, se adorarían vuestros nombres, como pertenecientes a hombres valientes que hallaron la muerte en nombre del honor y del beneficio de la

humanidad. Y ahora, mirad, con el primer asomo de peligro, o, si preferís, con la primera prueba poderosa y terrible de vuestro coraje, os echáis atrás, y os conformáis con pasar por hombres que no tuvieron la fuerza suficiente para soportar el frío y el riesgo; y así, pobrecitos, como eran frioleros, volvieron a sus tibios rincones junto a la lumbre. Pues eso no requiere esta preparación; no necesitabais entonces haber llegado tan lejos, y arrastrado a vuestro capitán a la vergüenza de una derrota simplemente para probaros que sois unos cobardes. ¡Oh! Sed hombres, o sed más que hombres. Sed constantes en vuestros propósitos, y tan firmes como una roca. Este hielo no está hecho de materia semejante a la que puede formar vuestros corazones, es mudable, y no puede resistirseos, si así lo afirmáis. No volváis a vuestras familias con el estigma de la deshonra en la frente. Regresad como héroes, que han luchado y conquistado, y que desconocen lo que es volver la espalda al enemigo.»

Pronunció estas palabras con modulaciones de voz tan adecuadas para los distintos sentimientos que expresaba en su discurso, con los ojos tan rebosantes de nobles propósitos y de heroísmo que ¿puedes admirarte de que aquellos hombres se conmovieran? Se miraron unos a otros, y fueron incapaces de replicar. Yo hablé; les dije que se retiraran y consideraran cuanto se había dicho; que no los conduciría más lejos hacia el norte si deseaban tenazmente lo contrario, pero que esperaba que, tras reflexión, volvería su valor.

Se retiraron, y me volví hacia mi amigo; pero estaba hundido en gran languidez y casi carente de vida.

Desconozco cómo acabará todo esto; pero mejor querría morir que regresar vergonzosamente, sin haber cumplido mi propósito. Sin embargo, temo que tal será mi destino; los hombres a los que no asisten ideas de gloria y honor no pueden nunca voluntariamente continuar soportando sus actuales penalidades.

7 de septiembre

La suerte está echada: He consentido en regresar si no somos destruidos. De esta forma son pulverizadas mis esperanzas por la cobardía y la indecisión; vuelvo ignorante y decepcionado. Hace falta más filosofía de la que yo poseo para soportar con paciencia esta injusticia.

12 de septiembre

Se acabó; voy de vuelta a Inglaterra. He perdido mis esperanzas de utilidad y de gloria; he perdido a mi amigo. Pero me esforzaré por detallarte, querida hermana, aquellas amargas circunstancias, y, mientras los vientos me empujan hacia Inglaterra y hacia ti, no caeré en el abatimiento.

El 9 de septiembre el hielo comenzó a moverse, y se oyó en la distancia un estruendo semejante a truenos cuando las islas se hendieron y resquebrajaron en todas direcciones. Estábamos en peligro inminente, pero, como sólo podíamos permanecer pasivos, el principal objeto de mi atención era mi infortunado huésped, cuya dolencia aumentó hasta tal extremo que ya era enteramente incapaz de levantarse de la cama. El hielo se resquebrajó detrás de nosotros y fue impulsado con fuerza hacia el norte; se levantó una brisa desde el oeste, y el día 11 el paso hacia el sur quedó completamente libre. Cuando los marineros vieron esto, y que el regreso a su país natal aparentemente estaba asegurado, se levantó de ellos un tumultuoso grito de alegría, alto y que duró largo rato. Frankenstein, que estaba adormecido, se despertó, y preguntó la causa del tumulto. «Gritan –dije– porque volverán pronto a Inglaterra.»

«¿Realmente vuelven ustedes?»

«¡Ay!, sí; no puedo oponerme a sus demandas. No puedo conducirles hacia el peligro contra su voluntad, y debo regresar.»

«Hágalo, si lo desea; pero yo no lo haré. Usted puede renunciar a su resolución, pero la mía me ha sido asignada por los Cielos, y no oso hacerlo. Estoy débil; pero ciertamente los espíritus que apoyan mi venganza me dotarán de la fuerza suficiente.» Según decía esto, intentó saltar del lecho, pero el esfuerzo fue demasiado grande para él; cayó de espaldas y se desmayó.

Pasó bastante tiempo hasta que se recuperó, y pensé repetidas veces que la vida le había abandonado por completo. Finalmente abrió los ojos; respiraba con dificultad, y era incapaz de hablar. El médico le administró una dosis de calmante y nos ordenó dejarlo tranquilo. Entretanto me dijo que a mi amigo ciertamente no le quedaban muchas horas de vida.

Se había pronunciado la sentencia, y yo sólo podía afligirme y tener paciencia. Me senté junto a su cama, observándolo; tenía los ojos cerrados, y creí que dormía; pero entonces me llamó con voz débil y, rogándome que me aproximara, dijo: «¡Ay!, las fuerzas con las que contaba han desaparecido; siento que pronto moriré y que

él, mi enemigo y perseguidor, puede aún estar vivo. No crea, Walton, que en los últimos momentos de mi existencia experimento aquel odio abrasador, y aquel ardiente deseo de venganza, que una vez expresé; pero me siento justificado al desear la muerte de mi adversario. Durante estos últimos días he estado ocupado examinando mi conducta pasada; y tampoco la encuentro reprochable. En un acceso de locura entusiasta creé una criatura racional, y estaba ligado a ella para asegurarle, en la medida de mis posibilidades, la felicidad y el bienestar. Éste era mi deber; pero había otro aún mayor que reclamaba mi atención. Mis deberes respecto a los seres de mi propia especie exigían mi atención en muy superior medida. Presionado por este punto de vista, rehusé, y tuve razón en rehusar, crear una compañera para la primera criatura. Él mostró insólita perversidad y egoísmo en el ejercicio del mal: destruyó a mis amigos, se dedicó a la aniquilación de seres que poseían sensibilidad exquisita, felicidad y sabiduría; desconozco asimismo dónde puede acabar su sed de venganza. Por desgraciado que sea él, debe morir para que no haga desdichados a otros. La tarea de su destrucción era mía, pero he fallado. Cuando actuaba por egoísmo y por viciosas motivaciones, le pedí a usted que se encargase de mi obra inacabada; y de nuevo se lo pido ahora, cuando sólo la razón y la virtud me inducen a ello.

»Sin embargo no puedo pedirle que renuncie a su país y amigos para cumplir esta tarea; y ahora, que está de regreso hacia Inglaterra, tiene pocas posibilidades de encontrarse con él. Pero la consideración de esos puntos, y la estima equilibrada de cuáles pueda usted juzgar que son sus deberes, lo dejo a su criterio; mi juicio e ideas están ya enturbiados por la inminente cercanía de la muerte. No me atrevo a pedirle lo que considero justo, porque todavía puede engañarme la pasión.

»Que continúe viviendo tal instrumento de maldad me turba; por otra parte, esta hora, en la que espero mi pronta liberación, es la única feliz que he tenido desde hace varios años. Las imágenes de mis amados muertos revolotean ante mí, y me dirijo apresurado hacia sus brazos. ¡Adiós para siempre, Walton! Busque la felicidad en la tranquilidad, y evite la ambición, incluso si tuviera la inocente apariencia de destacarse usted mismo en la ciencia y los descubrimientos. Pero ¿por qué digo esto? Yo he sido aniquilado por esas esperanzas, pero otro puede tener éxito.»

Su voz se iba haciendo más débil según hablaba; y al final,

agotado por este esfuerzo, se sumió en el silencio. Una media hora más tarde intentó hablar de nuevo, pero no fue capaz, apretó levemente mi mano, y sus ojos se cerraron para siempre, mientras el resplandor de una dulce sonrisa se desvanecía de sus labios.

Margaret, ¿qué comentario puedo hacerte sobre la temprana extinción de este espíritu magnífico? ¿Qué puedo decir que te permita comprender la profundidad de mi dolor? Todo lo que pudiera expresarte sería inadecuado y escaso. Manan mis lágrimas; mi mente se halla ensombrecida por una nube de decepción. Pero me dirijo hacia Inglaterra, y puede que allá encuentre consuelo.

Me interrumpen. ¿Qué anuncian esos ruidos? Es medianoche; la brisa sopla favorable, y la guardia de cubierta apenas se mueve. De nuevo; es el sonido de una voz humana, pero bronca; viene de la cabina donde todavía yacen los restos de Frankenstein. Debo levantarme y examinarlo. Buenas noches, hermana mía.

¡Santo Dios!, ¡qué escena acaba de tener lugar! Todavía estoy aturdido con su recuerdo. Apenas sé si tendré la fuerza de detallarla; sin embargo, la historia que he anotado estaría incompleta sin esta final y asombrosa catástrofe.

Entré en el camarote, donde yacen los restos de mi malhadado y admirable amigo. Se inclinaba sobre él una figura que no puedo encontrar palabras para describir: de estatura gigantesca, pero tosca y deforme en sus proporciones. Al estar inclinado sobre el ataúd, su rostro estaba oculto por largas mechas de enmarañado pelo, pero extendía una de sus manos, parecida en color y textura aparente a la de una momia. Cuando oyó el ruido de mis pasos, cesó de proferir exclamaciones de dolor y horror, y saltó hacia la ventana. Nunca he contemplado visión tan horrible como la de su cara, de tan odiosa y aterradora fealdad repulsiva. Cerré involuntariamente los ojos, y me esforcé en recordar cuáles eran mis deberes respecto a este destructor. Le ordené que se quedara.

Se detuvo, mirándome con asombro; y, de nuevo, volviéndose hacia la forma sin vida de su creador, pareció olvidarse de mi presencia, y cada uno de sus rasgos y gestos pareció animado por la más salvaje furia de alguna pasión incontrolable.

«¡Esto es también mi víctima! –exclamó–: en su asesinato se consuman mis crímenes, ¡el miserable curso de mi existencia ha llegado a su fin! ¡Oh, Frankenstein, ser abnegado y generoso!, ¿de qué sirve que ahora yo te pida que me perdones? Yo, que te he destruido irreparablemente al destruir todo lo que amabas. ¡Ay!,

está frío, no puede responderme. »

La voz parecía ahogársele, y mi primer impulso, sugerido por el deber de obedecer a la petición de mi amigo moribundo, estaba ahora suspenso por una mezcla de curiosidad y compasión. Me aproximé a esta tremenda criatura, no osé alzar los ojos de nuevo hacia su rostro; había algo tan aterrador y sobrenatural en su fealdad. Intenté hablar, pero las palabras se extinguieron en mis labios. El monstruo continuaba expresando autoacusaciones salvajes e incoherentes. Por fin reuní la resolución suficiente para dirigirme a él en una pausa de la tempestad de su pasión: «Tu arrepentimiento –dije– está ahora de más. Si hubieras escuchado la voz de la conciencia, y atendido a las punzadas del remordimiento, antes de haber llevado tu diabólica venganza hasta este extremo, Frankenstein aún viviría».

«¿Y cree usted –dijo el demonio–; ¿cree usted que yo era entonces insensible a la angustia y el remordimiento?... Él –continuó señalando al cadáver–, él no sufrió en la consumación de los hechos, ¡oh!, ni la diezmilésima parte de la angustia que yo experimenté en la lenta minuciosidad de su ejecución. Un horrendo egoísmo me obligaba a apresurarme a cometerlos, al tiempo que mi corazón estaba envenenado por el remordimiento. ¿Cree usted que los gemidos de Clerval fueron música para mis oídos? Mi corazón estaba hecho para ser sensible al amor y la simpatía y, cuando fue forzado por la desdicha al vicio y al odio, no soportó la violencia del cambio sin torturas tales como usted no puede ni siquiera imaginar.

»Tras el asesinato de Clerval, volví a Suiza, con el corazón destrozado y vencido. Me daba lástima Frankenstein; mi piedad llegó hasta el horror: Me aborrecía a mí mismo. Pero, cuando descubrí que él, el autor a la vez de mi existencia y de sus indecibles tormentos, se atrevía a esperar la felicidad, que, mientras él acumulaba sobre mí desgracia y desesperación, buscaba su propio gozo en sentimientos y pasiones cuyo disfrute me estaba a mí para siempre vetado, entonces la envidia impotente y la amarga indignación me llenaron con una sed insaciable de venganza. Recordé mi amenaza, y resolví que se cumpliría. Sabía que disponía para mí mismo una mortal tortura; pero era el esclavo, no el dueño, de un impulso que detestaba pero al que no podía desobedecer. ¡Pero cuando ella murió!..., no, entonces no fui desdichado, había sacudido de mí todo sentimiento, dominado toda angustia, para

entregarme al exceso de mi desesperación. El Mal se convirtió desde entonces en mi dios. Tras haber llegado tan lejos, no tenía más elección que adaptar mi naturaleza a un elemento que había escogido voluntariamente. La consumación de mi demoníaco designio se hizo una pasión insaciable. Y ahora ha concluido; ¡he aquí a mi última víctima!»

Al principio me conmovió la expresión de su desdicha; pero, al recordar lo que había dicho Frankenstein de sus poderes de elocuencia y persuasión, y posar de nuevo los ojos en la forma exánime de mi amigo, la indignación se reavivó en mí. «¡Desgraciado! –dije–, bien está que vengas aquí a gimotear ante la desolación que tú has causado. Arrojas una antorcha en un conjunto de edificios; y, cuando están consumidos, te sientas entre las ruinas y lamentas su caída. ¡Demonio hipócrita!; si aquél al que lloras viviera todavía, todavía sería el objeto, de nuevo se transformaría en la presa, de tu maldita venganza. No es compasión lo que sientes; sólo te lamentas porque la víctima de tu maldad está más allá de tu poder.»

«Oh, no es así, no lo es –interrumpió la criatura–; pero tal debe de ser la impresión que le sugiere lo que parece ser el sentido de mis actos. Pero no busco un sentimiento de conmiseración de mi desdicha. Jamás podré encontrar comprensión. Cuando intenté hallarla al principio, lo que deseaba compartir era el amor de la virtud, los sentimientos de felicidad y afecto que rebosaban en todo mi ser. Pero ahora que la virtud se ha vuelto para mí una sombra, y que la felicidad y el afecto se han convertido en amarga y odiosa desesperanza, ¿adónde buscaría comprensión? Me contento con sufrir solo, mientras duren mis sufrimientos; cuando muera, estaré muy satisfecho de que la abominación y el oprobio se acumulen sobre mi memoria. Hubo un tiempo en que mi imaginación se consoló con sueños de virtud, de fama y de gozo. Hubo un tiempo en que esperé vanamente encontrarme con seres que, perdonándome mi forma exterior, me amarían por las excelentes cualidades de las que era capaz de dar muestras. Me nutrí de elevados pensamientos de honor y lealtad. Pero ahora el crimen me ha degradado por debajo del más vil de los animales. No pueden hallarse culpa, delito, maldad, desdicha comparables a los míos. Cuando recorro el horrendo catálogo de mis pecados, no puedo creer que yo sea la misma criatura cuyos pensamientos estuvieron en un tiempo llenos de sublimes y trascendentes visiones de la

belleza y majestad de la bondad. Pero así es: el ángel caído se convierte en maligno demonio. Sin embargo, incluso aquel enemigo de Dios y del hombre tenía en su desolación amigos y aliados; yo estoy solo.

»Usted, que llama a Frankenstein su amigo, parece tener conocimiento de mis crímenes y de sus desventuras. Pero, por detallados que se los haya descrito, no alcanzan a sumar las horas y meses de miseria que yo he soportado, consumido en impotentes pasiones. Porque, aunque destruía sus esperanzas, yo no satisfacía mis propios deseos. Éstos fueron siempre ardientes y devoradores, continuaba deseando amor y compañía, y se me continuaba despreciando. ¿No era esto una injusticia? ¿Hay que considerarme el único criminal cuando en realidad todo el género humano ha pecado contra mí? ¿Por qué no odia a Felix, que echó con contumacia a su amigo de su puerta? ¿Por qué no abomina del rústico que intentó destruir al salvador de su hijita? ¡No, ésos son seres virtuosos e inmaculados!, yo, el miserable y el abandonado, soy un aborto al que despreciar, y tratar a patadas, y pisotearlo. Incluso ahora me hierva la sangre cuando recuerdo esa injusticia.

»Pero es verdad que soy un canalla. He asesinado a los amables e indefensos; he estrangulado a inocentes mientras dormían, y apretado hasta la muerte una garganta que nunca me dañó ni a mí ni a ningún otro ser viviente. He llevado a mi creador, un ejemplo escogido de cuanto entre los hombres se considera digno de amor y admiración, a la desgracia; incluso lo he perseguido hasta esta ruina irremediable. Ahí yace, con la palidez y frialdad de la muerte. Me odia usted, pero su aborrecimiento no puede compararse con aquél con el que me miro yo a mí mismo. Contemplo las manos que ejecutaron tales hechos; pienso en el corazón en el que la idea de éstos fue concebida, y ansío el momento en que esas manos, en que esa imaginación, ya no acosarán mi mente más.

»No tema que yo sea el instrumento de futuras maldades. Mi obra está casi terminada. Ni su muerte ni la de hombre alguno son necesarias para consumir el curso de mi existencia y cumplir lo que debe llevarse a cabo; pero sí se precisa la mía propia. No crea que tardaré en consumir este sacrificio. Abandonaré su barco en la balsa de hielo que me trajo hasta aquí, y me dirigiré hasta el extremo más septentrional del globo; elevaré mi pila funeraria, y reduciré a cenizas este cuerpo miserable, para que sus restos no puedan proporcionar indicios a ningún curioso y sacrílego

desgraciado que pretenda crear otro como el que yo he sido. Moriré. Ya no sentiré más la angustia que ahora me consume, ni seré presa de sentimientos insatisfechos, pero no extintos. Está muerto el que me dio el ser; y, cuando yo ya no exista, el recuerdo mismo de ambos se desvanecerá con rapidez. Ya no veré más el sol o las estrellas, ni sentiré el viento acariciar mis mejillas. Luz, sentimientos y sentidos desaparecerán; y en esa condición deberé hallar mi felicidad. Hace algunos años, cuando las imágenes que proporciona este mundo se abrieron por vez primera ante mí, cuando sentí el cálido saludo del verano, y oí el susurrar de las hojas y el gorjeo de los pájaros, y aquello era todo para mí, hubiera llorado ante la idea de morir; ahora es mi único consuelo. Mancillado por crímenes, y desgarrado por el más amargo remordimiento, ¿dónde puedo hallar descanso sino en la muerte?

»¡Adiós! Lo dejo, y en usted al último de la especie humana al que estos ojos habrán contemplado. ¡Adiós, Frankenstein! Si estuvieras todavía vivo y todavía abrigaras contra mí un deseo de venganza, éste hubiera estado mejor saciado con mi vida que con mi destrucción. Pero no ha sido así; buscaste mi extinción, para que yo no causara mayores desdichas, y si, de alguna forma que me es desconocida, no has cesado de pensar y de sentir, no deberías desear una venganza contra mí mayor que lo que ahora siento. Por destrozado que estuvieras, mi agonía aún era superior a la tuya; porque el amargo aguijón del remordimiento no cesará de roer mis heridas hasta que la muerte las cierre para siempre.

»Pero pronto –exclamó con triste y solemne entusiasmo– moriré, y no sentiré más lo que ahora siento. Pronto estas penas abrasadoras se extinguirán. Subiré triunfalmente a mi pira funeraria, y me regocijaré en la agonía de la tortura de las llamas. La luz de ese incendio se apagará; mis cenizas serán barridas hasta el mar por los vientos. Mi espíritu dormirá en paz; o si piensa, ciertamente no pensará de esta manera. Adiós.»

Dicho esto, saltó desde la ventana del camarote sobre la balsa de hielo, que se hallaba cerca de la nave. Las olas pronto lo condujeron lejos, y se perdió en la oscuridad y la distancia.

FIN

Frankenstein o el Moderno Prometeo***

Percy Bysshe Shelley

La novela *Frankenstein, o el moderno Prometeo* es sin duda, como mera narración, una de las más originales y completas de la época. Al leerla, nos preguntamos asombrados cuáles serían los pensamientos y las peculiares experiencias que los despertaron, llevando la mente de la autora a la asombrosa combinación de motivos e incidentes y a la sobrecogedora catástrofe que componen la historia. Tal vez algunos detalles secundarios indiquen que se trata de una ópera prima. Claro que este juicio requiere agudísimo discernimiento y podríamos equivocarnos, pues la historia se dirige con mano firme y segura hasta el final. El interés aumenta gradualmente y avanza hacia la conclusión con la velocidad acelerada de una peña que rueda montaña abajo. El suspense y la simpatía nos dejan sin aliento, así como la acumulación de un episodio sobre otro y el desencadenamiento de pasiones. «¡Ya basta!», exclamamos, pero todavía hay más, y creemos que no podremos soportarlo, como la víctima cuya historia se relata, pero todavía hay que soportar más. Las dificultades se amontonan como el Pelión sobre el Osa y el Osa sobre el Olimpo. Remontamos una cumbre tras otra hasta que, al divisar el horizonte vacío e infinito, la cabeza nos da vueltas y sentimos que el suelo cede bajo nuestros pies.

La novela destaca como fuente de una emoción profunda e intensa. Se desvelan los sentimientos elementales de la mente humana; y tal vez sólo las personas habituadas a reflexionar sobre su origen y tendencia comprendan plenamente la importancia de las acciones a las que llevan. Aunque, como se basan en la naturaleza, quizá no haya ningún lector que soporte algo más que una nueva historia de amor, que no sienta vibrar una fibra sensible en lo más hondo de su ser. Los sentimientos son cálidos e inocentes, los caracteres de los personajes secundarios de este extraño drama se muestran a la luz de una mente delicada y gentil. Las descripciones de las costumbres domésticas son un modelo de sencillez y encanto. El patetismo es

irresistible y profundo. Y los crímenes y la malevolencia de la singular Criatura, aunque en verdad atroces, no son fruto de una extraña propensión al mal, sino la inevitable consecuencia de determinadas causas a las que corresponden plenamente. Son, como si dijéramos, hijos de la Necesidad y de la Naturaleza Humana. En esto consiste la enseñanza directa del libro; y tal vez sea la más importante y de aplicación más universal de las que pueden exponerse mediante el ejemplo. Maltratad a una persona y se volverá malvada. Responded al afecto con desprecio, permitid que se escoja a alguien, por la razón que sea, como desecho de su especie, marginadlo de la sociedad, siendo como es un ser sociable, y le impondréis como obligaciones ineludibles el egoísmo y la malevolencia. Sucede así con excesiva frecuencia que los más capacitados para ser benefactores y honra de la sociedad quedan marcados por el desprecio y se convierten por abandono y desconsuelo en un azote y una maldición.

La Criatura de *Frankenstein* es sin duda un ser terrible. Era imposible que no recibiese de los hombres el trato que condujo a las consecuencias de su naturaleza sociable. Era un aborto y una anomalía y, aunque su mente se formó a partir de las primeras impresiones, cálida y llena de sensibilidad moral, las circunstancias de su existencia son tan monstruosas y poco comunes que cuando las consecuencias de éstas se manifiestan en la acción, su bondad original se convierte de forma gradual en pábulo de misantropía y venganza inextinguibles. La escena entre la Criatura y el ciego De Lacey en la casita del bosque es uno de los ejemplos de patetismo más extraordinarios y profundos que recordamos. Es imposible leer este diálogo –y, en verdad, muchos otros de carácter similar– sin sentir que el asombro nos paraliza el corazón y que se nos llenan los ojos de lágrimas. El encuentro y la discusión entre [Víctor] Frankenstein y la Criatura en el mar de hielo es casi comparable, en efecto, a las amonestaciones de Caleb Williams a Falkland.**** Nos recuerdan un poco el estilo y el carácter del admirable escritor al que la autora dedica su obra, y cuyos escritos parece haber estudiado.

Hay sólo un ejemplo en el que detectamos un levísimo rastro de imitación, y es el episodio de la llegada de Frankenstein a Irlanda. En realidad, el carácter general de la narración no se parece a ninguna obra anterior. Después de la muerte de Elizabeth, como un río más rápido y profundo a medida que avanza, la obra adquiere

una solemnidad irresistible y la grandiosa energía y el ímpetu de una tempestad.

La escena del camposanto, en la que Víctor Frankenstein visita las sepulturas de su familia, su marcha de Ginebra y su viaje por Tartaria hasta las costas del Océano Helado semejan al mismo tiempo la pavorosa reanimación de un cadáver y la sobrenatural carrera de un espíritu. La escena del camarote en el barco de Walton, el entusiasmo y la grandeza sobrehumanos del parlamento de la Criatura ante el cuerpo sin vida de su víctima, es una demostración de vigor intelectual e imaginativo que creemos que el lector reconocerá que rara vez se ha superado.

Lord Byron

Augustus Darvell, fragmento

En 17-, hacía ya bastante tiempo que había decidido viajar por países poco frecuentados hasta entonces, cuando partí al fin en compañía de un amigo al que llamaré Augustus Darvell. Él era unos años mayor que yo, contaba con una fortuna considerable y pertenecía a una familia antigua, ventajas que su gran talento le impedía infravalorar y sobrestimar. Ciertas circunstancias peculiares de su historia personal le habían hecho objeto de mi atención e interés, e incluso de un respeto que ni su comedimiento ni algún que otro indicio de una inquietud rayana a veces en enajenación podían mitigar.

Yo todavía era joven, aunque había empezado a vivir pronto; sin embargo, mi intimidad con él era reciente: nos habíamos educado en los mismos colegios y en la misma universidad, pero su paso por ellos había precedido al mío, y se había iniciado a fondo en lo que llamamos mundo, mientras que yo seguía en el noviciado. Entretanto, había oído muchas historias sobre su vida pasada y presente; y, si bien dichas historias contenían numerosas contradicciones irreconciliables, logré deducir del conjunto que se trataba de un individuo fuera de lo común, que seguiría destacando por mucho que se esforzase en pasar inadvertido. Más tarde, cultivé su trato y procuré ganarme su amistad, aunque lo segundo parecía imposible; daba la impresión de que los afectos que pudiese haber sentido, o bien se habían extinguido o se habían concentrado. Tuve bastantes ocasiones de observar que sus sentimientos eran intensos, pues, aunque los controlaba, no lograba disimularlos por completo; poseía, no obstante, la facultad de dar a una pasión la apariencia de otra, por lo que resultaba difícil determinar la naturaleza de lo que ocurría en su interior; y las expresiones de su rostro variaban tan levísima y rápidamente que era imposible localizar su origen. Sin duda era víctima de una inquietud incurable; pero no conseguí averiguar si se debía a ambición, amor, remordimiento, pesadumbre, a una de estas causas, a todas juntas o sencillamente a

un temperamento mórbido semejante a enfermedad. Existían supuestas circunstancias que habrían justificado la aplicación a cada una de esas causas; pero, como ya he dicho, eran tan contradictorias que no podía determinarse con precisión. Suele darse por sentado que el misterio y el mal van unidos. Ignoro la razón, pero, si bien en mi compañero de viaje era evidente lo primero, no pude determinar con certeza el alcance de lo segundo, y, en lo que a él concernía, me resistía a creer en su existencia. Mis insinuaciones fueron acogidas con bastante frialdad, pero yo era joven y no me desanimaba por las buenas, por lo que al fin conseguí establecer, hasta cierto punto, esa relación común y la moderada confianza de los asuntos corrientes y cotidianos, creadas y cimentadas en la similitud de objetivos y la frecuencia de encuentros, que se denomina intimidad, o amistad, según las ideas de quien emplee esas palabras para expresarlas.

Darvell era un viajero experto y yo había acudido a él en busca de información relacionada con el viaje que me proponía realizar. Abrigaba el secreto deseo de que se dejase convencer y decidiera acompañarme. No dejaba de ser una posibilidad, basada en la lúgubre inquietud que observaba en él y en la animación que parecía sentir sobre tales temas, a la que dio nuevo impulso su aparente indiferencia a cuanto lo rodeaba. Primero insinué mi deseo, y después se lo planteé. Su respuesta, aunque en parte la esperaba, me procuró todo el placer de la sorpresa: aceptó. Y, tras los preparativos necesarios, iniciamos nuestros viajes. Cruzamos varios países de Europa meridional, tras lo cual, dedicamos nuestra atención al Oriente, según nuestro destino original; y, en el curso del viaje por esas regiones, tuvo lugar el suceso en el que se basará lo que tenga que relatar.

Por su aspecto, Darvell debía haber sido un joven más robusto de lo habitual, pero hacía tiempo que su constitución se deterioraba paulatinamente sin que mediara ninguna enfermedad detectable: no tenía tos ni fiebre hética, pero cada día estaba más débil; sus hábitos eran moderados y no flaqueaba ni se quejaba de fatiga; pero se estaba consumiendo a ojos vista: se volvió cada vez más silencioso e insomne y, a la larga, cambió tanto que mi preocupación aumentó proporcionalmente al peligro que corría, en mi opinión.

Habíamos decidido que, al llegar a Esmirna, haríamos una excursión a las ruinas de Éfeso y Sardes, algo de lo que en vano intenté disuadir a mi compañero, debido a su indisposición, pues

parecía sumido en una pesadumbre y una gravedad que no correspondían a su impaciencia por continuar lo que yo consideraba un capricho impropio de un enfermo. Pero acabé cediendo a sus deseos y, a los pocos días, partimos juntos, con la única compañía de un *serrugee* y un jenízaro.

A mitad del camino hacia las ruinas de Éfeso, cuando ya habíamos pasado las regiones más fértiles de Esmirna y nos adentrábamos en la zona desértica y deshabitada entre los pantanos y desfiladeros que conducían a las pocas cabañas que quedaban sobre las columnas rotas de Diana (los muros de la cristiandad expulsada y la más reciente pero absoluta desolación de las mezquitas abandonadas), el súbito y rápido malestar de mi compañero nos obligó a hacer un alto en un cementerio turco, cuyas lápidas coronadas por turbantes eran la única señal de que los seres humanos hubiesen habitado alguna vez aquel desierto. Hacía horas que habíamos dejado atrás el único caravasar del camino, no se veía rastro de población ni de viviendas ni era probable que lo encontráramos, y aquella «ciudad de los muertos» parecía ser el único refugio de mi desdichado amigo, que estaba a punto de convertirse en su último habitante.

En semejante situación, miré alrededor, buscando un lugar en el que Darvell pudiese reposar más cómodamente. A diferencia de lo que es habitual en los cementerios mahometanos, en aquel había pocos cipreses, dispersos por su extensión. Casi todas las lápidas se habían desmoronado y estaban rotas y deterioradas por el tiempo. En una de las más grandes y bajo uno de los árboles más frondosos, se recostó Darvell con gran dificultad. Pidió agua. Yo no estaba seguro de encontrarla y me dispuse a ir en su busca con vacilante desaliento, pero él quería que me quedara y, volviéndose a nuestro jenízaro Solimán, que fumaba muy tranquilo a nuestro lado, le dijo:

–Solimán, *verbana su* –o sea, «trae un poco de agua», y le indicó con toda suerte de detalles dónde la encontraría, en un pequeño pozo para los camellos, pocos cientos de yardas a la derecha. El jenízaro obedeció.

–¿Cómo lo sabías? –pregunté a Darvell.

–Por nuestra situación –me contestó–. Advertirás que este lugar estuvo habitado en tiempos, algo que habría sido imposible sin manantiales. Además, ya había estado aquí antes.

–¡Ya habías estado aquí! ¿Y cómo no me lo has dicho nunca? ¿Y qué hacías en un lugar donde nadie se quedaría un segundo más de

lo necesario?

No recibí respuesta a esta pregunta. Mientras tanto, Solimán regresó con el agua, dejando al *serrugee* con los caballos en la fuente. Darvell se reanimó un momento en cuanto sació la sed; concebí esperanzas de que pudiese seguir, o al menos regresar, y le insté a intentarlo. Él guardó silencio, como si aunara fuerzas para hablar.

—Éste es el final de mi viaje, y de mi vida —me dijo al fin—. He venido aquí a morir. Pero tengo que pedirte algo, darte una orden, en realidad, pues eso ha de ser mi última voluntad. ¿La cumplirás?

—Por supuesto, aunque espero no tener que hacerlo.

—Yo no espero nada, y mi único deseo es que no le digas a nadie que he muerto.

—Confío en que no será necesario, espero que te recuperes y...

—¡Calla! Ha de ser así, promételo.

—Lo prometo.

—Júralo, por todo lo que... —pronunció en este punto un juramento solemne.

—No hay motivo para hacerlo. Haré lo que me pides, y dudar de mí es...

—No hay más remedio, tienes que jurarlo.

Presté juramento y él se calmó, al parecer. Se sacó del dedo un anillo que tenía grabados caracteres arábigos y me lo entregó, añadiendo:

—El noveno día del mes a las doce en punto (el mes que quieras, pero ha de ser el día nueve), tienes que tirar este anillo a los manantiales salinos que desembocan en la bahía de Eleusis. El día siguiente a la misma hora, irás a las ruinas del templo de Ceres y esperarás una hora.

—¿Por qué?

—Ya lo verás.

—¿El noveno día del mes, dices?

—El noveno.

Cuando observé que estábamos precisamente a día 9, le cambió el semblante y vaciló. Mientras él esperaba, a todas luces cada vez más débil, una cigüeña se posó en una lápida cerca de nosotros. Llevaba una serpiente en el pico, sin devorarla, y me pareció que nos miraba fijamente. No sé lo que me impulsó a espantarla, aunque fue en vano, porque sobrevoló el lugar en círculos y volvió a posarse exactamente en el mismo sitio. Darvell la señaló, sonrió y

pronunció estas únicas palabras (no sé si para sí mismo o para mí):

–Está bien.

–¿Qué está bien? ¿Qué quieres decir?

–No importa. Tienes que enterrarme aquí esta tarde, exactamente donde está ahora esa cigüeña. Ya conoces el resto de mis órdenes.

A continuación, me dio algunas instrucciones sobre el mejor modo de ocultar su muerte. En cuanto concluyó, exclamó:

–¿Ves esa ave?

–Pues claro.

–¿Y la serpiente que se retuerce en su pico?

–Por supuesto, no es nada raro; se trata de su presa natural. Lo extraño es que no la trague.

Darvell esbozó una sonrisa espectral y dijo lánguidamente:

–¡Todavía no es la hora!

La cigüeña alzó el vuelo. La seguí con la mirada un momento, menos de lo que se tarda en contar hasta diez. Entonces sentí que el peso de Darvell aumentaba en mi hombro, como si dijéramos, y, al volverme para mirarle la cara, me di cuenta de que había muerto.

Me sobresaltó la súbita certeza que no podía ser errónea: en pocos minutos, su rostro era casi negro. Yo habría atribuido tan rápido cambio a veneno si no hubiera sabido que no podía haberlo tomado sin que me diera cuenta. Declinaba el día, el cadáver se alteraba rápidamente y sólo me quedaba cumplir lo que Darvell me había pedido. Con el yatagán de Solimán y con mi sable abrimos una tumba poco profunda en el lugar que me había indicado Darvell: la tierra cedió con facilidad, pues ya había acogido a algún inquilino mahometano. Cavamos todo lo hondo que nos permitió el tiempo, y luego echamos la tierra seca sobre los restos de la criatura singular que acababa de morir, y cortamos unos tepes de la hierba más verde del suelo menos agostado que nos rodeaba y los colocamos sobre su sepulcro.

Entre el asombro y la aflicción, no derramé ni una lágrima.

John William Polidori

El Vampiro

Quiso el azar que entre las distracciones propias del invierno londinense, destacase en las diversas fiestas de la buena sociedad un caballero más notable por sus peculiaridades que por su rango. Contemplaba la alegría que lo rodeaba como si no pudiese participar en ella. Y, al parecer, en cuanto llamaban su atención las risas de la reunión, las sofocaba con una mirada que infundía temor en los pechos en los que reinaba la despreocupación. Quienes sentían ese sobrecogimiento no podían precisar la causa. Lo atribuían unos a la mirada pétrea que, al fijarse en el rostro del objeto de su atención, no penetraba en él hasta lo más recóndito del corazón, sino que se posaba en la mejilla con un rayo plúmbeo que pesaba en la piel sin traspasarla. Lo invitaban a todas las casas debido a sus peculiaridades; todos deseaban verlo; y los que se habían habituado a la intensa emoción y sentían entonces la opresión del hastío, se alegraban de poder contar con algo que llamara su atención. A pesar del tono mortecino de su rostro, que jamás adquiriría un color más cálido, ya fuese por rubor pudoroso o por la intensidad emotiva de la pasión, aunque de forma y rasgos bellos, muchas cazadoras de notoriedad intentaron conseguir sus atenciones y lograr al menos algunas muestras de lo que pudieran denominar afecto. Lady Mercer, que había sido el hazmerreír de todos los monstruos recibidos en los salones desde que se había casado, se interpuso en su camino y sólo le faltó disfrazarse de saltimbanqui para que se fijase en ella. Pero todo fue en vano, pues cuando se plantaba delante de él y parecía que la miraba fijamente a los ojos, seguía siendo como si no la viese; incluso la impávida desvergüenza de ella fracasó y se vio obligada a abandonar el campo. Sin embargo, el hecho de que la vulgar adúltera no influyera siquiera en la dirección de su mirada no quiere decir que las mujeres le fueran indiferentes: pero era tal el visible miramiento con el que hablaba a la esposa virtuosa y a la hija inocente que pocos advirtieron que se dirigiese alguna vez a las mujeres. Por otro

lado, tenía fama de conversador fascinante, y, ya fuese porque eso superara incluso el temor a su carácter singular, o porque se sentían atraídas por su aparente aversión al vicio, se hallaba tan a menudo entre las mujeres que constituyen el orgullo de su sexo debido a sus virtudes domésticas como entre las que lo mancillan con sus vicios.

Más o menos por entonces llegó también a Londres un caballero joven llamado Aubrey, cuyos padres habían muerto cuando él era pequeño, dejándoles una gran fortuna a su única hermana y a él. Abandonado a su suerte también por los tutores, que consideraban su deber ocuparse sólo de su patrimonio y delegaron el decisivo cuidado de su mente en subalternos mercenarios, el joven había cultivado más la imaginación que el juicio. Debido a ello, poseía esa elevada noción romántica del honor y de la sinceridad que pierde a diario a tantas modistillas. Y así, creía plenamente en la virtud y opinaba que la Providencia había incluido el vicio sólo para aportar un elemento pintoresco a la escena, como vemos en las novelas; consideraba que la miseria de una casita de campo consistía exclusivamente en la vestimenta, que era igualmente cálida pero que se adaptaba mejor a la mirada del pintor por los pliegues irregulares y los remiendos de colores diversos. Creía, en suma, que los sueños de los poetas eran la realidad de la vida.

Aubrey era un joven apuesto, sincero y acaudalado, razones por las cuales, cuando ingresó en los círculos mundanos, se vio rodeado de madres que competían por describir con la mínima sinceridad a sus juguetonas o lánguidas preferidas. Al mismo tiempo, las hijas, con sus alegres semblantes cuando él se acercaba, y con sus ojos brillantes cuando abría la boca, le hicieron concebir falsas ideas sobre el talento y los méritos propios. Tan convencido estaba de las fantasías de sus horas solitarias que se asombró al descubrir que (salvo en el caso de las velas de sebo y de cera, que no vacilaban por la presencia de un fantasma sino porque no las despabilaban), no existía fundamento alguno en la vida real para el cúmulo de descripciones e imágenes placenteras contenidas en los libros que habían constituido su estudio. Hallando, no obstante, cierta compensación en su vanidad satisfecha, estaba a punto de renunciar a sus sueños cuando se cruzó en su camino el ser extraordinario que ya hemos descrito.

Aubrey lo observó atentamente. Y la mera imposibilidad de formarse una idea sobre el carácter de un individuo tan abstraído que apenas daba señales de percibir los objetos externos, aparte de

la tácita aceptación de su existencia evitando su contacto, permitió al joven imaginar todo cuanto halagaba su inclinación a las ideas extravagantes, y así, lo transformó en el héroe de una novela, decidido a observar el fruto de su fantasía en vez de a la persona que tenía delante. Procuró familiarizarse con él, le dedicó atenciones y se acercó tanto a su reconocimiento que consiguió que aceptara siempre su presencia. Poco a poco, se enteró de que lord Ruthven tenía problemas económicos, y pronto averiguó, por los indicios de preparativos en la calle ---, que se disponía a emprender un viaje. Deseoso de conseguir información sobre tan singular personaje, que hasta entonces sólo había despertado su curiosidad, planteó a sus tutores que había llegado el momento de que emprendiera el viaje que hace muchas generaciones se considera necesario para que los jóvenes den algunos pasos rápidos en la carrera del vicio y se pongan a la altura de los adultos, sin que parezcan caídos de las nubes cuando se habla de intrigas escandalosas como motivos de chanza o elogio, según el grado de habilidad demostrado al llevarlas a cabo. Los tutores accedieron y Aubrey, que comunicó enseguida sus planes a lord Ruthven, se sorprendió al recibir de él la propuesta de acompañarlo. El joven aceptó complacido, halagado por semejante muestra de estima en alguien que, al parecer, no tenía nada en común con los demás hombres y, a los pocos días, habían cruzado el mar.

Aubrey no había tenido ocasión de estudiar el carácter de lord Ruthven antes, y entonces comprobó que, aunque podía observar muchas más acciones del mismo, los resultados ofrecían distintas conclusiones de los aparentes motivos de su comportamiento. Su compañero era pródigo en liberalidad. Los holgazanes, los vagabundos y los mendigos recibían de él más que suficiente para aliviar sus necesidades inmediatas. Pero Aubrey no pudo pasar por alto el hecho de que no diera sus limosnas a los virtuosos reducidos a la indigencia por las desgracias que acompañan incluso a la virtud; a éstos los despedía con gestos despectivos apenas disimulados; pero cuando el libertino acudía a pedirle algo, no para aliviar sus necesidades sino para poder revolcarse en la lascivia o hundirse todavía más en la iniquidad, recibía espléndidas dádivas. Aubrey lo atribuyó, no obstante, al descaro del vicioso, que suele predominar sobre la ruborosa timidez del indigente virtuoso. E incluso le impresionó más cierta característica de la caridad de su señoría: todos a los que se la concedía descubrieron inevitablemente

que tenía una maldición, pues, o bien acababan en el patíbulo, o se hundían hasta el fondo en la más abyecta miseria. En Bruselas y en otras ciudades por las que pasaron, sorprendió al joven Aubrey la evidente impaciencia con que su compañero buscaba los garitos de moda, donde se sumergía en el ambiente de la mesa de faraón: apostaba y ganaba siempre, excepto cuando su contrincante era el fullero habitual; entonces, perdía incluso más de lo que había ganado, aunque siempre con el mismo gesto impasible con el que solía observar a quienes lo rodeaban. Sin embargo, no era así cuando encontraba al joven novato temerario o al desafortunado padre de familia numerosa; entonces su deseo parecía la ley de la fortuna: su aparente ensimismamiento desaparecía y le brillaban los ojos con más ardor que a un gato cuando juguetea con un ratón moribundo. En cada ciudad dejaba al joven acaudalado hasta entonces, separado del círculo que antes adornaba, maldiciendo en la soledad de un calabozo la suerte que le había puesto al alcance de aquel desalmado; mientras más de un padre desesperaba ante las elocuentes miradas de los hijos silenciosos y hambrientos, sin un céntimo de la inmensa fortuna perdida con el que comprar lo suficiente para satisfacer su apetito. Pero lord Ruthven no se llevaba dinero de la mesa de juego, sino que, con el jugador que había arruinado a muchos, perdía enseguida hasta la última moneda que acababa de arrebatar al inocente, lo cual podría deberse sólo a cierto grado de conocimiento que, sin embargo, no superaba la astucia de los más expertos. Aubrey deseaba a veces exponérselo a su amigo y rogarle que renunciara a la caridad y al placer que resultaba ser la ruina de todos sin procurarle a él ningún beneficio. Pero lo posponía, pues cada día confiaba en que su amigo le diera alguna oportunidad de hablar sincera y claramente; sin embargo, esto nunca sucedía. En su carruaje y en los diversos paisajes naturales espléndidos, lord Ruthven era siempre el mismo: su mirada era menos expresiva que sus palabras; y, aunque Aubrey se hallaba cerca del objeto de su curiosidad, no le producía mayor satisfacción que el constante nerviosismo de desear en vano desentrañar aquel misterio que empezaba a asumir la apariencia de algo sobrenatural en su imaginación exaltada.

Pronto llegaron a Roma, y Aubrey perdió de vista por un tiempo a su compañero. Le dejaba asistir solo a diario a la reunión matinal de una condesa italiana, mientras él iba a inspeccionar los monumentos de otra ciudad casi desierta. Mientras estaba así

ocupado, llegaron de Inglaterra cartas que abrió con viva impaciencia. La primera era de su hermana, que sólo le manifestaba su afecto; las otras eran de sus tutores y lo asombraron. Si ya antes había imaginado la posible existencia de un poder maligno en su compañero, lo que le decían sus tutores parecía razón suficiente para creerlo. Le pedían que dejara de inmediato a su amigo, advirtiéndole de que su carácter era depravado en sumo grado, pues sus hábitos licenciosos eran mucho más peligrosos para la sociedad debido a sus irresistibles dotes de seducción. Se había descubierto que el desprecio que había manifestado por la adúltera no se debía a que odiase su carácter; sino que, para aumentar su satisfacción, había requerido que su víctima, la compañera de su culpa, se arrojase del pináculo de la virtud intachable al más profundo abismo de infamia y degradación. En suma, que todas las mujeres a las que había buscado por su virtud, en apariencia, habían prescindido incluso de la máscara cuando él se marchó, y exponían sin escrúpulos la deformidad de sus vicios a la mirada pública.

Aubrey resolvió separarse de alguien cuyo carácter aún no había mostrado un solo rasgo digno de consideración. Decidió inventar alguna excusa verosímil para separarse de él definitivamente, proponiéndose, mientras tanto, observarlo más de cerca sin pasar por alto ningún detalle, por insignificante que pareciese. Se incorporó al círculo social de su señoría, y enseguida descubrió que intentaba aprovechar la inexperiencia de la hija de la señora cuya residencia frecuentaba. En Italia es raro verse con una mujer soltera en sociedad, por lo que lord Ruthven tenía que mantener sus planes en secreto. Pero Aubrey no lo perdía de vista y no tardó en averiguar que se había concertado una cita que seguramente acabaría en la perdición de una joven inocente, aunque irreflexiva. Acudió de inmediato a los aposentos de lord Ruthven y le preguntó sin preámbulos cuáles eran sus intenciones respecto a la joven, confesándole que sabía que iba a reunirse con ella aquella noche. Lord Ruthven le contestó que suponía que sus intenciones eran las mismas que las de cualquier otro en las mismas circunstancias. Y cuando Aubrey le presionó, preguntándole si pensaba casarse con ella, se limitó a reírse. Aubrey se retiró, escribió una nota en la que decía que a partir de entonces tenía que renunciar a seguir el resto del viaje con su señoría, pidió a sus sirvientes que buscasen otro alojamiento y visitó a la madre de la joven en cuestión, a quien informó de cuanto sabía, no sólo con relación a su hija sino también

sobre el carácter de lord Ruthven. La cita se canceló. Lord Ruthven se limitó a enviar al día siguiente a su criado a comunicar a Aubrey que estaba plenamente de acuerdo con la separación, sin insinuar la menor sospecha de que la intervención de Aubrey hubiese desbaratado sus planes.

Aubrey partió de Roma rumbo a Grecia, cruzó la península y pronto se encontró en Atenas. Se instaló en casa de un griego, y se dedicó sin demora a rastrear las reliquias desvaídas de antigua gloria en los monumentos que, al parecer, avergonzados de relatar la crónica de las hazañas de hombres libres sólo ante esclavos, se habían ocultado bajo el suelo protector o debajo de líquenes policromos. Bajo el mismo techo que él, vivía una criatura tan bella y delicada que podría haber sido el modelo de un pintor que deseara plasmar en el lienzo la esperanza prometida a los fieles en el paraíso de Mahoma, a no ser porque su mirada expresaba excesiva inteligencia para que alguien creyese que podía pertenecer a los que no tienen alma. Cuando Ianthe bailaba en la llanura o caminaba a paso ligero por la ladera de la montaña, la gacela se habría considerado un pobre modelo de sus encantos, pues sólo alguien con gusto de epicúreo trocaría su mirada, tan claramente de naturaleza animada, por la mirada voluptuosa y soñolienta del animal. El paso ligero de Ianthe solía acompañar a Aubrey en la búsqueda de antigüedades; y la joven, concentrada a veces en perseguir a una mariposa de Cachemira, mostraba sin darse cuenta toda la belleza de su figura flotando al viento, como si dijéramos, a la ardiente mirada de él, que, contemplando su cuerpo de sílfide, olvidaba las letras que acababa de descifrar en una tablilla borrosa. Cuando ella revoloteaba, su cabello mostraba al sol tonos tan luminosos y cambiantes que bien podían excusar la distracción de Aubrey, que olvidaba el objeto mismo que antes consideraba de importancia vital para la correcta interpretación de un pasaje de Pausanias. Mas, ¿por qué intentar describir los encantos que todos sienten pero nadie aprecia? Eran la inocencia, la juventud y la belleza naturales, lejos de los salones atestados y los bailes sofocantes. Mientras él dibujaba los vestigios cuyo recuerdo deseaba conservar para el futuro, ella se quedaba a su lado y observaba los mágicos efectos del lápiz al trazar los paisajes de su lugar natal. Y entonces, le describía la danza que se bailaba en corro en la vega, esbozaba con los luminosos colores de la memoria juvenil la pompa nupcial que recordaba haber visto en la infancia; y luego,

recurriendo a los temas que sin duda se le habían grabado más en la memoria, le relataba todos los cuentos sobrenaturales de su niñera. La vehemencia de la joven y su evidente convencimiento de que lo que contaba era cierto, despertaban incluso el interés de Aubrey; y, a menudo, cuando le contaba la historia del vampiro viviente que había pasado años entre sus amigos y seres más queridos, viéndose obligado todos los años a alimentarse de la vida de una mujer hermosa para prolongar su existencia los meses siguientes, a él se le helaba la sangre en las venas mientras intentaba tomar a risa fantasías tan vanas y espantosas; pero Ianthe le citaba los nombres de los ancianos que habían descubierto por lo menos a un vampiro que vivía entre ellos después de que algunos de sus hijos y parientes cercanos aparecieran con la marca del apetito del monstruo. Y, al ver la incredulidad de él, le suplicó que la creyera, pues se había comprobado que los que osaban dudar de su existencia siempre recibían alguna prueba que los obligaba a confesar con pesar y desconsuelo que era verdad. Ella le detalló el aspecto tradicional de semejantes monstruos, y el espanto de él aumentó al oír una descripción muy precisa de lord Ruthven. Pese a todo, insistió en convencerla de que sus temores no podían ser ciertos, al mismo tiempo que le asombraban las muchas coincidencias que tendían a avivar la creencia en el poder sobrenatural de lord Ruthven.

Aubrey sentía cada vez más cariño por Ianthe; le cautivaba su inocencia, tan diferente de las afectadas virtudes de las mujeres entre las que él había buscado su sueño romántico. Y, aunque se burlaba de la posibilidad de que un joven de costumbres inglesas se casara con una joven griega inculta, lo cierto era que cada vez le atraía más la figura casi hechicera que tenía delante. A veces, intentaba distanciarse de ella: elaboraba un plan para una de sus investigaciones y se marchaba, decidido a no regresar hasta que hubiera logrado su objetivo. Pero no conseguía concentrarse plenamente en las ruinas, porque la imagen de Ianthe persistía en su mente como si fuese la única y legítima dueña de sus pensamientos. Ella no se daba cuenta del amor de Aubrey y seguía siendo la misma criatura infantil y espontánea que al principio. Se mostraba siempre reacia a separarse de él, pero eso se debía a que ya no tenía con quien visitar sus lugares preferidos mientras su protector se concentraba en esbozar o en descubrir algún vestigio que hubiera sobrevivido a la mano destructora del tiempo. La joven había planteado el tema de los vampiros a sus padres, y ellos y otras

personas que estaban presentes confirmaron su existencia, pálidos de espanto sólo por nombrarlos. Poco después, Aubrey decidió emprender una de sus excursiones, que le ocuparía unas horas; en cuanto les dijo el nombre del lugar, le rogaron que no volviera de noche, pues tendría que pasar por un bosque en el que ningún griego se quedaría por nada del mundo después de oscurecer. Se lo describieron como centro de reunión de los vampiros en sus orgías nocturnas y auguraron las terribles desgracias que caerían sobre quien se atreviese a cruzar su camino. Aubrey se tomó a la ligera sus descripciones e intentó que lo tomaran a risa, pero guardó silencio al ver que temblaban ante la osadía de burlarse así de un poder infernal superior, cuyo solo nombre parecía helarles la sangre en las venas.

Al día siguiente, Aubrey partió solo a la excursión. Le sorprendió ver el semblante afligido de su anfitrión y se preocupó al advertir que sus palabras burlándose de aquellos demonios horrendos les habían inspirado semejante pavor.

Ianthe se acercó al caballo cuando el joven estaba a punto de marcharse y le suplicó que regresara antes de que se hiciese de noche y pudiera actuar el poder de aquellos seres. Él se lo prometió. Pero luego se concentró tanto en la investigación que las horas transcurrieron sin que advirtiera que la luz del día declinaba, ni viera en el horizonte una de esas manchas que en las regiones cálidas forman rápidamente una enorme masa nubosa y descargan su furia en el devoto campo. Al fin montó en el caballo, decidido a compensar el retraso cabalgando a toda velocidad: pero ya era demasiado tarde. El crepúsculo prácticamente no existe en estas regiones meridionales: se hace de noche en cuanto se pone el sol. Aubrey no había llegado muy lejos cuando la fuerza de la tormenta lo alcanzó: los truenos se sucedían casi sin intervalos, la lluvia torrencial se abría paso en el dosel de follaje y los relámpagos parecían caer e irradiar a sus pies. El caballo se espantó de repente y lo llevó a una velocidad pavorosa por la espesura. La fatiga obligó al animal a detenerse al fin, y la intensa luz de un relámpago permitió a Aubrey ver que se encontraba cerca de una cabaña apenas visible entre los montones de hojarasca y maleza que la rodeaban. Desmontó y se acercó, confiando en encontrar a alguien que le guiara hasta la ciudad o, al menos, en poder resguardarse del chaparrón. Los truenos cesaron un momento cuando llegó a la puerta, y oyó los espantosos gritos de una mujer, mezclados con

una risa burlona y exultante que se prolongaba en un sonido casi continuo; se sobresaltó, pero reaccionó con el trueno que volvió a retumbar, y abrió la puerta de un empujón. Se encontró en la más absoluta oscuridad; pero se orientó por el sonido. Al parecer, no le habían oído, pues, aunque gritó, los ruidos continuaron y nadie acudió a su llamada. De pronto, tropezó con alguien, a quien se aferró al oír una voz que gritó: «¡Otra vez desconcertado!», seguido de una risotada, y Aubrey notó que le agarraba alguien cuya fuerza parecía sobrehumana. Forcejeó, decidido a vender su vida lo más cara posible; pero todo fue en vano. Se vio alzado al aire y lanzado contra el suelo con fuerza descomunal. Su enemigo saltó sobre él, le hincó las rodillas en el pecho y le había puesto las manos en la garganta cuando le interrumpió el resplandor de numerosas antorchas que se filtraba por el tragaluz: se levantó al momento, abandonando a su presa, y salió corriendo por la puerta. Enseguida dejó de oírse el ruido del ramaje entre el que se abría paso por el bosque. La tormenta había amainado, y Aubrey, que no podía moverse, consiguió que oyeran sus gritos los que estaban fuera. Entraron. La luz de las antorchas iluminó las paredes de barro y el techo de bálago cubierto de gruesas capas de hollín. Aubrey les pidió que buscaran a la mujer cuyos gritos le habían atraído; se quedó a oscuras otra vez; pero, cuál no sería su espanto cuando la luz de las antorchas cayó de nuevo sobre él y vio la figura ligera de su hermosa guía en un cuerpo sin vida. Cerró los ojos, confiando en que fuese una visión de su imaginación perturbada. Pero cuando los abrió, vio la misma figura tendida a su lado. No tenía el menor rastro de color en las mejillas; ni siquiera en los labios, pero la serenidad de su semblante parecía casi tan atractiva como la vida que lo animara antes. Tenía sangre en el cuello y en el pecho; y en la garganta, las marcas de dientes que le habían abierto la vena. Los hombres las señalaron, gritando horrorizados al unísono: «¡Un vampiro! ¡Un vampiro!». Hicieron a toda prisa unas parihuelas y echaron a Aubrey al lado de la que había sido objeto de tantas visiones y ensueños, tendida ahora en la flor de la vida que había muerto en su interior. Aubrey no podía pensar con claridad, su mente entumecida parecía eludir la reflexión y refugiarse en el vacío. Apenas consciente, sujetaba en la mano una daga de forma peculiar que se encontraba en la cabaña. Pronto se reunieron con los hombres diferentes partidas que buscaban a la joven, a quien su madre había echado de menos. Sus gritos lastimeros al acercarse a

la ciudad anunciaron a los padres una tragedia espantosa. Sería imposible describir su aflicción, pero cuando supieron la causa de la muerte de su hija, miraron a Aubrey y señalaron el cadáver. Estaban desconsolados; ambos murieron traspasados de dolor.

Acostaron a Aubrey, afectado de fiebre agudísima, con frecuentes accesos delirantes, en los que invocaba a lord Ruthven y a Ianthe: por alguna confusión inexplicable, parecía que suplicaba a su antiguo compañero que perdonara la vida a la criatura que amaba, y otras veces lanzaba maldiciones terribles sobre él y le acusaba de haberla matado. Quiso la casualidad que lord Ruthven llegara precisamente entonces a Atenas y, por el motivo que fuese, al enterarse del estado en que se encontraba Aubrey, se alojó de inmediato en la misma casa y no se apartó de su lado. Cuando el joven se recuperó del delirio, se horrorizó y se sobresaltó al ver a aquel cuya imagen asociaba ahora con la de un vampiro; pero las amables palabras de lord Ruthven, que casi insinuaban arrepentimiento por el error que había causado su separación, y todavía más la atención, la ansiedad y el cuidado que demostraba, pronto reconciliaron al joven con su presencia. Lord Ruthven no parecía el mismo, ya no era el individuo apático que tanto había asombrado a Aubrey. Pero en cuanto el joven empezó a recuperarse rápidamente, su señoría retrocedió al mismo estado de ánimo y Aubrey ya no advertía en él la menor diferencia con el individuo que había conocido, salvo que, a veces, se sorprendía al ver que lo miraba fijamente con una sonrisa de júbilo malicioso: no sabía por qué, pero aquella sonrisa lo obsesionaba. En la última etapa de la convalecencia del enfermo, lord Ruthven parecía concentrado en observar el oleaje sin mareas que alzaba una brisa fresca, o en marcar el progreso de esos orbes que giran como nuestro mundo alrededor del sol inmóvil; en realidad, parecía que quería eludir todas las miradas.

La conmoción había debilitado mucho mentalmente a Aubrey, cuya flexibilidad de ánimo característica parecía haber desaparecido para siempre. La soledad y el silencio le complacían ahora tanto como a lord Ruthven; pero no podía encontrar la soledad que anhelaba en el entorno de Atenas: si la buscaba entre las ruinas que había frecuentado, veía a su lado la figura de Ianthe; si la buscaba en los bosques, le parecía oír el paso ligero de la joven buscando la más humilde violeta; y, cuando se volvía de pronto, mostraba a su imaginación agitada el lívido rostro de la joven y su

garganta herida, con una plácida sonrisa en los labios. Así que decidió abandonar los lugares cuyas peculiaridades creaban tan amargas asociaciones en su mente. Se sentía en deuda con lord Ruthven por los tiernos cuidados que le había prodigado mientras estaba enfermo, y le propuso que visitaran las regiones de Grecia que ninguno de los dos conocía. Viajaron en todas direcciones y buscaron todos los sitios a los que pudiese unirse un recuerdo. Mas, aunque se apresuraban así de un lado a otro, era como si no vieran lo que miraban. Habían oído muchas historias de salteadores, pero empezaron a tomar a la ligera esos relatos, que suponían pura invención de individuos interesados en fomentar la generosidad de los viajeros a los que protegían de presuntos peligros. Debido a ese desdén por el consejo de los lugareños, en cierta ocasión viajaron con una pequeña escolta, más como guías que como defensa. Pero al llegar a un desfiladero, cuyo fondo era el lecho de un torrente, con enormes moles rocosas arrastradas de los precipicios colindantes, tuvieron motivos para lamentar su negligencia; pues, apenas había entrado toda la partida en el angosto paso, cuando les sorprendió el silbido de balas que pasaban rozándoles la cabeza y los disparos de varias armas. Sus guardias desaparecieron al momento detrás de las rocas y empezaron a disparar hacia el lugar del que llegaban los tiros. Lord Ruthven y Aubrey siguieron su ejemplo, retirándose tras el recodo protector del desfiladero; pero enseguida se avergonzaron de que los detuviera así un adversario que los animaba a avanzar con gritos injuriosos y, viéndose que se arriesgaban a una matanza sin resistencia si algunos de los asaltantes escalaba y los sorprendía por detrás, decidieron lanzarse en busca del enemigo. Y en cuanto salieron del abrigo de la roca, lord Ruthven recibió un disparo en el hombro que dio con él en tierra. Aubrey corrió en su ayuda, olvidando la lucha y el peligro que él mismo corría, y se sorprendió al verse rodeado de bandidos, pues los guías se habían rendido en cuanto vieron que habían herido a lord Ruthven.

Aubrey convenció a los bandidos de que transportaran a su amigo herido a una cabaña que había cerca prometiéndoles una cuantiosa recompensa. Acordaron la cantidad y ya no lo molestaron más con su presencia, dándose por satisfechos con guardar la entrada hasta que regresara su compañero con la suma prometida, para la que llevaba una orden de pago. Lord Ruthven se debilitó rápidamente. A los dos días, se declaró la gangrena y todo parecía indicar que la

muerte avanzaba a pasos agigantados. Su aspecto y su comportamiento no habían cambiado. Se mostraba tan ajeno al dolor como antes a los objetos que lo rodeaban; pero al final de la última tarde, parecía angustiado y miraba fijamente a Aubrey, que se sintió más sinceramente dispuesto de lo habitual a prestarle ayuda.

—¡Ayúdame! Tú puedes salvarme, puedes hacer más que salvarme, no me refiero a mi vida, el fin de mi existencia me importa tan poco como el de este día fugaz; pero puedes salvar mi honor, el honor de tu amigo.

—¿Cómo? Dime cómo puedo hacerlo y lo haré. Haré lo que sea —repuso Aubrey.

—Necesito muy poco. Mi vida se extingue rápidamente... No puedo explicártelo todo... Pero si ocultas todo lo que sabes de mí, nadie podrá mancillar mi honor... y si en Inglaterra no se supiera que he muerto un tiempo... yo... yo... pero la vida...

—No se sabrá.

—¡Júralo! —exclamó el agonizante, incorporándose con vehemencia—. Júralo por lo más sagrado, por todo lo que temes, júrame que hasta dentro de un año y un día no revelarás a nadie de ningún modo lo que sabes de mis delitos ni de mi muerte, pase lo que pase y veas lo que veas.

Tenía los ojos desorbitados.

—¡Lo juro! —dijo Aubrey.

Lord Ruthven se dejó caer en la almohada sonriendo y no volvió a respirar.

* * *

Aubrey se retiró a descansar, pero no pudo conciliar el sueño. Las múltiples circunstancias de su relación con aquel hombre se le agolparon en la mente sin saber por qué; recordó el juramento que había hecho y sintió un escalofrío, como el presentimiento de algo espantoso que le aguardaba. Al día siguiente, se levantó temprano y, cuando iba a entrar en la cabaña en la que había dejado el cadáver, uno de los salteadores lo vio y le dijo que ya no estaba allí, que cuando él se había retirado a descansar por la noche, sus compañeros y él lo habían llevado a la cima de un monte, cumpliendo una promesa que le habían hecho, según la cual debía estar expuesto al primer rayo frío de la luna que saliera después de su muerte. Asombrado, Aubrey decidió ir con algunos hombres a

enterrarlo. Pero, cuando llegaron a la cima, no encontraron rastro del cadáver ni de su ropa, aunque los bandidos juraron que señalaban la misma roca en la que habían dejado el cuerpo. Aubrey se sumió en conjeturas, perplejo, pero al final regresó convencido de que habían enterrado el cadáver para quedarse la ropa.

Aubrey estaba cansado de un país en el que le habían ocurrido desgracias tan terribles y en el que todo parecía contribuir a intensificar la melancolía supersticiosa que se había apoderado de su mente, así que decidió marcharse. No tardó en llegar a Esmirna. Y, mientras esperaba allí un barco para Otranto o Nápoles, se dedicó a ordenar los efectos de lord Ruthven que se había llevado. Entre otros objetos, encontró un estuche que contenía varias armas ofensivas, más o menos adecuadas para asegurar la muerte de la víctima. Había dagas y yataganes. Cuál no sería su sorpresa cuando, mientras les daba la vuelta y examinaba sus curiosas formas, vio una vaina cuyos adornos le recordaron los de la daga que había encontrado en la cabaña fatídica. Se apresuró a comprobarlo y encontró el arma. Cabe imaginar su espanto cuando vio que encajaba a la perfección en la vaina que tenía en la mano, a pesar de su forma peculiar. Parecía que no necesitaba mirar más para cerciorarse, pero no podía apartar los ojos de la daga. No quería dar crédito a sus ojos, pero la forma peculiar, los diversos tonos del mango y de la vaina eran idénticos en esplendor y no dejaban lugar a la duda; también había gotas de sangre en ambos.

Aubrey se marchó de Esmirna. Y, al llegar a Roma, en el camino de regreso a Inglaterra, sus primeras indagaciones se concentraron en la joven a la que había intentado salvar de las artes seductoras de lord Ruthven. Los padres se hallaban sumidos en la más profunda aflicción, se habían arruinado y no sabían nada de su hija desde que su señoría se había marchado. Aubrey estaba casi desquiciado con tantos horrores repetidos; temía que la joven hubiese sido víctima del asesino de Ianthe. Se volvió taciturno y callado y su única ocupación consistía en apremiar a los postillones para que se apresuraran, como si fuese a salvar a un ser querido. Llegó a Calais. Una brisa que parecía obediente a su voluntad lo llevó raudo a las costas inglesas, y se apresuró a llegar a la mansión de sus padres, donde, por un momento, creyó olvidar completamente el pasado con los abrazos y caricias de su hermana. Si antes se había ganado el afecto de Aubrey con sus caricias infantiles, ahora que empezaba a aparecer en ella la mujer, era una

compañera todavía más encantadora.

La señorita Aubrey no poseía esa gracia cautivadora que atrae las miradas y el aplauso en las recepciones de la corte. Ni rastro alguno de esa brillantez ligera que sólo existe en la atmósfera caldeada de un salón atestado. Y la frivolidad nunca iluminaba sus ojos azules. Había en su mirada un encanto melancólico que no parecía deberse a desventura, sino al sentimiento profundo del alma consciente de un reino más luminoso. No era el suyo ese paso ligero que se desvía siempre por una mariposa o un color, sino sosegado y reflexivo. La sonrisa no iluminaba jamás su semblante cuando estaba sola; pero cuando su hermano le expresaba su afecto y olvidaba a su lado los pesares que ella sabía que turbaban su reposo, ¿quién habría cambiado su sonrisa por la de la voluptuosa? Parecía que aquellos ojos y aquel rostro actuaran entonces a la luz de la propia esfera. Sólo tenía dieciocho años y todavía no se había presentado en sociedad, porque sus tutores habían juzgado más apropiado retrasar la presentación hasta que regresara su hermano del continente y pudiese acompañarla. Decidieron entonces que la joven ingresaría en la «escena animada» en la próxima recepción, que se celebraría muy pronto. Aubrey habría preferido quedarse en la mansión de sus padres y sumirse en la melancolía que lo dominaba. No podía interesarse por las frivolidades de desconocidos elegantes sintiéndose tan desgarrado por los sucesos que había presenciado, pero decidió sacrificar la comodidad personal por la protección de su hermana. No tardaron en llegar a la ciudad y se prepararon para el día siguiente, que se había anunciado día de recepción.

La multitud era excesiva: se trataba de la primera recepción que se celebraba en mucho tiempo y acudieron presurosos todos los que deseaban disfrutar de la sonrisa de la realeza. Aubrey asistió con su hermana. Mientras estaba solo en un rincón, ajeno a cuanto ocurría a su alrededor, recordando absorto la primera vez que había visto a lord Ruthven precisamente en aquel mismo lugar, notó que le agarraban del brazo y oyó una voz inconfundible que le decía al oído: «Recuerda el juramento». Mientras vacilaba, aterrado, sin atreverse a mirar, por miedo a ver a un espectro que lo aniquilara, divisó a poca distancia la misma figura que le había llamado la atención en aquel lugar la primera vez que asistió a una recepción. Se quedó mirándolo fijamente hasta que notó que le fallaban las piernas y se vio obligado a apoyarse en el brazo de un amigo. Se abrió paso entre la multitud, subió al carruaje y lo llevaron a casa.

Recorrió la habitación a un lado y a otro con pasos nerviosos, apretándose la cabeza con las manos como si creyera que iba a estallarle el cerebro. Lord Ruthven de nuevo ante él. Las circunstancias se ordenaron de forma aterradora: la daga, el juramento. Entonces se animó: no podía creerlo, era imposible (¡el muerto resucitado!). Decidió que su imaginación había conjurado la imagen que ocupaba su mente. No podía ser real, así que decidió que volvería a asistir a las reuniones sociales; porque, aunque intentase preguntar sobre lord Ruthven, no podía pronunciar el nombre y no podría conseguir información. Pocas noches después, asistió a una reunión en casa de un pariente próximo con su hermana. La dejó en compañía de una dama y se retiró a una alcoba, donde se entregó a sus pensamientos torturantes. Al fin se dio cuenta de que muchos invitados se marchaban. Se levantó y, al entrar en otra sala, vio a su hermana rodeada por varias personas, al parecer, en animada conversación. Cuando intentaba acercarse a ella, un caballero, al que pidió que le dejara pasar, se dio la vuelta y le mostró aquel rostro aborrecible. Aubrey dio un salto hacia delante, agarró a su hermana del brazo y la obligó a salir de allí con él a toda prisa. En la puerta, tuvo que abrirse paso entre la multitud de sirvientes que esperaban a sus señores; y mientras lo hacía, volvió a oír aquella voz que susurraba cerca de él: «¡Recuerda el juramento!». No se atrevió a volverse. Apresuró a su hermana y llegaron enseguida a casa.

Aubrey estaba al borde de la locura. Si hasta entonces se había concentrado sólo en un tema obsesivo, cuánto más no le obsesionaría ahora la certeza de que el monstruo había resucitado. Hacía caso omiso de las atenciones de su hermana, que le preguntaba en vano a qué se debía su brusco comportamiento. Él se limitó a susurrar unas palabras, que la aterraron. Cuanto más lo pensaba, más desconcertado se sentía. Le atormentaba el juramento que había hecho: ¿permitiría que aquel monstruo, que dejaba la destrucción a su paso, siguiera entre sus seres queridos sin impedírselo? Podría haber tocado incluso a su hermana. Pero, aun en el caso de que rompiera el juramento y revelara sus sospechas, ¿quién iba a creerle? Consideró incluso la posibilidad de librar al mundo de aquel miserable él mismo por su propia mano; pero recordó que ya había burlado a la muerte. Siguió días en el mismo estado; se encerró en su habitación, no veía a nadie y sólo comía cuando acudía su hermana, que le suplicaba con lágrimas en los

ojos que tomara algo aunque sólo fuese por ella. Al fin, incapaz de soportar más tiempo la soledad y el silencio, Aubrey salió de casa. Vagó por las calles, procurando no pensar en la imagen que le obsesionaba. Descuidó su atuendo y vagó de un lado a otro, exponiéndose tanto al sol del mediodía como a la humedad de la noche. Ya no lo reconocían; al principio, regresaba a casa al atardecer; pero luego, se echaba a descansar donde la fatiga lo venciera. Preocupada por la seguridad de su hermano, la señorita Aubrey empleó a varios individuos para que lo siguieran, pero él no tardaba en escabullirse, pues huía del perseguidor más veloz: el pensamiento. Sin embargo, cambió de actitud repentinamente. Abrumado por la idea de que con su ausencia abandonaba a los amigos con un monstruo entre ellos cuya presencia ignoraban, decidió volver a la sociedad para vigilarlo de cerca, olvidar el juramento y poner sobre aviso a todos aquellos a quienes lord Ruthven tratara con familiaridad. Pero cuando entraba en un salón, su aspecto receloso y demacrado era tan llamativo y su agitación tan evidente que su hermana se vio obligada a pedirle que se abstuviese de frecuentar una sociedad que le afectaba tanto. Le suplicó que lo hiciese por ella. Pero las amonestaciones de la hermana resultaron inútiles y los tutores juzgaron oportuno intervenir y, temiendo que Aubrey fuese víctima de enajenación, creyeron que había llegado el momento de cumplir la función que les habían encomendado los padres del joven.

Deseosos de salvarlo de los males y sufrimientos que afrontaba en sus vagabundeos diarios e impedir que expusiera en público las señales de lo que ellos consideraban locura, contrataron a un médico que residiese en la casa y lo atendiera continuamente. Aubrey se hallaba tan absolutamente absorto en un único tema pavoroso, que apenas dio muestras de advertirlo. Su incoherencia llegó a tal punto que se vio recluido en sus aposentos. Pasaba allí días echado, incapaz de reaccionar. Adelgazó en extremo y sus ojos adquirieron un lustre vidrioso; sólo daba señales de afecto y de reconocimiento cuando veía a su hermana; entonces, se levantaba a veces y le estrechaba las manos con una expresión que afligía profundamente a la joven, pidiéndole que no lo tocara. «Oh, no lo toques..., si el cariño que sientes por mí significa algo, no te acerques a él», le decía. Pero cuando ella le preguntaba a quién se refería, su única respuesta era «¡Es cierto! ¡Es cierto!», sumiéndose de nuevo en un estado del que ni siquiera ella podía sacarle. Esta

situación se prolongó meses; poco a poco, sin embargo, hacia finales del año, los delirios del joven eran menos frecuentes y parecía menos triste, mientras que sus tutores se fijaron en que varias veces al día contaba con los dedos un número determinado y sonreía.

El tiempo casi había transcurrido cuando, el último día del año, entró en su habitación uno de sus tutores y empezó a conversar con el médico sobre la lamentable circunstancia de que Aubrey se encontrase en aquel estado cuando su hermana iba a casarse al día siguiente. Esto llamó la atención del joven, que les preguntó anhelante con quién. Complacidos por esta señal de entendimiento, del cual temían que hubiese sido privado para siempre, le dieron el nombre del conde de Marsden. Aubrey se mostró complacido, creyendo que se trataba de un conde joven al que había tratado socialmente, y los asombró todavía más manifestando su intención de asistir a las nupcias y el deseo de ver a su hermana. No le respondieron, pero, a los pocos minutos, su hermana estaba con él. Le pareció de nuevo sensible a la influencia de su sonrisa adorable. Pues la estrechó y le besó la mejilla, húmeda de lágrimas, provocadas por la idea de que su hermano había recuperado los sentimientos del afecto. Él le habló con su afabilidad habitual y la felicitó por su matrimonio con un caballero tan distinguido por su rango y su talento. Pero entonces se fijó de pronto en un relicario que llevaba ella en el pecho. Y ¡cuál no sería su sorpresa cuando, al abrirlo, contempló el semblante del monstruo que tanto había influido en su vida! En un paroxismo de cólera, tiró el retrato al suelo y lo pisoteó. Y cuando ella le preguntó por qué destruía la imagen de su futuro esposo, él la miró como si no entendiera lo que le decía; luego le estrechó las manos y, mirándola con expresión desesperada, le pidió que jurara que jamás se casaría con aquel monstruo, pues él... Pero no pudo continuar, creyó oír de nuevo aquella voz que le ordenaba que recordara el juramento. Se volvió súbitamente, convencido de que lord Ruthven estaba a su lado. Pero no vio a nadie. Mientras tanto, los tutores y el médico, que lo habían oído todo y creían que se trataba sólo de un retroceso de su enfermedad, entraron en la habitación y separaron a Aubrey por la fuerza de su hermana, a quien pidieron que se marchara. Él se hincó de rodillas ante ellos, les rogó y les imploró que aplazaran la boda un día. Ellos atribuyeron su actitud a la locura que sin duda se había apoderado de su mente, así que procuraron tranquilizarle y se

retiraron.

* * *

Lord Ruthven había acudido a casa de Aubrey la mañana siguiente de la recepción, pero no recibían a nadie. Cuando se enteró de la enfermedad de Aubrey comprendió que él era la causa; pero cuando le contaron que creían que estaba loco, no pudo ocultar la alegría y la satisfacción a quienes le habían informado. Acudió entonces presuroso a casa de su antiguo compañero y, mediante la asistencia constante y la simulación de gran afecto por el hermano y el interés por su suerte, se ganó poco a poco la confianza de la señorita Aubrey. ¿Quién podía resistirse a su poder? Su lengua tenía peligros y trampas sin cuento: sabía hablar de sí mismo como de alguien que no sentía simpatía por ninguna criatura de este mundo atestado, salvo por la mujer con quien hablaba; sabía decir que, desde que la conocía, había empezado a pensar que merecía la pena seguir viviendo aunque sólo fuese para escuchar los melodiosos tonos de su voz. En suma, hasta tal punto dominaba el arte de la serpiente, o tal era la fuerza del destino, que se ganó su afecto. El título de sus antepasados recayó al fin en él y consiguió una embajada importante, que sirvió de excusa para apresurar la boda (a pesar del estado desequilibrado del hermano de la novia), que se celebraría la víspera de su partida para el continente.

* * *

Cuando el médico y los tutores se marcharon, Aubrey intentó en vano sobornar a los sirvientes. Pidió papel y pluma; se los dieron; escribió una carta a su hermana, suplicándole que, si apreciaba la felicidad propia, el honor propio y el de los que estaban en la tumba pero la habían tenido en brazos y habían cifrado en ella su esperanza y la esperanza de su casa, aplazase aunque sólo fuera unas horas aquel matrimonio, al que auguraba los mayores infortunios. Los sirvientes prometieron que entregarían la carta; pero se la dieron al médico, que juzgó preferible no agobiar más a la señorita Aubrey con lo que él consideraba desvaríos de un demente. La noche transcurrió sin reposo para los atareados habitantes de la casa; y Aubrey escuchó el ajetreo de los preparativos con un espanto que es más fácil concebir que describir. Llegó la mañana; y con ella, el sonido de los carruajes a los oídos de

Aubrey. Se puso casi frenético. Los sirvientes cedieron al fin a la curiosidad y abandonaron sigilosamente sus puestos, dejándolo al cuidado de una anciana desvalida. Él aprovechó la ocasión: salió de la habitación de un salto y llegó enseguida al salón en el que se habían congregado casi todos. Lord Ruthven advirtió su presencia al momento. Se acercó a él de inmediato, le agarró el brazo con fuerza y se apresuró a sacarlo de allí, mudo de cólera. En la escalera, le susurró al oído: «Recuerda el juramento. Y ten en cuenta que tu hermana quedará deshonrada si no se casa hoy conmigo. ¡Las mujeres son frágiles!». Y, dicho esto, le dio un empujón hacia los sirvientes que, avisados por la anciana, habían acudido en su busca. Aubrey perdió el conocimiento. La tensión de la cólera contenida le había provocado la rotura de un vaso sanguíneo. Lo llevaron a la cama. Su hermana no se enteró de lo sucedido, porque no se encontraba en la estancia cuando se presentó él y el médico no quiso decirle nada por miedo a que se inquietara. La boda se celebró y los recién casados partieron de Londres.

La debilidad de Aubrey aumentó; la efusión de sangre produjo los síntomas de una muerte inminente. El joven manifestó el deseo de que avisaran a los tutores de su hermana y, cuando sonaron las campanadas de la medianoche, les relató con serenidad lo que el lector ya ha leído: murió nada más terminar.

Los tutores se apresuraron entonces a proteger a la señorita Aubrey; pero ya era demasiado tarde. Cuando llegaron, lord Ruthven había desaparecido y ¡la hermana de Aubrey había saciado la sed de un VAMPIRO!

Selección de textos

Cartas, diarios y fragmentos

Mary W. Shelley

[A Thomas Jefferson Hogg]

13 Arabella Road, Pimlico, 6 de marzo de 1815

Queridísimo Hogg: Mi hijita ha muerto. ¿Vendrás en cuanto puedas? Deseo verte. Estaba perfectamente cuando me acosté, desperté de noche para darle el pecho y me pareció que dormía tan pacíficamente que no la desperté. Ya había muerto entonces, pero no lo descubrimos hasta la mañana. Es evidente por su aspecto que murió de convulsiones. ¿Vendrás? Eres tan tranquilo y Shelley teme [que me dé] fiebre láctea, porque ahora ya no soy madre.

Mary

* * *

[Diario, marzo de 1815]

Miércoles, 1 de marzo: Cuido a la niña, leo *Corinne* y trabajo. Shelley y Clara fuera toda la mañana. Por la tarde, viene Peacock. Hablamos de tipos, ediciones y letra griega toda la tarde. Viene Hogg. Se marcha hacia las once y media. Bonaparte invade Francia.

Jueves, 2 de marzo: Ajetreo mudanza. Leo *Corinne*. La niña y yo vamos de un sitio a otro. Shelley y Clara no vuelven hasta las seis. Hogg viene por la tarde.

Viernes 3 de marzo: Cuido a mi hijita. Conversamos y leo *Corinne*. Hogg viene por la tarde.

Sábado, 4 de marzo: Leo, converso y cuido a la niña. Shelley lee la *Vida de Chaucer*. Hogg viene por la tarde y duerme.

Domingo 5 de marzo: Shelley y Clara van a la ciudad. Hogg aquí todo el día. Leo *Corinne* y cuido a la niña. Por la tarde, conversamos. Shelley termina la *Vida de Chaucer*. Hogg se marcha a las once.

Lunes, 6 de marzo: Encuentro a mi hijita muerta. Envío nota a Hogg. Hablamos. Un día miserable. Por la tarde, leo *La caída de los jesuitas*. Hogg duerme aquí.

Martes, 7 de marzo: Shelley y Clara van a la ciudad después de desayunar. Escribo a Fanny. Hogg se queda todo el día con nosotros; hablo con él y leo *La caída de los jesuitas* y *Rinaldo Rinaldini*. Muy desanimada. Hogg se marcha de noche. Jaleo. Me acuesto a las tres.

Miércoles, 8 de marzo: Acabo *Rinaldini*. Hablo con Shelley. Muy desanimada, pero mejor, duermo un poco por el día. Por la tarde, tejo. Viene Hogg; se marcha a las once y media. Clara escribió a Fanny para que viniera, pero no ha venido.

Jueves, 9 de marzo: Leemos y conversamos. Todavía pienso en mi hijita. Realmente es duro para una madre perder a un hijo. Hogg y Charles Clairmont vienen por la tarde. Charles se marcha a las once. Hogg pasa la noche aquí. Leo a Fontenelle, *La pluralidad de los mundos*.

Viernes, 10 de marzo: Empiezan las vacaciones de Hogg. Shelley, Hogg y Clara van a la ciudad. Hogg vuelve pronto. Conversamos y tejo. Hogg se queda con nosotros. Ordeno la habitación.

Sábado, 11 de marzo: Muy mal. Hogg va a la ciudad. Hablamos de que se marche Clara; nada se decide; me temo que es imposible. No se irá a Skinner Street; así que nuestra casa es el único sitio, está claro. ¿Qué hacer? Vuelve Hogg. Conversamos, y él lee *La vida de Goldoni* en voz alta.

Domingo, 12 de marzo: Hablamos mucho. Mal pero mejor. Muy tranquila toda la mañana, y contenta, porque Clara no se levanta hasta las cuatro. Por la tarde, leo a Gibbon, volumen cuarto. Me acuesto a las doce.

Lunes, 13 de marzo: Shelley y Clara van a la ciudad. Me quedo en casa; tejo y pienso en mi hijita muerta. Es absurdo, supongo; pero cuando me quedo a solas con mis pensamientos y no leo para distraerlos, siempre vuelven al mismo punto: que era madre y que

ya no lo soy. Viene Fanny, empapada; come y pasa aquí la tarde; hablamos de muchas cosas; se marcha a las nueve y media. Corto el vestido nuevo.

Martes, 14 de marzo: Shelley visita al doctor Pemberton. Tejo hasta el almuerzo. Shelley lee *Religio Medici* en voz alta cuando Hogg se va a la ciudad. Trabajo; termino el bolso de Hogg. Shelley y yo subimos a hablar de la marcha de Clara; el panorama me parece más lúgubre que nunca; ni la menor esperanza. Es difícil soportarlo, la verdad. Por la tarde, Hogg me lee a Gibbon. Charles Clairmont viene al atardecer.

Domingo, 19 de marzo: Sueño que mi hijita se reanimaba; que sólo estaba fría y que la frotábamos delante del fuego y vivía. Despierto y no está. Pienso en ella todo el día. Nada animada. Shelley muy mal. Leo a Gibbon. Viene Charles Clairmont. Hogg va a la ciudad hasta la hora de cenar. Hablo con Charles de Skinner Street. Están muy mal. Me temo que no se puede hacer nada para salvarlos. Charles dice que se irá a América; me parece un proyecto disparatado estilo Clairmont. Juego una partida de ajedrez con Clara. Shelley y Hogg juegan al ajedrez por la noche. Shelley y Clara acompañan parte del camino a Charles. Juego al ajedrez con Hogg y luego leo a Gibbon.

Lunes, 20 de marzo: Sueño otra vez con mi hijita. Trabajo después de desayunar y luego voy con Shelley, Hogg y Clara al Museo Bullock y pasamos allí la mañana [...]

Miércoles, 22 de marzo: Hablamos y leemos los periódicos. Leo a Gibbon todo el día [...]

Jueves, 23 de marzo: Leo a Gibbon. Shelley lee a Livio. Voy con Shelley y con Hogg hasta Arundel Street. Leo *Le Diable Boiteaux*. Nos enteramos de que Bonaparte ha entrado en París. Cuando volvíamos a casa, vimos a mi padre y a Charles Clairmont. Charles viene y nos dice que papá nos vio y comentó que era una lástima que Shelley fuese tan malvado siendo tan guapo.

Martes, 28 de marzo: Trabajo por la mañana y luego salgo a ver casa.

[A su hermana Fanny]

Campagne Chapuis, cerca de Coligny, 1 de junio de 1816

Verás por la fecha que nos hemos trasladado desde mi última carta. Ahora vivimos en una casita que queda en la otra orilla del lago, y hemos cambiado la vista del Mont Blanc y sus *aiguilles* nevadas por el ceño sombrío del Jura, tras cuya cordillera vemos ponerse el sol todas las tardes y la oscuridad se acerca a nuestro valle desde detrás de los Alpes, que se tiñen entonces de ese intenso tono rosáceo que tiñe en Inglaterra las nubes del cielo otoñal cuando casi se ha apagado la luz del día. El lago queda a nuestros pies, y en un pequeño embarcadero está nuestro barco, en el que aún disfrutamos de excursiones vespertinas. Por desgracia, ya no disfrutamos de los cielos radiantes que saludaron nuestra llegada a este país. La lluvia casi continua nos obliga a permanecer recluidos casi siempre en casa; pero cuando sale el sol, lo hace con un esplendor y un calor desconocidos en Inglaterra. Aquí las tormentas son las más impresionantes y espectaculares que he visto en mi vida. Las contemplamos cuando se acercan desde la otra orilla del lago, vemos los relámpagos que juegan en las nubes en diversas partes del cielo y se precipitan con figuras irregulares sobre las cumbres del Jura cubiertas de pinos y oscurecidas por la sombra de los nubarrones, a veces mientras el sol brilla alegremente sobre nosotros. Una noche, disfrutamos de la más espléndida que he visto en mi vida. El lago estaba iluminado, se veían los pinos del Jura y todo el panorama se iluminó un instante, al que siguió una profunda oscuridad en la que los truenos estallaron sobre nosotros con pavoroso estruendo.

Pero mientras viva en el campo de los alrededores de Ginebra, esperarás que cuente algo de la ciudad: no tiene nada, sin embargo, que compense la fatiga de caminar por su empedrado. Las casas son altas, las calles estrechas y muchas empinadas, y no hay ningún edificio público cuya belleza llame la atención o cuya arquitectura deleite. Rodea la ciudad una muralla, cuyas tres puertas se cierran a las diez de la noche en punto, y entonces ya no hay soborno que las abra (como en Francia). El paseo de los ginebrinos queda al sur de la ciudad: una pradera con algunos árboles plantados, que se llama Plainpalais. Se alza allí un pequeño obelisco en honor a Rousseau, y

allí (tal es la mutabilidad de la vida humana) los magistrados, los sucesores de quienes lo exiliaron de su país natal, fueron fusilados por el populacho durante la revolución que sus escritos contribuyeron especialmente a madurar y que, a pesar del derramamiento de sangre y la injusticia temporales con que se corrompió, ha aportado a la humanidad beneficios perdurables que ni toda la mezquindad de los estadistas, ni siquiera la gran conspiración de los reyes pueden anular. Ninguno de los magistrados actuales pasea nunca por Plainpalais, por respeto a la memoria de sus predecesores. Otra diversión dominical de los ciudadanos es ir de excursión a la cima del monte Salève. Queda a una legua de la ciudad, y se eleva en perpendicular de la llanura cultivada. Se asciende por el otro lado y, por su situación, yo diría que el esfuerzo se ve recompensado con una vista espléndida del curso del Ródano y del Arve, y de las orillas del lago. Nosotros aún no hemos ido.

Aquí hay más igualdad de clases que en Inglaterra. Esto da lugar a una mayor libertad y educación entre la clase baja que en nuestro país. Supongo que esta consecuencia de las instituciones republicanas disgusta mucho a las señoras inglesas arrogantes, pues los sirvientes ginebrinos se quejan muchísimo de su *repreñión*, un ejercicio desconocido aquí, imagino. Sin embargo, los campesinos suizos no pueden emular la viveza y la gracia de los franceses. Son más pulcros, pero torpes y lentos. Conozco una chica de veinte años que ha vivido toda la vida entre viñedos, pero que no supo decirme en qué mes se vendimia, y comprobé que no tenía ni idea del orden en el que se suceden los meses. No se habría sorprendido si le hubiese hablado del sol abrasador y de los exquisitos frutos de diciembre, o de las heladas de junio. Y no es que le falte en absoluto entendimiento.

Los ginebrinos son también muy propensos al puritanismo. Bien es cierto que bailan los domingos por costumbre, pero en cuanto se abolió el gobierno francés en la ciudad, los magistrados ordenaron que se cerrase el teatro y se tomaron medidas para derribar el edificio.

Últimamente disfrutamos de buen tiempo, y no hay nada más agradable que oír el canto de las viñadoras al atardecer. Son todas mujeres y casi todas tienen la voz armoniosa, aunque varonil. El tema de sus baladas consiste en pastores, amor, rebaños y príncipes que se enamoran de bellas pastoras. Las melodías son monótonas,

pero es un placer oírlas en la quietud del atardecer, mientras disfrutas de la vista del sol poniente en la colina que queda detrás de nuestra casa o en el lago.

Ésas son aquí nuestras diversiones, que serían muchas más si la estación hubiese sido más favorable, ya que consisten sobre todo en los placeres que proporcionan el sol y las brisas ligeras. Todavía no hemos hecho ninguna excursión por los alrededores de la ciudad, pero hemos planeado varias, para cuando vuelvas a tener noticias nuestras; y, mediante la magia de las palabras, intentaremos transportar tu parte etérea a las inmediaciones de los Alpes, a los arroyos de montaña y a los bosques que cubren los primeros y oscurecen los segundos con sus sombras inmensas. *Adieu!*

M.

* * *

[A Percy Bysshe Shelley, que estaba en Marlow buscando casa]
New Bond Street, Bath, 6 de diciembre de 1816

Querido Elfo:

Esta mañana me despertó mi precioso bebé, y estaba vestida a tiempo para la clase del señor West y (gracias a Dios) terminar el deplorable cuadro que tanto me ha costado. También he acabado el cuarto capítulo de *Frankenstein*, que es muy largo y creo que te gustará.

Y tú, ¿dónde estás, qué haces, dichoso amor mío? Espero y confío en que no salgas por mí este día espantoso mientras el viento aúlla y los nubarrones presagian lluvia. ¿Y en qué pensaba mi amor cuando se alejaba? ¿Pensaba en nuestro hogar, en nuestro hijito y en su pobre *Pecksie*? Pero estoy segura de que sí, y que pensabas en ellos con alegría y esperanza. En cuanto a la elección de una casa, querido Shelley, no te apresures ni te aferres a un sitio. (¡Ay, si fueras realmente un Elfo alado y pudieras sobrevolar montañas y mares y saltar sobre ese lugar: una casa con un prado, un río o un lago, árboles grandiosos y montañas divinas que sería la madriguera a la que retirarnos!) Pero no importa, dame un jardín y *absentia Clariae* y agradeceré a mi amor muchos favores.

Si vas a Londres, cariño, tal vez puedas conseguir un buen Livio, tengo muchas ganas de leerlo. He de ser más industriosa, sobre todo con el latín, pues descuidé el estudio vergonzosamente el verano pasado a intervalos, y los períodos sin leer nada me atrasaron

mucho.

Verás que el *Morning Chronicle* no da importancia a los disturbios [...]

Los ojos azules de tu precioso hijito me miran fijamente mientras escribo. Es un niño encantador al que amas tiernamente, aunque supongo que tu afecto aumentará cuando tenga una habitación para él solo y acuda a ti recién vestido y contento. Además, cuando eso ocurra, será un hombrecito sabio, porque progresa rápidamente.

[...]

Bueno, cariño, ¿cuándo te veré? No tardes mucho en volver. Cuídate, y encuentra una casa.

[...]

¡Mi etéreo Elfo, qué mala suerte tienes! *Adieu*, amor, quíereme tiernamente y piensa en mí con cariño siempre que algo te complazca muchísimo.

[...]

Saludos y recuerdos a la señora Peacock e hijo, pero no les dejes ver esto.

Adieu, cariño.

MARY

Percy Bysshe Shelley

[A su amigo Thomas Love Peacock]

Montalègre (cerca de Coligni), Ginebra, 12 de julio de 1816

Hace ya casi quince días que he regresado de Vevai. El viaje fue agradable en todos los sentidos, pero muy especialmente porque en él conocí por primera vez la divina belleza de la imaginación de Rousseau como se despliega en *Julie*. Es inconcebible el encanto que presta el propio panorama a las descripciones, de las que procede su atractivo más conmovedor. Pero te haré un resumen de mi viaje, que duró ocho días, y si tienes un mapa de Suiza, puedes seguirme.

Salimos de Montalègre el 23 de junio a las dos y media. El lago estaba en calma y, en tres horas de remo, llegamos a Hermance, un pueblecito precioso que cuenta con una torre en ruinas, construida por Julio César, según los aldeanos. Había otras tres torres parecidas que destruyeron los ginebrinos para sus propias fortificaciones en 1560. Entramos en la torre por una especie de ventana. Los muros son de una gran solidez, y de piedra tan dura que aún conserva la marca de los cinceles. Los barqueros nos dijeron que en tiempos era tres veces más alta que ahora. Hay dos escaleras en los muros, una completamente demolida y la otra bastante ruinosa, sólo accesible por una escala. El pueblo en sí, que ahora es una aldea insignificante habitada por unos cuantos pescadores, fue construido por una reina de Borgoña, y los habitantes de Berna quemaron y arrasaron todo a su paso, reduciéndolo a su estado actual.

Salimos de Hermance y llegamos a la aldea de Nerni al ponerse el sol. Examinamos nuestros alojamientos, que eran lúgubres y sucios, y salimos a pasear por la orilla del lago. Era maravilloso contemplar la inmensa extensión de agua cárdena y brumosa, quebrada por los islotes cerca de la orilla inclinada. Había muchos peces jugueteando en el lago, y se congregaban en gran número cerca de las rocas para cazar las moscas que pululan en ellas.

Al volver al pueblo, nos sentamos en un muro cerca del lago a mirar a unos chiquillos que jugaban a un juego de bolos. Parecían

enfermos y deformes de un modo extraño. Casi todos eran contrahechos y tenían el cuello abultado; pero había uno pequeño cuyos movimientos y cuyo porte poseían una gracia exquisita que yo nunca había visto en un niño. La expresividad desbordante le daba una belleza especial. Había una mezcla de orgullo y bondad en sus ojos y en sus labios, indicios de sensibilidad, que la educación probablemente llevará a la desgracia o inducirá al delito; pero la bondad superaba al orgullo, cuyo furor original parecía domeñado por el habitual ejercicio de sentimientos más benignos. Mi compañero le dio una moneda, que aceptó en silencio con una leve sonrisa de agradecimiento, y volvió al juego con la mayor naturalidad. Todo esto seguramente fue así; aunque sin duda la imaginación no podría abstenerse de infundir en las formas más inanimadas un trasunto de las propias visiones, en un atardecer tan sereno y luminoso, en esta aldea tan remota y romántica, a la orilla del lago en calma que nos trajo aquí.

Cuando regresamos a la posada, comprobamos que el sirviente había arreglado las habitaciones, despojándolas en buena medida del aspecto desolador. Le recordaron Grecia a mi compañero. Me dijo que había dormido en camas parecidas hacía cinco años. La influencia de los recuerdos provocados por esta circunstancia en nuestra conversación se desvaneció gradualmente y me retiré a descansar sin ninguna sensación desagradable, pensando en la travesía de la jornada siguiente y en el placer de relatar nuestras pequeñas aventuras cuando regresáramos.

La mañana siguiente pasamos Yvoire, un pueblo disperso que tiene un castillo antiguo, y las casas entre los árboles, que queda a poca distancia de Nerni, en el promontorio que delimita una amplia y profunda bahía de varias millas de extensión. En cuanto llegamos al promontorio, el lago empezó a asumir un aspecto de esplendor más agreste. Las montañas de Saboya, en cuyas cumbres brillaba la nieve, descendían en abruptas laderas hasta el agua: en lo alto, oscurecían las rocas los pinares, que son más cerrados y extensos hasta que el hielo y la nieve se funden con los picachos que traspasan el aire azul; pero abajo, los noguerales, robledos y castaños con extensos prados, atestiguaban el clima más templado.

En cuanto pasamos el promontorio opuesto, vimos el río Drance, que desciende por un desfiladero entre las montañas y forma cerca del lago una llanura, cruzada por las corrientes en que se divide.

Miles de *besolets*, bellas aves acuáticas, como gaviotas marinas pero más pequeñas, de colorido morado en la espalda, ocupan los bajíos, donde sus aguas se mezclan con el lago. Cuando nos acercábamos a Evian, las montañas eran más escarpadas y las masas de bosque y roca se cernían sobre su campanario.

Llegamos a esta ciudad hacia las siete, tras un día de cambios atmosféricos más rápidos de lo que recuerdo haber observado antes. La mañana fue fría y húmeda; luego, viento del este y nubes altas y hoscas; a continuación, chaparrones con rayos y truenos, y viento cambiante en todas direcciones; siguió a esto una racha cálida del sur con nubes de verano sobre los picachos y claros de cielo azul entre ellas. Una media hora después de llegar a Evian, vimos destellos de relámpagos en un nubarrón justo encima, que siguieron cuando las nubes se dispersaron. *Diespiter, per pura tonantes egit equos*: un fenómeno que en verdad no ejerció en mí ningún efecto comparable al que produjo a Horacio.***** Los habitantes de Evian tienen el aspecto más abatido, enfermizo y mísero que recuerdo haber visto. El contraste entre los súbditos del rey de Cerdeña y los ciudadanos de las repúblicas suizas independientes aporta, en el espacio de pocas millas, un convincente ejemplo de los efectos perniciosos del despotismo. Tienen aguas minerales, *eaux savonneuses* las llaman ellos. A última hora del día surgieron problemas con los pasaportes, pero el síndico se disculpó en cuanto se enteró del rango y el nombre de mi compañero. La posada era buena. En el trayecto, vimos un castillo en ruinas en la cumbre de una montaña lejana, cubierta de pinares, que me recordó los del Rin.

Salimos de Evian a la mañana siguiente, con viento tan fuerte que sólo permitía desplegar una vela. Las olas eran tan altas y el barco iba tan cargado que parecía haber cierto peligro. Pero llegamos sanos y salvos a Meillerie, tras pasar a gran velocidad bosques majestuosos, prados de extraordinario verdor y montañas cuyos picachos helados se elevaban de las cumbres rocosas, al pie de las cuales resonaba el oleaje.

En Meillerie nos contaron que la emperatriz María Luisa había dormido allí –antes de que se construyera la posada actual, cuando los alojamientos eran los de la aldea más mísera– en memoria de Saint Preux. Es maravilloso descubrir que los comunes sentimientos de la naturaleza humana pueden darse también en los más alejados de sus deberes y sus gozos cuando el Genio implora su admisión a la

puerta del Poder. Era adecuado que la emperatriz los poseyera, confirma la afectuosa alabanza contenida en el dolor de una nación grande e ilustrada. Un Borbón ni siquiera se atrevería a recordar a Rousseau. La emperatriz debía ese poder a la democracia que la dinastía de su marido ultrajó, y de la que, sin embargo, fue en cierto modo representante entre las naciones del mundo. Este pequeño incidente demostraba al mismo tiempo lo inaceptable e impropio de que perdure entre la humanidad el antiguo sistema de opiniones o cualquier poder basado en una conspiración para restablecerlas. Cenamos allí y tomamos un poco de miel, la mejor que he probado en mi vida, la pura esencia de las flores de montaña e igualmente fragante. Es probable que la aldea deba su nombre a este producto. Meillerie es el célebre escenario del quimérico exilio de Saint Preux; pero Meillerie es en verdad un lugar encantado, aunque Rousseau no fuera mago. Bosquecillos de pinos, castaños y nogales le dan sombra; ilimitados bosques majestuosos sin parangón en Inglaterra. En los bosques hay pequeños valles con prados de extraordinario verdor, adornados con mil flores exóticas y perfumados de tomillo.

El lago parecía algo más calmado cuando salimos de Meillerie, navegando cerca de las riberas, cuya magnificencia aumentaba al doblar cada promontorio. Pero nos congratulamos demasiado pronto: el viento arreció hasta adquirir una fuerza asombrosa; y, como llegaba del extremo más remoto del lago, formaba olas de altura tremenda y cubría toda la superficie de un caos de espuma. Uno de los barqueros, que era un individuo bastante estúpido, insistió en mantener la vela precisamente cuando el huracán amenazaba con hundir el barco de un momento a otro. Al descubrir su error, la arrió del todo y el barco se negó a obedecer al timón un momento; además, la caña estaba tan maltrecha que resultaba muy difícil manejarlo; las olas arremetían una tras otra. Mi compañero, excelente nadador, se quitó la chaqueta; yo hice lo mismo y nos sentamos con los brazos cruzados a esperar que el oleaje nos hundiera en cualquier momento. La vela se izó sin embargo de nuevo, el barco obedeció al timón y aún en inminente peligro por la enormidad de las olas, arribamos en pocos minutos a un puerto abrigado en el pueblo de Saint Gingoux.

Ante la perspectiva de una muerte próxima experimenté una mezcla de sensaciones, entre las que figuraba el terror, pero sólo de forma subordinada. Mis sentimientos no habrían sido tan dolorosos

si hubiese estado solo; pero sé que mi compañero habría intentado salvarme, y me abrumó la humillación al pensar que su vida correría peligro por salvar la mía. Cuando llegamos a Saint Gingoux, los habitantes que estaban en la costa y que no solían ver un barco tan frágil como el nuestro y temían aventurarse en un mar tan agitado, intercambiaron miradas de asombro y felicitación con nuestros barqueros, que se sentían tan complacidos como nosotros de pisar tierra.

Saint Gingoux es todavía más bello que Meillerie; las montañas son más altas y los puntos más elevados descienden más abruptamente hacia el lago. Las cumbres conservan aún gruesas masas de nieve en los barrancos y en los cursos de sus torrentes invisibles. Una de las más altas se llama Rocher de Saint Julien, bajo cuyos picachos los bosques son más tupidos y más extensos; el castaño da un aire peculiar al panorama, que es precioso y que dejará en mi memoria una imagen diferente de todos los paisajes de montaña que he visto hasta ahora.

Como llegamos temprano, tomamos un *voiture* para visitar la desembocadura del Ródano. Fuimos entre las montañas y el lago, bajo castaños de árboles enormes, a la orilla de arroyos, alimentados por las nieves de los altos, que forman estalactitas en las rocas sobre las que caen. Vimos un castaño inmenso, que había derribado el huracán de la mañana. La confluencia del Ródano y el lago estaba marcada por una línea de grandes olas; el río es tan rápido como cuando sale del lago, pero cenagoso y oscuro. Seguimos más o menos una legua por la carretera de La Valais y paramos en un castillo llamado La Tour de Bouverie, que parece ser la frontera de Suiza y Saboya, pues nos pidieron los pasaportes, suponiendo que íbamos a Italia.

A un lado de la carretera, se alzaba la enorme Rocher de Saint Julien; por la entrada del castillo vimos las montañas nevadas de La Valais, cubiertas de nubes, y al otro lado, la llanura poblada de sauces del Ródano, en marcado contraste con el resto del panorama, delimitado por las sombrías montañas que se ciernen sobre Clarens, Vevai y el lago entre ellas. En medio de la llanura se alza una pequeña colina aislada, en la cual atisba entre los bosques de copetudos castaños la blanca aguja de una iglesia. Regresamos a Saint Gingoux antes de la puesta de sol y pasé el resto del día leyendo *Julie*.

Como mi compañero se levanta tarde, la mañana siguiente fui

antes de desayunar a buscar las cascadas del río que caen en el lago en Saint Gingoux. La corriente es, en realidad, por el declive sobre el que caen, una sucesión de cascadas, que retumban sobre las rocas con un sonido constante, y cubren con su incesante rociada las hojas y las flores que adornan sus agrestes riberas. El sendero que seguía el curso del río evitaba a veces los precipicios de sus riberas, discurriendo a través de prados y deslizándose a veces al pie de rocas perpendiculares y cavernosas. Recogí en esos prados un ramillete de flores que nunca he visto en Inglaterra y que me parecieron más preciosas por su rareza.

Cuando regresé, después de desayunar, zarpamos hacia Clarens, decididos a ver primero las tres desembocaduras del Ródano, y luego el castillo de Chillon; el día era espléndido y el agua estaba en calma. Pasamos de las aguas azules del lago a la corriente del Ródano, que es rápida incluso a gran distancia de su confluencia con el lago; las aguas turbias se mezclaban con las del lago, pero *de mala gana*. Leí *Julie* todo el día; una exuberancia, según parece ahora, rodeado por las escenas que tan maravillosamente ha poblado, del talento más sublime, y de una sensibilidad más que humana. Meillerie, el castillo de Chillon, Clarens, las montañas de La Valais y de Saboya se presentan a la imaginación como monumentos de cosas que fueron en tiempos familiares y de seres que fueron una vez queridos por ella. Fueron creados realmente por una mente, pero una mente tan brillante como para proyectar una sombra de falsedad sobre los registros de lo que se llama realidad.

Seguimos hasta el castillo de Chillon y visitamos sus torres y mazmorras. Esas prisiones están excavadas debajo del lago; la mazmorra principal se apoya en siete columnas, cuyos ramificados capiteles sostienen el techo. Cerca de los muros, el lago tiene ochocientos pies de profundidad; hay argollas sujetas a las columnas en las que se ven muchos nombres grabados, unos de visitantes y otros sin duda de prisioneros de quienes no queda ningún recuerdo y que entretenían así la soledad que dejaron de sentir hace mucho tiempo. Una fecha era tan antigua como 1670. Al principio de la Reforma, y, en realidad, mucho después de ese período, esta mazmorra era el receptáculo de los que hicieron temblar o rechazaron el sistema de idolatría de cuyos efectos aún está emergiendo lentamente la humanidad.

Al lado de esa mazmorra amplia y alta, había una celda estrecha, y, tras ella, una mayor y mucho más alta y oscura, apoyada en dos

arcos sin adornos. Cruzaba uno de esos arcos una viga, negra y carcomida, de la que colgaban en secreto a los presos. Jamás he visto monumento más terrible de la tiranía fría e inhumana que el hombre se ha deleitado en ejercer sobre el hombre. Era, en verdad, uno de los muchos logros terribles que convierte la *perniciis humani generis* del gran Tácito en una profecía tan profunda e incuestionable. El gendarme que nos guió por el castillo nos contó que había una abertura al lago, por medio de un resorte secreto, ¡que permitiría que toda la mazmorra se inundara antes de que los prisioneros pudieran escapar!

Seguimos hasta Clarens con viento contrario y fuerte marejada. Nunca he sentido con más fuerza que al desembarcar en Clarens que el espíritu de los viejos tiempos había abandonado su amada morada. Julie y Saint Preux recorrieron mil veces este camino escalonado mirando las montañas que contemplo yo ahora, pensé; mejor dicho, pisando el suelo que piso yo ahora. Desde la ventana de nuestro alojamiento la dueña señaló *le bosquet de Julie*. Al menos los habitantes de esta lugar tienen grabada la idea de que los personajes de la novela existieron de verdad. Al atardecer, fuimos caminando hasta allí. Es realmente el bosque de Julie. El heno crecía bajo los árboles. Los árboles habían envejecido, pero eran vigorosos y había otros más jóvenes intercalados entre ellos, que están destinados a ser sus sucesores y a dar sombra en el futuro, cuando nosotros hayamos muerto, a los nuevos adoradores de la naturaleza que amen el recuerdo de la ternura y la paz de las que el lugar fue morada imaginaria. Seguimos entre los viñedos, cuyos estrechos bancales dominan el panorama conmovedor. ¿Por qué me obligaron las frías máximas del mundo en ese momento a reprimir las lágrimas de arrebató melancólico a las que habría sido tan agradable dar rienda suelta incluso hasta que la oscuridad de la noche devorara los objetos que las causaban?

Se me olvidaba decirte (en realidad, me lo indicó mi compañero) que el peligro que corrimos en la tormenta tuvo lugar precisamente donde Julie y su amante estuvieron a punto de zozobrar, y donde Saint Prieux se sintió tentado a arrojar al lago con ella.

Al día siguiente, fuimos a ver el castillo de Clarens, un edificio cuadrado, de sólida construcción y con muy pocas ventanas, rodeado por una doble terraza que domina el valle, mejor dicho, la llanura de Clarens. El camino hasta él sube la empinada cuesta que serpentea entre nogales y castaños. Recogimos rosas con la

sensación de que podrían ser los vástagos de algún rosal plantado por Julie. Enviamos sus hojas secas y marchitas a los ausentes.

Volvimos al *bosquet de Julie* y descubrimos que el punto preciso estaba ya totalmente borrado, y un montón de piedras señalaba el lugar en el que se alzaba en tiempos la capilla. Mientras imprecábamos al autor de tan brutal desatino, el guía nos informó de que el terreno pertenecía al convento de Saint Bernard, y que aquel ultraje se había cometido por orden del mismo. Yo ya sabía que si la avaricia podía endurecer el corazón de los hombres, un sistema de religión preceptiva ejerce una influencia mucho más contraria a la sensibilidad natural. Sé que un hombre solo se contiene a veces por vergüenza de ultrajar los sentimientos venerables que brotan de la memoria del genio que hizo a la naturaleza incluso más bella de lo que es; pero el hombre asociado considera el sacramento mismo de su unión abjurar de toda delicadeza, de toda benevolencia, de todo remordimiento, de todo lo que es verdadero, delicado o sublime.

Zarpamos de Clarens rumbo a Vevai, que es el pueblo más bello que he visto por su sencillez. La plaza del mercado, espaciosa y salpicada de árboles, da directamente a las montañas de Saboya y La Valais, el lago y el valle del Ródano. Rousseau concibió el proyecto de *Julie* en Vevai.

De Vevai seguimos al pueblo de Ouchy, que queda cerca de Lausana. Las costas del Pays de Vaud, aunque llenas de pueblos y viñedos, tienen un aire de tranquilidad y una belleza peculiar que compensa con creces la soledad que estoy habituado a admirar. Las montañas son muy altas y rocosas, coronadas y salpicadas de bosques. Se oye el eco de las cascadas que caen de los acantilados y brillan a lo lejos. En un lugar vimos los rastros que habían dejado a su paso dos peñas enormes. Una se alojó en una habitación en la que dormía una joven, sin hacerle daño. Había destrozado completamente los viñedos y la tierra.

La lluvia nos obligó a esperar dos días en Ouchy. Sin embargo, visitamos Lausana y vimos la casa de Gibbon. Nos enseñaron el ruinoso cenador en el que terminó su Historia, y las acacias de la terraza desde la que contempló el Mont Blanc después de escribir la última frase. Hay algo grandioso e incluso conmovedor en el pesar que expresa al terminar su tarea. La concibió entre las ruinas del Capitolio. La súbita separación de su estimada tarea habitual debió de dejarle triste y solitario, como la muerte de un amigo querido.

Mi compañero recogió unas hojas de acacia para guardar su recuerdo. Yo me abstuve de hacerlo, temiendo ultrajar el nombre más grande y más sagrado de Rousseau, la contemplación de cuyas creaciones imperecederas no había dejado espacio en mi corazón para las cosas mortales. Gibbon tenía un espíritu frío y desapasionado. Nunca me he sentido más inclinado a denostar los prejuicios que acompañan a algo así como entonces que Julie y Clarens, Lausana y el Imperio romano me obligaban a comparar a Rousseau y a Gibbon.

Cuando regresamos, en el único intervalo de sol del día, paseé por el embarcadero azotado por el oleaje. Un arco iris abarcaba el lago, o, mejor dicho, apoyaba un extremo en el agua y el otro al pie de las montañas de Saboya. Unas casas blancas brillaban entre el fuego amarillo, no sé si eran las de Meillerie.

Salimos de Ouchy el sábado 30 de junio y llegamos a Montalègre el domingo al atardecer, tras dos días de agradable travesía.

S.

* * *

Rávena, c. 10 de agosto de 1821

Querido Peacock:

Recibí tu última carta cuando salía de Bagni hacia aquí para visitar a lord Byron. Muchas gracias por la amable atención que has prestado a mis dichosos asuntos.

Te he enviado por los Gisborne una copia de la *Elegía a Keats*. Sé que el tema no te gustará; pero no me parecen mal la composición poética y el gusto con que está escrita. Tú y el público ilustrado juzgaréis. Lord Byron se encuentra en excelente forma tanto de salud como de ánimo. Se ha librado de la melancolía y de los hábitos degradantes a los que se entregaba en Venecia. Vive con una mujer, una dama de rango aquí, a la que está unido, y ella a él, y es un hombre nuevo en todos los aspectos. Ha escrito otros tres cantos de *Don Juan*. De momento, sólo he oído el quinto, y me parece que todas sus palabras están impregnadas de inmortalidad. Aún no he visto sus últimas obras, salvo *Marino Faliero*, que está muy bien, aunque que no alcanza la calidad trascendente de *Don Juan*. Lord Byron se levanta a las dos. Yo me levanto a las doce, algo absolutamente contrario a mi costumbre, pero hay que dormir o morir, como la serpiente marina de Southey en *Kehama*. Después de

desayunar, conversamos hasta las seis. De las seis a las ocho, galopamos por los pinares que separan Rávena del mar; luego regresamos, cenamos y charlamos hasta las seis de la mañana. No creo que esto me mate en una semana o quince días, pero no lo probaré más tiempo. La residencia de lord Byron aquí incluye, además del servicio, diez caballos, ocho perros enormes, tres monos, cinco gatos, un águila, un cuervo y un halcón; y todos, salvo los caballos, andan por la casa, que de vez en cuando resuena con sus disputas, en las que nadie media, como si fuesen los amos del lugar. Lord Byron cree que eres el autor de un panfleto firmado «John Bull»; dice que se dio cuenta porque el estilo le recordaba *Melincourt*, que admira muchísimo. Lo leí y le aseguré que no puede ser tuyo. Yo no escribo nada y probablemente no escribiré más. Me ofende ver mi nombre con los que no tienen ningún prestigio. Si no puedo ser algo mejor, preferiría no haber sido nada, y la maldita causa a cuya caída he dedicado cuantas dotes pueda haber tenido florece como un cedro y cubre Inglaterra con sus ramas. Mi motivo nunca ha sido el enfermizo deseo de fama; y si continuara como autor, creo que debería desearla. Esta copa se concede a uno solo en cada época; de hecho, la participación la privaría de todo su valor: y desdichados los que la buscan sin hallarla.

Te felicito (abrigo la esperanza de que deba hacerlo) por el desconocido esperado. Llegará a un mundo duro. Recuerdos de mi parte a Hogg, y a Colson si lo ves.

Atentamente,

P.B.S.

Después de sellar la carta, veo que la enumeración de animales de este palacio de Circe es incompleta, y en un punto esencial. Acabo de encontrarme en la escalinata con cinco pavos reales, dos gallinas de Guinea y una grulla egipcia. Me pregunto qué serían todos estos animales antes de su transformación en estas nuevas formas.

* * *

Lord Byron

[A John Murray, su editor]

Ouchy, cerca de Lausana, 27 de junio de 1816

Me encuentro aquí (retenido por el mal tiempo) de regreso a Diodati (cerca de Ginebra) de un viaje en mi barco alrededor del lago; te envío un ramito de *acacia de Gibbon* y unos pétalos de rosa de su jardín, que acabo de ver, con parte de su casa. Verás que se hace mención honorífica de esta «acacia» en su *Vida*, cuando salió la noche que terminó su historia. El jardín y el *cenador* donde él escribía están abandonados, este último completamente en ruinas; pero aún lo enseñan como su «gabinete», y parecen muy conscientes de su memoria.

El viaje por Flandes y por el Rin hasta Suiza fue todo lo que esperaba y más.

He recorrido el territorio de Rousseau con la *Heloïse* ante mí, y estoy impresionado hasta un grado inexpresable por la fuerza y la precisión de sus descripciones y la belleza de su realidad. Meillerie, Clarens y Vevay y el Château de Chillon son lugares de los que diré poco, pues por mucho que dijera no lograría expresar las impresiones que producen.

Hace tres días estuvimos a punto de naufragar y vernos arrastrados a la costa en una borrasca a la altura de Meillerie. Estábamos muy cerca de las rocas y soy buen nadador, por lo que no corría ningún peligro, pero los demás se empaparon y se molestaron muchísimo. El viento era tan fuerte que derribó algunos árboles, según pudimos comprobar cuando desembarcamos. Pero todo se arregló y llegamos hasta aquí de regreso.

El doctor Polidori no está conmigo, sino en Diodati; lo dejamos en el hospital porque se cayó al saltar de un muro y se torció un tobillo: no sabe saltar.

Me complacerá saber si estás bien y que has recibido unos yelmos y unas espadas que te envié desde Waterloo, que recorrí con pesar y placer.

He acabado un tercer canto de *Childe Harold* (que consta de 117

estrofas), más largo que los dos anteriores, y tal vez mejor en algunas partes; aunque esto no puedo decidirlo yo, por supuesto. Te lo enviaré en la primera oportunidad que me parezca segura.

Afectuosamente...

B

* * *

[A su hermana Augusta Leigh, fragmento]

Diodati, Ginebra, 8 de septiembre de 1816

Queridísima Augusta:

[...] H[obhouse] me ha contado todas las historias extrañas que circulan sobre mí y mis asuntos, no son ciertas. Corrí cierto peligro en el lago (cerca de Meillerie), pero nada digno de mención; y, en cuanto a lo de las «amantes», Dios me valga, sólo he tenido una. No refunfuñes, ¿qué podía hacer? Una joven necia, a pesar de todo lo que yo pudiese decir o hacer, me siguió, mejor dicho, me precedió, pues la encontré aquí, y he hecho todo lo humanamente posible para persuadirla de que volviese; y al final, se fue. Te confieso sinceramente que no pude evitarlo, cariño, que hice cuanto pude por impedirlo y que conseguí ponerle fin. No estoy enamorado ni me queda amor para nadie, pero no podía hacerme el estoico con una mujer que había recorrido ochocientas millas para desfilosofizarme. Además, había sido agasajado últimamente con tantas «raciones dobles y *postre*» de aversión –¡ay!–, que estaba dispuesto a aceptar un poco de amor para variar (sobre todo, presionado). Así que ahora ya sabes tanto como yo del asunto, y se acabó. Escríbeme, por favor. Hace por lo menos cuatro o cinco semanas que no recibo noticias tuyas. Salgo muy poco, salvo a tomar el *air*, de excursión o a navegar y a Coppet, donde Madame de Staël ha sido especialmente cariñosa y amable y (por lo que me dicen) ha librado batallas sin cuento por mi causa insignificante. Ha armado (dicen) tanto ruido en éste como en el otro lado de *La Manche*. Sabe Dios por qué, pero parece que estoy destinado a sembrar la discordia entre la gente.

No me odies, créeme siempre tuyo afectísimo

B

* * *

[A Thomas Moore, fragmento]

Venecia, 28 de enero de 1817

Tengo delante tu carta del día 8. El remedio para la plétora es simple: abstinencia. Hace unos años, yo me vi obligado a recurrir a lo mismo, me refiero a dieta, y, salvo algunas semanas y días festivos (que pueden ser meses de vez en cuando), sigo a Pitágoras desde entonces. Ya me dirás si mejoras.

[...]

Tiemblo por la excelencia que atribuyes al nuevo *Childe Harold*. Me alegra que te guste; es una buena obra de desolación poética y confusa; y mi preferida. Cuando lo compuse estaba medio enloquecido entre metafísica, montañas, lagos, amor inextinguible, pensamientos inconfesables y la pesadilla de los propios delitos. Muchos días me habría saltado la tapa de los sesos si no hubiese recordado lo que eso complacería a mi suegra...

[...]

* * *

[A John Murray]

Venecia 15 de mayo de 1819

Estimado Señor:

He recibido el extracto y el «Vampiro». Huelga decir que no es mío. Hay una norma infalible: mi editor eres tú (hasta que riñamos) y lo que no está publicado por ti no está escrito por mí.

[...]

La historia de la agitación de Shelley es cierta. No sé lo que le pasó, pues no le falta valor. Una vez, estaba conmigo en una borrasca en una embarcación pequeña, al pie de las rocas entre Meillerie y Saint Gingo. Éramos cinco: un sirviente, dos barqueros y nosotros. La vela se manejó mal y el barco se llenaba de agua rápidamente. Él no sabe nadar. Yo me quité la capa, hice que se quitase la suya y agarrase un remo, diciéndole que creía que podía salvarle (ya que soy buen nadador) si no forcejeaba cuando lo sujetara, salvo que nos estrelláramos contra las rocas, que eran altas y afiladas, con una marejada peligrosa en aquel momento. Nos encontrábamos a unas cien yardas de la costa y el barco en peligro. Me contestó con la mayor serenidad que no tenía intención de que lo salvara, que yo ya tendría bastante que hacer salvándome yo, y

me rogó que no me preocupara. Por suerte, el barco se enderezó, y, achicando, doblamos un promontorio y llegamos a Saint Gingo, cuyos habitantes bajaron y abrazaron a los barqueros por haberse salvado. El viento era tan fuerte que arrancó algunos árboles de los Alpes, como vimos al día siguiente.

Sin embargo, el mismo Shelley que se había mostrado tan impasible en tales circunstancias (que yo no puedo juzgar, porque el hecho de saber nadar da seguridad cuando estás cerca de la costa), sin duda tuvo el arrebató que describe Polidori, aunque no exactamente como él lo describe.

La historia del acuerdo de escribir libros de fantasmas es cierta; pero las damas no son hermanas. Una es hija de Godwin y de Mary Wollstonecraft y la otra es hija de la actual señora Godwin y de un marido anterior [...] Mary Godwin (ahora señora Shelley) escribió *Frankenstein*, que habéis reseñado creyendo que es de Shelley. Me parece un libro excelente para una joven de diecinueve años: bueno, ni siquiera los había cumplido entonces.

* * *

[A John Murray]

Rávena, 24 de septiembre de 1821

Estimado Murray:

He estado pensando en nuestra última correspondencia y quiero proponerte las siguientes normas para el futuro:

Primera: Que me escribas sobre ti, sobre la salud, recursos y bienestar de todos los amigos; pero sobre mí (*quoad me*), poco o nada.

Segunda: Que me envíes bicarbonato, polvos dentífricos, cepillos de dientes o cualquier artículo antiodontálgico o químico.

Tercera: Que no me envíes ninguna publicación moderna (o nueva como dicen ellos) en inglés, ni ningún escrito en prosa o en verso, salvo que sea (o se presuma razonablemente que es) de Walter Scott, Crabbe, Moore, Campbell, Rogers, Gifford, Joanna Baillie, Irving (el americano), Hogg, Wilson (*Isle of Palms*) o cualquier obra de fantasía especial que se crea de considerable mérito. Travesías y viajes, siempre que no sean por Grecia, España, Asia Menor, Albania o Italia, serán bien recibidos. He viajado por los países mencionados y sé que lo que se diga de ellos no añadirá nada sobre los mismos que desee saber. Ninguna obra inglesa de ningún tipo.

Cuarta: Que no me envíes ninguna publicación periódica: *Edinburgh, Quarterly, Montlhy*, ni ninguna revista, ni periódico, ingleses o extranjeros de ninguna clase.

Quinta: Que no me envíes opiniones, sean buenas, malas o ni lo uno ni lo otro, tuyas, de tus amigos o de otros, sobre ninguna obra u obras mías pasadas, presentes o futuras.

Sexta: Que medie en todas las negociaciones de los asuntos económicos entre tú y yo el honorable Douglas Kinnaird, mi amigo y administrador, o el señor Hobhouse, como áter ego y equivalente a mí mismo en mi ausencia, o presencia.

Tal vez algunas de estas propuestas parezcan extrañas al principio, pero tienen sentido. La cantidad de porquería que recibo como libros es incalculable, y ni siquiera son divertidos ni instructivos. Las revistas son lecturas efímeras y superficiales, en el mejor de los casos: ¿quién piensa en el gran artículo del año pasado de cualquier revista? Además, si me conciernen, tienden a fomentar el egotismo. No niego que si son favorables, la alabanza regocija, y que si son desfavorables, el insulto irrita. Lo segundo puede inducirme a infligir una especie de sátira que no os beneficiará ni a ti ni a tus amigos: pueden sonreír ahora, y tú también; pero si me ocupara de vosotros, sería fácil haceros trizas. Lo hice con personas poderosa a los diecinueve años, y no creo que a los treinta y tres nada me impidiera destrozaros si tal fuese mi inclinación; pero no lo es. Así que permíteme no saber nada de vuestras provocaciones. Si ocurre algo tan tremendo que requiera mi atención, me enteraré por mis amigos legales. En cuanto a lo demás, sólo pido no saber nada.

Lo mismo es aplicable a las opiniones, buenas, malas o indiferentes, expresadas en la conversación o por correspondencia. No interrumpen mi curso mental, pero lo enturbian. Soy bastante susceptible, pero no hasta que me molestan; y aquí estoy fuera del alcance de las cortos brazos de la Inglaterra literaria, salvo de los pocos tentáculos del pulpo que cruza los canales en forma de extracto.

Estas precauciones serían inútiles en Inglaterra; ahí, el difamador y el adulador me alcanzarían a pesar de todo; pero en Italia sabemos poco de la Inglaterra literaria, y pensamos en ella incluso menos, salvo lo que nos llega por medio de algún breve extracto mutilado en alguna gaceta miserable.

En dos años (excepto dos o tres artículos recortados y que te he enviado por correo), no he leído un periódico que no me fuese

impuesto por casualidad, y, en general, sé tan poco de Inglaterra como vosotros de Italia, y bien sabe Dios que es bastante poco, con vuestros viajes etcétera, etcétera. Los viajeros ingleses conocen Italia como tú conoces Guernsey: ¿cuánto es eso?

Si ocurre algo tan tremendo o personal que requiera mi atención, el señor Douglas Kinnaird me lo comunicará; pero no quiero saber nada de elogios.

Te preguntarás a qué viene todo esto. Te lo diré: a mantenerme imparcial y libre de irritabilidades personales y mezquinas de alabanza o censura, a que mi genio siga su curso natural mientras mis sentimientos permanecen como los difuntos, que no saben nada ni sienten nada de cuanto se hace o se dice en su memoria.

Si observas estas condiciones te ahorrarás y ahorrarás a otros bastantes molestias: no permitas que me afecte nada hasta el punto de irritarme; porque si me irrito, no será por un rato. Si no puedes observar estas condiciones, dejaremos de ser corresponsales, aunque no amigos, pues yo siempre lo seré tuyo.

Cordialmente,

BYRON

PD: No he tomado estas resoluciones por irritación contra ti ni contra los tuyos, sino simplemente tras haber considerado a fondo que las lecturas sobre mí, sean laudatorias o críticas, siempre me han perjudicado. Cuando estaba en Suiza y en Grecia no me enteraba de nada de todo eso, y *¡cómo escribía entonces!* En Italia también estoy lejos; pero, últimamente, en parte por mi culpa y en parte por tu amable deseo de enviarme las publicaciones periódicas más nuevas y más periódicas, he recibido un montón de revistas, etcétera, que me aburren con su jerga de uno u otro cariz y me distraen de asuntos más importantes. También me has enviado un montón de poesía, por ninguna razón que pueda concebir, a menos que sea para incitarme a escribir otro *Bardos ingleses*. Ahora quiero evitarlo; pues, si alguna vez lo hago, será una obra fuerte; y deseo paz, mientras los estúpidos mantengan sus tonterías fuera de mi camino.

* * *

[Diario de Rávena/pensamientos dispersos]

La gente se asombra de la melancolía que rezuman mis escritos.

Otros se asombran de mi alegría; pero recuerdo una vez, después de una hora en la que había estado sincera y especialmente alegre y bastante genial con las visitas, mi mujer me contestó cuando le dije (en respuesta a un comentario suyo sobre mi excelente ánimo: «Sin embargo, Bell, ya ves lo erróneamente que me han llamado el Melancólico con frecuencia»). «No, B. –repuso ella–. No es cierto. En el fondo, eres el ser humano más melancólico del mundo, a veces, cuando pareces más contento.»

* * *

Si pudiera exponer con todo detalle las verdaderas causas que han contribuido a intensificar este temperamento mío, tal vez natural, esta melancolía que ha hecho de mí un prototipo, nadie se asombraría; pero es imposible hacerlo sin causar mucho daño. No sé cómo habrán sido las vidas de otros, pero no puedo concebir nada más extraño que algunas de las primeras etapas de la mía. He escrito mis memorias, pero he omitido todas las partes verdaderamente decisivas e importantes, por respeto a los difuntos, a los vivos y a los que han de ser ambas cosas.

John William Polidori

[Carta a su hermana Frances Polidori]

Bruselas, 2 de mayo de 1816

Querida Fanny:

Veré Waterloo en un día o dos, ¿no te gustaría estar conmigo? Pero he visto muchas otras cosas que te habrían causado el mismo placer. El acantilado de Shakespeare en Dover, la costa francesa, el mar fosforescente, Brujas, Gante, Amberes y Bruselas tenían más de lo que aparece en las láminas de Feinaigh para incitar a la memoria a sacar a la luz sus reservas ocultas. La gente entre la que vivimos ahora es un pueblo que se ha distinguido mucho en la profesión más noble que existe: la carrera por la libertad; claro que poco ennoblece eso a un pueblo sobre el que no brille también el sol de la literatura.

No fueron las hazañas guerreras y las nobles acciones de los griegos y los romanos, o los italianos modernos, las que rescataron sus nombres de la mancha evanescente del olvido; de no haber sido por sus poetas, historiadores y filósofos, sus héroes habrían luchado en vano por la fama. Sus hazañas habrían quedado registradas en las polvorientas leyendas de los monjes y, en consecuencia, se habrían olvidado como las de los belgas, los cartagineses y otros. ¡Cuántas excelentes acciones de los tiempos modernos quedarán enterradas en el olvido por la misma carencia, y cuántos personajes secundarios acabarán perpetuados con un halo circundando sus actos reflejados en las páginas del genio histórico!

Estoy muy contento con lord Byron. Nos tratamos de igual a igual, sin diferencias. Aquí disponemos de habitaciones para ambos, con mi sala de estar a un extremo, y la suya al otro. No ha manifestado ninguna pasión; aunque hemos tenido una serie de percances que a *mí* me han sacado de quicio, a él no le han alterado lo más mínimo. El carruaje, el carruaje nuevo, se ha estropeado tres veces. Ahora estamos en Bruselas sólo para que examinen la pieza del coche y la reparen.

El campo hasta ahora ha sido una llanura continua; y, salvo en

este lugar concreto, no hemos visto terreno elevado en el que alegrar la vista. Largas avenidas pavimentadas en medio forman la apariencia ininterrumpida de nuestras carreteras. Las ciudades son de una antigüedad esplendorosa, con la que no puede competir Inglaterra, y el estado de los cultivos es mucho mejor que ahí: en realidad, no hemos visto maleza ni un palmo de terreno baldío en todo el trayecto. No se aprecia pobreza en la gente del campo; las casitas, amplias, encaladas, con ventanales, relucientes con los utensilios de latón en el interior, y sólo tienen tantos montones de tierra como habitantes, que sin duda vuelcan toda su limpieza en la casa, los campos, los caminos y las ventanas. Pero no llenaré la carta con esto, ya que en algún momento verás mi Diario escrito o impreso, pues Murray me ha ofrecido 500 guineas por escribirlo. Lord Byron me regalará el manuscrito de los nuevos cantos de *Childe Harold* cuando se impriman.

¿Has visto al señor y a la señora Soane? ¿Cómo están? Dales recuerdos de mi parte cuando los veas. Escribiré cuando haya visto la sede de la gloria del héroe de *él*, la deshonra del *mío*; no, la deshonra no; el infortunio. Ve a visitar a la señora S. y cuéntame cómo está.

¿Qué tal todos en casa? Papá, mamá, Meggy (¿habéis tenido noticias de ella?), Charlotte, Bob, Henry, Eliza y el señor Deagostini. Da recuerdos a todos de mi parte, y a todos los que pregunten por mí no por mera curiosidad (dime en tu próxima carta si llegan a uno). Yo estoy muy bien, escribí a mamá desde Ostende.

Recibe el cariño de tu heramano, querida Fanny,

J. POLIDORI

* * *

Diario

27 de mayo: L[ord] B[yron] se encontró con M. Wollstonecraft Godwin, su hermana y Percy Shelley. Yo volví al bote, fui hasta el centro del lago y me eché, dejándolo seguir su camino [...]

Vino Percy Shelley, el autor de *La reina Mab*; vergonzoso, tímido, tísico; veintiséis; separado de su mujer; está con las dos hijas de Godwin, que practican sus teorías; una de L[ord] B[yron].

[...]

28 de mayo: Fui a Ginebra a almorzar con el doctor De Roche;

agudo, sensato, atento a lo que dice; muy lúcido. Me contó que los ejércitos dejan a su paso una fiebre tifoidea del tipo más maligno (por la acumulación de excrementos animales, régimen irregular); es epidémica. Hubo toda una línea de fiebre desde Moscú a Metz y ha propagado en Ginebra el único tifus casi epidémico en muchos años. Dice que mi fiebre no es rara entre los viajeros. Vino a casa conmigo y conversamos con L[ord] B[yron]; de política, principalmente, en lo que discrepamos, por supuesto. Cuando regresamos, vino el señor Percy Shelley a invitarnos a cenar; imposible; quedamos para mañana. Caminamos con él y subimos a su barca, aunque el viento levantó marejadilla en el lago.

[...]

Shelley me presentó a Mary Wollstonecraft Godwin, que aquí se llama señora Shelley.

29 de mayo: Fuimos con el señor Hentsch a ver unas casas en el valle del Ródano: nada. Cenamos con el señor Percy Shelley y señora Wollstonecraft Godwin. Hentsch nos dijo que el año pasado los ingleses exportaron trigo a Italia en grandes cantidades.

30 de mayo: Me levanté tarde. Fuimos a casa del señor y la señora Shelley; almorzamos con ellos; fuimos juntos a ver una casa. Shelley viajó desde Lucerna con las dos, con sólo 26 libras, hasta Inglaterra por el Rin en *bateaux*. Lo pasó muy mal creyendo que se estaba muriendo; se casó con una chica para que ella tuviese la viudedad que le correspondería; se recuperó; comprendió que no podía avenirse; se separó; pagó las deudas de Godwin y sedujo a su hija; luego se asombró de que él se negara a verlo. La hermana dejó al padre para irse con la otra. Tuvo un niño. Muy inteligente, ni la menor apariencia de superficialidad. Él es muy inteligente; cuanto más leo su *Reina Mab* más me gusta. Publicó una novela a los catorce años; le pagaron 30 libras por ella; por la segunda obra, 100 libras. *Mab* no se ha publicado. Fui en calesa a ver una casa con L[ord] B[yron]; de nuevo después de cenar para dejar tarjetas; luego en el lago con L[ord] B[yron]. La señora Shelley, la señorita Godwin y yo en el lago hasta las nueve. Tomamos té y nos fuimos a las once después de charlar. El batelero abordó a Shelley y le pidió por favor que no le dijese a L[ord] B[yron] lo que había pagado por su barco, pues consideraba muy apropiado que milord pagase el doble; enviamos a Berger a decir que no queríamos el barco.

31 de mayo: Almorcé con Shelley; leí italiano con la señora Shelley [...] en la barca con la señora Shelley, remamos hasta las nueve; tomamos el té juntos, conversamos, etcétera.

1 de junio: Desayuno con Shelley; subimos a una calesa; alquilamos la casa de Necker por 100 luises por 8 o 365 días. Vimos varias casas para Shelley; una buena. Comimos; fuimos en el barco; tomamos el té todos juntos.

[...]

Shelley es otro caso de riqueza que induce a parientes a confinar por locura, y sólo se salvó porque su médico era honrado. Estaba prometido desde pequeño con su prima; apareció otro que tenía tanto como *tendría* él, y ella lo dejó «porque era ateo». Cuando estaba muriéndose de hambre, un amigo al que le había dado 2.000 libras, aunque lo sabía, no quiso saber nada de él. La señora Shelley recitó a Coleridge sobre Pitt, lo que me convence de que es un poeta.

Una joven de dieciocho años, muy hermosa, murió ayer en media hora; la han enterrado hoy. Ginebra está fortificada (crecen legumbres en los fosos).

2 de junio: Desayuné con Shelley. Leí a Tasso con la señora Shelley. Llevamos al niño a vacunar.

Encontramos las puertas cerradas por el oficio religioso en la iglesia. Fuimos a buscar al doctor Rossi. Vimos un pueblo en el que mozos y mozas, sirvientas y soldados bailaban al son de tamboril y tambor valeses, cotillones, etcétera. De Rossi no estaba en casa. Cené con los S[helley]; fui al lago con ellos y con L[ord] B[yron]. Vimos su casa; está bien. A la vuelta, el crepúsculo, las montañas a un lado, una mole oscura perfilada al otro, árboles, casas apenas visibles; una niebla blanca y leve se posaba en las colinas circundantes y convertía el cielo en una cúpula circular tachonada de estrellas e iluminada por la luna que doraba el lago. El firmamento parecía oval. Desembarcamos a las diez y tomamos té. Temas: locura, Grattan, Curran, etcétera.

4 de junio: [...] En el lago con Shelley y con lord Byron, que discutió conmigo.

5 de junio: A las 12 fui a ver a Hentsch para lo de Diodati; luego a

casa de Shelley. Lectura de Tasso. A casa en calesa. Cenamos con ellos en el salón: paseamos por el jardín. Luego fuimos a casa de Odier que habló conmigo sobre sonambulismo.

[...]

15 de junio: Me levanté tarde; empecé mis cartas. Fui a casa de los Shelley. Después de cenar, resbalé al saltar de un muro y me torcí el tobillo izquierdo. Shelley y demás vinieron por la noche; hablamos de mi obra etcétera. Todos coincidieron en que no vale nada. Después Shelley y yo tuvimos una conversación sobre principios... si el hombre debía considerarse un mero instrumento.

16 de junio: En la cama. Vino Shelley y cenaron y durmieron aquí con la señora Shelley y la señorita Clare Clairmont. He escrito otra carta.

17 de junio: Fui a la ciudad. Cena con Shelley, etcétera, aquí. Después a un baile en casa de madame Odier, donde me presentaron a la princesa Nosequé y a la condesa Potocka, polacas, y mantuve una larga conversación con ellas. Intenté bailar, pero me dolía tanto la pierna que tuve que renunciar. Todos menos yo han empezado a escribir los cuentos de fantasmas.

18 de junio: Tengo la pierna mucho peor. Shelley y compañía aquí. La señora Shelley me llama hermanito. Empecé mi cuento de fantasmas después del té. Doce en punto, empezó conversación realmente fantasmal. L[ord] B[yron] recitó unos versos del *Christabel* de Coleridge, los de los senos de la hechicera; en el silencio que siguió, Shelley empezó a gritar de pronto, se llevó las manos a la cabeza y salió corriendo de la habitación con una vela. Le eché agua en la cara y luego le di éter. Estaba mirando a la señora Shelley y recordó a una mujer de la que le habían contado que tenía ojos en lugar de pezones, lo cual se apoderó de su mente y se aterró [...]

19 de junio: La pierna peor. He empezado mi cuento de fantasmas.

20 de junio: La pierna me obliga a quedarme en casa. Shelley etcétera aquí.

21 de junio: Lo mismo.

22 de junio: L[ord] B[yron] y Shelley se han marchado a Vevay; la señora Shelley y la señorita Claire Clairmont, a la ciudad.
[...]

26 de junio: Monté a caballo: fui a la ciudad. Vi a la señora Shelley [...] A la reunión de médicos del doctor Rossi; luego, en casa de la señora S.

27 de junio: A casa de la señora Shelley [...]. No llegó ninguna calesa: fui caminando a Ginebra [...] Dos horas a caballo; fui a casa de la señora Shelley; la señorita Clairmont habló de un soliloquio.

28 de junio: Todo el día en casa de la señora Shelley.

29 de junio: Me levanté a la una; estudié; bajé a casa de la señora Shelley.

30 de junio: Lo mismo.

1 de julio: Fui en calesa a la ciudad con la señora Shelley y la señorita Clare a dar un paseo y a misa (no entramos porque ya había empezado). Comimos a la una. Fui a la ciudad a ver a Rossi. Presentado a la marquesa Saporati; junto con el señor Saladin de Vaugeron, la condesa de Breuss, Calpnafur; y luego, a una reunión de señoras.

A la vuelta, encontramos a lord Byron y a Shelley.

2 de julio: Ha llovido todo el día. Por la tarde, a casa de la señora Shelley.

5 de septiembre: No he escrito el Diario hasta ahora por negligencia y disipación. He tenido una larga conversación con Shelley y con lord Byron sobre mi comportamiento con L[ord] B[yron]; un día, en el barco, amenacé con disparar a Shelley. Los caballos han sido motivo de discusión dos veces, Berger me acusó de dejar a uno cojo.

L[ord] B[yron] fue al pueblo en busca de los ladrones que robaron las anclas después de haber robado mi vela. Se negó el permiso para salir. Fui a ver al síndico Saladin y le dije que le pedía disculpas por nuestros sirvientes, que debieron decir algo ofensivo, porque si no,

no les habría negado el permiso para salir del puerto. Los ladrones intentaron entrar en la casa.

[...]

He cenado tres veces con Madame de Staël; los que la conocen dicen que es mejor en su país que en el extranjero. Se ha casado con el pobre Rocca. Habla mucho; no se creía que yo fuera médico; le regalé mi tesis; me dijo que la había leído con placer. Hablamos de religión. Poco agraciada. Está escribiendo sobre la Revolución Francesa. Cortés, afable; discurrea y se lo cuenta todo a L[ord] B[yron].

[...]

Lloyd, de buen linaje galés, su nombre original Ap Griffith [...] un día salimos de visita y, al regresar en su calesa, rozó a un caballo de una hilera de carretas. El carretero me pegó un latigazo en la espalda; me bajé de un salto y saltaron seis. Por suerte yo estaba entre una rueda y un seto, así que no podían llegar todos hasta mí. Al verlo, Lloyd saltó también de la calesa; entonces tres me dejaron y fueron hacia él, y otro soltó una pieza de su carro con la que, mientras yo me defendía de los otros dos (uno tenía un látigo), me pegó cuando por suerte iba a asestar un golpe con el brazo, así que sólo me rozó la cara. Volvió a alzar para pegarme; salté hacia atrás y le asesté un puñetazo en la cara. Su golpe dio en el suelo y retrocedió con la mano en la nariz. Entonces recogieron piedras para tirárnoslas, pero nos enfrentamos a ellos; no pudieron tirarnos más de dos, porque vimos que llegaba un coche con ingleses a los que conocíamos. Los llamamos y acudieron, y aquellos tipos escandalosos se calmaron de inmediato. Algunos que intentaron separarnos recibieron golpes también.

[...]

L[ord] B[yron] ha decidido que nos separemos, no es que hayamos reñido, pero no somos del todo compatibles. Me ha pagado 70 libras, 50 por tres meses y 20 para el viaje [...] He saldado muchas cuentas y he pensado ponerme en marcha: decidido a ir a Italia. Madame de Staël me ha dado tres cartas de presentación. Madame B. lloró, y la mayoría parecía lamentarlo.

* * *

[Carta a su padre, Gaetano Polidori]
20 de septiembre de 1816

Querido padre:

Tenías razón en lo referente a mis cartas. Escribí dos desde que recibí la tuya anunciando *The Pamphleteer*, y esperaba con impaciencia la tuya. Me alegró mucho recibirla; y la verdad es que lo necesitaba bastante, pues estaba nervioso por separarme de lord Byron. Nos hemos separado al comprobar que nuestros temperamentos no son compatibles. Lo propuso él y quedó acordado. No hubo ninguna causa directa, sólo una serie de pequeñas desavenencias. Creo que la culpa, si es que existe, ha sido mía; no estoy acostumbrado a tener señor, por lo que mi comportamiento no era libre ni natural. Al saldar cuentas, vi que me quedaban 70 napoleones; así que decidí ir a Italia y visitar los establecimientos médicos para ver si encuentro allí una buena oportunidad de establecerme, por lo que abrigo la esperanza de no ser una carga para ti en nueve meses: tal vez lady Westmoreland, que está en Roma, quiera disponer de un médico inglés más tiempo, pues llevo una carta de Madame de Staël. Hoy escribiré en tu nombre a Vaccà y a zio [tío] pidiéndoles cartas para médicos de Milán; y, de momento, hasta que crea que han llegado las cartas y los baúles, vagabundearé entre los Alpes, en los que me encuentro ahora, en Thun, casi en el centro. He visto el Mont Blanc y sus glaciares y veré el Jungfrau, Grindelwald y Grimsel. Luego iré por el Simplón hasta Milán; puedes escribirme allí a lista de correos, poniendo mi Giovanni etcétera, nombres completos, pues allí hay Polidoris. Me encuentro bien de salud y de ánimo; espero que esto no afecte al tuyo, pues te aseguro que haré cuanto pueda para no causarte ninguna molestia.

Da recuerdos a mamá, pues sé que lamentará profundamente esta decepción; y a Mary, a Fanny y a Charlotte, al *signor* Deagostini, al *signor* De Ocheda, y a todos.

Si puedes conseguirme cartas de presentación, me serán de gran ayuda. Entretanto, querido padre, recibe todo el cariño de tu hijo

JOHN POLIDORI

Procedencia de los textos seleccionados

Mary W. Shelley: Nota (6 de marzo de 1815 a Thomas Jefferson Hogg), en *Selected Letters of Mary Wollstonecraft Shelley*, ed. Betty T. Bennett, JHUP, 1996; Diario, marzo de 1815 y cartas del 1 de junio de 1816 y del 6 de diciembre de 1816, en Florence A. Marshall, *The Life and Letters of Mary W. Shelley*, Londres, Bentley, 1889. La primera carta se reproduce en *History of a Six Weeks Tour through a Part of France, Switzerland, Germany and Holland: with Letters Descriptive of a Sail Round the Lake of Geneva, and of the Glaciers of Chamouni*, Londres, Ollier, 1817, pp. 98-106. La carta anterior (17 de mayo) está escrita en el Hôtel de Sécheron, Ginebra, cuando aún no se habían instalado en la casa de la orilla del lago; de ahí el comentario del principio. La carta desde Bath a Percy (su «querido Elfo», que estaba en Marlow, en casa de su amigo Thomas Love Peacock buscando una casa para ellos), en la que dice que ha acabado el cuarto capítulo de *Frankenstein*, está escrita dos meses después del suicidio de su hermana Fanny. Tres días después, encontrarían el cuerpo sin vida de Harriet en el lago Serpentine.

Percy Bysshe Shelley: (carta del 18 de julio de 1816), en HFB Brett-Smith, ed., *Peacock's Memoirs of Shelley*, Londres, Henry Frowde, 1909, pp. 97-107; es la tercera carta publicada en *History of a Six Weeks Tour* (pp. 107-139); la segunda carta (10 de agosto de 1821), también en *Peacock's Memoirs of Shelley* (pp. 210-212).

Lord Byron: *Letters and Journals of lord Byron: With Notices of his Life*, Thomas Moore, 2 vols., 1830; fragmentos de la carta del 8 de septiembre de 1816, en *Astarte*, Christophers, 1921, pp. 265-267; 24 de septiembre de 1821: *The Works of lord Byron, With his letters and journals, and his life*, vol. V, Thomas Moore.

John William Polidori: *The Diary of Dr. John William Polidori*, ed. William Michael Rossetti, Londres, Elkin Mathews, 1911.

Notas biográficas

Mary Wollstonecraft Shelley
(Londres 1797-1851)

Autora de siete novelas, dos libros de viajes, numerosos cuentos y artículos, reseñas, biografías, recopiladora y editora de la obra de Percy Bysshe Shelley. Hija de la escritora Mary Wollstonecraft (1759-1797) y del filósofo y novelista William Godwin (1756-1836). Huérfana de madre a los pocos días de nacer. Primera infancia al cuidado de una niñera y de su padre, con su hermana Fanny (hija de Mary Wollstonecraft y del americano Gilbert Imlay). En 1801, la vida más o menos idílica de las dos hijas de Mary Wollstonecraft cambió cuando su padre, viudo, se casó con Mary Jane Clairmont y la familia se duplicó con la madrastra y sus dos hijos: Charles, de la edad de Fanny, y Jane (que después se haría llamar Claire), ocho meses menor que Mary. Pronto se añadiría a la familia otro niño, hijo del nuevo matrimonio. Con el aumento de la familia, aumentaron los problemas económicos de William Godwin. Cuando Mary tenía ocho años, los Godwin abrieron una casa editora de libros juveniles en Skinner Street (M. J. Godwin & Co.), donde se instaló la familia poco después. Publicaron textos didácticos y literarios de Godwin y de amigos (como *Los cuentos de Shakespeare*, que Godwin encargó a los hermanos Mary y Charles Lamb, y que no ha dejado de publicarse). William Godwin inculcó a Mary el amor a la lectura y a la escritura desde pequeña. Los niños de la familia Godwin vivieron entre libros y entre escritores. Tal vez la infancia y la primera adolescencia de Mary fuese más difícil por el rechazo a la madrastra y la añoranza e idealización de la madre que no había conocido. Su estancia en Escocia (cerca de Dundee), al parecer por motivos de salud (desde junio hasta noviembre de 1812 y desde junio de 1813 hasta marzo de 1814), dejaría en ella un gratísimo recuerdo. Cuando regresa definitivamente a Londres, empieza a pasar cada vez más tiempo con el joven poeta Percy Bysshe Shelley, admirador, discípulo confeso y asiduo visitante de su padre, al que además ayuda económicamente. Al poco tiempo, y ante el disgusto de Harriet, la mujer de Percy, y la rotunda oposición del señor

Godwin a la relación de ambos, Mary cede y «renuncia a la felicidad»; pero, tras un dramático intento (¿simulacro?) de suicidio por parte de Percy y un intercambio epistolar melodramático, al fin decide marcharse con él. El 28 de julio escapan al continente, acompañados por Jane (luego Claire) Clairmont, la hermanastra de ella.

Empiezan así los primeros ocho años de la vida adulta de Mary, consagrada con entusiasmo y tesón al estudio, la lectura, la escritura y a Percy; marcada por la tristeza y las sucesivas depresiones que siguieron a la muerte de tres hijos y la lucha por comprender y aceptar el distanciamiento y las contradicciones de su padre y las teorías de Percy sobre el amor. Y por los suicidios de su hermana Fanny y de Harriet, la primera mujer de Percy. En esos años escribió su ópera prima *Frankenstein o el moderno Prometeo*, el libro de viajes *Historia de una excursión de seis semanas...* (con Percy) y otras dos novelas (*Valperga* y *Mathilda*).

Mary Wollstonecraft Shelley tenía casi veinticinco años cuando quedó viuda en julio de 1822, sin medios de subsistencia y con un hijo pequeño. Rechazó la propuesta de su suegro sir Timothy Shelley (por mediación de lord Byron) de hacerse cargo de Percy Florence Shelley. Siguió un año en Italia (donde prefería vivir), en Génova, tiempo en el que colabora en la revista *The Liberal: Verse and Prose from the South*, transcribe cantos de *Don Juan* y otros textos para Byron y empieza a preparar copias de la poesía de Percy, iniciando una labor de recopilación y meticulosa edición de la obra de Shelley, a la que dedicaría muchísimo tiempo y esfuerzos en los años siguientes. Regresa con su hijo a Inglaterra el 25 de julio de 1823. Llega a Londres el 25 de agosto (pocos días antes se había publicado la segunda edición de *Frankenstein*) y el día 29 asiste a la representación de *Presumption; or The Fate of Frankenstein*, adaptación teatral de Richard Brinsley, que llevaba un mes en cartelera. A partir de entonces, se consagró a cuidar a su hijo Percy Florence Shelley y a escribir para ganarse la vida. Colaboró con cuentos, artículos y reseñas en revistas (*London Magazine*, *The Keepsake*), publicó otras cuatro novelas: *El último hombre* (1826), una historia «futurista», situada en el siglo ^{xxi}, *Perkin Warbeck* (1830), *Lodore* (1835) y *Falkner* (1837). Entre 1835 y 1839, colaboró en cinco volúmenes de ensayos biográficos de eminentes literatos y científicos italianos, españoles, portugueses y franceses para *Cabinet Cyclopedia*, de Dyonisius Lardner. Y en 1844, publicó

su segundo libro de viajes (*Rambles in Germany and Italy in 1840, 1842, and 1843*), su último libro. Preparó las ediciones de la obra de Percy Bysshe Shelley: *Posthumous Poems* (1824), *Poetical Works* (1839, en dos volúmenes); y *Essays, Letters from Abroad, Translations and Fragments* (1839-1840, dos volúmenes). Las notas de estas ediciones siguen siendo una rica fuente de reconocido valor para el estudio de la obra de Percy Bysshe Shelley. También escribió una voluminosa correspondencia, que constituye (con sus diarios) una crónica de la vida (o vidas) y de la época que le tocó vivir.

Percy Bysshe Shelley

(Field Place, Horsham, condado de Sussex, 1792–Viareggio, 1822)

Escribió las mejores obras (poesía y prosa) en sus últimos años (los años italianos). Exiliado, como Byron, radical, escéptico y visionario hasta el fin (y profundamente nostálgico de Inglaterra), se dolió en vida de su escaso reconocimiento, que llegaría con la difusión de su obra por su viuda. Primogénito de Elizabeth y Timothy Shelley, y heredero de sir Bysshe, estudia en Eton y en Oxford, donde escribe con su amigo íntimo Thomas Jefferson Hogg un folleto titulado *La necesidad del ateísmo*, cuya autoría se negó a admitir, provocando su expulsión de la universidad. Y del hogar paterno. Pocos meses después (agosto de 1811), «salva de la tiranía paterna» a Harriet Westbrook (de dieciséis años, amiga y compañera de colegio de sus hermanas). Se casan en Edimburgo y se dedican al «activismo» político en Gran Bretaña e Irlanda, y Percy escribe panfletos como *Address to the Irish People*, lleva a cabo torpes intentos de reconciliarse con su padre, escribe el poema *La reina Mab*, con extensas notas, y conoce a William Godwin, en cuya «nueva filosofía» veía confirmadas muchas de sus ideas. En 1814, se fuga al continente con la hija del filósofo, Mary Wollstonecraft Godwin (de dieciséis años).

En mayo de 1822, escribió a su amigo Horatio Smith desde Lerici: «No escribo. He vivido demasiado tiempo cerca de lord Byron, y el sol ha extinguido a la luciérnaga». Sin embargo, cuando acudió a la cita con la muerte el 8 de julio de 1822, trabajaba en *El triunfo de la vida*, en traducciones de Goethe y de Calderón y en poemas dedicados a Jane Williams. Y, según algunos biógrafos (aunque él mismo parece desmentirlo en algunas cartas), estaba entusiasmado con el proyecto de la revista *The Liberal: Verse and Prose from the*

South (de la que se publicarían sólo cuatro números, octubre de 1822-julio de 1823).

Sus cenizas reposan en el cementerio protestante de Roma.

George Gordon, lord Byron
(Londres 1788-Missolonghi, 1824)

Tenía treinta y seis años cuando, el 19 de abril de 1824, «la tierra de la muerte honorable» acogió su último aliento. Fue el acto final del «héroe byroniano», la imagen arquetípica en la que se funden y confunden la vida, la obra y la muerte del poeta romántico inglés más universal de su tiempo. Hijo de Catherine Gordon (heredera escocesa de carácter complejo y neurótico) y del capitán John Byron (apodado «Jack, el Loco», que tenía una hija del matrimonio anterior y que dilapidó la fortuna de ambas mujeres y murió en Francia en 1791), pasó la infancia con su madre en Aberdeen (Escocia), heredó el título y las propiedades de su tío abuelo a los diez años, y estudió en Harrow y en el Trinity College de Cambridge.

La reseña sarcástica en *Edinburgh Review* de su primer libro de versos (*Horas de ocio*, 1807), le inspiró la sátira *Bardos ingleses y críticos escoceses*, que publicó anónimamente en mayo de 1809, poco antes de emprender, en compañía de su amigo íntimo John Cam Hobhouse, el viaje mediterráneo (Portugal, España, Malta, Grecia, Albania y Turquía, donde cruzó a nado el Helesponto), del que regresa, vía Malta, en mayo de 1811. Llega a Inglaterra en julio con el manuscrito de los dos primeros cantos del poema narrativo *La peregrinación de Childe Harold*. No vio con vida a su madre, que murió casi de repente en agosto en Newstead, la mansión familiar. En 1812 pronuncia el discurso inaugural en la Cámara de los Lores contra el proyecto de ley que impondría la pena de muerte a los luditas. En marzo, publica los dos primeros cantos de *Childe Harold* y se ve catapultado a la fama de la noche a la mañana. Alcanza la máxima popularidad con los «cuentos turcos», que escribe a continuación apresuradamente, entre incursiones en la alta sociedad londinense de la Regencia, que se disputa su compañía. Y su amor. Son los años de sus más célebres relaciones amorosas con lady Caroline Lamb, lady Oxford y lady Webster. Entre dudas, amores y «melancolía», decide casarse con Annabella Milbanke, su «Princesa de los Paralelogramos». La boda se celebra el 2 de enero de 1815.

Su hija Ada nace el 10 de diciembre y, en enero de 1816, Annabella va a visitar a sus padres con la niña. La propuesta de separación por parte de su suegro y las negociaciones de la misma desataron una tormenta de rumores, especulaciones y acusaciones sobre las monstruosidades de Byron (posible sodomía, relación incestuosa con su hermana de padre, Augusta Leigh, locura...). Después del verano ginebrino y hasta que se embarcó en la aventura de la independencia de Grecia en 1823 y su muerte en 1824, vivió en Italia y completó una voluminosa obra poética y una extraordinaria obra en prosa, diarios y cartas, a modo de crónica o biografía paralela. También escribió su autobiografía, unas memorias en las que, según confesión propia, contaba la verdad, aunque no toda la verdad, pero que nunca leeremos, pues un mes después de su muerte quemaron el manuscrito en el despacho del editor John Murray, en presencia del mismo y de sus amigos Thomas Moore y John Cam Hobhouse (que, al parecer, no lo había leído), y dos representantes de su ex mujer y de su hermana.

John William Polidori
(Londres, 1795-1821)

Su nombre y su cuento «El Vampiro» han quedado unidos para siempre a lord Byron y a las veladas de Villa Diodati el verano de 1816. Primogénito de Anna Maria Pierce, institutriz inglesa, y de Gaetano Polidori (erudito toscano, profesor, escritor y traductor al italiano –de Milton, entre otros autores–, establecido en Londres). Estudió en el colegio católico de Ampleforth (Yorkshire) y en la prestigiosa escuela de medicina de Edimburgo, donde se licenció a los diecinueve años (con una tesis sobre onirodinia, sonambulismo). El 24 de abril de 1816, inició entusiasmado el viaje como médico personal de lord Byron y un diario por el que John Murray, el editor del poeta, le había ofrecido la considerable suma de 500 libras. Siguió escribiéndolo hasta el 30 de diciembre, de forma irregular, con curiosas descripciones del viaje hasta Ginebra y la estancia en Diodati, las relaciones con los Shelley, los lugares que visitaba, las reuniones sociales a las que asistía, comentarios sobre las personas que conocía, como Madame de Staël o Henri Beyle (Stendhal), del que recuerda, por ejemplo, que llamaba a Napoleón *inimitable et bon despote*. En los cuatro años que median entre su regreso a Inglaterra en abril de 1817 y su muerte en agosto de 1821, ejerció un tiempo

la medicina en Norwich, donde, según recuerda Harriet Martineau en su autobiografía, tuvo un accidente al chocar con su calesa contra un árbol y sufrió una grave conmoción cerebral. Luego, empezó a estudiar leyes. Al parecer, se suicidó con ácido prúsico, aunque la nota oficial certificaba muerte por causas naturales. Además de *El Vampiro* y de *Ernestus Berchtold, o el Edipo moderno*, publicó una colección de poemas y algunos otros escritos, entre ellos un libro de esbozos ilustrado sobre los usos y costumbres de Francia, Suiza e Italia. En 1911, su sobrino William Michael Rossetti (que había consultado el manuscrito cuando preparaba una edición de la obra poética de Percy Bysshe Shelley en 1869) publicó una edición de su diario de viajes de 1816 «expurgado», es decir, de la copia que del mismo había hecho su tía Charlotte Lydia Polidori antes de romperlo, y en la que no incluyó los pasajes que le parecieron indecorosos.

Bibliografía consultada

Bennett, Betty T., ed., *Selected Letters of Mary Wollstonecraft Shelley*, Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press, 1995.

–, y Stuart Curran, ed., *Mary Shelley in Her Times*, (esp. «The Impact of Frankenstein», William St Clair), Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2000.

Brett-Smith, H. F. B., ed., *Peacock's Memoirs of Shelley, with Shelley's Letters to Peacock*, Londres, Henry Frowde, 1909.

Fisch, Audrey A., Anne K. Mellor y Esther H. Schor, *The Other Mary Shelley, Beyond Frankenstein*, Oxford University Press, 1993.

Hay, Daisy, *Young Romantics: The Shelleys, Byron and Other Tangled Lives*, Londres, Bloomsbury Publishing, 2010.

Lovelace, Mary, ed., *Astarte*, Londres, Christophers, 1921.

Marshall, Florence Ashton, *The Life and Letters of Mary Wollstonecraft Shelley* (2 volúmenes), Londres, Richard Bentley & Son, 1889.

Moore, Thomas, *Letters and Journals of lord Byron, with notices of his life*, Londres, John Murray, 1830.

– ed., *The Letters and Journals of lord Byron, with Notices of His Life*, Londres, John Murray, 1838.

–, *Life, Letters, and Journals of lord Byron*, Londres, John Murray, 1839.

Noyes, Russell, *English Romantic Poetry and Prose*, Nueva York, OUP, 1956.

Rossetti, William Michael, ed., *The Diary of Dr. John William Polidori* (1816), Londres, Elkin Mathews, 1911.

Schor, Esther, ed., *The Cambridge Companion to Mary Shelley*, Cambridge University Press, 2003.

Shelley, Percy Bysshe, *Essays, Letters from Abroad, Translations and Fragments*, ed. de Mrs. Shelley, Londres, Edward Moxon, 1840.

St Clair, William, *The Godwins and the Shelleys*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991.

St Clair, William, *The Reading Nation in the Romantic Period*, Cambridge University Press, 2005.

Sunstein, Emily W. *Mary Shelley, Romance and Reality*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991.

Todd, Janet, *Death and the Maidens, Fanny Wollstonecraft and the Shelley Circle*, Londres, Profile Books, 2007.

Wollstonecraft, Mary, *A Short Residence in Sweden* (1796), y William Goldwin, *Memoirs of the Author of «The Rights of Woman»* (1798), ed. de Richard Holmes, Londres, Penguin Classics, 1987.

Wu, Duncan, *Romanticism, An anthology*, Oxford, Blackwell Publishing, 2006, 3^a ed.

Cronología

1788

22 de enero: nace en Londres George Gordon Byron.

26 enero: llega a Australia la primera flota de presidiarios.

Edward Gibbon completa *Decadencia y caída del Imperio romano*.

Jorge III de Inglaterra, primer episodio de enajenación.

Muere Carlos III de España.

1789

George Washington, primer presidente de Estados Unidos de América (30 abril).

Toma de la Bastilla en París (julio).

Erasmus Darwin, *The Botanic Garden (El jardín botánico)*.

1790

Mueren Benjamin Franklin y Adam Smith.

Edmund Burke, *Reflexiones sobre la Revolución francesa*. Mary Wollstonecraft, *Vindicación de los derechos del hombre*.

1791

Thomas Paine, *Los derechos del hombre*.

1792

Nace Percy Bysshe Shelley. Mary Wollstonecraft: *Vindicación de los derechos de la mujer*.

1793

21 de enero: ejecución de Luis XVI.

septiembre: Terror en Francia. Ejecución de María Antonieta.

William Godwin, *Enquire on Political Justice (Justicia política)*.

1794

William Godwin, *Las cosas como son, o Las aventuras de Caleb*

Williams.

1795

Nace John Keats.

Nace John William Polidori (7 de septiembre).

1796

Mathew Gregory Lewis, *The Monje*.

1797

30 de agosto: nace en Londres Mary Wollstonecraft Godwin, segunda hija de Mary Wollstonecraft (1759-1797) y primogénita de William Godwin (1756-1836). La madre muere de sepsis puerperal (10 de septiembre), dejando a Godwin con la recién nacida y con su hija de poco más de tres años (Fanny Imlay).

Los futuros poetas George Gordon, lord Byron, y Percy Bysshe Shelley cuentan nueve y cinco años respectivamente. El futuro médico y escritor John Williams

Polidori, casi dos.

Medidas contra las publicaciones radicales.

Muere Edmund Burke.

El Banco de Inglaterra suspende pagos.

Motines en diversos buques de la armada británica.

1798

Baladas líricas, publicación anónima (William Wordsworth y Samuel Taylor Coleridge); Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*.

William Godwin, *Memoirs of the Author of «The Rights of Woman»*.

Suspensión del hábeas corpus en Inglaterra (hasta 1801).

Insurrección en Irlanda.

1799

Napoleón, primer cónsul.

1800

Volta: pila eléctrica; Humphry Davy, estudios de química.

Acta de Unión Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda.

1801

21 de diciembre: William Godwin se casa con Mary Jane Clairmont, que tiene dos hijos: Charles, de siete años, y Jane (que se haría llamar luego Claire), de cuatro.

1802

Napoleón, cónsul vitalicio.

1803

La señora Godwin da a luz a un hijo varón (William).

Inglaterra declara la guerra a Francia.

Aldini, experimento con el cadáver de un ejecutado en Newgate.

1804

Napoleón, emperador (mayo).

1805

Victoria y muerte de Nelson en Trafalgar.

1808

Inglaterra lucha contra Francia en España y Portugal.

Goethe, *Fausto*, primera parte.

1809

Byron ocupa su escaño en la Cámara de los Lores.

Coronación de José Bonaparte en Madrid.

Lamarck, *Filosofía zoológica*.

1811

Incapacitación de Jorge III de Inglaterra; su hijo es nombrado regente.

Percy Bysshe Shelley, *Necesidad del ateísmo*.

Charles Bell, *Nueva anatomía del cerebro*.

Disturbios luditas contra las máquinas.

1812

EEUU declara la guerra al Reino Unido («segunda guerra de

independencia»).

Percy Bysshe Shelley conoce a William Godwin.

7 de febrero: Nace Charles Dickens.

27 de febrero: Byron pronuncia primer discurso en la Cámara de los Lores contra proyecto de ley sobre destrucción máquinas.

marzo: primera edición de *Childe Harold* (Cantos I y II).

7 de junio: Mary en Dundee (Escocia) con la familia de William Baxter, amigo de su padre.

11 de noviembre: Mary y Christy Baxter hacen una visita al hogar de los Godwin, donde conocen al joven matrimonio Shelley (Harriet y Percy Bysshe Shelley).

Napoleón invade Rusia en junio; en diciembre, inicia la retirada de Moscú.

1813

3 de junio: Mary Godwin y Christy Baxter vuelven a Dundee.

Juicio y ejecución de obreros luditas en York.

Byron publica *El Giaur* y *La novia de Abidos*. Southey, *La vida de Nelson*; y es nombrado poeta laureado. Percy Bysshe Shelley, *La reina Mab*; Jane Austen, *Orgullo y prejuicio*; Mme Staël, *De l'Allemagne*.

Napoleón, derrotado en Leipzig, se retira de España, Holanda, Italia y Suiza; guerras de liberación en toda Europa.

1814

Byron publica *El Corsario* (febrero) y *Lara* (agosto); se compromete con Annabella Milbanke en septiembre.

Wordsworth, *La excursión*; Jane Austen, *Mansfield Park* (anónimo); Walter Scott, *Waverly*; Henry Francis Cary publica su traducción al inglés de *La divina comedia* completa.

Mary regresa al hogar paterno; amistad con Percy Bysshe Shelley.

abril: abdicación y exilio de Napoleón a la isla de Elba.

28 de julio: Percy y Mary escapan al continente con Claire Clairmont (hermanastra de Mary), viajan por Francia, Suiza, Alemania y Holanda. Regresan a Inglaterra en septiembre.

octubre: se inaugura el Congreso de Viena.

30 de noviembre: nace Charles, segundo hijo de Percy y de Harriet.

1815

2 de enero: boda de Annabella Milbanke y lord Byron.

22 de febrero: Mary W. Godwin da a luz a una niña que muere a los pocos días.

marzo: Napoleón escapa de Elba y llega a París.

abril: erupción volcánica del monte Tambora.

abril-mayo: juicio para determinar el derecho del padre de Percy, sir Timothy Shelley, a disponer de los bienes de sir Bysshe. Acuerdo para que Percy reciba mil libras anuales, de las que él asigna 200 a Harriet.

18 de junio: derrota de Napoleón en Waterloo.

septiembre: se clausura el Congreso de Viena.

septiembre-diciembre: Shelley escribe *Alastor, o El espíritu de la soledad*.

1816

enero: Mary da a luz a un niño: William.

febrero: Percy publica *Alastor*.

mayo: Mary y Percy viajan a Ginebra con su hijo y con Claire Clairmont. Claire espera un hijo de lord Byron.

junio: Byron alquila Villa Diodati, cerca de la Maison Chapuis en la que se habían instalado los Shelley. Mary empieza a escribir *Frankenstein*. Excursión de Shelley y Byron.

julio: Mary, Percy y Claire visitan Chamonix. Regresan a Inglaterra el 29 de agosto.

9 de octubre: Fanny Imlay se suicida (nadie reclama el cuerpo).

Byron: tercer canto de *Childe Harold, El prisionero de Chillon y otros poemas* (noviembre y diciembre).

10 de diciembre: aparece Harriet Shelley ahogada en el lago Serpentine del Hyde Park (Londres).

30 de diciembre: Mary y Percy contraen matrimonio en la iglesia londinense de Santa Mildred.

1817

12 de enero: Nace Allegra, hija de Claire Clairmont y de Byron.

marzo: Los Shelley se instalan en Marlow. Se deniega a Percy la custodia de sus hijos Ianthe y Charles por resolución del lord canciller Elton.

Suspensión del hábeas corpus en Inglaterra.

mayo: Mary termina *Frankenstein* y empieza a trabajar en *Historia*

de una excursión de seis semanas. Shelley escribe *Laon y Cythna* (titulado después *La revuelta del islam*).

2 de septiembre: Mary da a luz a una niña (Clara Everina), que morirá un año después en Venecia.

noviembre: se publican *Historia de una excursión de seis semanas* y *La revuelta del islam*.

David Ricardo: *Principios de economía política y tributación*.

1818

1 de enero: primera edición de *Frankenstein o el moderno Prometeo*.

11 de marzo: los Shelley con sus hijos y con Claire y Allegra parten hacia Italia; llegan a Milán el 4 de abril; el día 28, Claire envía a Allegra a Venecia con Byron. En mayo viajan a Pisa y luego a Livorno, donde conocen a Maria Gisborne (amiga de William Godwin, que había cuidado a Mary de pequeña); en junio, se instalan en Bagni di Lucca; Mary escribe a Walter Scott, agradeciéndole la reseña favorable de *Frankenstein* (en *Blackwood's Edinburgh Magazine*) y confesándole que ella es la autora.

agosto: Percy acompaña a Claire a Venecia, con la intención de recuperar a Allegra. Negativa de Byron, que sólo le permite verla creyendo que la acompañan también Mary y sus hijos. A instancias de Percy, Mary hace un viaje largo y precipitado con los niños a Este, en el que la pequeña Clara Everina enferma. Shelley empieza a escribir *Prometeo desencadenado* («drama lírico en cuatro actos»).

24 septiembre: muere Clara Everina en Venecia.

noviembre-diciembre: los Shelley viajan a Roma y luego a Nápoles, donde residen hasta febrero de 1819.

1819

marzo: los Shelley en Roma, donde muere su hijo William (junio). Se trasladan a Livorno. Percy empieza a escribir *Los Cenci* («tragedia en cinco actos»); Mary empieza *Mathilda*.

abril: *New Monthly Magazine* publica el cuento de John William Polidori (*The Vampyre: A Tale by lord Byron*); *Quarterly Review*, crítica virulenta de *La revuelta del islam* y de su autor.

Byron publica *Oda a Venecia* y *Mazeppa* en junio, y los dos primeros cantos de *Don Juan* en julio.

agosto: Shelley escribe *La máscara de la anarquía*, que no se publicaría hasta 1832, inspirada en la matanza de «Peterloo».

2 de octubre: los Shelley en Florencia, donde nace Percy Florence Shelley (12 de noviembre).

diciembre: expedición de William Edward Parry al Ártico.

1820

enero: muere Jorge III; los Shelley se trasladan a Pisa.

febrero: Mary termina *Mathilda*; empieza a escribir la novela histórica *Valperga; o Vida y aventuras de Castruccio, príncipe de Lucca*.

marzo: Percy publica *Los Cenci*.

abril-mayo: Mary escribe los dramas mitológicos *Proserpina* y *Midas*.

junio: se trasladan a Livorno.

agosto: se trasladan a Bagni San Giuliano; Shelley publica *Prometeo desencadenado*.

octubre: se trasladan a Pisa. Conocen a Emilia Viviani (nov.).

Muere Jorge III de Inglaterra.

Levantamientos liberales en España y Portugal.

1821

23 de febrero: muere en Roma el poeta John Keats a los veinticinco años.

marzo: sublevación independentista griega.

abril: Percy empieza a escribir *Adonais* («elegía a la muerte de John Keats»).

5 de mayo: muere Napoleón.

Los Shelley pasan el verano en Bagni de San Giuliano; Percy visita a Byron en Rávena en agosto; regresan a Pisa en octubre.

Entusiasmo de Percy con Teresa (Emilia) Viviani; en mayo publica *Epipsychidion*, dedicado a ella. Escribe *Defensa de la poesía* (publicada en 1840). Conocen a Jane y Edward Williams.

julio: primera edición de *Frankenstein* en francés (París, Corréard, trad. de Jules Saladin).

agosto: John William Polidori muere en Londres.

agosto-diciembre: Mary acaba y revisa *Valperga*.

noviembre: Byron llega a Pisa (con Teresa Guiccioli); publica *Caín: Un misterio* en diciembre.

1822

enero: Percy publica *Hellas*; navega casi a diario con Edward

Williams; escribe poemas a Jane Williams; empieza a escribir *El triunfo de la vida*.

19 de abril: muere Allegra Byron.

mayo: los Shelley se trasladan a Lerici.

junio: Mary muy grave por un aborto.

1 de julio: Percy y Edward Williams van en barco a Livorno a recibir a Leigh Hunt y familia; en el viaje de regreso, el barco se hunde en la bahía de La Spezia (día 8).

20 de julio: Mary Shelley, Claire y Jane Williams se trasladan a Pisa.

16 de agosto: incineran el cuerpo de Shelley en la playa de Viareggio.

septiembre: Mary se reúne con los Hunt y con Byron en Génova. Jane Williams regresa a Londres. Claire Clairmont se marcha a Viena.

Thomas de Quincey, *Confesiones de un comedor de opio*.

1823

21 de enero: depositan las cenizas de Shelley en el cementerio protestante de Roma. Byron remite a Mary una carta de sir Timothy Shelley, en la que se niega a prestar ayuda a su nuera, y propone encargarse de su nieto si la madre renuncia a su custodia.

Mary publica *Valperga* en febrero; regresa con Percy Florence a Inglaterra (25 de julio-25 de agosto). Segunda edición de *Frankenstein* (11 de agosto), con el nombre de la autora.

1824 Mary publica «Recollections of Italy» en enero; y «On Ghosts» y «The Bride of Modern Italy» en los números de enero, marzo y abril de *London Magazine*; en febrero empieza a escribir la novela «futurista» *El último hombre*.

19 de abril: muere Byron en Grecia.

junio: se publica *Posthumous Poems of Percy Bysshe Shelley*, edición y prólogo de Mary, que se retira por presiones de su suegro; Mary escribe artículos y relatos para diversas revistas.

1825

Mary sigue trabajando en *El último hombre*.

1826

enero: Henry Colburn publica *El último hombre* («por la autora de *Frankenstein*»).

14 de septiembre: muere Charles Shelley (hijo de Harriet y de Percy) y Percy Florence pasa a ser el heredero del título y el patrimonio de los Shelley.

1827

junio: Mary acepta ayudar a Thomas Moore con la biografía de lord Byron (qu ese publicó en 1830: *The Letters and Journals of lord Byron: With Notices of His Life*).

Edward Parry llega muy cerca del polo Norte.

1828

Leigh Hunt publica *lord Byron and Some of His Contemporaries*.

Mary empieza a escribir *The Fortunes of Perkin Warbeck* (su cuarta novela) en enero. Sigue colaborando con reseñas y cuentos en diversas revistas.

1830

Colburn and Bentley publica *Perkin Warbeck*.

Muere Jorge IV.

1831

enero: Mary empieza a escribir *Lodore*. Publica la tercera edición, revisada, de *Frankenstein*.

1832

8 de septiembre: muere de cólera William Godwin, hijo.

21 de septiembre: muere Walter Scott.

Se publica en *Athenaeum* la reseña de *Frankenstein* (Percy Bysshe Shelley).

1833

Emancipación de esclavos en las colonias británicas.

1835

febrero: primer volumen de *Lives of the Most Eminent Literary and Scientific Men of Italia, Spain and Portugal* (con biografías de

Petrarca, Boccaccio y Maquiavelo, escritas por Mary Shelley). Publica *Lodore* en abril.

octubre: tomo II de *Lives* (Alfieri, Foscolo, Goldoni, Monti y Metastasio).

1836

7 de abril: muere William Godwin.

1837

Mary publica *Falkner*, su última novela. Percy Florence Shelley ingresa en el Trinity College de Cambridge. Tomo III de *Lives* (Mary: Calderón, Cervantes y Lope de Vega).

28 junio: coronación de la reina Victoria.

1838

agosto: vol. I de *Lives of the Most Eminent Literary and Scientific Men of France*; al año siguiente, vol. II (Montaigne, Rabelais, Corneille, Molière, Pascal, Racine, Voltaire, Rousseau, Condorcet); y eminentes literatas y científicas (Mme Roland y Mme de Staël).

1839

Mary publica una edición (en cuatro volúmenes) de *Poetical Works* de Percy Shelley, en la que elude la prohibición de sir Timothy de escribir una biografía del poeta añadiendo datos biográficos en las notas a los poemas.

diciembre: edición en dos volúmenes de *Essays and Letters from Abroad, Translations and Fragments*, de Percy Bysshe Shelley.

1840

22 de junio-enero 1841: Mary viaja por el continente con su hijo y amigos.

1841

Muere Mary Jane Godwin.

1842

30 de junio-agosto.

1843

Mary viaja por Europa con su hijo y amigos.

1844

24 de abril: muere sir Timothy Shelley; Percy Florence hereda título y patrimonio.

julio: Mary publica *Rambles in Germany and Italy in 1840, 1842, and 1843*.

1848

Percy Florence Shelley se casa con Jane Saint John.

1849

Mary viaja al continente con su hijo y su nuera Jane (Saint John) Shelley.

Herman Melville lee *Frankenstein*.

estreno de *Frankenstein; or The Model Man* en el Adelphi Theatre de Londres.

1850

abril: muere William Wordsworth; publicación póstuma (julio) de su *Prel*.

1851

1 de febrero: Mary Wollstonecraft Shelley muere en Londres a los cincuenta y tres años.

Herman Melville, *Moby Dick*.

Se inaugura en Londres la primera Exposición Universal.

19 diciembre: muere en Londres el pintor William Turner.

Notas

* Esta traducción se ha hecho sobre el texto inglés original e íntegro, tomado de Mary Shelley, *Frankenstein or the Modern Prometheus*, edición de M. K. Joseph, Oxford-Nueva York, Oxford University Press (The World's Classics), 1969. Su fuente es la edición, revisada por Mary Shelley, de 1831. (N. de la T.)** Adviértase que en el capítulo anterior se fecha la llegada a Inglaterra a finales de diciembre. (N. de la T.)*** «On *Frankenstein; or The Modern Prometheus*.» Reseña escrita en 1817 y publicada en 1832 (10 de noviembre) en *The Athenaeum Journal of Literature, Science, and the Fine Arts* (p. 730). Se reproduce también en Thomas Medwin, *Memoir of Percy Bysshe Shelley*, 1833, pp. 165-170.**** Personajes de la novela de William Godwin *Caleb Williams*. (N. de la T.)***** Alusión irónica a la oda 34 de Horacio, que al ver en el cielo sin nubes «el rayo de Júpiter», cambia de rumbo.